

RAFAEL SANHUEZA LIZARDI

VIAJE EN ESPAÑA

LIBRERIA GARNIER HERMANOS

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE



...p.º...

Volúmenes de esta obra

Tabla en que se encuentra

Orden que en ella tiene

9
315
37

BIBLIOTECA NACIONAL



1061195

444-03

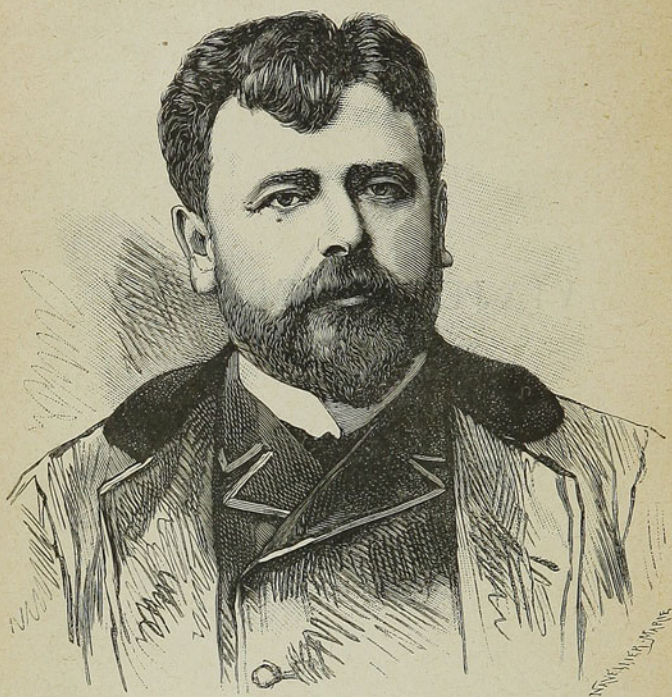
517256

9(315-37)

БИБЛИОТЕКА
* ЧИТА *
* * *

5th

VIAJE EN ESPAÑA



RAFAEL SANHUEZA LIZARDI

5, (775-23)

VIAJE EN ESPAÑA

POR

RAFAEL SANHUEZA LIZARDI

SEGUNDA EDICIÓN



PARÍS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

—
1889



*A la memoria de mi madre, Carlota Lizardi,
y de mi única hermana, Josefina Sanhueza,
llamas benditas de mi hogar, extinguidas por
el soplo de temprana y desapiadada muerte,
pero vivas perennemente en mi recuerdo, dedico
estas páginas como tributo de inextingible amor,
que mi corazón les envía al través del infinito
que nos separa; como abrazo de ultratumba,
con el cual quisiera estrecharme á ellas para
siempre,*

RAFAEL SANHUEZA LIZARDI.

DOS PALABRAS

Á escribir estas páginas no nos ha movido absolutamente la pretensión de dar á conocer ni las costumbres, ni la geografía ni la historia de España.

Demasiado bien sabemos que España es conocida en el mundo entero. Demasiado bien sabemos que, habiéndose ocupado de ella distinguidísimos escritores, no hay ya oportunidad para poder producir con este libro en el ánimo del lector aquel vivo interés que sólo despiertan las narraciones de cosas completamente nuevas ó, á lo menos, de las que no hay cabal conocimiento.

No hemos pretendido escribir lo que propiamente se llama un libro de viajes, en los cuales es fuerza entrar á minuciosos detalles y en los que se sacrifica de ordinario la exposición de

las impresiones que el autor recibe, á los rigurosos recuerdos de costumbres, topografía, religión, etc., etc., de los lugares de que se habla.

No ; sólo nos hemos propuesto compaginar para nosotros mismos y para nuestros amigos, estas hojas que hemos escrito en nuestra excursión por España. Hemos querido obsequiarles, á guisa de modesto aguinaldo, estas líneas que desaliñadamente hemos trazado, en su mayor parte, en los mismos sitios de que ellas se ocupan.

Así, pues, no hay que pedir á este libro método ni plan. Él es la fotografía en cuerpo entero de las impresiones recibidas en una exploración, hecha sin más rumbo y sin otro itinerario que los que traza el deseo del momento, siempre caprichoso y versátil. Él es la fotografía de las ideas que nos dominaron en todas las etapas de este viaje, que ha impreso en nuestra memoria indelebles y gratísimos recuerdos y abierto un paréntesis de agrado y de descanso á las obligadas y laboriosas faenas en que han corrido los años de nuestra juventud.

Por esto se explica que á cada momento interrumpamos una narración, para dar paso á la corriente de consideraciones filosóficas que, de súbito, nos embargaban la mente y el

corazón cuando nos hallábamos frente á una senda, á un palacio, á una montaña á un río de los que teníamos abundante conocimiento histórico, en virtud de pregonado valer.

Confesaremos que, si hubiésemos estado sujetos á la rigurosa misión del geógrafo ó del cronista, no habríamos sabido estampar en este memorándum, ni siquiera los nombres de Pirineos, Alhambra, Córdoba, Guadalquivir, Sevilla, Cádiz, Granada, Gibraltar, nidos de recuerdos que no se refieren ni á una raza, ni á una civilización, ni á una época, sino á todas las razas, á todas las civilizaciones, á todas las épocas; anillos que estrechan en la historia los hemisferios del tiempo; en la conciencia universal, los múltiples caracteres del alma humana, y en la filosofía, la doble inmortalidad de los dos elementos que constituyen nuestra superior especie.

VIAJE EN ESPAÑA

CAUSAS QUE NOS DECIDIERON Á VISITAR Á ESPAÑA

I

¿ Debemos hacer una visita á España ? ¿ Debemos, si á ello nos resolvemos, hacerla luego ó postergarla hasta el final ? Tales fueron las interrogaciones á que sometimos nuestro espíritu tan pronto como avistamos las soñadas playas de la Europa, á quien, si por su edad puede considerarse vieja, el vigor de su cerebro y el febril entusiasmo de su corazón mantienen perpetuamente, sin embargo, en el risueño meridiano de la bulliciosa, apasionada y enérgica juventud.

Para nosotros una visita á España era casi una necesidad primordial, la satisfacción de uno de los más vivos deseos que nos obligaron á clausurar por breve plazo nuestro modesto taller, á fin de emplear útilmente en este gran mercado de ideas y de expe-

riencia, las humildes sumas ganadas en improba labor.

¿Cómo sería posible pasar por las fronteras de *la madre patria*! cuna de nuestros mayores, punto de partida de nuestra existencia, tierra de Cervantes, de Pedro de Valdivia, de Ercilla, sin hacerle siquiera una de esas breves visitas que ordena la cortesía menos exigente?

Es verdad que son muchas las voces que aconsejan no pasar á España, pues hacerlo es malgastar el dinero, la paciencia y el tiempo. Un viaje realizado en las condiciones del que ustedes emprenden desde Chile, se nos decía durante la marcha, y en el que, naturalmente, los gastos son crecidos y el plazo estrecho, debe aprovecharse de una manera avara. España es vieja, fea, desaliñada; la mano negra y la retaguardia carlista ponen á cada paso en peligro la tranquilidad, el dinero y, á veces, hasta la vida de los transeúntes. En sus aduanas, verdadera nube de alcabaleros, llevan la exigencia y el interés hasta lo inverosímil. Sus ferrocarriles son caros, molestos y tardos; sus hombres duros, fríos y descorteses; la vida es en ella doblemente más costosa que en cualquiera otra parte, y, por fin, sus mujeres son retraídas y graves.

Á París, se nos agregaba, es necesario ir á gastar la mayor parte del tiempo presupuestado para este paseo, único de ordinario en la situación de ustedes. Allá es necesario dejar trascurrir las horas, que en España correrían lentas como el hastío y fatigosas como la agonía, en muelle y deliciosa pereza; ora escuchando las gratas y celestiales armonías de las músicas de sus teatros innumerables; ora recostados á la fresca sombra de sus bosques, que mil arroyuelos cruzan en caprichoso giro, como cintas de plata, que

millares de flores bordan y perfuman, que millares de pintadas aves arrullan con sus cantos, que millares de parejas hermosas y enamoradas toman como templo, como paraíso, y como altar de sus dulces y silenciosos juramentos. En sus espaciosos jardines, cuyos ambientes, cargados de aromas, recuerdan las delicias orientales; en sus fastuosos monumentos, en los que está escrita la historia de todas las edades; en sus mármoles y en sus lienzos, en que la mano de los genios ha grabado á lo vivo, en forma palpitante, las líneas y las fisonomías de todas las lágrimas, hallarán ustedes, los hijos *aún de la naturaleza*, cuanto sobre este planeta han criado hasta hoy Dios y el hombre.

II

Confesamos ingenuamente que un semejante cuadro, una antítesis, en que España ocupaba el sitio de una tumba, casi nos hizo borrarla del croquis de nuestro itinerario.

Pero, ¡cómo! nos dijimos: es cierto que los hijos de París y los turistas, que no pertenecen á la América latina, pueden no hacer á España una visita y preocuparse poco de comprobar la exactitud de lo malo que de ella se diga. Ellos tienen en París la síntesis de todos los temas que el hombre prefiere estudiar. — Pero nosotros, ¡nosotros! cuya historia política y civil busca en ella sus raíces y su filiación; ¡nosotros! de sangre, de lengua, de apellido y de

costumbres españolas ; ¡ nosotros ! españoles nacidos en América ; ¡ nosotros ! hijos legítimos de esta España dibujada así, con tan oscuros colores, no podemos ni debemos excusarnos de investigar, por nuestro propio interés, lo que hay de verdadero en estos retratos, ya que puede engañarse ó estar interesado el que los traza, desde que puede tal vez ser émulo secreto del indeciso resplandor que aun envían á los horizontes de esta Europa las urnas cinerarias en que duermen el doble sueño de la gloria y de la eternidad, Isabel la Católica, Carlos V y don Juan de Austria.

Nos pareció que no ver á España ó visitarla de prisa y á la carrera serían para nuestra conciencia mortificantes remordimientos que habríamos de expiar en hondo vacío, que nuestro tiempo y nuestra fortuna se negarían con justa razón á llenar.

Hacíamos un viaje de instrucción, y ¿ comenzáremos, nos dijimos, por no ver el cuadro original de nuestra propia existencia ?

Á Dios gracias, persistió nuestro primitivo intento. La firme resolución que de ver á España traíamos desde el primer instante, sólo cambió, en virtud de lo oído, en cuanto á la hora de verificarla ; pues á nuestro arribo á las mansas y poéticas corrientes del caudaloso Tajo, nos decidimos á visitarla en hora postrera, cuando el conocimiento hecho con las otras grandes capitales del occidente, nos diera términos seguros de examen y de comparación.

Pusimos, en consecuencia, al timón de la nave que nos llevaba con todo nuestro crecido bagaje de ilusiones, de esperanzas, de sueños, de temores y de deseos, rumbo directo hacia las riberas encantadas del Girona que, como las sirenas que á Jasón pretendieron detener, nos invitaban á libar en ancha

copa, los deliciosos néctares que, en horas de dulces y nunca olvidadas expansiones, se apuran en esa patria á nombre y en honor de los caros sentimientos que en ella germinan con facilidad generosa y espontánea.

III

Cruzamos después en vertiginosa carrera el manto de verdura y de flores primaverales que nos separaba de esa voluptuosa sultana del occidente que se llama *Paris* — reina de la moda, asiento de la alegría, trono del genio ; poseedora exclusiva del raro privilegio de poder hacerse oír en todos los horizontes de la vida civilizada ; de despertar todos los asombros ; de estrechar dulcemente á su persona semidivina, todos los afectos ; de mantener, en cosmopolita asociación, ante los altares en que ella rinde perpetuo culto al placer y á la idea, á cuantos saben sentir y á cuantos saben pensar ; — de poner al servicio de su gloria todas las trompetas de la fama, y de dirigir, en fin, el cerebro y el corazón del mundo, alimentando al uno en la llama inextinguible de su genio, y al otro en el horizonte encantado en que ella vive, iluminada por millares de auroras, embellecida por millares de beldades, y perfumada por todos los aromas puestos á tributo en los múltiples meridianos de las zonas orientales.

Y más tarde, cuando las agujas de nuestro cronómetro nos señalaron la hora en que era necesario desprenderse de los revueltos giros en que ella gasta

sus nervios y su vida, continuamos nuestra ruta para atravesar la patria del Taciturno; la de Schiller, Goethe, Gutenberg, Klopstok; la de Metternich, la de Guillermo Tell; la de Miguel Angel, Rafael, Virgilio, Horacio y Pedro Mica; y después de haber cruzado los Apeninos, los Vosges, los Alpes y las solitarias montañas del Tirol; después de haber saludado, en su cuna, al espumoso Rhin, al Ródano, al Elba, al Danubio; después de habernos sumergido en los hondos abismos de la historia, recorriendo con paso silencioso las melancólicas ruinas de la ciudad eterna, que cien generaciones han regado con amargo llanto, sobre las cuales han puesto los siglos el sello augusto de su paso; y, después de habernos postrado en el polvo inmortal en que afirmó su planta esa Roma, que durante cien lustros hiciera temblar al mundo con su voz, dominara con sus legiones y alumbrara con sus leyes, volvimos por segunda vez á Marsella, en demanda ya de la España, para cruzar sus Pirineos, que tanto fatigaron las ambiciosas miras del gran rey del siglo XVII y para realizar así, nuestro programa y nuestro deseo. Fuimos á saludarla cuando, como lo hemos dicho, las grandes capitales del Occidente nos habían mostrado sin economía sus adelantos y sus esplendores, sus riquezas artísticas y naturales y la facilidad de su existencia; todo aquello que constituye los grandes factores de la moderna civilización. Fuimos á ella, á quien se pintaba pobre y oscura, como un hijo amante que lleva cariñosamente á su madre desvalida tesoros adquiridos en improba labor.

Llegábamos á golpear sus puertas en hora de nona, cuando la fatiga de rápida cruzada nos pedía descanso. Fuimos, en fin, dispuestos á ver dentro de sus muros, perforados por la vorágine de cien cataclismos in-

testinos, la miseria — *esa lacra del cuerpo* — y la discordia civil y las disenciones del fanatismo — *esas lacras del alma*.

IV

Tomamos, al efecto, en la tarde del sábado 1.º de enero, pasaje para Barcelona, adonde debíamos arribar el siguiente día á las diez y media de la mañana.

Cruzamos, en las primeras horas, las pintorescas ciudades que forman en Francia el departamento de las Bocas del Ródano; orillamos en extenso trecho, el gracioso y bien contorneado golfo de Lyón. Pero, á medida que el tiempo transcurría se acrecentaba la emoción que nos dominó desde el primer instante en que comenzara este viaje inolvidable. ¡Cuántos movimientos sentíamos en el espíritu! ¡Cómo surgían del fondo de nuestra memoria, cuales espectros evocados por mágica palabra del seno de sus sepulcros, todas las etapas de nuestra vida colonial, todos los incidentes de la preparación de nuestra autonomía, todos los heroísmos de nuestros caudillos, desplegados en inteligente profusión en nuestros gloriosos campos de batalla! Pareja, y el sitio de Chillán; Osorio, y el sitio de Rancagua; Marcó del Pont, y la batalla de Chacabuco; Ordóñez, y Cancha Rayada! Todo eso se acumulaba, en desordenado tropel, en las puertas de nuestros recuerdos para obligarnos á pedir á España cuenta de dos siglos negados á nuestro

progreso, á nuestro desenvolvimiento intelectual, á nuestra vida como pueblo libre. Las espadas de San Martín, de O'Higgins y de los Carreras, que escribieron en nuestros llanos y en la garganta de nuestras montañas la epopeya de nuestra emancipación, nos parecían los alfanjes de fuego con que los mitológicos guardianes del paraíso terrenal lanzaron al ostracismo á los livianos progenitores de la humana raza. En fin, ¡qué sabemos de las múltiples y descompaginadas ideas que en esos momentos cruzaban nuestro cerebro!

Sentíamos correr por nuestra sangre el aliento cálido de la fiebre; habríamos deseado penetrar á pie á esta tierra clásica para nosotros, á fin de escribir en la corteza de los árboles más soberbios de su portada los nombres ilustres de aquellos héroes que, á costa de su vida, quebrantaron los hierros con que ella durante largas edades nos mantuvo atados al odioso poste de la esclavitud intelectual y civil; habríamos querido, en fin, descargar nuestra memoria del peso de tan sombríos recuerdos, cantando en voz alta las estrofas de nuestra canción, primer código de libertad escrito entre los pliegues de nuestra bandera nacional y altivo y generoso reto que el débil lanzara al fuerte, el oprimido al opresor, el presente y la resolución *de un día* á los dolores y al servilismo de un pasado de dos siglos. Sin embargo, aquella alta marea de resentimientos en que flotaban nuestros recuerdos como restos de antiguos naufragios fuese aplacando paulatinamente, para dar paso á la corriente del criterio histórico que, por ser impersonal, provoca el examen tranquilo y frío de los acontecimientos, se niega á escuchar la voz de la pasión y busca y procura defensores á los acusados.

Harto sabemos (nos dijimos entonces en silencio) que esta tierra no ha sido mala, pues las durezas é

inconveniencias de su conducta pasada fueron el fruto de errores económicos y de lamentables paralogizaciones en principios de administración que, extendiéndose á todas las esferas de su poderío y gobierno, hirieron de muerte sus más vivos intereses y le cavaron la ingrata tumba, en que su rango de nación de primer orden fué inhumado al resplandor de los pálidos cirios de su Santo Oficio.

¿Acaso hubo para nosotros (nos preguntábamos) un sistema de gobierno diverso del que ella se dictó para sí misma? Si nos mantuvo en estrecha incomunicación con las corrientes de las nuevas ideas, ¿no persiguieron los Torquemadas y sus terribles á láteres hasta el misticismo sublime de Teresa de Jesús, fray Luis de León y fray Luis de Granada? ¿No quemó en las ascuas, encendidas por la intransigencia política y religiosa, las carnes y los libros de sus pensadores? No arrojó como á nubes de dañinas langostas, á los que cultivaron su suelo y la engrandecieron y la alimentaron con el esfuerzo inteligente y constante de sus brazos? No dió, en fin, prueba inequívoca de la honda postración á que la bajaron tamaños errores, aceptando y tolerando que Fernando VII oscureciera con su presencia ese trono que Colón levantara en los atrevidos vuelos de su genio, hasta mantenerlo perpetuamente presentado á los rayos del sol?

Comprendimos, pues, que eran exageradas las nubes que nuestro amor á la patria había agrupado en nuestra mente.

La España, en buenas cuentas (nos repetimos), hizo con nosotros lo que ella creía conveniente para sí. Nos dió lo que tuvo al tiempo de engendrarnos; y si ella devoró, como Saturno, á una buena parte de sus hijos en las ardientes entrañas de sus piras

inquisitoriales, en cambio, ese fuego homicida no alumbró con sus sombríos reflejos los horizontes de nuestros hogares, ni lastimaron jamás nuestros oídos las lúgubres y aterradoras salmodias de sus autos de fe.

Á la luz de estas apacibles y justicieras consideraciones, nuestra imaginación, á semejanza de los ríos que vuelven mansamente al cauce primitivo cuando se amengua la violenta y repentina crecida que de él los hiciera salir, no vió ya en esa España, cuyas respiraciones comenzábamos casi á sentir al través de los árboles de sus Pirineos, sino una madre desgraciada á quien era necesario perdonar y amar.

Nos preparamos, en consecuencia, para vivir en ella largo número de días, sin tomar en cuenta ni su atraso, ni su fealdad, ni su pobreza.

Todo esto, nos dijimos, son defectos de familia, de puertas adentro, que uno está obligado á disimular.

Por fin, llegó el momento suspirado. *Es necesario cambiar de tren*, se nos gritó desde afuera, *y hacer conducir sus equipajes á la aduana*.

Estábamos en la estación llamada Cerbère, en donde termina la línea francesa y comienza la española; y, en donde, por ser el punto que marca la frontera de España, era necesario soportar el *terrible registro*!

V

Obedecemos, como era natural, aquella orden, á pesar de que fué dada á las altas horas de la noche, ó por mejor decir, en las primeras del comienzo del

día 11, pues eran las cuatro antimeridianas. Llegamos, seguidos de nuestro modesto equipaje, al salón de los exámenes; y, después de haber aguardado cosa de un cuarto de hora, dos de los agentes que los practicaban hicieron abrir nuestras maletas. Apenas las tantearon por encima, no obstante de que en ellas conducíamos algunas cosillas de cierto interés, y terminaron su investigación después de habernos oído que no llevábamos ni vino ni tabaco.

Creemos no apartarnos, ni en un ápice de la verdad, asegurando que, en ninguno de los varios pueblos á que hemos arribado y en donde nos han sometido á una operación semejante, han sido menos severos que en España.

Este primer desmentido á las observaciones que habíamos recibido sobre España nos alegró de veras el corazón, como si se tratara de la justificación de un antiguo y querido amigo, y casi nos hizo adquirir la certidumbre de que lo demás estaría, á ser cierto, á la mitad de la altura en que se le colocaba.

Comenzamos, pues, á verlo y á oírlo todo. Habríamos deseado en ese momento hallarnos en el centro de la España. Desde luego, nada de original veíamos á nuestro rededor. Nos hallábamos en un espacioso café, perfectamente confortable y en el que cuatro ó cinco mozos servían á los pasajeros ya fragantes y apetitosas tazas de chocolate, ya succulentos trozos de pollos fiambres, de pavo ó de jamón, ya una especie de caldo de gallina que olía muy bien. Aquello era una delicia, pues estábamos en invierno y ¡al amanecer!

Al poco rato se nos llamó á tomar asiento en el tren de España, el que debía en adelante conducirnos. Pero, ¡oh asombro! aquel tren era tan agradable como el francés que acabábamos de abandonar. Sus asientos, en forma de poltronas anchas de levantado

respaldo, permitían tomar una cómoda posición en todos sentidos, siendo de advertir que en él había departamentos de *toilete* que en el anterior no vimos.

Tomado que fué nuestro asiento y en condiciones de descanso, el tren partió.

¿Qué dirección llevaba?

VI

Iba á cruzar los Pirineos, pasándolos muy cerca de la línea de la costa. En esa parte sólo se divisan pequeñas colinas cubiertas de vegetación y una que otra profunda ondulación del terreno. Esto, por cierto, nos contrarió algo. Pero nos consolamos con la idea de que no muy tarde los atravesaríamos por su parte más elevada. Mientras tanto, las sombras se disipaban poco á poco, para dar paso á las primeras luces del naciente día, merced á las cuales nuestros horizontes de observación se dilataban también.

Entramos, al poco tiempo de marcha, á la primera de las cuatro provincias que componen la famosa Cataluña. Estábamos en Gerona, en plena tierra catalana; en la patria de los españoles más belicosos, más tenaces en sus empresas, más marinos, más trabajadores y más apegados á expresarse en su dialecto, al que pretenden dar todos los honores y todos los privilegios de la dulce y graciosa lengua de Castilla.

A medida que avanzábamos, íbamos descubriendo acá y allá, al frente y á los costados, una serie de

casas y de edificios que, junto con mostrar marcadas huellas de su antigüedad, nos recordaban á muchos de los de nuestra tierra inolvidable.

Aquí vimos, por primera vez en esta Europa, las paredes blanqueadas con cal como las nuestras y las techumbres de tejas grandes, dispuestas en canales gobernadas por las que nuestros albañiles llaman con tanta seriedad *mestras*.

En general, durante el largo trayecto que recorrimos, tuvimos constantemente el Mediterráneo á nuestra izquierda y una línea casi no interrumpida de habitaciones á la derecha. En las estaciones, que son numerosísimas, había grupos de gentes muy animadas, que hablaban con suma ligereza.

Nos fué sensible no poder darnos cuenta cabal de los campos de esta provincia, de los que se dice que, aun cuando no feraces, han sido enriquecidos notablemente por el abono y por el porfiado trabajo de sus dueños.

Sabíamos que Cataluña está sombreada por innumerables bosques de olivos, por viñedos y por hermosas huertas. Sabíamos que sus montes dan el pino, el roble, el corcho y la encina; y sus llanos el álamo, el sauce, la morera y el almendro; pero no sabíamos que no tiene rival en España por lo que respecta á la industria manufacturera. En efecto, á medida que avanzábamos descubríamos por todas partes muestras evidentes de esta preponderancia. Interrogando á los compañeros de viaje, nos informamos de que las fábricas que divisábamos eran de tejidos de todas clases, de los que algunos hacen competencia á los más renombrados de Manchéster. Así supimos que sus fábricas, merced al vapor, hilan, tuercen y tejen sedas, lanas y algodón; construyen máquinas, elaboran productos químicos, delicados objetos de

joyerías, cristales, porcelana, charoles, en una palabra, todo cuanto se elabora en Inglaterra y en Francia.

Dábanos placer infinito cada una de estas intrucciones que recibíamos así, más que á vuelo de pájaro, pues íbamos en un tren rápido. Verdad es que de algo dudábamos, pues no podíamos desde luego aceptar como evidente lo contrario de todo lo que se nos había dicho.

VII

Así, pues, pasaban, ó mejor dicho, se deslizaban aquellas horas de marcha. Así se comenzaron á disipar las melancólicas ideas que sobre España nos habían hecho concebir, presenciando aquella sustantiva contradicción que se nos imponía con la autoridad que tiene lo tangible, lo material, lo que se nos entra por los sentidos.

Sólo deseábamos llegar á Barcelona. Allí íbamos á poder examinar todo á nuestra satisfacción.

Por fin á las nueve y media de la mañana, comenzamos á percibir la proximidad de la que pasa por la segunda capital de España; pues el movimiento y la vida, que en el camino no dejaron de estar presentes, se hacían más enérgicos y más sensibles. Las casas ya comenzaban á mostrarse agrupadas, como si dijéramos formando las primeras familias de Barcelona y el primer anuncio de su presencia, á semejanza de las blancas gaviotas que el navegante divisa á la

proximidad del anhelado puerto y que le sirven de faro vivo é inquieto.

Esas demostraciones no podían engañarnos. Á las diez y media antimeridianas, en efecto, el tren se detuvo en la estación de Barcelona.

VIII

Aquella estación es más grande que la de nuestro Santiago. Es tres veces más animada que ésta y está repleta de gente durante todo el día. Cuanto veíamos nos agradaba. Catorce ó quince grandes coches de alto pescante, como las carretelas de paseo con capacidad, á lo menos, para diez ó doce personas, pretendían conducirnos á la ciudad. Otros tantos mozos de cordel se afanaban en que eligiéramos este ó aquel alojamiento.

Todo pasaba como en las grandes capitales que acabábamos de visitar.

Decidimosnos, así, al acaso, por la Fonda de Oriente (fondas se llaman los hoteles aquí), pues nos dijeron que estaba situada en la parte más central y más alegre de la ciudad, y además que su precio no era caro.

Íbamos á tomar el coche más próximo cuando, con ánimo de estudiar algo, preguntamos á su dueño lo que aquel servicio nos costaría. Contestónos que tres pesetas; y como le dijéramos que era caro ese precio, se acercaron en el acto otros varios, ofreciendo conducirnos por dos y hasta por peseta y

media. Enfadado el primer prójimo, nos dijo con voz áspera :

Monte usted no más, hombre, y dé usted, hombre, lo que quiera, hombre. La facha del que aquello decía, muy semejante á la de nuestros cargadores, el ceño á la vez natural y agrio con que acompañó aquellas palabras, no nos desagradaron, pues vimos la primera muestra del cuadro de costumbres llanas y francas que, hasta hoy, estamos observando minuto á minuto aquí.

Pusimosnos, pues, en marcha. Mientras tanto, éramos sólo ojos y oídos.

El trayecto que recorrimos fué largo; hicimoslo en media hora. Por todas partes divisábamos gente, animación, ruido, comercio, carritos urbanos, árboles, alegría, plena luz, hasta que nos detuvimos en la tal Fonda de Oriente.

Bajamos de nuestro elevado vehículo, y miramos. Estábamos, ¡en nuestra Alameda de las Delicias! La fonda es un hermoso edificio de cuatro pisos, ancho y muy bien presentado. Tiene un vestíbulo de seis metros en cuadro, sobre el que comienza una prolongada y espaciosa escalera con peldaños de mármol blanco. En cada uno de los pisos dan comunicación á las habitaciones, hermosas galerías que forman ángulos rectos, de doce ó catorce metros de longitud por cuatro de ancho. Las piezas son grandes, están bien decentemente amuebladas y tienen mucha luz y mucho aire. Preguntamos luego el precio á razón de días, incluyendo desayuno, almuerzo y comida.

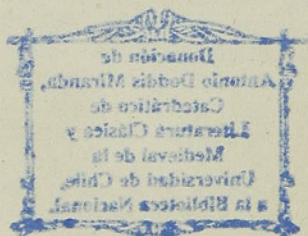
Creímos que se nos iba á pedir dieziseis ó veinte pesetas; pues nuestro cuarto estaba en lo que aquí se llama *primer piso* (muy estimado) y que corresponde al segundo de los nuestros. Pero se nos pidió por

todo, servicio, luz y vino de mesa (un Valdepeñas no malo) *diez pesetas*, es decir, dos pesos plata.

Esto fué para nosotros una segunda alegría, pues ello era la disipación de otro de los cargos que se hacen á España. En París, Bruselas, Berlín, Viena, Roma, Nápoles, etc., etc., pagamos, *relativamente hablando*, si no el doble de la suma que se nos señaló, por lo menos la mitad más; sin que nada de aquello fuese mejor.

Alentados agradablemente por estas primeras é inesperadas impresiones, nos preparamos á visitar con minuciosa atención la risueña ciudad que acabábamos de atravesar en alta berlina y que solamente habíamos divisado al través de los cristales estrechos de aquel raro transporte. No sabemos por qué, sentíamos cierta vaga inquietud, como si se tratase de dulce, soñada y amorosa cita. Veníamos preparados para visitar sólo ciudades tristes y feas, y comenzábamos á creer que la primera á que llegábamos era alegre y bella. ¿Nos haría juguete de sus indefinibles caprichos la esperanza? Vamos á la obra, nos dijimos.





BARCELONA

I

Por fortuna, la realidad, *esa severa madrastra de la ilusión*, estuvo entonces á la altura de ésta, presentándonos una ciudad vivísima, espaciosa, adornada de soberbios paseos, parques, alamedas; cruzada por calles innumerables, que parecen cauces de corrientes humanas, en las que se agitan, en nerviosa algarabía, el niño, el hombre, el estudiante, la dama, el soldado y el chalán.

No hemos visto en las ciudades que hemos recorrido ninguna otra que ofrezca como Barcelona, al que la visita por primera vez, un golpe de vista más sorprendente en este sentido. Ello nace quizás de que todas las calles que la forman hacia el norte y hacia el sur, desembocan casi en pendiente, en una central, que llaman « La Rambla »; la que, corriendo de oriente á poniente, como nuestra Alameda, en una extensión de diez cuadras, y con un ancho de unos treinta y seis metros, apenas puede contener aquella

pintoresca y pacífica avalancha, que afluye de todos los puntos, como desbandado ejército al asalto de poderosa fortaleza, y que cierra el paso al curioso que se detiene á observarla, arrastrándolo en las caprichosas ondulaciones de su giro, hasta colocarlo á la orilla, como si se tratara de pobre madero lanzado á la furia de encrespadas olas.

Nosotros nos dejamos conducir gustosos por aquella corriente que nos mostraba en todas direcciones, rostros que creíamos amigos y en la que divisábamos gallarda joven, envuelta, como las de nuestra tierra, en el ligero y vaporoso manto negro que, á la vez que recata de impertinente y apetitosa mirada un albo seno ó un esbelto talle, sirve como de mística tienda al alma femenina que, en hora de angustia, eleva al cielo la voz de su dolor ó de su súplica, para entrar así en íntimo coloquio con el que ha impuesto á la humana pobreza la obligación ¡siempre dura! de pedir para recibir.

II

Nosotros comprendemos fácilmente que, para cualquier otro extranjero que un americano español, nuestra sorpresa no sea aceptada como natural, desde que ya hemos dicho que antes de venir á España habíamos visitado las más populosas ciudades del Occidente; lo que, por cierto, deja á Barcelona fuera de un asombro. Sin embargo, repetimos que ese asombro nació de lo inesperado; pues aun cuando ya

en el camino algo se nos había dicho de la viveza de Barcelona, no creíamos que ella llegara hasta ocupar el nivel de la de París, Berlín; Nápoles ó Marsella.

En fin, de cualquiera manera que sea recibida por los enemigos de España esta nuestra apreciación, el hecho es que aquella ciudad nos dominó.

Para que se nos haga justicia, es necesario tener presente que Barcelona, merced al ensanche que casi en todos sus antiguos linderos ha recibido, es hoy no sólo una respetable población, cerca de cuatrocientos mil habitantes, sino también que ella tuvo forzosamente que impresionarnos en alto grado, pues que flotaba para nosotros, por decirlo así, en su atmósfera, en sus edificios, en los trajes y en los hábitos de sus pobladores, la imagen querida de la patria que traíamos fotografiada en el fondo más vivo de nuestra memoria, con la energía que dan á los recuerdos la ausencia y la distancia.

Por la primera vez, oíamos á todo un pueblo, separado del nuestro por cuatro mil leguas de mares y de montañas, hablar y entenderse en nuestra lengua. Por la primera vez, después de largos meses de travesía por casi todo este viejo mundo, no estábamos, diremos, casi incomunicados con nuestros semejantes; pues conocíamos su idioma, en sus más delicadas inflecciones; podíamos probarlo, hablándolo sin ese embarazoso temor con que uno se expresa en idioma extraño, *aprendido de grande*, es decir, mal *chapurreado*. Por la primera vez, todo cuanto veíamos nos hablaba de Chile. Si íbamos á un mercado, ahí estaban á venta todas nuestras legumbres, nuestras frutas y nuestras flores. Si salíamos á paseo, ahí estaban nuestras facciones y las de nuestros mayores; ahí veíamos nuestras costum-

bres y hasta nuestro modo de ser, pintados al natural.

Por esto, pues, confesamos que en ninguna de las soberbias capitales que hemos visitado, hemos recibido una impresión, ni más agradable, ni más viva, y esperamos que sea, por lo tanto, la más duradera.

III

Luego que declinó en parte la energía de la primera impresión, y luego que hicimos una visita á grandes pasos á toda la ciudad, abarcándola en conjunto, nos consagramos á estudiarla en sus detalles.

Visitamos primero sus calles, sus plazas y sus paseos más frecuentados; en seguida, sus fábricas, sus mercados, sus templos, sus teatros, su puerto y su cementerio. Tomamos también á la ligera el pulso á su desarrollo intelectual y moral, visitando al efecto una gran parte de sus escuelas y de sus establecimientos de beneficencia.

Empero, como debe suponerse, todo esto era campo muy vasto para una exploración que no podía ser muy minuciosa.

Cortamos por eso en lo posible el vuelo á nuestro deseo, á fin de hacer lo más útil que se pudiera aquella rápida cruzada.

IV

Como ya lo hemos dicho, las calles de esta ciudad son eminentemente alegres, á pesar de que la extensión de ella es hoy demasiado grande, á causa de haberse unido con los pueblecitos que hasta no ha muchos años, formaban sus alrededores.

La calle que, sin disputa, es aquí la principal tiene el nombre de « La Rambla ». Ella es una anchísima avenida que se extiende entre el Mediterráneo y una inmensa plaza, la de Cataluña, irregularmente delineada.

Dos hermosas hileras de plátanos muy altos y copudos forman en su centro una alameda como la nuestra de Santiago. Este paseo es el más frecuentado de la ciudad, especialmente los domingos y días festivos, en los cuales se llena completamente.

En sus lados, imponentes y costosos edificios particulares, como asimismo grandes teatros, almacenes espléndidos, cafés elegantísimos, delinean dos calles de regular ancho, quizás la quinta parte solamente más angosta que las que existen en la misma ubicación en la nuestra.

Esta alameda de plátanos se halla dividida intelectualmente en cinco partes, ni más ni menos como se hallaría dividida la nuestra si á nosotros se nos antojara llamar, por ejemplo, Alameda de San Francisco, á la sección que existe entre este templo y la estatua de O'Higgins; Alameda de O'Higgins, á la parte comprendida entre la calle de Gálvez y la del Diezi-

ocho, etc. Así, comenzando por el mar, tenemos : la Rambla de Santa Mónica, la de Capuchinos, la de San José, la de los Estudios y la de Canaletas. La de San José es conocida también con el nombre de « Las Flores », á causa de que en ella se sitúan innumerables ventitas de toda clase de éstas.

Cada una de dichas divisiones arranca su nombre de algún edificio célebre que en ella se encuentra.

La Rambla era antiguamente uno de los paseos más notables de España entera, no sólo por su feliz ubicación en el centro de la ciudad que la posee, sino por su longitud. Empero, hoy es otra cosa ; pues, aunque si bien es verdad que aun ocupa el primer rango entre los paseos de este pueblo, ya no se le puede considerar como el más grande ni el más hermoso de ellos, á causa de que el área de la Barcelona de entonces (1860), era sólo *una décima parte* de la actual ; y, principalmente, á causa de que ya se han desarrollado mucho las larguísimas y espléndidas avenidas de bien alineados árboles que unen á la antigua ciudad con los graciosos pueblecitos de Gracia, Sarriá y San Gervasio que formaron durante años sus afueras.

Después de la Rambla las calles más hermosas é importantes son la de Fernando VII, la de la Unión y la del Conde del Asalto.

La primera casi corta perpendicularmente á una de atravesio, que se llama *calle de Plateria* á causa de que en ella, sea por tradición ó por convenio, se hallan todos los talleres de joyas y artefactos de oro ó plata.

En el centro de estas calles la animación es muy viva y muy sostenida. Sólo la famosa City de Londres tiene más agitación y más vida que esta parte de Barcelona.

Cuando nos paseábamos por esos sitios repletos de transeúntes, que hacen difícil la marcha y que verdaderamente aturden con el ruido que forman sus saludos, sus palabras pronunciadas á la carrera y dirigidas ya al que pasa por la misma vereda ó ya al que va por la de enfrente, nos parecía que estábamos en Inglaterra. La tranquilidad y la *pachorra*, como nosotros decimos, que caracterizan á nuestra raza, no existen en Barcelona.

Esto nos hacía pensar involuntariamente en el origen de este pueblo y en las diversas y heterogéneas cruzas de sangre que forman sus nervios y que, á la verdad, explican este modo de ser excepcional respecto de los demás de España.

Parece evidente que la actividad que caracteriza al catalán se deriva de las razas fenicias, griegas, celtas, romanas y francas que, sucesivamente, en el espacio de algunos siglos, ocuparon esta zona de España, que tantas facilidades ofreció á la navegación del Mediterráneo y que contribuyó tan poderosamente á excitar el gusto por las empresas atrevidas y lejanas.

Ellos emigran, no sólo á todas las provincias que forman esta península, sino á Italia, á Francia, á la Gran Bretaña, á Alemania, y hasta á la India y las Américas.

El espíritu temerario del fenicio y el instinto aventurero de los suevos y de los vándalos parecen agitarse aún vivamente en la trama de este pueblo altivo é indómito, que hizo decir á Felipe IV, en sus memorias privadas, hablando de su tenacidad en resistir el estrecho y terrible estado de sitio á que estuvieron sometidos cuando Cataluña se declaró provincia de Francia : *Éstos están reducidos á cinco onzas de pan en un día y á seis onzas de carne de caballo*

en otro ; y , sin embargo , no hablan de rendirse.

En todas estas calles y en todas las plazas de esta ciudad, entre las que sobresale por su belleza y anchura la de la Constitución, hay escritas memorias imperecederas de la tradicional altivez del catalán.

Entre las numerosas pruebas que pudiéramos aducir para acreditar que aun existe vivo y enérgico en esto pueblo de Barcelona su histórico espíritu de independencia y de personalidad propia y autónoma, figuraría, en primera línea, el hecho de que aquí no se quiere hablar el castellano, sino el catalán.

En los teatros, en los paseos públicos, en los cafés, en las reuniones privadas, sólo se habla este dialecto, bien considerado que es un idioma completo y rico. Sus costumbres y casi todos sus códigos son catalanes.

En catalán se escriben diarios y periódicos, comedias y zarzuelas. Hay sociedades artísticas catalanas, academias catalanas, congresos de jurisconsultos catalanes y hasta juegos florales catalanes.

En los famosos baños de Vichí tuvimos el gusto de trabar muy agradables relaciones de amistad con una familia de Barcelona, y por ella supimos anticipadamente la mayor parte de estas cosas que en realidad nos han llamado mucho la atención.

La señora, persona muy ilustrada y respetable, viuda de un prestigioso jefe del ejército francés, hablaba muy bien este idioma ; y como nosotros, que en esa época nos dedicábamos con ardor á su estudio, le preguntásemos el por qué de la causa de su correcta pronunciación, ella nos dijo :

— No crea usted que esta facilidad con que hablo el *gabacho* viene sólo de haber sido mujer de un francés. No, ella nace particularmente de que yo soy catalana de pura sangre y de que el catalán es indú.

dablemente más bien dialecto de Francia que de España. Usted recordará, continuó diciéndonos, que Carlo Magno fundó la Cataluña en España, después que se transportó á Sevilla la monarquía que siguió á la caída de Roma, dividiéndola en nueve condados, los que estuvieron sujetos al dominio de la corona de Francia hasta que Carlos el Calvo la dió á Wiped y á sus sucesores en gobierno propio y absoluto. De aquí, concluyó diciéndonos, viene el catalán tomando como trama de su idioma gran parte de las voces francesas. Por esto es para todos nosotros muy fácil el aprendizaje de esta lengua.

Esta costumbre de los barceloneses nos contrarió en muchas ocasiones; pues ella nos impedía tomar nota y detalles de varias cosas importantes.

Por ella permanecíamos algunas veces silenciosos, sino del todo mudos, en algunas de las fiestas públicas á que asistíamos y en la mayor parte de las funciones teatrales.

Es verdad que cuando á ellas íbamos en compañía de alguna de las personas con quienes tuvimos el gusto de relacionarnos en nuestro ya descrito hotel de la Rambla, éstas nos presentaban buen número de jóvenes que por deferente cortesía hablaban sólo en castellano.

V

Con estos amigos de ocasión, aprendimos muchas cosas importantísimas y con ellos hablamos de la literatura catalana con especial detenimiento. Ellos nos

pusieron al corriente del asombroso vuelo que, de pocos años á esta parte, ha tomado esta literatura.

Ellos nos hablaron con mucho entusiasmo y cariño del escultor Valmizana, del crítico Pi y Margall, de los poetas Verdaguer, Collell, Balaguer y Soler y del malogrado é inmortal Fortuny, cuya temprana tumba acabábamos de visitar en el artístico cementerio de la ciudad eterna, en donde sea dicho de paso, deberían acumularse los huesos de todos los grandes y privilegiados artistas que pasan por este mundo irradiando, como astros de primera magnitud, el calor y la luz de la llama divina que Dios, por particular excepción, encendió en el seno de sus cerebros.

Mucho se nos dijo de Narciso Oller particularmente, que parece se ha colocado á la misma altura literaria que ocupó su hermano mayor. Éste ha escrito una novela titulada *la Papollona* que ha merecido el honor de ser traducida al francés y de que Emilio Zola la encabece con un magnífico prólogo sumamente encomiástico para el autor.

Federico Soler ha escrito distinguidísimos dramas bajo el seudónimo de Serafi Pitarra. Éste es uno de los literatos de más nombradía de toda la Cataluña y quizás el más popular.

Mientras Oller traza en las páginas de sus dos más célebres novelas, cuadros en que la realidad de la vida y su verdadero y positivo valor se ponen de cuerpo entero, para enseñarnos á descender sin pena, de las cimas en que nos coloca la fantasía, á las llanuras y á los valles de lo real y de lo positivo, Federico Soler pinta en sus dramas escenas exhuberantes de poesía soñadora y atrevida, invitándonos á mezclar á los acerbos dolores de esta triste existencia, las risueñas y halagadoras creaciones con que la imaginación entretiene nuestros ocios y estos inmu-

tables deseos que animan á la humanidad, empujándola sin cesar hacia propósitos de perenne ventura.

A juzgar por el santo calor que los jóvenes gastan aquí cuando hablan del desenvolvimiento casi increíble de la literatura catalana, uno se cree con derecho para augurar á esta provincia un porvenir espléndido en las letras. Todo este fuego que Platón habria llamado divino, no puede ser superficial. Él, á los ojos del menos observador, tiene naturalmente que acusar la existencia en Cataluña de una verdadera y universal pasión por las letras.

Es verdad que hay en todo esto una parte no poco considerable de la emulación que trabaja enérgicamente á toda esta felicísima zona, en cuanto á ocupar en la península, no sólo el primer rango, que todos sin excepción le acuerdan por lo que mira á su valor industrial, sino también por lo que respecta á la literatura.

Esta nobilísima aspiración flota, por decirlo así, en todas las conversaciones que sobre cultura intelectual tiene uno oportunidad de mantener con las gentes de instrucción y de espíritu.

— Vea usted, hombre, nos decía en una inolvidable sobremesa un sujeto muy distinguido de aquí : es mucha la gente que, no sólo cree, sino que asegura por todos los santos, que Barcelona sólo vale por sus fábricas de algodón y que en cuanto á letras, apenas comienza la vida. Le aseguro, continuó diciéndonos, que verdaderamente me fastidio, hombre, con tales ignorancias. Vea usted, Barcelona es tal vez una de las primeras ciudades de toda España en dedicarse al estudio. Hoy es también quizás una de las mejor dotadas en establecimientos de instrucción secundaria y superior. Ella tiene cuatro bibliotecas : la Provincial, con cerca de sesenta mil volúmenes

importantísimos; la del Ateneo barcelonés, con seis á ocho mil; la Catalana, con quizás dos mil, y la del Seminario, con cerca de veinte mil.

Tiene un museo arqueológico, uno industrial, el lapidario, uno de arquitectura, y uno muy curioso perteneciente á una sociedad formada completamente de jóvenes de familia que se llama Museo del Taller Embut. Este museo es por el estilo del de Cluny de París, destinado únicamente á guardar célebres antigüedades.

VI

Después del estudio prolijo que hemos hecho de todos los establecimientos de esta clase que posee Barcelona, hemos adquirido el íntimo convencimiento de que ese nuestro amigo ha tenido sobrada razón para incomodarse con los que dicen que esta ciudad es sólo manufacturera.

¡Cómo! ¿Es posible clasificar de este modo á Barcelona en presencia de lo referido? Si eso no bastara á autorizar nuestro concepto, consignaremos aún que ella posee la Academia de Buenas Letras, fundada á fines del siglo XVII, es decir, *más antigua* que la Real Academia. Agregaremos que tiene además una de Taquigrafía, otra Médico-farmacéutica y las ya muy célebres y conocidas de Ciencias Naturales y Artes, la de Medicina y Cirugía, la de Jurisprudencia y Legislación y la de Bellas Artes.

Además tiene el Instituto Industrial de Cataluña que, como su nombre lo indica, está dedicado al fo-

mento de la industria. El Fomento de la Producción Nacional; el Instituto Agrícola de San Isidro, cuyos miembros son escogidos entre los principales agricultores de toda la Cataluña; en fin, el Fomento de la Producción Española, establecido con el levantado y fecundo propósito de poner las producciones nacionales fuera del alcance de toda competencia extranjera.

Hemos leído importantísimas obras que tratan con erudito detenimiento del valor y de la historia de todas estas innegables muestras de progreso y adelanto de Barcelona.

Sobre nuestra mesa de trabajo, tenemos sabias enseñanzas y fieles reseñas de todo esto que hemos tenido el gusto de visitar personalmente después de imponernos de las descripciones que nos acompañan en este viaje de estudio y de reflexión.

Es verdad que, aquí más que en ninguna de las otras ciudades que hemos recorrido ya, es donde nos hemos penetrado con mayor intensidad de la supina ignorancia en que vivimos muchos respecto de la verdadera situación de España.

Confesamos con rubor que ni siquiera sospechábamos que esta tierra nuestra se hallase en semejante pie de prosperidad y adelanto en todos sentidos.

Dedicados con incomprensible exclusivismo al estudio de Francia, de Inglaterra y Alemania, pero sobre todo de Francia, habíamos dejado pasar quizás los mejores años de nuestra humilde existencia, creyendo que la España era lo que sus enemigos y los ignorantes la pintan. Por esto, veíamos como un vivo reproche para nuestra seriedad cada uno de estos grandes factores de valer y de fuerza que posee Cataluña. ¿Dónde hemos vivido? nos

preguntábamos á cada paso. Ni siquiera había llegado á nuestras manos uno de los muchísimos guías que, á vuelo de pájaro y en estilo mercantil, dan noticia de todo esto.

Así somos casi todos. La indolencia nos amohosa, permítaseme esta expresión, y la credulidad necia, inconsiderada, injusta casi siempre, nos hace adoptar como verdades científicas las apreciaciones del primer quídam que nos habla con cierta verbosidad y con cierto calor. — Fulano lo dijo; y no hay más que ver.

VII

Durante el día hemos visitado sus fábricas, en las que se emplean los más modernos procedimientos del arte. Hemos visto ricos tejidos de seda de todas clases y de variados dibujos y delicados encajes, con los cuales las damas se fabrican una especie de velo corto y gracioso, llamado mantilla, cuadrado como un pañuelo de punto, el cual se prenden coquetamente en la parte superior de la cabeza, á fin de que les sombree la fisonomía por ambos lados y caiga hacia los hombros recogido en caprichosos y ligeros pliegues. Parece que España se niega á ser en esta parte tributaria de Francia, cuyo sombrero, como la escarapela tricolor de Lafayette, ha dado la vuelta al mundo.

Empero, donde Barcelona es realmente admirada en este sentido es en sus alrededores.

Es allí donde el turista se embelesa contemplando sus adelantos y su innegable preponderancia.

Larguísimas líneas de tranvías, tendidas como ricas arterias de progreso y de riqueza, la unen á San Martín de Provenza, á Sans, á Gracia, á San Andrés del Palomar y á las Cots.

En este último pueblecito, se encuentra una fábrica muy nombrada que se llama *De Batlló*.

En ella trabajan cerca de tres mil obreros. Mantiene en ocupación constante como mil quinientos telares. Está dividida en una serie de departamentos destinados, los unos á trabajos de carpintería, de calderería, de hojalatería, y los otros á cerrajería y á la fabricación del almidón. Esto último nos llamó mucho la atención, á causa de que encontramos muy expedito y muy económico el método que se emplea para obtener ese producto tan usado en todas partes.

Nosotros, podemos decir que casi sabíamos elaborarlo, porque habíamos visto muchas veces las diversas operaciones, aunque elementales todavía para ello, que emplean en nuestra feracísima provincia de Aconcagua, sobre todo en la parte que llaman « La Rinconada », entre Montenegro y Santa Rosa de los Andes. Por esto fuimos muy minuciosos en examinar esta industria que podría muy ventajosamente alimentar en nuestro país á numerosas mujeres y niños, si las cosas se hicieran en él en forma, como aquí, es decir, sin exponer el artefacto á las vicisitudes que traen el cambio de las aguas y de la temperatura.

Por estos mundos, al revés del nuestro, la economía industrial se hace consistir en el empleo de los capitales necesarios para ponerse á cubierto de cualquier evento y á construir sólidos edificios llenos de

comodidades para el obrero y adecuados para preservarlos de las enfermedades que se desarrollan tan á menudo en las agrupaciones de personas que poco se cuidan de observar las reglas de la higiene.

En fin, como decíamos, la fábrica de Batlló es inmensa en extensión; *trece* máquinas á vapor hacen diariamente su servicio y produce ella en sus telares, según nos dijo uno de sus empleados superiores, cerca de cinco mil piezas de 60 yardas cada una.

En San Martín, en una parte que denominan *El Clot*, hay muy valiosos talleres del ferrocarril de Francia; y en Pueblo Nuevo, existe también un semillero de fábricas que dan ocupación á más de ocho mil obreros. Entre ellas ocupa un rango muy notable una que se llama la *Herrería de Nuestra Señora de los Remedios*. En Sans, existen otras dos muy célebres también: *La España Industrial*, que no tiene rival posible en cuanto á lo bajo de los precios á que vende sus *indianas*, y *La de paño*, perteneciente á unos señores Güell. Estos paños son trabajados á la perfección y se venden no sólo en Barcelona y Cataluña, sino en toda España.

Sería hasta fastidioso continuar enumerando los recuerdos que conservamos á este respecto en nuestro diario de viaje. ¿Cuándo dejaríamos la pluma? Si en los límites naturales de este libro cupiese la narración de la quinta parte siquiera de las impresiones que produce este pueblo, sembrado de fábricas y talleres, repleto de robustos y entendidos obreros, ávidos de trabajo y estimulados por el nobilísimo propósito de que siga en progresivo aumento la fama honrosa que prestigia á la provincia de Cataluña, presentándola como la primera de toda la península en orden á la industria, ello sería en verdad tarea inagotable.

Baste decir que Barcelona puede ser considerada como un trozo de Inglaterra, incrustado por traviesa maga en el suelo de España.

VIII

Durante la noche, esta ciudad tiene más animación que en la mañana. Está iluminada por la luz eléctrica blanca que, desde grandes y redondos tubos de cristal, guarnecidos por una malla de fino alambre, se derrama en un espacio de un cuarto de cuadra, con una energía superior á la de la luna, y con una suavidad admirable.

En París y Marsella habíamos visto ya este alumbrado digno de todo aplauso; pero en Barcelona es en donde él está más desarrollado. Por eso hay mucha gente que se agrupa al rededor de estas lumbresas, á leer los diarios que se publican en las últimas horas de la tarde.

La gente se pasea en la Rambla como si fuese de día. ¡Qué diferencia tan notable encontrábamos entre estos hábitos y los nuestros! La *Alameda de las Delicias*, desierta, no decimos en la noche, en la que nuestro clima, poco permite frecuentarla; pero, ¡en la mañana, cuando todos los encantos con que la naturaleza la ha dotado invitan con irresistible energía á recorrerla y á admirarla!

El bien no es conocido hasta que no es perdido, dice un antiguo aforismo; y, á la verdad, que nosotros solamente hemos llegado á comprender el mérito

de ese nuestro esplendidísimo paseo cuando hemos dejado de gozarlo.

Hoy, en estos tiempos en que andamos conociendo las grandezas de esta Europa, contadas en todos los tonos por los turistas, es cuando vemos que nosotros poseemos en nuestra Alameda un verdadero don del cielo, *muy difícil* de ser supeditado por el arte exquisito de este viejo mundo.

¿Quién podría disputarnos las arrebatadoras bellezas con que en ese paseo festinan á nuestros ojos y á nuestro corazón los Andes y el horizonte?

Cuando atravesábamos las cordilleras de la Suiza, después de haber salvado el larguísimo túnel del San Gotardo, nos hallamos de repente en medio de una preciosísima cadena de cerros cubiertos de nieve en la cima.

Uno de los varios ingleses que como nosotros viajaban también por placer, nos pasó su anteojo de campo, diciéndonos: — «Vea usted lo que hay de grandioso en este cantón; ¡mire! ahí comienza la línea de las nieves eternas». En seguida nos preguntó si conocíamos el Monte Blanco. Manifestaba al mismo tiempo un goce tan vivo que juzgamos una impertinencia imperdonable decirle que todo eso era una caricatura de lo que se ve á cada instante en nuestro país. Nos limitamos por entonces á esforzarnos para hacerle creer que participábamos de sus impresiones.

Empero, como al día siguiente, en Lucerna, en donde alojamos en el mismo hotel, volviese á hablar con igual entusiasmo de todo eso, le hicimos presente que nos consideraríamos felices si pudiéramos en alguna ocasión llevarlo á nuestros baños de Chillán, en condiciones que le permitiesen detenerse á contemplar el panorama que ahí y en todo el trayecto

envuelve al observador, arrebatándolo, por decirlo así, á toda otra impresión que no sea la de un religioso estupor, que la imaginación, con todo su poder creador paga, como espontáneo é irresistible tributo de vasallaje, al maravilloso é incomprensible laboratorio de la naturaleza de nuestra América.

Por la admiración de este buen señor, que nos pareció muy ilustrado y de muy buen sentido, puede deducirse lo que nosotros tenemos que envidiar á estos países en lo que mira á bellezas naturales. Si hemos de ser francos á este respecto, queremos darnos el gusto de consignar en este pobre, pero verídico testamento de los recuerdos de este viaje, que, ni en los grandes parques de Londres y Berlín, ni en los campos Elíseos ¡de París! hemos dejado de recordar con cierto secreto orgullo á nuestra Alameda, á la que, en tales momentos, hemos creído digna de haber nacido en estas grandes capitales, en donde habría alcanzado los honores que en ellas se tributan muchas veces por sólo razón de altura, á buen número de cosas mediocres.

¡Cuántos de nuestros hombres públicos, que apenas son conocidos en la vecindad, serían grandes celebridades si, en vez de nacer en nuestro rincón, hubiesen venido á la vida en cualquiera de estos países, colocados en la cima del planeta!

La fama, es como las aguas: corre de arriba para abajo. Á todos nos gusta mirar más las montañas que las hondonadas ó los valles.

IX

Los teatros son aquí numerosos. Los hay de varios precios, desde dos reales (diez centavos) hasta ocho pesetas. En ellos se consultan todos los gustos y, en general, son muy extensos; admiten cómodamente algunos hasta cuatro mil personas.

En una noche tuvimos la curiosidad de recorrer cinco que funcionaban á la vez.

En uno llamado « El Circo » había zarzuela, en otro comedia, en otro ópera, en otro sainete, y en otro, « El Principal », la célebre trágica francesa M^{lle} Agar estremecía todos los nervios de su auditorio, representando el papel de Camila, en la terrible tragedia de Corneille, *Horacio*.

Diremos dos palabras sobre esta aventajadísima actriz. Es trágica poderosa. Ha nacido tal, pues la naturaleza la ha dotado de todos los dones á que debe su celebridad.

Tiene estatura regular; es un tanto ancha de espaldas y no delgada de cuerpo. Su frente es espaciosa, llena de movimiento y de seriedad, coronada por una cabellera negra, abundante y caprichosa. Sus ojos son grandes y brillan como dos carbones encendidos bajo los arcos de unas cejas negras y acentuadas.

El que mira por primera vez esos ojos cree divisar allá, en el fondo de las pupilas, condensadas las líneas de todos los furores y de todas las lágrimas.

Empero, en donde sobresale este tipo perfecto del actor trágico es en la voz. Aun temblamos recordan-

do los acentos profundamente terribles que sacó de su garganta en la difícil escena en que entra su hermano Horacio, trayendo la recompensa que Roma le había discernido por haber muerto, valiéndose de ingenioso ardid, á los tres curiacios.

Camila que, como se recordará, amaba con ciega pasión á uno de éstos, que era su prometido, no puede disimular su odio profundo á ese triunfo sangriento de su hermano, que la cubre de perpetuo luto. Por eso, en vez de regocijarse con aquella noticia honrosa para su raza, que Roma entera escribía en la historia de sus glorias más celebradas, ella maldice y desprecia asimismo á Roma, aunque es su patria, porque ha premiado al matador.

M^{lle} Agar no necesita el menor esfuerzo para hacer imponente y dominadora la modulación de su voz. Al contrario, podríamos decir que le es necesario para contenerla. Cuando representó la escena transcrita, en la que Camila, su tipo, á quien el dolor ha clavado hasta las entrañas sus más desapiadados harpones, debe rugir y atronar los aires cual leona herida en sus amados cachorruelos, ella sólo hablaba á media voz, y lo dominaba todo, sin embargo.

El espectador no le pierde una sílaba, una coma, un acento. En la vasta y difícil escala de tonos que todo artista está obligado á recorrer en los largos períodos, á nadie fatiga ella, ni á nadie deja fuera de completa percepción.

M^{lle} Agar, en una palabra, representa sus roles á la perfección, pues tiene gusto y sentimiento, unidos á una serie de dotes físicos que hacen de ella una potencia casi sin rival.

La prueba más incontestable que pudiéramos argüir á este respecto, consiste en que ella consigue reunir siempre un público numeroso, á pesar de que

el espíritu moderno, ó del siglo diremos mejor, no ama la tragedia, pues la existencia de por sí es para todos una suma de tragedias vivas y dolorosas.

Hoy aplaudimos el magnífico buen sentido del dramaturgo indiano que quiso sólo trabajar comedias para que el público, descansando durante su representación del molesto fardo de obligadas pesadumbres, volviese al hogar con ánimo contento.

En fin, nosotros nos hemos dicho : Corneille pensó quizás en M^{lle} Agar cuando, dos siglos ha, escribía esta tragedia, primer fruto original de su talento con el que hizo enmudecer la envidia de sus incapaces émulos, quienes para vengar su nulidad, le repetían á menudo que sólo sabía imitar ajenas producciones.

El teatro llamado el Liceo es sin exageración alguna uno de los teatros más vastos y más hermosos de Europa. Nosotros habíamos visto antes de conocerlo, el de la Grande Ópera, el de la Scala de Milán, el de San Carlos en Nápoles, el de Dresden, de reciente data y el Costanzi en Roma; y sin embargo, nos produjo esta impresión en el momento en que á él entramos.

Tres anchas escaleras parten de su vestibulo, compuesto de tres naves cómodas y alegres.

Á la platea se llega por las dos laterales, y al primer piso, por la del centro, que es toda de mármol.

Tan pronto como se salva el último peldaño de las que conducen á la platea se encuentra uno en una sala que parece inmensa y que engaña al primer cálculo. Cinco órdenes de palcos alineados, como formando la parte ancha de un ovoide y sumando en todo 140 se elevan á una altura bastante regular.

La platea tiene mil trescientos asientos colocados con mucha holgura y comodidad. En ella, al revés de lo que sucede en la Grande Ópera y ya también en el

nuestro, puede el asistente tomar su luneta, sin rozar siquiera á los vecinos, cualquiera que sea la distancia en que ésta se encuentre.

El escenario revela, como la platea, que los arquitectos de este teatro estaban penetrados de que no se puede hacer escenarios de bancos en ninguna de estas construcciones, si se quiere naturalmente hacer algo que responda á los propósitos de placer y de bienestar de que ellas arrancan su origen.

En este teatro hay muy ricas y bellas decoraciones hechas por artistas catalanes. En él se ve que la ciudad que lo posee es, como decían los griegos, de alto coturno.

La sola cosa que los chilenos echamos de menos en estos valiosos coliseos de Europa, es la graciosísima y sorprendente impresión que produce el nuestro con sus palcos que semejan nidos artísticos de alegres y encantadoras huries.

Es imposible darse cuenta de la notable diferencia que á este respecto hay entre estos teatros y aquél. Aquí los palcos carecen en lo absoluto de atractivos, pues han sido formados con el propósito exclusivo de dar á las familias la comodidad de poder asistir á ellos sin *toilette* especial, tal como van nuestras niñas y señoras á la platea.

Esto, sin duda, es muy racional, pues de ese modo no se sacrifica ni la economía ni la salud; pero no es menos cierto que estos teatros carecen así de uno de sus más poderosos elementos de inocente y dulcísimo bienestar.

A propósito de esto mismo hablamos más de una vez con el simpático barítono Lalloni, que estaba entonces representando en este teatro.

Él alababa mucho el nuestro, y, como yo, recordaba con placer la presentación de nuestros palcos, que,

por si sola, importa y constituye un festín de alegrías para el asistente.

— El teatro del señor, decía Lalloni á unas personas que con nosotros estaban, es una alhaja. En ninguno de los en que yo he cantado he sufrido más temor de hacerlo mal que en él. Figúrense ustedes, continuó diciendo, que cuando se levanta el telón, el artista se halla frente á frente de centenares de preciosísimas señoritas, vestidas como si viniesen de un regio baile, y presentadas de manera que se las ve casi de cuerpo entero. La forma de los palcos, contribuye mucho á este espléndido golpe de vista. Todos ellos, decía, se hallan alineados dibujando una lira; y su cielo es un grande y artístico ángel dorado, cuyas alas se hallen hermosamente abiertas, como si el artifice hubiese querido significar que esos ángeles descenden de regiones superiores con la orden de confundir en un solo abrazo de luz y de esplendor á las hechiceras criaturas que bajo de ellos se ven apiñadas en indescriptible exhibición de alegría, de juventud y de belleza.

— ¿Habrá costado mucho ese teatro, pues, hombre, nos preguntaron los oyentes, y será muy grande y muy rico?

— No tanto, les contestó Lalloni : lo que hay es que en su forma no tiene rival entre los conocidos. Su sala de espectáculo es lo bello que yo le encuentro. Ese teatro es *mignon*, como dicen los franceses. En él se gastaron ochocientos mil pesos oro, es decir, poco más ó menos la duodécima parte de lo que cuesta la Grande Ópera.

— ¿También dan en él bailes de máscaras ? preguntó otro.

— No es costumbre entre nosotros dar esos bailes, les contestamos.

— ¡Cómo! ¿no tienen ustedes carnaval en su teatro, hombre?

— No, dijimos.

— Pues, hombre, si usted se queda dos días más aquí, verá el primero de los bailes de ese género que se dan en este teatro durante la presente temporada.

En efecto, asistimos á ese baile que duró hasta el amanecer.

¡Qué sorprendente golpe de vista presentaba la platea de este coliseo! Por medio de un alto entablado, se había unido el escenario con el piso del primer orden de palcos, de modo que en realidad uno creía encontrarse en una plazuela. Profusos adornos de todas clases, artísticos jarrones llenos de plantas raras é innumerables hilos de hiedra cortadas de trecho en trecho por encendidos lazos de cintas festonaban los cielos y los palcos, dándoles el aspecto de una gruta. ¡Qué hermosa velada! ¡Cuánta alegría y cuánta juventud palpitaba en aquel inmenso recinto donde sólo se escuchaban ó los melodiosos acordes de un vals ó los dichos graciosísimos de estos catalanes!

Un baile de éstos, aunque público, no ofrece jamás ningún motivo para arrepentirse de haber estado en ellos. Todo el mundo guarda el mismo respetuoso porte que se tiene en las tertulias de familia. Aquí no hay ebrios ni mozos de arenga. Todos se divierten como gente bien educada y contribuyen al regocijo general con sus buenas maneras y con su alegría.

Nosotros no tomamos parte en las danzas; pues, fuera de que ya nos creemos colocados en los balcones de estas fiestas, queríamos consagrarnos solamente á la observación. Y á la verdad que nunca nos hemos arrepentido de ello, desde que así gozamos de uno de los espectáculos de que se guardan eternamente dulcísimas memorias.

¿Cómo podría olvidarse una tal velada, á la que se habían dado cita tanta gentil catalana y tantos y tan alegres jóvenes?

Aquella expansiva comunicación, aquella abierta franqueza, aquella altiva hidalguía, peculiares á esta zona y á esta raza de España, ahí estaban palpitando en la danza, en la conversación, en los miles de animadísimos grupos que, al son mágico de una orquesta escondida bajo una selva de flores, formaban caprichosas combinaciones, y encendían, por decirlo así, la atmósfera con el calor de su entusiasmo.

Es indudable, nos decíamos en silencio, que no hay nada como un baile de esta especie para poder observar con precisión las líneas salientes de la índole y de la educación moral de un pueblo.

Recordábamos los sabios consejos que Carlo Magno dió á los maestros diciéndoles que dejaran siempre solos á los discípulos, á lo menos por un par de horas, á fin de que, desde estratégico escondite, les fuera fácil penetrarse de las inclinaciones de cada cual.

Declaramos con muy sincera satisfacción que la ausencia absoluta de bebedores, fué lo que más nos gustó en aquella reunión cosmopolita y numerosa. — Es innegable que mientras más culto es el hombre, más se aleja de las bebidas espirituosas que junto con debilitar la salud prostituyen ó, á lo menos, menoscaban los encantos de aquella santa y bienhechora, conversación que nace solamente de la alegría que proporciona el placer de hallarse con personas estimables ó una charla instructiva, digna y amena.

Entonces pudimos exclamar con el poeta : — « ¡Oh, moderación, cuántos bienes das al cuerpo y cuántos puros placeres al espíritu! »

X

Otro género especial de entretenimientos á que se entrega durante las primeras horas de la noche una gran parte de la población trabajadora, como asimismo de los marineros, son unos cantos y unos bailes llamados flamencos.

Tienen éstos lugar en una especie de teatros un poco más pequeños que el Lírico, que se denominan, como algunos que se les parecen en París, *cafés cantantes*.

Allá, cuando las sombras están bien pronunciadas, se abren al son de una pequeña orquestita. Se pagan diez centavos como prima, los que pueden emplearse adentro en cualquier cosa.

Tan pronto como se salva el umbral de la sala, uno se halla enfrente de un pequeño proscenio con su respectivo telón de boca y en medio de una crecida concurrencia, compuesta en sus cinco sextas partes de la gente á que nos hemos referido, y la restante, de mujeres y niños del pueblo.

Muy pronto comienza á llenarse el diminuto proscenio. Una especie de semicírculo de sillas de paja lo rodea en sus contornos. Luego entran tres varones vestidos de negro con chaleco de baile, camisa blanca sin cuello, pero en cambio con una valonilla vertical en la boca de la pechera, como la que no ha muchos años usábamos nosotros. Forman círculo en la parte del frente. Están armados de sendas grandes guitarras.

Las sillas laterales están ocupadas por una docena de mozas entre quince y veinticinco años.

Todas se hallan, como las heroínas de nuestras chinganas del *dieciocho*, bien *afeitadas y arrimangadas*.

La escena comienza por el baile. Las bailarinas tienen sus turnos señalados de antemano.

A una indicación que reciben del que está en medio de los tres hombres, el que hace de maestro de ceremonias, se desprende del círculo de las compañeras la bailarina número uno. Las guitarras á su vez modulan una especie de marcha, ó de dolora, ó de agonia, ó no sabemos de qué; de algo de todos los sonidos raros. La joven, mientras tanto, de pie al borde casi del escenario y con los brazos colocados á manera de abultada diadema en la cabeza, hace una serie de movimientos de alto á abajo, y viceversa; se pasa las manos por el rostro; toma luego el centro y describe un círculo al rededor de sus compañeras. Se detiene después bruscamente, haciéndose en las pupilas una especie de castañeteo. De cuando en cuando, toda la rueda anima á la bailarina simultáneamente á los gritos de ¡ole! ¡ole! ¡ah! ¡alerta, muchacha!

Desde entonces, ella acelera los movimientos hasta poner fin á su baile con una especie de sajuriana, esa inocente é higiénica entretención de nuestros mayores.

Cuando han bailado seis, avanzan los hombres de las guitarras, como si se hubiese ordenado á un batallón el cambio de frente. Uno toca, otro dirige la tocata con una especie de batuta, y el tercero canta.

Pero, ¿qué canta? Á la verdad que no sabríamos decirlo. Aquel hombre parece que se hallara respirando gruesas emanaciones sulfurosas, pues aulla como un can que siente agitarse en sus entrañas las temibles pildoritas de nuestros policiales; prolonga

los sonidos de las palabras hasta gastar toda la fuerza de los pulmones, y trabaja los tendones del cuello hasta ponerse amoratado. Hemos tenido oportunidad de ver que uno de éstos, en cantar ; una estrofa de de cuatro versos octosilabos ! se demoró cerca de un cuarto de hora.

El público de tan extraño espectáculo celebra mucho aquellos esfuerzos inarmónicos, aquellos acentos guturales como el chillido de nocturna lechuza, aplaudiéndolos frenéticamente.

Por nuestra parte, confesamos que no nos han podido gustar, pues hemos visto á una criatura humana no cantando sino padeciendo y dejando en el espíritu un desagradable recuerdo.

Otro tanto nos apresuramos á decir del llamado baile flamenco, al que faltan todos los caracteres de gracia, donaire y alegría que constituyen de ordinario los bailes nacionales de todos los países.

El pandero y las castañuelas, á cuyos vivos acordes los gitanos han alegrado en otros tiempos las aldeas y los campos de esta tierra, parece que yacen en Cataluña sepultados bajo el mismo polvo con que el olvido ha cubierto el recuerdo de esos festivos vagabundos que, si dieron buena tarea á la policía vigilante y celosa de su época, proporcionaron en cambio hermosos y celebrados temas á la novela y al teatro.

¡ Ojalá que Barcelona, que ha sentido hinchado su cerebro y su seno con el rico caudal de todas las ideas y de todos los modernos adelantos y con un inesperado y prodigioso aumento de población, reemplazara esos melancólicos, y á veces poco decentes entretenimientos para su clase humilde, con cantos en que tomaran parte el arte y el buen gusto ; y esos sus bailes, con otros que, sin ponerse de riña con los placeres sencillos y puros, porque el cansancio suspira,

estuvieran más de acuerdo con las imprescriptibles leyes de lo honesto!

Ello, lo aguadarnos con fe, vendrá. La tarea im-proba de la reforma necesita á veces de siglos para llevar los beneficios de su acción y de su mano á las capas inferiores de los pueblos ; y, así como del árbol que se seca, lo último que se desentraña son sus añosas raíces, Barcelona hará también que se pierdan para siempre en el vacío del olvido las notas de esos instrumentos que hacen llorar á los hombres y danzar lúgubrementemente á las mujeres de su bajo pueblo, matando el arte y ofendiendo el oído de una manera grave.

XI

Hemos visitado con mucha frecuencia el parque de paseo, extenso jardín rodeado de bosques ya muy desarrollados, con plazoletas y con todo género de asientos, los que por hallarse perdidos á la sombra de poéticos y apacibles sitios, invitan al reposo y á un dulce sueño. En el centro, se eleva una portada parecida en mucho á la que se avanza al frente del soberbio palacio del trocadero de París. Desde una altura como de veinte metros, se precipita, hacia una espaciosa fuente, recorriendo una caprichosa gradería de estalactitas, una columna de blanquecina y espumosa agua, cuya vista alegra el corazón y provoca la sed.

Este parque tiene una extensión de cincuenta cuardras; lo rodea una hermosa verja y está delineado

por cuatro alamedas exteriores que le sirven de vestibulo. Se halla á diez minutos sólo de la ciudad, en el sitio en que Felipe V, el primer Borbón, el nieto de Luis XIV, construyó una poderosa fortaleza para mantener á raya el ímpetu belicoso del catalán.

Hoy, de aquella fortaleza sólo queda un mísero torreón, en donde vivaquea un centenar de soldados.

Este parque es la grande y soberbia sala de recibo que posec Barcelona, y adonde acuden el enfermo, el holgazán, la aristocracia y el obrero que ha terminado sus faenas, á llenar sus pulmones con aire de rico oxígeno y sus ojos con los deliciosos panoramas que ofrecen sus árboles, sus flores y sus aguas.

XII

Empero, si el salón de Barcelona es soberbio, su antesala no lo es menos.

Al hablar así nos referimos á la bonita explanada del puerto, que tiene cerca de ocho cuadras de longitud por dos de ancho. Es perfectamente plana, y hoy forma el límite oriental de la ciudad en reemplazo de un fuerte muro que ha poco existía en este carácter.

Es un golpe de vista muy agradable el que presenta esta explanada. Ella comienza muy cerca del mar, como á unos venticinco metros, zona que deja para las operaciones de la carga y descarga de los buques. De ahí se extiende hacia el poniente, en un sentido paralelo á la línea de las aguas, y termina

por una alameda de palmeras que tiene su mismo largo y un ancho de veinte metros. Estas palmeras distan apenas unas de otras ciento cincuenta centímetros, y hoy, casi en su mayor parte, se elevan á tres metros.

Desde esta alameda original, que es una viva reproducción de la que hemos visto en el jardín botánico de Río Janeiro, el paseante domina toda la bahía que es tres veces más grande que la de Marsella y tranquila y azul como un cielo de primavera.

Esas aguas que parecen negarse á servir de teatro á fuertes impresiones han sido, sin embargo, abiertas en hondo surco por las quillas de las pesadas galeras que á don Juan de Austria, el glorioso vencedor de Lepanto, llevaron en 1535 á humillar la soberbia y el orgullo tradicionales de Barbarroja.

Por ellas ha cruzado también sombría y silenciosa, como la imagen del dolor y del arrepentimiento, la enlutada nave que trajera, en calidad de prisionero, al heroico, arrogante, enamorado y caballeresco vencido de Pavia, quien, después de haber muerto siete enemigos con su propia mano, y escrito á su madre con la sangre tibia aún de esas víctimas la clásica frase que tres siglos han repetido como levantado lema de conducta: *Todo se ha perdido menos el honor*, se vió forzado á seguir el carro de triunfo de Carlos V, su glorioso émulo que á la sazón, habíalo vencido en el doble terreno de la diplomacia y de la guerra.

Es allí también, en esas aguas, en donde han lucido su garbo y su velocidad las primeras naves de hélice que España construyera.

Allí, en ese alegrísimo y primitivo asiento de esta hoy soberbia capital, se halla la Barceloneta, curiosísimo,

histórico y muy importante barrio de este pueblo.

El, á semejanza del clásico Barón de nuestro amado Valparaíso, tiene los baños de mar mejor servidos y más concurridos, con la notable diferencia, por lo que toca á los de ahí, que estos establecimientos son muy cómodos y muy baratos. Puede decirse que tienen las famosas tres bees que usan, como seductor y atrayente nombre de bautismo, más de algunos de nuestros duchos comerciantes.

Esta Barceloneta contiene también los cuarteles más espaciosos no sólo de Barcelona sino quizás de la mayor parte de las provincias de España. Está además cuajada, digámoslo así, de muy importantes fábricas.

Nosotros visitamos una á una todas esas fábricas, siguiendo rigurosamente el orden que nos trazó un minucioso guía que con nosotros camina.

Pudimos así darnos cuenta cabal de la Fábrica Municipal de gas Lebón, que ocupa una extensa superficie; otra que llaman *El Vulcano*, en honor sin duda á la mitología. Esta fábrica construye solamente máquinas. Construye también esto mismo la de los señores hijos de A. Pféiffer, pero con la diferencia que se dedican sólo á las agrícolas.

La Maquinista Terrestre y Marítima ocupa una categoría de alta escala, pues construye toda clase de buques de hierro.

Es también muy digno de particular mención el taller de los señores Alexánder, que construye poderosos motores.

La Sociedad Catalana de Gas eleva también á la atmósfera de este pueblo laborioso, varonil y bello las anchas y ennegrecidas bóvedas de tres inmensos gasómetros capaces de producir una docena de millones de metros cúbicos por año.

Es una cosa muy curiosa lo que á uno le sucede por estos mundos y en estos viajes. Aquí, vergüenza da decirlo pero es conveniente, viene uno á ver que ; en su tierra ! nada visita, nada conoce, á diferencia de lo que por acá se hace. Nosotros nunca hemos visitado con ánimo estudioso lo que tenemos ; y, lo que es más digno de serio comentario, es que ni siquiera sospechábamos que también poseemos cosas muy valiosas é interesantes.

Todo esto se nos ocurría á medida que íbamos recorriendo este gasómetro catalán ; pues alguien nos preguntó cuántos teníamos. Dimos una respuesta evasiva, porque no sabíamos en realidad qué decir. Empero, conforme al adagio de que *en todas partes se cuecen habas*, las gentes de estos mundos no son más conocedoras de sus localidades que nosotros de la nuestra. ¡ Cuántas veces hemos sido maestros entre alguna buena parte de ellas, respecto á sus teatros, museos, fábricas, y lo que es más consolador para nuestra pereza, respecto de sus paseos públicos !

En fin, completan aquel vasto cuadro de sencillos y dulces placeres, los animados grupos que á toda hora del día y de la noche recorren la espaciosa alameda, la suavidad de la temperatura que, en la parte más rigurosa del invierno, mantiene el termómetro en quince grados sobre cero, y la belleza del cielo, rival del de Nápoles, al que ninguna nube empaña y al que el astro del día jamás niega su luminosa visita.

XIII

Esta ciudad, pues, es en toda la extensión de la palabra, espléndida. Empero, debemos confesar que ella no nos ha impresionado tan ventajosamente á su favor ni nos ha parecido tan grande y atrayente sólo por sus fábricas innumerables; por la belleza de su puerto, en el que millares de embarcaciones de todos tamaños y nacionalidades traen y llevan los productos de la industria del mundo entero; por la hermosura de sus alrededores, sembrados de encantadores sitios de recreo, ni por sus soberbias alamedas, ni, en fin, por las múltiples, fáciles y baratas comodidades que ofrece al transeúnte en sus innumerables, espaciosos y bien confortables cafés.

No, en donde hemos visto alzarse á Barcelona hasta la altura de los generosos y envidiables meridianos de la gloria, es en sus casas de caridad. Es allí donde ella vive verdaderamente grande y querida; es allí donde el noble espíritu de la raza ibérica, irradiado en las encarnaciones excelsas de Pelayo, de Gonzalo de Córdoba y de El Cid, ostenta las luces arrebatadoras del Tabor.

Barcelona, en efecto, no sólo ha abierto con una mano sus puertas á todas las industrias y á todos los adelantos del presente siglo, *siendo la primera que en España clavara el primer riel*; sustituyera á los esfuerzos de los músculos humanos, los poderes de esa moderna potencia que se llama el vapor; alumbrara las delicadas galas de su persona, con las

auroras engendradas por el gas y por los focos eléctricos; y provocara y dilatara las producciones de su inteligencia por medio de la imprenta; sino que, con la otra, ha abierto también de par en par las puertas de su misericordia á todos los desvalidos, á todos los enfermos, á todos los que sufren, á todos los que lloran.

Ella posee espléndidos y cómodos establecimientos de beneficencia, para el expósito abandonado por endurecido corazón á los rigores del hambre y del frío; para el niño huérfano que pide á la caridad las atenciones que le robara la prematura muerte de sus próceres; para la virgen que busca seguro rincón en donde continuar el sueño feliz de la inocencia; para las Magdalenas arrepentidas que han llorado, al pie de la cruz del Cristo, pretéritos extravíos; para el anciano á quien la fatiga de los años pide sombra, descanso y sueño; para el marinero, el soldado, el sacerdote, que han perdido la juventud y el vigor en las batallas de sus respectivas milicias; y para aquel, en fin, que, más afortunado que todos sus demás compañeros de desgracia, sólo ha perdido la razón en los violentos choques de las embravecidas olas del vasto, agrio y descompuesto océano de la vida humana.

Bajo las alas, pues, de su caridad ardiente, hallan dulce y tranquilo refugio todos los dolores. El hambre encuentra hartura; la sed, agua cristalina y viva; la horfandad, familia; la ancianidad, descanso y tumba; la inocencia, defensores y abrigo, y el arrepentimiento perdón.

¡Cuán dulcemente se dilata el espíritu, bajo las bóvedas sagradas de aquellos templos del corazón, en cuyos altares sólo al dolor se queman inciensos y se elevan colectivas plegarias; y en donde no hay

más amo que el que sufre, que el que tiene hambre, que el que tiene sed, que el que no paga y el que nada puede dar, porque nada tiene!

Barcelona, en una palabra, es una ciudad que ocupa en Europa un elevado rango. El extranjero halla en ella tema de estudios serios y de sostenido entretenimiento para un par de meses por lo menos. Nosotros hemos recibido sus favores por buen número de días, y confesamos, agradecidos, que jamás sentimos las dolencias del fastidio.

XIV

En fin, después de esta no corta permanencia en este pueblo tan encantador, comenzamos el arreglo de nuestras maletas para continuar nuestro estudiado y trazado rumbo, por toda la parte oriental de esta península, que el Mediterráneo alegra y baña, y á la que un clima siempre amante y siempre risueño, mantiene en perpetua primavera.

Éranos forzoso partir á la media noche, en demanda de Valencia; y, cuando, ocupados en esa penosa misión que todo viajero teme, que se llama *arreglo de cuentas* (¡el temible cuarto de hora de Rabelais!) estudiábamos escrupulosamente las partidas, hétenos que nos viene á sorprender, como á la cabra de la fábula, una voz dulce y argentina que, en claro y purísimo castellano, cantaba al son de una guitarra andaluza, ¡¡una de nuestras populares canciones!!

Escuchamos, ¿quiénes serán las que así cantan? nos decíamos (pues comenzábamos á percibir otra

voz, que servía de bajo á la primera). Fuimosnos aproximando en la dirección que venía aquel canto nuestro, ¡aquella voz de la patria! ¡de la patria! sobre todo de los dorados y exuberantes veinte años, en cuyos meridianos se mezcla de ordinario, á la luz de entusiastas y juveniles impresiones, *¡un acorde de vihuela!* pulsada por mano temblorosa, bajo los árboles de nuestros campos de vacaciones, en medio de alegres grupos y cuando no conoce el alma, ni tan siquiera de nombre, á ese enlutado personaje que, en la pila bautismal del dolor, ha recibido las denominaciones de *melancolía* ó *desengaño*.

Aquellas voces abrían los aires esparciéndose en ondas de gratas armonías. Salimos á la Alameda; un crecido grupo se estrechaba al rededor de una luminaria eléctrica, lo penetramos y vimos ¡Dios santo! á dos jóvenes al parecer decentes, como de veinticinco años que con los ojos cerrados cantaban aquella tiernísima y bien entonada canción. Delante de ellas avanzábase, como arista de silenciosa montaña, otra de parecida edad á quien faltaba la pierna derecha y que pedía para aquellos ruiñeños y para sí misma una modesta y bendita limosna.

Estábamos, pues, en presencia de una sociedad anónima, cuya razón social era ¡¡el hambre!! Sus socios, á quienes misteriosa fatalidad había incomunicado con el mundo de los colores, cerrándoles los ojos á luz pasajera é indecisa de esta vida, tenían como capital una garganta privilegiada y un espíritu sin duda sensible á las tiernas impresiones, puesto que así tan dulcemente cantaban y puesto que así tan enérgicamente impresionaban con su canto.

Hemos dicho que cantaban una de nuestras populares canciones, y es la verdad. Tratábase de esa melodía triste y elevada á la vez, conocida con el

nombre de « El Cisne », y cuyas estrofas sencillas y poéticas contienen un juramento ardiente de eterno amor y de eterna fe :

Soy como el Cisne
Que canta y muere :
Muero cantando
De amor por ti.

Tal fué el final de esa canción y de esa sorpresa.

El espíritu humano es dominado fácilmente por cualquiera escena que le recuerde las históricas penas de los grandes dolores.

Dilatáronse por eso los horizontes de nuestra memoria hasta salvar la inmensa distancia que separa á la edad moderna de los tiempos antiguos. Aquellas infelices, que tal vez perdieran la luz atendiendo á una madre moribunda ó derramando torrentes de amargas lágrimas al recuerdo de un perdido amor ó de una innoble ó villana traición, que compraban el escaso sustento de cada día al precio de una espantosa violencia : ¡¡cantando!! cuando desearían quizá llorar; ¡¡entreteniendo!! cuando necesitarían consuelo, en medio del lóbrego abismo de esa eterna noche que envuelve como inmenso y doble sudario, el alma y el corazón del pobre ciego, nos recordaron á Homero, á Ossían y á los infortunados prisioneros de la guerra de Siracusa, que también compraron su pan, cantando de puerta en puerta ó al pie de los banquetes de los poderosos sus inmortales poemas los primeros, y las estrofas no menos inmortales de Eurípides los segundos.

Asimismo ocuparon su puesto en aquel pasajero recuerdo, los enamorados trovadores de la infortunada y dulcísima lengua de Oc. Parecíanos que escuchábamos las tiernas endechas de esos románticos

noticieros de ¡aquellos tiempos! (quién sabe si más felices que los actuales) en que las fuentes de perpetua inspiración eran para el caballero, su Dios, encarnación de todo principio recto, noble y justo, y su dama, imagen viva y graciosa del sublime misticismo amoroso que sólo pedía una flor delicada como soberana recompensa á los triunfos obtenidos en las brillantes arenas del torneo ó en los sangrientos campos de batalla.

Empero, hoy no existen ni los Homeros ni los Ossian; ni hoy, siglo de monedas y de tanto por ciento, se libertarian los esclavos al precio de una sentida canción. Tampoco se divisan ya trovadores ni castillos feudales en todos los dilatados ámbitos de estas tierras, calcinadas por el soplo ardiente de centenares de ambiciosas evoluciones.

Solamente en España queda, como resto ceniciento de aquellas edades, la pobre y desaliñada ciega que canta como el pasado trovador y que recorre las calles y las plazas al amoroso son de la única amiga que conserva en su orfandad, para recibir, en pago de las armonías que regala, modesto mendrugo de pan brindándole por mano caritativa.

Retirámonos al fin de aquel sitio á que nos llevara una ilusión y del que nos apartaba la proximidad de la hora en que debíamos marchar á la vecina Valencia.

Cuando tomamos el tren y comenzamos á sentir vagar por nuestras pupilas los precursores de ese tierno amigo de todos los que sufren, que se llama sueño, repetimos maquinalmente la última estrofa de la escuchada canción, que traíamos adherida poderosamente á nuestra memoria y á nuestro oído, cual si fuera el adiós que Barcelona nos enviara desde al alto asiento en que la han colocado su industria, su mar y su bravura.

DE BARCELONA ⁿ A VALENCIA

I

Durante las horas de aquella segunda marcha por España nada pudimos divisar, ni siquiera promover ligera plática acerca de los puntos que atravesábamos en medio de sombras espesísimas, pues los compañeros dormían profundamente.

En el tren que nos llevaba no vimos carros dormitorios. En cambio, el coche en que íbamos se prestaba admirablemente para hacer ese oficio, y en sentido económico, pues sus asientos eran anchos sillones de levantado respaldo con un doble fondo; lo que permitía, tirando horizontalmente el segundo, formarse una especie de cama de campaña blanda y de regular extensión.

Como nadie hablara ahí y nadie al parecer pensara hacerlo, acomodámonos en nuestra sitio, y, ajustándonos al aforismo : *Á la tierra que fueres, haz lo que vieres*, nos dormimos también.

No tuvimos, pues, el placer de divisar el Ebro, que

goza fama de belleza y de ser el río más largo de esta península. Él desemboca, como se sabe, en el Mediterráneo, casi en los confines de la provincia de Tarragona, que es el límite meridional de la provincia de Cataluña y que nosotros salvamos desgraciadamente como á las tres de la madrugada, es decir, cuando el sueño era más enérgico.

Sabíamos que dicho río es navegable hasta Tortosa, adonde acarrea todos los productos de Navarra y Aragón, entre los que sobresalen aceites, trigos y excelentes maderas.

Sabíamos que en ese trayecto la provincia de Cataluña posee fábricas de todo género. La tradicional grandeza de Tarragona allá, en aquellos tiempos en que ella fué el centro del poder romano en España, en los que tenía un millón de habitantes y en los que era residencia, á lo menos de verano, de los Escipiones y de Octavio Augusto, se presentaba á nuestra mente como la confirmación de la verdad expresada por el poeta clásico de este país, por el cantor de las pasiones y de los más desconsoladores aforismos :

¿Qué hay que la edad
Con su rigor no altere?

Un viaje por estos países no es tan sólo importante por las grandezas que tienen sino especialmente por los restos que aun conservan de todas las que han perdido.

Á cada momento podría uno repetir en ellos las estrofas de Rioja; porque no hay uno solo de ellos, por humilde que sea hoy, que en la antigüedad no haya sido teatro de algún hecho histórico ó no haya poseído algún edificio célebre.

El que hace estas excursiones con el ánimo pre-

concebido de visitar cosas solamente nuevas y agradables á los ojos, debe sin duda experimentar fastidios y contrariedades, con mayor razón si ha visto antes á Paris. No; para que estas excursiones sean agradables, es indispensable hacerlas con la historia en la mano ó en la mente; es absolutamente necesario estar dominado por ese gusto del arqueólogo ó del filósofo, que vive alimentándose de los recuerdos que el pasado lega al presente, como una trasmigración de su alma, ó como el testamento solemne de lo que constituyó su fortuna y su gloria.

Nosotros, por suerte, así hemos viajado. Veníamos, como lo dejamos dicho, de la zona en que la moderna civilización ha tenido á bien reunir todo lo que en este planeta pasa por arrebatador, todo lo que ha inspirado á los poetas y á los artistas, todo lo que ha satisfecho las creaciones exigentes de la ardorosa imaginación del sibarita. Empero queríamos palpar las huellas que el tumultuoso pasado de España ha trazado en su suelo; y por esto, no nos aburríamos en ella sino cuando la noche nos robaba entre sus sombras, cualesquiera de los objetos, ríos, montañas ó ruinas que deseábamos visitar.

El viaje en el trayecto á Valencia nos incomodó por lo tanto; pues estimamos dolorosamente perdidas todas las horas de aquella noche de marcha que temíamos fuese eterna.

Empero, muy luego, con las primeras luces del naciente día, olvidamos en absoluto lo perdido para entregarnos sin reserva á las gratas impresiones que recibíamos en los campos que atravesábamos.

II

¿ Ha sentido el lector alguna vez el placer inefable que de nosotros se apodera cuando, después de estar soñando con escenas atroces, después de habernos visto rodar hacia un espantoso precipicio, despertamos de repente en medio de todo lo que nos es querido ; y, en vez de las tinieblas del abismo que iba á tragarnos, hallamos la luz y el sol espléndidos de una dorada mañana de primavera, en la que las aves cantan en el cielo y las flores engalanan y perfuman la tierra ?

Si tal cosa ha experimentado, como lo suponemos, pues sería imposible que no haya gozado alguna vez de esa dicha de drama, comprenderá sin esfuerzo cuál sería nuestro asombro cuando de súbito, sin que nada lo anunciase, sin esperarlo (merced á nuestra supina ignorancia) nos hallamos envueltos completamente por un panorama delicioso que nos enajenó el corazón y el pensamiento.

Por todas partes, en efecto, hacia cualquier punto del horizonte que se dirigiera la mirada, veíamos inmensos bosques de olivos, de higueras, de vides y un suelo, sobre cuya superficie comenzaba á levantarse, erguido y robusto, el tallo del trigo que, en usurario préstamo, se le había dado en época no lejana.

Ese rico manto de verdura no terminó sino para permitir el comienzo de la espléndida y nunca bien ponderada huerta de Valencia, que es una extensión de tres leguas cuadradas, formada casi exclusiva-

mente de naranjos, granados, limoneros y palmeras.

La línea férrea la atraviesa en dirección casi de norte á sur, dividiéndola en dos cuarteles, sobre los cuales los ojos asombrados del viajero no veían otra cosa que maduras frutas, tejiendo dos capas superpuestas : la que el impetu del viento había colocado sobre el campo, como soberbia y espléndida alfombra de escarlata, y la que, en forma caprichosa de inmensa, áurea é inquieta diadema, se agitaba en los cogollos verde-oscuros ó verde-claros de los nobles arbustos de que nacían.

Aquella atmósfera cargada con los aromas de los sueños de *Mil y una noches*, que recuerda con enérgica oportunidad el mitológico jardín de las Hespérides á que el infortunado Hércules despojara de sus tradicionales manzanas; el suave y multicolor oleaje de aquel océano de hojas y de ramas que se inclinan al dulce peso de su carga delicada y sabrosa y las palmeras aristocráticas y esbeltas que, elevadas majestuosamente sobre aquel trono, parecen desdenar los tributos que, en asombrosa profusión, les presentan esos súbditos de estirpe distinguida, constituyen un conjunto de armonías plásticas, de colores, de viveza y de gracia que ni el estro del poeta ni la paleta del pintor, á pesar del inmenso poder de sus divinas inspiraciones, podrían traducir quizás por la palabra ó el lienzo.

Ese valle de perfumes es un dulcísimo, tenue y musical suspiro de la naturaleza que, tal vez cansada de producir seculares encinas, soberbios robles y taimados espinos, que sólo gustan de luchar con las tempestades, con el rayo y con el acero y de imponerse por medio del terror, quiso tejer este encaje vaporoso, á fin de reposar, recostada un momento en medio de sus perfumados pliegues, de la tarea infa-

tigable que desde el principio de los tiempos le reclama toda la misteriosa energía de sus fuerzas creadoras y potentes.

Esta verdadera maravilla de España, que se repite en pequeño muchas veces en distintos otros sitios, concluye abriendo paso á la interrumpida verdura, sobre la que ella semeja un encendido y titánico rubí, engastado en un anillo inmenso de vides y de bosques de toda especie de frondosos árboles.

En estos encantadores sitios recordábamos con gusto los conceptos que sobre España emitía siempre á bordo de nuestro *Aconcagua*, un distinguidísimo inglés residente en Valparaíso, Mr. Perrin. Con motivo de que á menudo se suscitaban ahí acaloradas controversias acerca del valor actual de esta nación, ese caballero decía: « No hay que equivocarse, España es el jardín de la Europa. »

Nosotros confesamos que, á lo menos entonces, cuando empapábamos nuestros ojos en aquel cuadro de matices infinitos y llenábamos los pulmones con aquel ambiente fresco, tenue y perfumado por tantas agradables emanaciones, nos repetimos de una vez á nosotros mismos: ¡Cuán cierto es lo que nos decía Mr. Perrin!

Y como si aquella parte del territorio español hubiese querido confirmarnos la verdad y la justicia de tales elogios, á cada instante nos presentaba otros risueños panoramas, como nuevas notas agregadas por secreto empeño, á aquel arrebatador concierto de bellezas y de agradados.

El célebre reino de Valencia, asiento por tantos años de los ya por aquí extinguidos árabes, no tiene en realidad de qué quejarse por haber sido gobernado por esa raza altiva, soñadora y hábil. En todas partes, á cada paso, encuentra por esas zonas el viajero

claras huellas del poderoso y benéfico impulso que esos musulmanes imprimieron á la agricultura con sus sistemas de irrigación y cultivo.

No hay otero, no hay monte, no hay ladera que no se muestre absolutamente cubierta de árboles frutales ó de sementeras. En todos ellos parece que existe escondido, como recuerdo lejano, un melancólico lamento.

En todas las obras que salieron de las manos islamitas, hay no sabemos qué de atrayente y de triste. La naturaleza exuberante de estos climas, por otra parte, contribuye á dar más energía á las memorias que de su paso dejaron escritas para los siglos esos trabajadores infatigables que España debió empeñarse en conservar á costa de cualquier importante sacrificio.

No se puede, pues, cuando se tiene el infortunio, digámoslo así, de saber todos los extravíos en que ha incurrido la humana flaqueza, pasar indiferente por entre esta verdadera *Via Apia* que esconde una tumba, aun entre las flores de sus no interrumpidos jardines.

III

Así, entre alegrías y tristezas, entre las luces del presente y las sombras del pasado, continuamos aquella marcha inolvidable hasta que, como si oculto enemigo se hubiese propuesto apesadumbrarnos poniéndonos delante de los ojos los más trágicos sucesos

de que la historia conserva dolorosos recuerdos, nos detuvimos frente á frente del sitio en que se alzó la heroica y desventurada Sagunto.

Todos los compañeros de viaje, que sabían al dedillo la terrible catástrofe que sometió esa ciudad á los cartagineses á principios del siglo tercero antes de J. C., nos contaban bondadosamente los detalles... ; hasta creían poder indicarnos el punto en que los saguntinos, después de una resistencia de mortales ocho meses al estrecho cerco que con ciento cincuenta mil hombres les puso el famoso Anibal, encendieron la hoguera á que se precipitaron todos, sin recordada excepción!

Ahí, nos decían, en esa arruinada fortaleza que usted está mirando, en la cima de esa colina, las madres de Sagunto clavaron agudo y valeroso puñal á sus hijos y á su seno, á fin de que los enemigos sólo hallasen, al penetrar en sus moradas, los despojos y los crespones de la muerte.

Nos aseguraron que aun existen intactos en su mayor parte, el templo, el teatro y muchos edificios de aquel pueblo. Hoy se alza sobre sus ruinas, que debieron ser conservadas todas como perpetua cátedra de heroísmo cívico, el llamado Murviedro, sobre quien pesa la gloriosa obligación de servir de colectivo centinela á los escasos restos que, á pesar del olvido y de la desidia de los hombres, quedan acumulados en oscuro y apartado rincón.

Nosotros volamos en alas de la historia, á la rendición de *Birsa la africana*, último baluarte de la infortunada Cartago que también alumbró como Sagunto su ardiente sepulcro, y cuyo infortunio y cuyas ruinas humeantes arrancaron á Escipión entristecido aquel verso de Homero que nos transcribe á la lettra el historiador Polibio : ¡¡ UN DÍA TAMBIÉN VERÁ CAER

TROYA, LA CIUDAD SANTA, Y PRIAMO Y SU PUEBLO INVENCIBLE!!

La imagen romántica de Dido, la enamorada sin fortuna del peregrino Eneas, se cierne como vaporoso y poético complemento de tantos gloriosos dolores, entre los melancólicos recuerdos que se han alzado de aquellas dos cruentas piras de heroísmo y de noble y de voluntario martirio. La patria en que ellas se encendieron, les ha tejido coronas cuyos laureles no han de marchitarse, mientras quede en el fondo del alma humana un poco de calor, para rendir justo homenaje de respetuosa admiración á los actos que llevan el sello augusto de un levantado y espontáneo sacrificio.

En estos sitios el hombre se siente verdaderamente sobrecogido de misterioso pavor. Parécele que ellos son los únicos seres elocuentes de la creación, pues poseen la persuasión incontrastable que produce lo que se levanta por sobre todas las arteras y porfiadas controversias que á menudo suscitan la emulación y la envidia. Si un cadáver se hace sagrado en su sepulcro por más vulgar que haya sido el espíritu que lo animó, si sólo despide desde el seno de las cuatro tablas que lo encierran los recuerdos de las escasas virtudes que éste cultivara, ¿quién sería bastante audaz para sostener que, en estas anchas tumbas de millares de mártires y de centenares de héroes, el ánimo no se siente dominado por un influjo irresistible, como si el juicio de Dios nos condenara á confesar que han calumniado villanamente á la conciencia humana los que aseguran que el hombre es refractario del verdadero sentimiento de justicia?

Quien no haya sentido palpar aceleradamente el corazón ó debilitarse sensiblemente la energía de su pulso, al pisar la tierra que empaparon con su sangre

los héroes ó los redentores, no tiene derecho á considerarse como un ser moral, pues falta á sus fibras el elemento que posee el exclusivo privilegio de animar la materia para levantarla por el calor de noble espíritu, hasta las alturas envidiables en que viven los pasmosos actos que engendran el heroísmo y el sacrificio.

En fin, todas las sombrías y obligadas reminiscencias que surgen del seno de nuestra memoria en presencia de las ruinas solitarias de una hecatombe ó del sitio que ha servido de teatro á una trágica historia, no se disiparon sino cuando el tren se detuvo en la deseada Valencia.

VALENCIA

I

La estación á que descendimos es grande, bien ventilada y cubierta como la de Santiago por una techumbre de zinc, que se halla interrumpida por lumbreras de vidrio de regulares proporciones. En ella, como en Barcelona, existe mucha animación.

En el camino nos habian dado el nombre del hotel que pasa por el principal, « La Villa de Madrid », y nos dirigimos á él. Cuando estuvimos fuera de la estación, á cuyo recinto, sea dicho de paso, no entra sino el que tiene boleta de partida, se nos acercaron varios hombres ; algunos ¡ con mantas ! invitándonos á subir en un transporte indefinible por su rareza que ahí llaman *tartana*.

Esta tartana es una especie de antiguo carretón de panadería, alto, de dos ruedas y de toldo convexo, casi semi-cilíndrico. Forman sus tiros dos largas varas de pino en cuyo medio va colocado un gordo y gran rocín. Él tiene como un metro cincuenta centi-

metros de ancho; y sus asientos, que son ocho, cuatro por lado, están dispuestos como los de nuestras finadas carretelas. Su color es *¡todo negro!* y hace un ruido bien poco modesto.

Si hemos de ser francos, la verdad es que nos separamos con secreto terror de aquel fúnebre solicitante, que nos recordó á nuestro temido viajero nocturno *de cierta casa de la calle de San Francisco*. Si la tartana tuviese como él aquella cruz blanca que, como rayo de melancólica luna, ostenta en el fondo oscuro de su pecho, todo estaría nivelado.

Estos coches son los únicos de comercio que se divisan en la ciudad, los cuales, además de lo dicho, constituyen una perpetua molestia para el tránsito público, pues las calles son en general muy estrechas. Preferimos, como debe presumirse, dirigirnos á pie al lugar de nuestro destino, el que era una plaza irregular y pequeña á la que dan acceso cuatro angostas callejuelas.

En su parte norte, se halla situado el hotel referido, que tiene tres pisos espaciosos, cómodas habitaciones y un regular comedor. El precio de los servicios es módico y la gente amable y muy atenta. Arreglados en forma con nuestro hotelero, salimos á recorrer á Valencia.

Mientras andábamos sin rumbo fijo, á la ventura, no podíamos dejar de pensar en el orden que reina en las estaciones de los trenes de toda esta Europa. Por una puerta se entra á ellas y por otra se sale, indefectiblemente. En todas partes dominan la fiscalización, el método y la severidad. En todas partes se vela con empeño por los haberes y el bienestar del pasajero.

¿Cuándo tendremos esto en nuestra tierra? nos decíamos. ¿Cuánto no ganaría el Estado si á los con-

ductores de sus trenes y á los viajeros se les tuviese siempre á la vista, como sucede por aquí?

En verdad, el desorden que entre nosotros reina á este respecto da la medida más elocuente de los gravísimos males que nos hace la política casera en que vivimos; y de la que, sea dicho con rubor, pero sinceramente, tanto nos gusta ocuparnos.

¿Quién no sabe que en nuestros ferrocarriles el abuso es una vergonzosa moneda corriente? ¿quién ignora que no sólo individuos sino familias enteras viajan en ellos sin pagar un centavo, escudados por la desidia que nos gobierna y que nos impide tomar de una vez por todas las sencillísimas medidas que por aquí son corrientes?

Ningún pasajero entrega su boleta al conductor; ninguno entra á las estaciones sin boleta, salvo, cuando con permiso especial y por puerta especial, se va á despedir á alguien. Nadie, cuando un tren llega, sale de la estación *sin entregar su boleta* á un empleado *ad hoc* que se tiene puesto como un poste y en la compañía de dos policiales á lo menos. Á mayor abundamiento, en cada estación hay otro funcionario que tiene también el encargo de revisar los boletos de pasaje, de marcarlos con signos especiales y de tomar nota de su número.

¿Cómo se podrá así, con sólo este sencillo procedimiento, robar al Estado ó á los dueños de los ferrocarriles?

El conductor es por sí mismo nada, como también los jefes de las estaciones, desde que tienen forzosamente que ser vigilados á su vez por aquél, y nada asimismo los empleados en las puertas de salida, desde que sus registros deben tener dos comprobaciones ó controles de carácter muy fidedigno.

No queremos decir palabra acerca de la seguridad

en que marchan las mercaderías y objetos que estos trenes transportan. No sabríamos expresar lo que habríamos dado porque una oportunidad cualquiera nos hubiese permitido saber lo que se hace por aquí con los conductores y con los empleados de los trenes en que se cometieran las repugnantes maniobras que en los nuestros, merced á una impunidad que nada puede justificar.

En fin, en estas divagaciones se pierde uno cuando empapado en ardiente espíritu de progreso para el rincón en que se ha nacido, se siente la necesidad de gastar hasta el último esfuerzo en el sentido de llevarse á su tierra cuanto bueno hay en estos mundos, todo lo que se nos presenta como fácil y hacedero.

¿Para qué servirían entonces estos viajes si en ellos no se asimilara el que los hace las ideas, las prácticas, los conocimientos de los hombres que, siendo muy anteriores á nosotros en el goce del progreso y de la civilización, tienen el derecho de ser nuestros maestros?

II

La inspección y estudio de Valencia fueron completos y minuciosos; lo que nos permitió tomar nota severa de sus múltiples factores de existencia.

Desde luego, nos llamó la atención su plano irregular, que se compone de dos partes bien distintas, conocidas con las denominaciones de Valencia antigua y Valencia nueva. Aquélla es un laberinto de

callejuelas por donde apenas puede pasar una de las descritas tartanas, formadas por edificios sin arte y sin gusto, ordinariamente de tres y cuatro pisos.

El que se aventure sin guía en aquel dédalo, se perderá, de seguro, media docena de veces.

Este hábito antiguo de hacer estrechas las calles y altas las casas tiene por aquí la explicación de que, de este modo, se refrescan las ciudades de clima ardiente, pues se cierra el paso á los rayos solares que, en verano sobre todo, tienden á caer á plomo sobre el infeliz transeúnte.

Nosotros guardaremos discreto silencio sobre este asunto. Diremos sí que él está en desacuerdo con el hecho de que hoy en Europa, las antiguas ciudades han visto caer sus fuertes ex-muros bajo la acción regeneradora de la pica y de la azada modernas, para dilatarse con delicia, hacia fuera de sus primitivos linderos, cual persona que después de violenta posición se despereza enérgicamente.

Merced á esta fiebre nerviosa de desarrollo que trabaja á todos estos pueblos, Valencia cuenta con un barrio de anchísimas avenidas, cubiertas de árboles ya frondosos y con edificios á la última moda. Tiene también en su parte antigua largas y bonitas calles; en las que el alto comercio ostenta á porfía ricas joyas, sedas y objetos de gusto de toda especie.

Saliendo hacia esta parte nueva, luego se llega á un soberbio paseo público que forma un extenso polígono irregular en cuyo centro hay hermosos jardines y crecidos árboles. Él, no ha mucho que era conocido con el nombre de *la Glorietà*; pero ha tomado hoy el de *Rey Alfonso*.

Ahí vive casi la gente acomodada, pues á cualquier hora del día, y aun de las ya un tanto avanzadas de

la noche, se las ve en agradable tertulia con sus relaciones. De continuo alegra este higiénico sitio una banda de música.

III

Empero, el sitio jefe de Valencia, al que es indispensable subir si se quiere abrazar en una ojeada sola todas sus bellezas naturales, es la torre de la catedral llamada *el Miguelete*.

Esta torre es una pirámide octógona de cuarenta y cinco metros de elevación, muy semejante, sobre todo á la distancia, á la de San Marcos de Venecia. Se sube trabajosamente á ella por una escalera de caracol, formada de peldaños angostos de piedra resbaladiza que se multiplican de una manera desesperadora y que exigen, á medida que se avanza, pierna robusta y ojo despierto, pues costaría muy caro el menor descuido. Sin embargo, cuando, salvando el último de éstos y sin respiro, y con la cara larga por el esfuerzo que han hecho los pulmones buscando el oxígeno que les ha gastado apresuradamente aquella fatigosisima ascensión, os halláis en la plataforma como de una almena morisca rodeada de un soberbio balcón de piedra esculpida, y miráis hacia cada uno de los puntos cardinales, os sentís recompensado con usura de todas vuestras fatigas.

En efecto, desde aquel elevado sitio, se domina en casi toda su extensión, la huerta de la ciudad, en la

que ésta aparece como recostada y como dormida entre los infinitos encajes de verduras y de arbustos que la forman y que hasta la fecha han dado á Valencia el primer rango en punto á cultivo, pues el sistema de irrigación que los moros establecieron en ella, es el mismo, á pesar de todos los cambios que en España se han introducido.

Este sistema de cultivo, que tiende, diremos así, una verdadera red de caprichosos dibujos sobre el terreno, hace que la mirada no se sacie jamás de contemplar aquel suelo que más parece un inmenso manto de filigrana de esmeralda, que campo sembrado ; y, al través del cual, se divisan, como facetas de innumerables cristales, los millares de pequeñas corrientes de agua juguetona que se deslizan besando las raíces de toda aquella espléndida vegetación.

Más allá, álzase una cintura de suaves colinas, que abrazan el valle y que sólo se abren para dar paso al *Turia* ó *Guadalaviar*, á cuya ribera derecha está situada Valencia. No lejos, á cuatro kilómetros solamente, se divisa el puertecito del *Grao*, que lleva al Mediterráneo todos los variados frutos de la huerta, y que da á Valencia una acentuada semejanza á Concepción, esa dormida y engalanada sirena de nuestro mediodía.

En el camino que conduce de Valencia al Grao hay innumerables bellezas naturales, y sobre todo motivo para alegrarse mucho de haberlo recorrido.

En esa senda el ojo del viajero se detiene á cada paso contemplando las arrebatadoras escenas que forman la hermosura del cielo, la verdura y el cultivo exquisito de los pequeños huertos que se suceden como anillos interminables de una cadena de panoramas presentados con maña y con intención.

De trecho en trecho, perdidos entre las flores y el

follaje, se alzan altísimos *ranchos* de paja de totora, trabajados en forma de una pirámide cuyos dos frentes, el del norte y el del sur, son triangulares. Una ligera cruz de madera remata la fachada, como si el ya extinguido fanatismo religioso de estas tierras clásicas quisiese manifestar al caminante que aun vive bajo la helada capa del indiferentismo moderno.

Por fin, desde aquella dominante cima, se pueden contar una á una las catorce iglesias y las ocho ó diez plazas de esta ciudad. Muchas de aquéllas han servido al culto islamita con el nombre de *mosqueaz*.

IV

La catedral, á que pertenece el Miguelete, se levanta en las ruinas de un templo que los romanos dedicaron á Diana, los godos al Salvador, los árabes á Mahoma, el Cid al apóstol san Pedro, y finalmente, don Jaime, el célebre y valeroso rey de Aragón, en 1238, á la Santísima Virgen, en cuyo poder ha permanecido hasta el presente.

Esa catedral que, como disputado lábaro de guerra, pasó sucesivamente á manos de los diversos señores que conquistaron á Valencia; que ha dado generosa hospitalidad en su tabernáculo á los dioses del politeísmo griego, al libro sagrado del mahometismo y á la fórmula viva de la doctrina católica; que ha escuchado las plegarias de centenares de generaciones;

que ha sido discreta depositaria del desahogo de crueles dolores, y que, sin estrecha parcialidad, se ha abierto de par en par para servir al que sufre y al que cree, ha prestado también desde lejana fecha el espacioso arco de una de sus puertas al tribunal de la justicia, como si quisiese servir de amoroso anillo entre la oración que pide, y ésta que escucha y da.

Efectivamente, en la puerta poniente se reúne al aire libre los jueves de cada semana, un tribunal colegiado que falla de plano, sin forma alguna de juicio, todas las cuestiones que se originan entre los labradores de la huerta.

Esta celebrísima huerta de Valencia está dividida en ocho cuarteles muy artísticamente trazados. Pues bien, este tribunal se halla compuesto precisamente de ocho jueces, es decir, un juez por cuartel, los que son, por cierto, muy conocedores de esa localidad.

Antiguamente estos jueces se sentaban en el suelo, al pie de la catedral á la usanza árabe; pero hoy se colocan todos en un sofá de madera que se halla protegido por una pequeña verja de fierro. Este tribunal tiene la particularidad de ser el único de su especie por estos mundos. Se le conserva por tradición, y en sus fallos se tiene profundo respeto, pues es histórica la justicia estrictísima que los inspira. Este tribunal, á diferencia de los nuestros, no acepta dilaciones: las rechaza en lo absoluto. Todos los que á él llevan sus querellas tienen forzosamente que ir acompañados de sus testigos. Si éstos, por alguna causa, falsean la verdad, son perseguidos y castigados sin misericordia.

Los espíritus superficiales miran esta hermosa institución como un objeto de mera curiosidad; pero los hombres que, por causas más ó menos graves y calificadas, han tenido la penosísima obligación de someter

al fallo de otros las más serias controversias, no pueden sustraerse á la influencia que sobre el pensador ejerce la sola consideración de que á una justicia retardataria ó parcial, se ligan como atmósfera cargada de penas y de desesperaciones, el infortunio privado y, á la larga, la desventura pública.

— Vea usted, — nos decía con motivo de la existencia de este tribunal, nuestro muy sincero amigo don Pedro Nolasco Gómez, el conocido, estimado y prestigioso secretario de nuestro Club de Setiembre, á quien tuvimos el gusto de hallar alojado en la misma fonda « la Villa de Madrid », — una de las cosas que me han agradado más aquí es este tribunal; pues él me prueba que no se falta á la verdad cuando se dice que nuestra raza tiene el instinto de la justicia. ¿Se acuerda, nos agregó, que nuestros jueces gozan de la fama de probos, á pesar de que la política es hoy su punto de partida ?

— Es cierto, contestamos; pero mucho me temo que, si estas cosas continúan, si esta nuestra absorbidora política de personas y de detalles más ó menos pobres continúa ejerciendo su influencia en la magistratura, termine ésta por malearse hasta convertirse en vergüenza para nuestro país.

Un juez que hace carrera, agregamos, subiendo sólo por una escala de abusos y de fallos políticos, no puede pensar que la virtud y la austera severidad de Deyoces, el primer magistrado de la Media, es el único transporte capaz de llevarlo hasta la cima del más grande y del más puro de los honores á que es dado aspirar á los hombres de corazón : la estimación y el profundo respeto de sus conciudadanos.

V

Las plazas son, en general, feas y estrechas, exceptuándose la de la Constitución, que limita con la catedral y que tiene en su centro una no pequeña pila, y la del Mercado, que es casi un llano irregular colocado en el medio de la parte antigua de la ciudad y en la que se vende todos los frutos de Valencia.

La alegría y la animación que constantemente reinan en esta plaza son indescriptibles. En ella, *á cielo raso*, se colocan millares de ventas arregladas como las de nuestra *noche buena*. Aventurarse á cruzarla es una acción heroica, pues las corrientes humanas que la recorren en todas direcciones hacen muy trabajoso el trayecto.

La gritería de aquellas miles de bocas que os ofrecen en venta el *pero joaquin*, la naranja, el limón, la arveja ó *judia*, la zanahoria, la cebolla de gran cabeza, el rábano y casi todos nuestros artículos de alimentación en *carne* y *hueso*, hace creer, á la distancia, que se trata de alguna poderosa sublevación.

Aquella voz colectiva de casi todo un pueblo que, al condensar sus notas en una sola, pierde la claridad para ser el eco multiforme de un grito inmenso, concluye por entretener, en su misma discordancia, y por clavar ahí al observador que gusta de apoderarse de los detalles de las cosas.

VI

Por lo que respecta al grado en que el arte y la instrucción se hallan en Valencia, podemos decir que ambos han merecido particular protección del pueblo y de las autoridades.

En efecto, ella cuenta con una Universidad que comprende las facultades de Derecho, Medicina y Farmacia; con un vasto y frecuentado seminario conciliar y con muchos colegios particulares, fuera de las innumerables escuelas primarias que la Municipalidad mantiene.

Valencia es cuna de muchos artistas distinguidos, entre los que notablemente descuellan, Vicente Juanes, José Ribera, Jacinto Jerónimo Espinosa, Pedro Orrente y Francisco Ribalta, cuyas obras embellecen su magnífico museo de pinturas y casi todas sus iglesias.

El museo cuenta con mil ciento veinticinco cuadros pertenecientes *en su mayor parte á la escuela valenciana*.

El último de los apuntados artistas que, según la opinión uniforme de los entendidos, es el más célebre, fué también el más fecundo.

Entre sus obras sobresale una Santa Teresa, á la que ha dado el colorido, la actitud y las dulcísimas formas que, sin duda, caracterizaron á ese espíritu organizado para elevarse en rápido vuelo á las cimas más encumbradas del ascetismo cristiano.

Cualquiera que fije los ojos en ese lienzo vaporoso tiene casi necesidad de mirar más alto, como para

seguir la ascensión de aquella alma, que se sentía arder en el fuego sacro de un amor infinito y purísimo.

También es muy aplaudido otro de sus cuadros que representa la Cena de Cristo, que se halla en el altar mayor de una de las más ricas iglesias.

Una vez cada semana, en un momento fijado ya como único, mientras los sacerdotes cantan el *miserere*, este cuadro se desliza suave é imperceptiblemente hacia atrás, dando paso á un soberbio crucifijo de cuerpo entero, que aparece precisamente con el último versículo del *miserere*; después de lo cual vuelve el hermoso fugitivo á ocupar su abandonado sitio por la dirección inversa.

Dícese que el Judas de esa cena tiene la mismísima fisonomía de un zapatero que engañó á Ribalta.

Este castigo impuesto por el genio de Ribalta al infeliz zapatero nos trajo á la memoria el que Miguel Angel dió al desventurado Biagio, maestro de ceremonias de Paulo III.

Todos los que se han consagrado al estudio de la historia, del arte y todos los que han hecho una visita á la célebre capilla Sixtina de Roma, en que Su Santidad pontifica, saben que Miguel Angel, con su excelso poder de creación, hizo surgir de los terrores místicos de la edad media, la clásica y atrevida desnudez del arte antiguo, rompiendo el sudario que envolvía la divina belleza de las formas humanas, para presentarlas con sus encantos primitivos á la admiración y al aplauso de los que sólo buscan las líneas de lo bello en lo verdadero.

Decíamos que este cuadro de Ribalta nos recordó el de Miguel Angel, porque éste imprimió también castigo de fuego al recordado Biagio, no porque este infeliz lo hubiese engañado, sino porque, portador de

las órdenes de Paulo III, quien ordenaba al artista cubriese las figuras desnudas de su cuadro, gastó tanta oficiosidad y tan ridículo empeño en obsequio del cumplimiento de las órdenes que había recibido, que obligó á Miguel Ángel á rebelarse contra Su Santidad mandándole decir que *cuando él mejorase las costumbres, cubrir las figuras seria cosa de poco momento.*

Al día siguiente, Biagio apareció revolcándose desesperadamente en las llamas abrasadoras del infierno que Miguel Ángel ha puesto en la parte derecha de su juicio final; y como tamaña afrenta lo hiriese en lo más vivo, cuentan las crónicas que se dirigió á Paulo III pidiéndole de rodillas obligase á Miguel Ángel á sacarlo de tan tremenda colocación. Empero, el pontífice, que conocía muy á fondo el carácter testarudo é inquebrantable del artista, y que por otra parte estimaba como un sacrilegio que otra mano que la suya suprimiese de aquella obra excelsa la fisonomía de Biagio, le contestó con una agudeza que los siglos han celebrado : *Si Miguel Ángel te hubiese puesto en el purgatorio, Biagio, habriate yo sacado de ahí sin dilacion, pues bien sabes tú que yo tengo para esas penitencias el poder absoluto de perdonarlas totalmente; pero encontrándote en el infierno, nada puedo hacer por ti, desde que á él no se extiende mi jurisdicción.*

Así castigan los genios y así se venga el talento de los que, despreciando insensatamente su mérito incontrastable, piensan que sólo al poderoso en dineros ó en mando, muchas veces adquiridos por mero derecho de nacimiento ó en fuerza de criminales intrigas, debe rendirse absoluto acatamiento.

Los hombres de genio son como los astros que gravitan en el universo : obligan á las gentes que vegetan

en las capas inferiores del mundo de la idea y del pensamiento á que levanten los ojos si desean conocerlos. Todos ellos forman una sola y espléndida constelación destinada á presentarnos en la tierra la vivísima imagen del poder de la divinidad y á mostrarnos que las tumbas que reciben sus despojos perecederos no son otra cosa que cunas ó puntos de partida hacia los inmortales meridianos de la vida de la historia. Al contrario, aquellos que durante su existencia se elevan algunos codos sobre los demás hombres por sólo el efímero poder de la fortuna, por la ladrona preponderancia de ridículas castas privilegiadas, ó por una de esas autoridades de mando que arrancan su origen de audaz ambición ó de culpable indiferencia son como los aerolitos que, puntos luminosos en las alturas, se convierten en miserable escoria cuando descienden á la tierra.

Por esto ningún hombre de corazón, ninguno de los que sienten en su cerebro el calor generoso de la idea pueden mirar con indiferencia estas supremas autoridades que Dios por particular excepción otorga al genio, que sin duda alguna, es aquí su imagen y su más vigorosa encarnación.

Valencia pues en orden al arte tiene sobre Barcelona y, aun podríamos decir en toda España, importancia incontestable. Así se hallan equilibrados los factores del valer : Barcelona está antes que todo organizada para consagrarse más á las tareas de la industria, que á los dulces y perezosos entretenimientos de Rafael, del Ticiano y del Dominiquino. Ella gasta la mayor parte de su actividad en las transformaciones de la materia prima que, en los telares y prensas de sus fábricas, adquiere alto precio y bella y graciosa forma.

Empero, Valencia, que siente perpetuamente ba-

ñados los nervios por las tibias corrientes de la ambrosía de sus campos, tiene necesidad de soñar, y soñando pinta, y soñando ríe, y soñando duerme sobre los encajes de verdura y de aromas que son el orgullo de sus habilidades, vaporosos, como las brisas ligerísimas de su primavera, albos como los azahares de su huerta, y que acarician con sus castos besos los ligerísimos pies de las adorables hijas del inmortal Cid.

VII

En cuanto á teatros, Valencia, cuya población es de ciento ocho mil habitantes, es decir poco más de la cuarta parte de la que tiene Barcelona, no está dotada escasamente. Nosotros le hemos conocido cinco : uno para la ópera, otro para el drama, otro para los juguetes cómicos, otro como para ejercicios ecuestres, etc.

En general, estos teatros son espaciosos, sencillos y cómodos.

Cuando nosotros los visitamos, estaban todos servidos por buenas compañías, y funcionaban á la vez, teniendo ocupadas en absoluto sus numerosas localidades.

Es admirable el gusto que hay aquí por el teatro. Los artesanos y gente del pueblo afluyen á ellos todas las noches, hasta el punto de que hay necesidad de tomar con anticipación el asiento, si no se quiere llegar tarde. No hubo vez, de las que fuimos á estos teatros, que no los halláramos repletos. Su precio, es

cierto, no es de ningún modo subido. Al contrario, él presta facilidades á todas las fortunas, pues hay muchas categorías de localidades, desde la butaca (así se llama el asiento de platea) hasta el sitio en que se está de pies.

Lo que más nos agradó, fué ver que aquí, como en Italia y Francia, todo es originario, á excepción de la ópera. ¡Cuántas veces nos hemos acordado de esta nuestra tierra, deseándole que posea también, algún día teatro y actores propios!

Nadie, fuera de Rousseau, puede negar que este entretenimiento, á la par que noble y agradable, es instructivo y que, en consecuencia, los pueblos y los gobiernos deben trabajar en el sentido de multiplicar los teatros haciendo fácil su acceso por lo módico de los precios. En el teatro de las Comedias, que es el segundo en importancia, la butaca nos costó dos pesetas ó dos francos. Esa butaca era ancha, cómoda, tapizada en terciopelo ordinario, según creemos recordar, y permitía fácil y libre paso por su frente.

Este sistema atrae á la gente y en particular á los obreros de cierta posición. Nosotros notamos que esta alegre clase social abunda todas las noches ahí. Van algunos con la manta fina que arrollan al brazo, con chaqueta de paño negro, y la camisa bien limpia, siendo los que más gozan y aplauden cualquiera de esas escenas en que se quema un cartucho á las autoridades ó á su política.

VIII

Una de las causas que más enérgicamente nos obligó á lamentar la falta de teatro propio entre nosotros, fué la representación á que asistimos de un drama nuevo, llamado *La Pasionaria*, que ha hecho profunda sensación en toda España, obteniendo un éxito de que no hay memoria y que á su autor, señor Leopoldo Cano y Masas, le ha valido un entusiasta abrazo del rey, según muchos lo aseguran.

Los españoles casi no han hablado de otra cosa. ¿Ha visto usted *La Pasionaria*? nos preguntaban en todas partes. No, señor, contestábamos. ¡*Ca! pues entonces no conoce nada usted, hombre.*

Por este crecido coro de voces que nos instaba á conocer dicha pieza teníamos viva ya nuestra curiosidad. Afortunadamente, la ocasión de satisfacerla se nos presentó en Valencia, el segundo día de nuestro arribo, pues vimos anunciada la aplaudida producción del señor Cano en tres teatros á la vez.

Dirigimosnos al de la Princesa, adonde nos costó trabajo entrar, no obstante que llegamos con una hora de anticipación al comienzo de la pieza. Ésta apareció al fin, y nos hizo ver un drama concebido en fácil, animada y correcta versificación, lleno de situaciones vivas é interesantes que mantienen constantemente despiertas la atención y la curiosidad.

El autor se ha propuesto exhibir, personificados en acentuados y bien coloridos tipos, muchos vicios sociales que se disimulan con la áurea capa de los sen-

timientos nobles y elevados; y alguna de esas virtudes que pasan desconocidas ó negadas, porque les falta la apariencia ostensible de tales ó porque se las practica en medio de una atmósfera de constante alegría y buen humor.

Los tipos esos son :

Primero, el de Angelina que es una joven que, por tener coche, joyas y gala, y por lucir en el mundo de la elegancia, pretende á toda costa vender su mano á un primo á quien no ama, pero de cuyo enlace se obtendrá una cuantiosa herencia que á él ha vinculado un difunto tío. Este matrimonio llevará la desesperación á un amor de la infancia, ahogará cruelmente las dulcísimas y primeras inclinaciones del corazón; no importa, Angelina tendrá coche y tendrá escudos en pago de esa ventura del alma.

Segundo, el de doña Lucrecia. Es una beata hecha y derecha que, siguiendo las inspiraciones insidiosas de una falsa conveniencia, ha cambiado la naturaleza y sustancia de la verdadera virtud, la que, como es sabido, vive y se desarrolla únicamente en la noble y elevada esfera del sacrificio, en el perdón de la ofensa, en la estrecha severidad de la conciencia *consigo misma*, y en la práctica infatigable de la caridad anónima que Cristo nos ha recomendado, obligándonos á no mirar siquiera al que recibe nuestros favores, por las fórmulas del culto externo, por unas oraciones que, siendo las mismas y aprendidas de memoria, sólo son rezadas maquinalmente; por una cruz y un rosario y por un semblante eternamente compungido. Todo lo cual no la estorba, sin embargo, para vivir prestando una cuantiosa fortuna que posee al modesto interés ¡del cuatro ó cinco por ciento mensual! y de hacer estos *caritativos* negocios, como ella los llama, por medio de un famoso sobrino que sigue en toda

sus aguas y su procedimiento; de prestar por este órgano secreto á su propio hermano, en cuya casa vive respetada y atendida, una gruesa suma que él ha necesitado para exigencias de honor, y que concluirá por arruinarlo, en fuerza de aquellos intereses inhumanos; y por decretarse, en fin, por sí y ante sí, el diploma de la mejor de cuantas se confiesan y van á misa.

Tercero, el de la joven pura, candorosa y pobre, seducida villanamente por un miserable que, después de haberle jurado eterno amor y de que será santificado en un enlace honrado y feliz, la abandona á la vergüenza y á la miseria, dejándole, como rastro vivo de aquella innoble traición, una criatura tan infortunada como su desventurada madre.

El autor presenta aquí á la heroína de la pieza, de donde ésta deriva su nombre. El sobrino de la beata es el seductor solapado de una joven huérfana y pobre, pero de rara hermosura, quien no queriendo vivir después de su infortunio, mercando los marchitos restos de su notable belleza y no pudiendo tampoco trabajar, ha preferido mendigar para su hija y para sí el sustento cotidiano. El pueblo la llama *la Pasionaria*, porque en tiempos dichosos, vendió en las plazas y calles de la ciudad la flor de este nombre.

Cuarto, el de esos jóvenes de sangre ardiente, atolondrados al parecer, vivos, risueños, decidores, sin más religión que el propósito firme y sano de no dañar á nadie, abiertos á todas las corrientes de la franqueza y capaces de cualquier sacrificio cuando se trata del desvalido, de la inocencia ó de la debilidad perseguida.

Marcial es el nombre de este tipo, sobrino también de la beata y del dueño de la casa en que el drama se desarrolla. Ha sido jugador, enamorado, penden-ciero, pero no ha descendido en nada de esto al vicio.

Ama con delirio á su prima Angelina, la que en el fondo de su pecho interesable y amante del oro, corresponde ese afecto con igual ardor.

Empero, él carece de fortuna, aunque le sobran talento y corazón; por lo que sienta plaza en el ejército. Se le envía á Cuba, y ahí gana con su bravura la honrosa cruz de San Fernando. En su destierro involuntario piensa siempre en su adorada, y cree sin vacilar en la constancia de su fe.

Mientras tanto ésta, que sabe que Marcial no tiene fortuna y que arde en deseos de arrastrar rico carruaje, acepta placentera las atenciones de su otro primo, el sobrino é instrumento de confianza de la beata, el que á su vez quiere casarse con Angelina por atrapar los dos millones que don N., un tío muerto, ha dejado ordenado se les entreguen si ambos se matrimonian. Este tipo es demasiado repugnante para que una mujer joven pueda enlazarse á él por otra cosa que por el dinero, pues tiene y observa el mismo acomodamiento exterior de su *querida tia*; es insolente con el débil y tímido y humilde con el fuerte. Habla continuamente de los santos con recogida unción y, á todo argumento que se le haga tendente á lo que no le conviene, se excusa con prohibiciones religiosas.

Por último, el autor critica con acentuada energía la facultad que en España tiene cualquier ciudadano que posee un hijo habido fuera de matrimonio, de *legitimarlo* por medio del rescripto del rey y sin que la madre tenga en este acto otro papel que el de declarar por escrito si el niño es hijo del que quiere acordarle los derechos de la legitimidad. Con este propósito esparce muchas cáusticas alusiones al procedimiento, según él, lento y á veces inacertado de los tribunales de España.

Las situaciones que surgen en el desarrollo de esta complicada acción y en el aproximamiento de estos tipos que caracterizan cada uno una esfera social son, como puede fácilmente colegirse, animadísimas. Ya es don Perfecto, el dueño de casa, que satiriza con fina ironía la pretenciosa conducta de la beata, que por ser solterona se cree casta y santa; ya es Marcial, que enrostra á su hipócrita prima la fealdad repugnante de su conducta ó ya, en fin, es la infortunada Pasionaria que, introducida como viuda vergonzante á la casa de su seductor, tiene oportunidad de enrostrar también á la liviana prometida de éste, que por ironía se llama Justo, su proceder interesado.

En esta escena hace el señor Cano un soberbio paralelo entre esos dos fúnebres extremos de la pasión: la mujer que ha caído engañada por un amor mentido, por la fuerza de irresistible simpatía, por la creída promesa de santificar el lazo amoroso en el ara del templo; y la que, con el corazón seco como el seno de una roca, y empujada solamente por mezquino interés y frío cálculo, por el deseo de tener unas cuantas joyas ó dar un baile, se vende tranquila y meditadamente á un hombre á quien no ama, para entregarse más tarde; cuando ya no se pertenecerá! en brazos de una pasión tardía, é imperdonable, porque será adúltera; en aquel matrimonio, infamado por su sórdida codicia, porque será no la amiga adorable que se estrecha en amoroso y dulcísimo abrazo y con la que sueña el afecto verdadero y alto, sino, según la feliz expresión de la pieza de que nos ocupamos,

La esposa sin pudor,
Que es la manceba legal,
La que va al lecho nupcial
Por dinero y sin amor.

IX

Hemos dicho en el comienzo de este párrafo que la representación de este drama nos hizo sentir, casi más que cualquiera otra consideración, la ausencia de teatro propio entre nosotros; porque, á medida que su acción se desarrollaba, llenábase nuestra memoria con los agradables recuerdos que en ella ha dejado el *Por amor y por dinero*, de nuestro justamente aplaudido poeta nacional, señor Rodríguez Velasco.

En esta pieza, verdaderamente dramática, en que todo tiene sello de la más exquisita naturalidad, y en que también se vapulan, en las tristes personas de doña Ramona y su sobrino, los mismos vicios que el señor Cano estigmatiza en su beata y en su Angelina, no existen, podemos decir sin vano criterio nacional, ninguno de los graves defectos que la crítica podría señalar en *La Pasionaria*.

El verso del drama del señor Rodríguez es más lleno en gran parte que el del señor Cano; á menudo se eleva más; y, sirviendo como el de éste á un fin común cuando apostrofa á las beatas, Rodríguez Velasco ha sabido arrancar á la indignación de alto tono, en el magnífico discurso final que pone en labios del noble y pundonoroso Gabriel, una forma propia, llena de conceptos severos y nutridos de verdades que no admiten discusión; forma que traduce de una manera cabal y satisfactoria el propósito del dramaturgo y que deja contenta esa terrible

exigencia de la conclusión lógica, armónica y natural, que debe estrechar el espíritu del público á la mente del autor y que debe trazar un cuadro, en el que nada echen de menos la claridad y la completa percepción de la idea que lo engendró.

Por esto, repetimos, nos decíamos á cada momento para nuestros adentros : estos mismos españoles que aplauden así su *Pasionaria* aplaudirían también mucho más quizás nuestro referido drama que tiene con esta pieza tantos puntos superiores de contacto.

Dolíanos, en consecuencia, que hayamos perdido las brillantes oportunidades que se nos han presentado para abrir ancha senda á nuestros poetas y aficionados, haciendo de la literatura teatral una carrera lucrativa, en la que hallen gloria y elementos de existencia los que á ella se dediquen con gusto y con talento.

La España no es hoy lo que fué en la época de Cervantes ; pues hacer en ella comedias y buenas piezas da dinero, aplausos y posición. Ahora hay gran público que paga el esfuerzo y el talento, atropellándose todas las noches en las puertas de los teatros.

¿ Por qué no hemos de tener nosotros alguna vez igual cosa ?

X

En fin, por vía de agradable curiosidad histórica, recordaremos que Valencia no ha sido siempre la dulce y alegre paloma de las perfumadas riberas del Guadalaviar, ni sus campos, donde se alza tan rica y

poderosa vegetación y de donde se desprenden oleadas de aromas embriagadores, han sido siempre tampoco, el apacible telar en que el arte y la naturaleza han dibujado á maravilla. No. Por ellos y por las hoy tranquilas arterias de la ciudad, han pasado bramando y esparciendo el terror, el llanto y la muerte, los fieros aquilones de muchas tempestades.

Ahí se han dado cita de exterminio implacable todas las ambiciones, todos los odios, todas las profundas diferencias que separaron, en lucha secular, á los antiguos pueblos del Mediterráneo. Ahí, en el fragor de mortales encuentros, los pendones cristianos han caído á charcos de hirviente sangre humana, entrelazados en consorcio de exterminio á la media luna de Mahoma. Ahí el león de Castilla ha solido despedazar, entre sus uñas poderosas, á las águilas altivas que Napoleón I había paseado en perpetuo triunfo por los ámbitos de toda la Europa.

Aquel cielo transparente que ninguna línea empaña, se ha visto oscurecido por las nubes espesas de humo y de polvo de cien batallas; y el Turia, que sólo parece prestarse para arrastrar entre las espumas de sus corrientes, las blanquísimas y aromáticas sábanas de azahares y los dorados y livianos frutos que el céfiro arranca á sus bosques de naranjos y limoneros, ha sentido, sin embargo, hinchado su seno con los despojos sangrientos de la batalla que Pompeyo dió á Sertorio en sus mismas orillas.

Los griegos, los cartagineses, los romanos, los godos, los árabes y los franceses se han disputado con las armas en la mano la posesión de aquella rica comarca. En ese luctuoso tablero de ajedrez que se llama guerra, cada uno de estos combatientes ha dado su jaque mate; pero cada uno también ha tenido, á su vez, que recibirlo.

Por fin, las discordias intestinas, han sacudido, para completar aquel sombrío cuadro, sus negras alas sobre la ciudad, cerniendo en su atmósfera la tristeza y el duelo.

Entre los múltiples é interesantes episodios de aquellos combates homéricos, que las crónicas y la tradición conservan con particular cariño, figura en primera línea, la salida audaz que los cristianos hicieron en circunstancias que acababa de expirar en Valencia el heroico Cid, y que una triple línea de almoravides sitiaba y envolvía la ciudad en impenetrable red de lidiadores.

Cuéntase, pues, que, cuando escasearon dentro los elementos de subsistencia, los sitiados montan á caballo, toman sus armas y sus mujeres, colocan en medio de todos el ánfora sagrada que contenía los restos del Cid y, abriendo repentinamente las puertas de la ciudad, se lanzan entre las filas sitiadoras, como si á su cabeza llevasen vivo al que era sólo el más ilustre de los difuntos. De este modo los valencianos pudieron llegar hasta Castilla y apuntar en el voluminoso libro de la gratitud nacional hacia el Cid, esta nueva y milagrosa victoria que él les regalara, como presente de ultratumba, desde el seno de su portátil y silenciosa morada.

CAMINO DE ANDALUCÍA

I

Al separarnos de Valencia, llevábamos impresa en nuestro recuerdo la historia de sus prolongados infortunios. Veíamos reflejarse en ella la imagen siempre inmutable de la vida humana, cuyos perfiles más salientes están formados por las líneas oscuras de un perpetuo sufrimiento.

Mientras se alistaba el convoy que debía conducirnos hacia los risueños meridianos que baña el Guadalquivir, nuestro espíritu, perdido en la elevada atmósfera de las elucubraciones filosóficas, que de ordinario nos envuelve en ajeno suelo y ante ajena historia, observaba las gradaciones que recorren las leyes que gobiernan el movimiento y la vida del universo.

Veíamos cómo bajo el imperio de estas leyes las generaciones se precipitan á tomar sitio en el ancho y helado seno del sepulcro; cómo los mares se enjutan para dar paso á los valles que surgen repentina-

mente de sus cimas; cómo las cordilleras y las montañas se esconden fatigadas de existir, bajo las olas bramadoras de los océanos que, á su vez, se transforman en dilatados continentes; cómo los planetas se fracturan en millares de moléculas; cómo las especies y los géneros de todos los reinos se pierden y desaparecen en la oscura noche de los tiempos; cómo todo, en una palabra, se cambia y se modifica en el inmenso y activísimo laboratorio de la naturaleza.

Empero, veíamos que una cosa ha resistido porfiada y victoriosamente á esta acción de transformaciones sucesivas. Sólo una cosa divisábamos invariable en medio de este cambio perpetuo, cual roca titánica destinada, en la eterna lucha de la vida y la muerte, á ver pasar impotentes, por sus flancos endurecidos, las voracidades insaciables de los siglos y los furiosos embates de todas las tempestades.

Las pasiones del corazón no han sido sojuzgadas, ni mucho menos abatidas. En sus fibras no han penetrado ni la luz de doctas enseñanzas ni los temores de seguros contratiempos en lo porvenir.

La envidia, que armó el brazo fraticida de Caín y que fué la causa de que José fuese vendido á los mercaderes de Egipto; las altiveces de César, los furores de Sila, las ambiciones de Mario, las hipocresías místicas de Luis XI, el orgullo tradicional de Luis XIV, las emulaciones bastardas que han ensangrentado la tierra y dividido en lucha irreconciliable á casi todos los hombres, familias y pueblos primitivos, están altas, vivas y robustas en la cima de todas las ruinas del pasado. Ellas, como si fuera lo único inmortal, sobrenadan cual arca de Noé, en las espumas de los diluvios que se han tragado las antiguas civilizaciones. De la cumbre de todos los

despojos amontonados por la ola de sus implacables furores, han descendido rápidas, como nube de cuervos hambrientos, sobre las nuevas sociedades y los nuevos pueblos, para alimentarse otra vez con sus dolores y para continuar sembrando la muerte y las discordias en los pliegues ya gastados de este planeta, cuyas edades pudieran contarse por las épocas de sus martirios.

La heroica salida efectuada por los valencianos, al través de las formidables líneas sarracenas, nos traía también á la memoria la no menos atrevida, hecha por los restos de nuestras huestes de Rancagua, tras de prolongada resistencia de cuarenta y ocho horas, á enemigos que las cuadruplicaban en número y en poder y calidad de armamento; cuando no había dentro de la plaza ni un cartucho de pólvora que quemar ni una gota de agua que beber; cuando los cañones se habían reventado al esfuerzo de una doble carga; cuando los artilleros habían confundido con esos destrozos sus miembros palpitantes; cuando la mayor parte de sus bravos había caído á la sombra de la bandera tricolor que, en horas de tan suprema angustia, cubrió, sin embargo, con negro crespón su estrella solitaria, indicando que la lucha sería sin cuartel; y cuando, en fin, el incendio destruyó la resistencia de los improvisados parapetos.

Es verdad que nuestros valientes no conducían el ánfora del Cid. Empero, llevaban al destierro, en altiva procesión, ensangrentada y moribunda la libertad de su patria. ¡La Patria! símbolo bendito de universales y vehementes adoraciones; tabernáculo santo en cuyas aras nos postramos los hombres, sin distinción, en íntima, recogida y cariñosa plegaria; alta cuna del germen sublime de todos los heroísmos; lazada de amor que acerca, hasta con-

fundir, á los hombres que en sus horizontes han nacido, así como la naturaleza agrupa, en una misma zona de la tierra, á las plantas, á los árboles, á las flores, á los aromas y á los perfumes de una misma familia; ó como acumula, en estrecho abrazo de luz y de esplendores, á los astros que giran en un mismo signo del Zodíaco celeste.

Estas consideraciones y estos recuerdos que, como crepúsculo vespertino, iluminaban indecisamente nuestra imaginación, nos presentaron el mundo moral, obrando, moviéndose y agitándose como un vasto y revuelto océano, en cuyos perpetuos flujos y reflujos, flotan de una á la otra ribera en inquieta y eterna repetición, los dolores, los odios, las escasas felicidades que, como sol de invierno, alegran sólo de cuando en cuando nuestras penas, las divinas inspiraciones que animan el alma generosa del héroe, y los satánicos instintos que arman, en oscura y tempestuosa noche, el brazo del asesino.

De este modo, creíamos ver al espíritu humano reflejándose entero sin velo ni disimulo, en aquellas tumultuosas corrientes que, á la vez que prestan luz y color á los senos más escondidos de sus misteriosos abismos, obliganlo á seguir el rumbo que ellas imprimen á las veleras naves de las pasiones del hombre.

Por eso, no extrañábamos que los heroísmos de Valencia en el siglo XII, hubiesen renacido á la vida de las grandes y pasmosas celebridades, siete siglos más tarde, y á cuatro mil leguas de mares y de montañas, bajo los muros de nuestra modesta plaza de Rancagua. Por eso, no extrañábamos que los impertérritos defensores del que sólo es y ha sido humilde sitio de recreo, hubiesen arrancado calurosos aplausos á los descendientes de los mismos héroes

que, al evacuar á Valencia, dejándole en sus puertas el sangriento presente de millares de sarracenos muertos al filo de sus aceros, colocáronle en las sienes, como O'Higgins y Freire á Rancagua, brillante, rica y espléndida diadema de gloriosa inmortalidad.

El silbato de la locomotora que, ya lista, nos llamaba imperiosamente á nuestro sitio, arrancónos de súbito de estas ociosas divagaciones del pensamiento, y nos hizo abandonar á Rancagua para volver, por la vez postrera, á espaciar nuestra mirada en las líneas ligeras y tenues, como las aristas de un largo prisma de colores, de los altos y numerosos campanarios moriscos y góticos de Valencia.

Bien pronto dejamos ésta á nuestra espalda, como punto luminoso, suspendido en las bóvedas del pasado, y al que nuestra memoria mantendrá, á perpetuidad, en las alturas en que viven los grandes y los dulcísimos recuerdos.

II

Nuestra nueva tarea de observación estaba ya presente en el camino que recorriamos en acelerada marcha. Él es como el que precede á Valencia por el norte, y del cual sólo parece una continuación. La belleza y vigor de los naranjos, de los limoneros y de las palmeras, lejos de amenguar, aumentan casi. Ellos nos acompañaban en cariñoso consorcio, como si fuesen finas y cultas personas que gustaran de ir

con sus huéspedes hasta los afueras del hogar. La verde y tranquila morera y el rojo granado se asociaron muy luego á esta ingenua y perfumada comparsa que nos ofrecía sin interés sus sabrosos frutos.

Á pocos segundos, divisamos, como negra é inmensa serpiente que se retorciese bajo un rico manto de verdura, el célebre lago de Albufera, que se halla separado del Mediterráneo por corta lengua de tierra y que mide un diámetro de cuatro kilómetros. Su forma es casi elíptica; sobre sus orillas y en grandes partes de su centro, se elevan, como nervuda cabellera, espesos cañaverales, entre los que vive número incalculable de patos, gansos y toda especie de aves acuáticas.

Este lago, que en la estación de los calores es punto de cita de casi todas las personas acomodadas de Valencia, ha pasado por muchos señorios. Los condes de la Torre, el famoso príncipe de la Paz, y el mariscal Suchet han sido los más importantes. Napoleón I lo dió á este último en 1812, junto con el título de duque de Albufera. La corona de España lo posee hoy y con ello tiene un sumando no despreciable de riqueza.

La caza es en él muy abundante y se practica de una manera curiosa. Los cazadores entran ahí de noche, provistos de altos sombreros ó cubas de madera debajo de los cuales se ocultan y de unos patos de corcho que lanzan al vaivén de las corrientes, los que, bogando en todas direcciones, no tardan en atraer cerca de sí á los recelosos y esquivos moradores que, como los troyanos, van muy pronto á pagar con la vida aquella curiosidad impertinente.

En efecto, cuando ésta los agrupa en número considerable junto á los autómatas cómplices del cazador, oyesse el sonido de un cuerno ú otra señal convenida

de antemano ; y entonces, de súbito, como si extraño y secreto volcán hiciese terrible explosión, atruena los aires el estampido unísono de centenares de bocas de fuego que, en un breve segundo, siembran la antes quieta y apacible superficie de las aguas, con los despojos sangrientos y palpitantes de millares de aquellas aves infelices y desmemoriadas que, como el hombre, sólo aprenden los infortunios de la vida en propia, tardía y amarga experiencia.

III

Poco después, el tren se detiene cerca de una poblacioncita, elevada en la pendiente de una suavísima colina, que semeja á la distancia un verdadero nido de palomas, colgado en el follaje verdi-negro de extenso bosque de naranjos; ó bien una dama amiga que os esperase, sentada al pie de aquella voluptuosa vegetación, para saludaros al pasar con albo y fino pañuelo de batista.

Aquella villa de inocentes y risueñas apariencias, de formas ligeras y delicadas, que se pierde en el seno de una exuberantísima riqueza de verdura y de aromas es, sin embargo, una anciana venerable, que ha triplicado la edad de Matusalén y que guarda, junto á las cunas del famoso artista Juan Ribalta y á la de los tristemente célebres papas Calixto III y Alejandro VI, terribles y sombríos recuerdos.

Aunque su nombre es morisco, Játiva, ella tuvo estrechas relaciones con los cartagineses y con los

romanos, quienes le dejaron en prenda de amistad, una poderosa fortaleza que retuvo durante largo tiempo á dos sobrinos de don Alfonso el Sabio en calidad de prisioneros y que recibió la sangre inocente de don Jaime, ¡el desdichado! muerto de una manera cruel y alevosa, después de haber perdido en el parlamento de Caspe sus derechos á la corona de Aragón.

Hoy, de aquella fortaleza, sólo quedan como triste memoria escasos y abandonados restos, de los que el transeúnte se retira con horror.

En esta ciudad puede decirse que termina la sin par huerta de Valencia; y es en ella dónde, hablando con rigurosa propiedad, se envía á esta ciudad el adiós ¡quizás de eterna despedida!

IV

Los campos que siguen cambian completamente de traje. Los árboles de espina, las palmeras, los granados y las moreras, que han hecho el encanto y el festín de nuestros ojos, ya no se divisan sino de cuando en cuando; pero aislados, entristecidos, como si mayor excomunión los mantuviese en la soledad y el ostracismo.

Lo que presentan los campos desde ahí adelante, son extensísimos mantos de arrozales, divididos en pequeños cuadros que forman bizcochos y sepultados completamente en el seno de innumerables corrientes de agua cristalina y fresca. El sol quiebra en éstas, en miles de caprichosos prismas, sus rayos abrasa-

dores que toman todos los vistosos colores del Iris. Crecidos y seculares bosques de olivos interrumpen á menudo aquella escena, como también pequeños riachuelos, puentes legendarios y cortos túneles. Todo esto es una cadena de recuerdos moriscos y romanos, que une á Játiva con Almansa. Ésta es otra pequeña población que ocupa un sitio preeminente en la historia de los orgullos de España. En sus alrededores tuvo lugar, en 1707, la más encarnizada é importante batalla de las que se dieron en la guerra de sucesión á la corona de este reino.

Felipe V, el nieto de Luis XIV, el que debía, según éste, sentándose en el trono de Isabel la Católica, abajar los Pirineos para extender hasta el Guadiana las fronteras de la Francia, deshizo ahí completamente al archiduque Carlos de Austria. Una modesta pirámide de diez metros de elevación conmemora esa afortunada y brillante acción de armas como una hermosísima y artística columna conmemoró en París la victoria de Villaviciosa, que afirmó en las sienes de los Borbones de esta península, esa corona que Carlos II perdiera entre los temores de sus hechizos y los salmos de las recogidas y lúgubres procesiones en que su perturbada mente buscaba, con anhelo febril, salud para el cuerpo y perpetua ventura para el alma.

V

La España está sembrada de recuerdos inmortales. Por ella no puede darse un paso sin que se os pre-

sente una sorpresa, una hoja histórica, un sitio, elevado á la categoría de místico altar por la mano ó de grandes infortunios ó de grandes heroísmos ó por las creaciones de algunos de sus celebrados genios. La tradición, la historia, la leyenda, la novela y el romance, han hecho de este país, especialmente favorecido por tantos dones naturales, una verdadera cátedra ó un sitio de callada investigación, para los que gustan entretener las horas de esta pasajera existencia, en medio de silenciosos diálogos con las ruinas ó con la naturaleza.

Decimos esto, porque en las ya numerosas travesías que hemos hecho en sus campos y en sus montañas, nos hemos visto siempre sorprendidos agradablemente por un nombre, una roca, un río, que han despertado repentinamente en nuestra memoria pueblos y situaciones en que hemos, por decirlo así, vivido en nuestra primera juventud, merced al libro que, como el hilo eléctrico, anula las distancias y estrecha, en feliz comunicación de ideas y de lugares, á todos los hombres que saben y quieren leer.

Decimos esto, porque, después de haber salvado el pueblecillo de Almansa, que está á la derecha de la línea férrea, nos encontramos de manos á boca el de *Argamasilla del Alba*, es decir, con ¡la cuna del proverbial don Quijote!

En ese poblacho, que es estrecho y miserable, fué donde el glorioso é infortunado manco de Lepanto comenzó su obra inmortal, que todas las lenguas han traducido, que todos los hombres conocen y todas las naciones aplauden.

Ahí fué donde, preso por infame violencia y expoliado por las decepciones, por la miseria y por los años, concibió á su héroe, que debía ser, merced á la sal ática y á las profundidades de su genio, el que se

encargara de cristalizar en alto relieve y en pública plaza esta verdad dolorosísima : El alma generosa que hace de la virtud, del amor á lo recto y de la caridad ardiente hacia todo sufrimiento, el culto y la religión de su existencia, está condenada á morir, revolcándose en la ola de hiel de la ingratitud, del sarcasmo y de la perfidia.

En esa triste y flaca encarnación material de don Quijote, vengóse Cervantes, según autorizadas opiniones, de los olvidos de su patria y de su rey, de la miseria de su hogar y de la baja envidia de sus émulos.

Sismondi ha considerado, á nuestro juicio, con razón, á ese libro como la más triste de las producciones del espíritu humano ; como la imagen viva del eterno y terrible antagonismo en que se enlazan en esta vida el bien y el mal ; y como el reflejo fiel y sombrío del contraste que ofrecen perpetuamente, en todos los horizontes de la existencia moral, el alma levantada que sólo se nutre en los meridianos de la probidad ; y el espíritu perverso que, como las especies inferiores del reino animado, se arrastra en el charco, recogiendo inmundo lodo para escupirlo á la mejilla del que no puede alcanzar y á quien pretende morder con secretas murmuraciones ó con la voz de sus viles calumnias.

Por tantas y por tamañas penas, Cervantes comienza olvidando el pueblo de Argamasilla, teatro para él de la más dolorosa casi de las contrariedades que afligieron su alma noble y grande.

« En un lugar de la Mancha, dice, *de cuyo nombre no quiero acordarme* no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero. »

Nosotros hemos recorrido en este viaje, preñado de infinitas y agradables sorpresas, todos los sitios en

que ese hidalgo representó las escenas de su dramática vida. Nosotros hemos visto con los ojos abultados de la leyenda, que divisan la realidad ahí donde sólo vivió la ficción, la venta en que él velara sus armas para armarse caballero y que los vecinos del lugar afirman que fué la de un tal Quesada, que aun existe intacta y en ejercicio. Hemos visto las rocas en que don Quijote sentábase á departir las horas en sabrosa plática con su inseparable escudero. Hemos sentido murmurar el arroyo en cuyas aguas cristalinas bañábase los marmóreos pies la hermosa y desventurada Dorotea, que el infame don Fernando abandonó.

Hemos creído sentir, al pasar por las gargantas de la Sierra Morena, el eco de las desesperadas lamentaciones que, desde aquellas horribles soledades, enviaba Cardenio á esa Lucinda tan amada, á quien, creyendo pérfida, escribiera con mano calenturienta la epístola que Sancho recogió de un saco, podrido por las lágrimas del enamorado mancebo.

El buen gusto literario la guardará entre sus joyas y celebrará eternamente aquella clásica frase que, en tales sitios asomó en el acto á nuestra memoria : *Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras : por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres mujer.* ¡Apretada síntesis del uniforme lamento de los amantes en desgracia ! ¿ Por ventura el amor (que siendo correspondido arde y relampaguea en el fuego divino de la elocuencia, como la encendida nube del Sinaí) solamente halla en el infortunio, los largos lamentos de Jeremías, ó los furores del puñal de Oteló ?

La Mancha es árida como una roca, negra como una bóveda y triste como un cementerio. Sus páramos, sus yelmos y su silencio tienen las vertigi-

nosas atracciones del abismo. De su suelo, tostado por el sol ardiente del mediodía, se desprenden como fétido aliento emanaciones salinas que recuerdan las ciudades malditas que fueron destruidas por el arado de la divinas venganzas. Sin embargo, ella que debiera estar condenada á eterna oscuridad, ha recibido de las fecundidades del genio que, á las veces, exceden á las de la naturaleza, bautizo de inmortales recuerdos. (Nadie la divisa ni nadie la cruza sin sumergirse en honda meditación. Todos la contemplan en callado recogimiento. Todos interrogan sus horizontes, como si aguardaran que el hidalgo que nació de su seno fuera á presentarse de súbito, saliendo tras de apartada colina ó de solitario peñón. Nosotros fuimos dominados en absoluto por su influencia misteriosa, y cuando, envuelta en las brumas de considerable distancia, se ocultó á nuestras miradas, la buscábamos aún como si tratáramos de dar el último adiós á estimado y antiguo compañero.

Por fin, cuando se la pasa, vuelve la interrumpida vegetación, y con ella la también suspensa alegría del ánimo como si ante calorosos rayos de un sol de verano, se hubiese evaporado repentinamente la nube de lágrimas que al parecer cubre su cielo inhospitalario.

Vuelven asimismo á sucederse los sitios históricos, dibujados á la fresca sombra de espesos y oscuros olivares que se inclinan bajo la gravedad de los años y del follaje, hacia las juguetonas corrientes que bañan y vigorizan sus raíces.

VI

Esas poblaciones que el viajero sólo puede divisar de paso, como si fuesen paisajes de la linterna mágica, guardan en seguro rincón de su memoria recuerdos de que se enorgullecen, porque les han dado carácter interesante en las páginas de la historia nacional.

Así, no podríamos resignarnos á pasar en silencio sobre *Vilches* y *Arjonilla*, que sin duda están por sus tradiciones á la cabeza de muchas celebridades y que son dos hostias consagradas en el altar de los imperecederos recuerdos del patrio suelo.

Vilches se avecina formando casi un mismo cantón á *Las Navas de Tolosa*; sitio de llanuras extensas, en las cuales en 1212 el pendón que ostentaba el signo de la Cruz y que reunía al amor de su sombra y de su fortaleza á los ejércitos de Castilla, de Aragón y de Navarra, vió huir delante de sí, en fuga apresurada y vergonzosa, á las huestes innumerables como las arenas del mar que, bajo la altiva media luna del profeta de Alá, comandaba el magnífico emir *Mohamed*.

Este, sentado á la fresca y balsámica atmósfera de su tienda, que fortísimas cadenas abrazaban y que nubes de fornidos africanos, montados en todos los camellos y caballos de sus desiertos, defendían en el simple carácter de guardia de honor, esperaba indolentemente la noticia del seguro triunfo de la cimitarra.

Empero, no tardaron en llegar á sus oídos los ayes de sus huestes horriblemente acuchilladas, entremezclados, por amarga ironía del destino, á los himnos de victoria que entonaban los cristianos aborrecidos.

A la armonía alegre de esos cantos, despedazáronse las cadenas que guardaban la tienda de Mohamed, como, á la luz de las antorchas de Gedeón, se desplomaron los muros de las ciudades madianitas. Sus defensores las habían roto para salvar la vida por medio de la fuga, evaporándose como el rocío inconsistente de la mañana ante los primeros rayos del astro del día. Mohamed, en los lomos de su ágil y altiva yegua árabe que volaba, según la expresión del historiador, fué á llorar al pie de solitaria palmera aquella derrota que sepultó para siempre su orgullo y su poder.

VII

Si Vilches es célebre por la victoria, *Arjonilla* lo es por el amor. Aquélla ostenta en su frente la hoja de laurel; ésta en su pecho, la rama delicada y balsámica del mirto.

En efecto, en Arjonilla se conserva aún la torre en que Macías, cuyos infortunios ha inmortalizado Larra, rindió la vida en aras de la tiernísima pasión que, con la energía de la juventud y de su corazón de poeta, profesó á los encantos universalmente celebrados de doña Elvira, esposa de Juan Pérez.

Las públicas manifestaciones que Macías hiciera

á su bellissima amada llegaron á los oídos de Pérez como eco de lúgubres presagios para la honra de su hogar y para la paz y para la ventura de su alma. Espesa, negra y tormentosa nube de odio y de cólera turbó la serenidad de su pensamiento. Buscó al mancebo que, por orden del famoso literato don Enrique de Villena, el temido nigromante de su siglo, cuyas obras fueron devoradas por las llamas de póstumo y fanático auto de fe, estaba detenido en la torre que servia de ciudadela en Arjonilla.

Pérez, martirizado por el dardo de agudos celos, no sintió apagada por este cautiverio la llama voraz en que se abrasaba su corazón. Veló á los pies de la fortaleza que robaba á su acero el odiado rival, á quien sorprendió una mañana de florida primavera, entonando dulcísima y melodiosa canción á los encantos de la ausente doña Elvira. El enamorado trovador, como si hubiese querido hacer coro al himno que las aves entonaban á las primeras luces de la mañana, se había inclinado hacia fuera de su prisión improvisada.

El sañudo Pérez, abriéndose cauto y silencioso paso por entre las flores y la verdura que cubrían los pies de la fortaleza, aprovecha aquella oportunidad que presenta el corazón encendido de Macías al agudo y cortante fierro de su lanza.

Ésta, dirigida por pulso á que dieron seguridad odios y celos, voló en el aire como ligera saeta, arrastrando al caer el cuerpo exánime del infeliz Macías.

Así apagó Pérez la voz del enamorado cantor de las gracias, que llamaremos infortunadas, de doña Elvira.

Empero, cuentan las crónicas que fueron impotentes todos sus esfuerzos, todas sus ternuras y todas sus lágrimas para borrar de la memoria de su esposa

entristecida la graciosa y adolescente imagen del pobre trovador, que se reflejaba en sus misteriosos espejismos, inmortalizada por la sublime aureola del martirio. La muerte misma le prestó los poéticos y románticos tintes del perfumado sudario en que ella, por particular excepción, envuelve á los que á sus brazos llegan á bordo del melancólico esquife de los amores sin ventura.

VIII

Por fin, después de algún tiempo de marcha, divisase á la distancia el celebrado Guadalquivir, que se desliza lento y silencioso como persona perezosa y anémica, besando con pálidos labios los últimos estribos de la Sierra Morena. Crúzalo, no muy lejos de ésta, el puente de *Alcolea* que, por ser de negro mármol, descolorido y jaspeado por los arañazos de los tiempos, semeja á un largo cocodrilo que se bañase con muelle delicia en las aguas verde claro de las apacibles corrientes.

En las vecindades de este puente pareció que la feliz estrella de los Borbones iba á negarles para siempre sus constantes favores, eclipsándose en 1868 ante la nube de polvo y de sangre en que las huestes de Serrano envolvieron á las de Novaliches, y en donde rodó, como carcomida encina descuajada por robusto brazo, el trono de doña Isabel, la hija de Fernando VII.

De ese puente se entra casi de súbito á la estación

de Córdoba, en la cual el que va en busca de impresiones, á investigar como la reina de Saba la verdad de lo que la fama canta, hace prolongada antesala preparando las ideas, repasando y escalonando convenientemente los recuerdos y solicitando inteligente guía que sepa conducirlo con método al conocimiento de las poéticas riquezas que tres civilizaciones y una docena de siglos deben haber acumulado dentro de sus almenadas murallas.

Cuando todo esto está hecho y el traje sacudido, se pasa adelante, presa de una vivísima emoción. En breve, se saludan los afueras de la tradicional y soñada ciudad que cortesmente nos recibieron, brindándonos hermosas y doradas naranjas y una que otra flor, nacidas bajo los postreros rigores del invierno, y las primeras aun indecisas caricias de la ya vecina primavera.



CÓRDOBA

I

Á medida que avanzábamos hacia esta ciudad que la gloria, las riquezas, los amores, las guerras y los infortunios han colocado en la más encumbrada cima de la historia y de la leyenda, creíamos percibir en los gases livianos de su atmósfera, calentada en esos momentos por un espléndido sol, los espíritus enamorados de aquella tiernísima Zulema y de aquel invencible y caballeroso Almanzor, que encendieron nuestra juvenil fantasía al calor de sus pláticas y de sus suspiros amorosos.

La imagen varonil y altiva del Gran Capitán, las siluetas vaporosas de las ágiles y bellísimas odaliscas, los pesados y revueltos turbantes de los musulmanes, la alegría de sus huestes y el relincho de sus corceles de combate, se agitaban confusamente en nuestro recuerdo.

No podíamos creer que nos halláramos sólo á diez minutos de esa Córdoba, cuya historia nos había inte-

resado poderosamente, allá en las edades apacibles y entusiastas de la niñez, en las que habíamos recorrido también en alas de la novela, del poema y del romance sus doscientas mil casas, sus ochenta mil palacios, sus doce mil aldeas, sus novecientos baños y sus setecientas mezquitas.

Esperábamos á cada momento ser sorprendidos por alguna magnificencia, escuchar el concierto de las numerosas campanas que llamaron á la oración y al recogimiento á los piadosos y místicos adoradores de Alá.

Empero esa esperanza se desvanecía. Nuestros ojos, fatigados por el esfuerzo de examinar cuanto por ahí se presentaba, no vieron ni los alcázares de Alcoraicitá y de Meruán, ni los jardines de la Almunia, ni el soberbio y tradicional palacio que la pasión infinita de Abderramán III elevó á los encantos de la romántica Azhara, poniendo á tributo los mármoles de todas las canteras conocidas, cargando con ellos, durante veinte años los lomos de mil quinientas mulas y cuatrocientos camellos; adornando las bóvedas y muros de sus salones con millones de perlas y de piedras preciosas; incrustando en todas partes, sobre el delicado y oloroso cedro, el oro, el acero y el ópalo, que se devolvían como jugando las luces y los colores que les enviaba la soberbia y juguetona fuente de azogue que alegró el retrete inviolable de aquella adorada favorita.

En vano nos deteníamos interrogando los horizontes con afanoso empeño. Á nuestro derredor y á nuestro frente comenzó sólo á mostrársenos un modesto, aunque espacioso parque de verano, en el cual se hallaban apiladas las piezas y elementos que forman sin duda, en la feliz estación de las flores, algunos *chalets* y algunos casinos improvisados. Aquellas puertas,

aquellos tablones, aquellas varillas de fierro daban á este sitio el aspecto de una playa abandonada á la que hubiesen arrimado las olas de violenta tempestad, los despojos de naves infelices sacrificadas en sus furores.

El temor de que sólo estábamos en presencia de espaciosas y melancólicas ruinas sucedió bien pronto á nuestro primer entusiasmo. Por desgracia, esto era la realidad, que *el corazón*, como dice el poeta, *no engaña cuando las horas de su mal presiente*.

Muy luego se nos dijo : « Esto es Córdoba. » Nos lanzamos á reconocerla. Nos perdimos en un laberinto de calles estrechísimas, por donde no pasan un caballo, un perro, un vehículo.

Están tendidas en una suave colina, dibujando fatigadores zig-zags. En verdad que no podíamos creer á nuestros ojos. Preguntábamos de nuevo si ese dédalo de callejuelas no sería una de las aldeas que la gran Córdoba poseyó. Todo inútil. Estábamos en la Córdoba cantada en todos los tonos de la poesía, desde el idilio hasta el ditirambo. Aquel pueblecito mudo y dormido formó el corazón de la primera capital del imperio otomano. En él alzáronse los soberbios minaretes de los palacios que sirvieron de morada á los voluptuosos y temidos califas. Desde ahí marchaban en lomo de rápido corcel árabe, las órdenes y las huestes de ataque á las ciudades cristianas de toda la península. La pila galvánica de todos los sacudimientos políticos y religiosos, tuvo ahí su laboratorio.

¡ Qué hacer !

Desprendidos así tan violentamente de las alturas de nuestras expectativas, nos retiramos á descansar de esta decepción abrumadora, para volver con ánimo más sereno á nuestra interrumpida visita.

Al siguiente día, muy de mañana, nos perdimos de nuevo en el silencioso y estrecho espacio que guarda

como preciada joya lo que el tiempo, en sus voracidades, ha dejado de aquella grandiosa y espléndida metrópoli musulmana del Occidente. Entonces pudimos apoderarnos de los detalles que escaparon á nuestra observación en la primera, rápida y desalentada revista. La ciudad, ó mejor dicho sus calles, están formadas por casitas muy coquetonas, bajas, de uno ó de dos pisos solamente.

Á juzgar por la extensión de sus frentes y de los patios, que, desde sus puertas se divisan y se miden en la primera ojeada, pudiera creerse que son hechas para una sola persona, si no cruzasen por los limpios y marmóreos corredores que las comprenden, misteriosas y como tímidas fugitivas que os miran sólo de reojo, como preguntándoos lo que hacéis ahí, delante de su morada.

De ordinario, la puerta de la calle tiene cierto aspecto de puerta de pequeña capilla. Tras ella, sigue una reja de su mismo tamaño, como á dos metros de distancia, que forma así un diminuto vestíbulo ó zaguán, como nosotros decimos, en el que hay asientos fijos y muy cómodos. El estilo y carácter de su arquitectura son casi pompeyanos.

Si á los edificios que la azada ha robado en Pompeya á la piedra pómez y á la lava del Vesubio se pusiera la techumbre y las puertas que les faltan, serian iguales á éstos en un todo.

Los mosaicos, los frescos, los mármoles y las pequeñas estatuas que embellecieron á esa sepultada villa, se han trasladado á Córdoba, por decirlo así. Cada casita de éstas parece un verso suave del arte arquitectónico, uno de sus juquetes ó uno de sus caprichos. En ellos no hay majestad, ni aun la que de ordinario dan los recuerdos y los siglos que por ahí han pasado ó que ahí viven. Hay sólo gracia y ligereza.

Ellos son la viva y colorida imagen del gusto morisco. El árabe ha impreso á todas las obras de sus manos, la movilidad, finura y volatilidad que caracterizan su espíritu oriental.

Muchas de estas casitas, que ostentan imágenes de Virgen ó de Cristo sobre la dicha reja, perdidas entre maceteros de flores, se parecen á esas tumbas fastuosas, pero no por eso menos melancólicas de nuestro cementerio, en el fondo de las cuales se ve un pequeño altar ó una lámpara solitaria.

De ellas no se escapa un solo tono de la voz humana. Si uno no las viese tan aseadas y tan monas, llegaría á creer que carecen de poseedores. Nos han asegurado que en la primavera son verdaderos ramilletes de verdura y de flores, pues festonan sus balcones y los pilares graciosos de sus corredores muchas clases de enredaderas y muchas especies de plantas estimadas y raras.

Se ciernen, pues, en la atmósfera de este pueblo las alas del ángel de la melancolía, como si él quisiera obligarlo á condensar los recuerdos de sus preteritas grandezas, al amor de un sublime, callado y no interrumpido recogimiento, único, noble y seguro alivio que las almas grandes permiten á los acerbos dolores.

Las calles son tan estrechas que cuatro personas marchando de frente irían molestas.

En general, son muy aseadas, pues todos sus edificios están perfectamente blanqueados.

Por ellas pululan nubes de harapientos mendigos que persiguen con fatigadora insistencia al raro transeúnte que las atraviesa.

Estos infelices, ciegos en su mayor parte, parecen con sus rostros estatuarios, los buhos de aquel romántico cementerio de la alegría y del movimiento que

caracterizan á los pueblos andaluces. Su voz cascada y llorona como un largo lamento que os pide un cuarto para comer, hiere de una manera indefiniblemente rara vuestros nervios, trabajados ya por tantas tristes impresiones.

En fin, de las casitas esas, echadas en la pendiente de sus calles, como dulce paloma que aguarda pacientemente al amado compañero, y del laberinto aquel de encrucijadas y de estrecheces, que sólo escucha las súplicas de sus pordioseros, como rumor confuso de apartada selva, se descende hacia el Guadalquivir, que abraza á la ciudad por el ocaso, con aquella dulcísima ternura y con aquel enérgico afecto que nacen bajo el techo de un común infortunio.

La vista de este río, que aun está muy distante de ser navegable, descarga hasta cierto punto el ánimo de las impresiones sombrías que ha recogido en la ciudad. La presencia de la Sierra Morena, que se alza á pocos kilómetros de camino, y la verdura de los campos que fertilizan las aguas que corren á vuestros pies, completan la curación y os habilitan para continuar visitando lo que aún Córdoba tiene.

Así, os vais al *Paseo del Gran Capitán*, que es una anchísima alameda de unos cuatrocientos metros de longitud, formada por naranjos todavía no bien desarrollados.

Este paseo, como debe suponerse, es nuevo ; forma parte ó encabeza el ensanche que se está dando hacia el oriente á la oprimida ciudad. En él hay un espacioso teatro y dos cómodos casinos que se llenan todas las noches. Más lejos existe un club de proporciones colosales, en el que cabría dos veces el de la Unión.

Al rededor de la avenida de naranjos, que tiene también en su centro cómodos sofaes de madera pintados de verde, desfilan en la tarde las beldades cor-

dobesas, luciendo la una un talle esbelto y movable como el de la primera palma que Abderramán plantó en Córdoba; unos ojos negros, grandes, rasgados, dulces y soñadores, la otra; una tez suave, brillante, ligeramente tostada por los amorosos ardores del sol de Andalucía, aquélla; y así cada una excita una admiración y os arrastra el pensamiento largo tiempo tras su paso ligero y breve.

Ahí uno se halla como trasplantado repentinamente á un clima de verano, bajo cuyo cielo brotan la luz, las estrellas y la alegría.

El movimiento es activo y sostenido. Grupos numerosos de jóvenes y de estudiantes recorren aquel paseo agradable y bello. Al sabor de una plática, trabada sin saberse cómo con vecino que tenéis en vuestro sofá, corren gozosas las horas y se aprenden muchas cosas que en un libro no sabríais encontrar ni podríais retener.

El español es muy comunicativo, muy franco y muy hidalgo. Merced á esta trinidad escasa de virtudes privadas el extranjero se halla en medio de ellos como en su propio hogar. Más tarde tendremos tiempo y oportunidad bastante para echar un párrafo sobre las bondadosas mercedes de que, complacidos, nos reconocemos deudores.

Ahí, en improvisada amistad, recorrimos muy brevemente la historia de algunos de los muchos personajes célebres, de que Córdoba es alta, gloriosa y envidiada cuna. Eso por cierto constituye un feliz equilibrio á las brechas ya irreparables que los caprichos misteriosos de esa ciega y versátil diosa que llamamos Fortuna ha abierto en sus legendarios esplendores.

Córdoba puede cubrir con legítimo orgullo las ruinas en medio de las cuales vive como águila altanera

que fabrica su nido en los restos de robusta encina, con los pañales que dieron generoso calor á los cerebros de *Aberroes*, quien como Hipócrates, aplicó las leyes de la filosofía á la curación de las dolencias que aquejan á la humanidad; de *Lucano*, célebre autor de la *Farsalia*; de *Séneca* y del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, quien en las luchas de Italia y en la toma de Granada, fué el brazo más robusto que sostuvo el trono de Fernando el Católico y la bandera gloriosa de Castilla.

Ahí supimos que Córdoba guarda con avaro cuidado la piedra más valiosa de aquella diadema con que ciñeron sus sienes las pródigas larguezas de la piedad religiosa de sus primeros califas.

II

En otra parte hemos dicho que Córdoba poseyó setecientas mezquitas en las que rivalizaban, al par del fervor ardiente y recogido de los hijos de Islam, los adornos y las suntuosidades poéticas y místicas del Oriente.

Y bien, la primera de esas mezquitas, la que por sus magnas proporciones y por sus riquísimos atavíos dejó atrás, según muchos, á la Kaaba de la Meca, en donde el profeta de Alá duerme el eterno sueño, suspendido como un astro en el espacio de su fastuoso sarcófago, se conserva aún en Córdoba mutilada, sí, en parte sensible.

Dirigámonos, pues, con apresurado paso hacia esa

maravilla que se nos presentaba como compensación á nuestras ya casi olvidadas decepciones. En alegre comparsa de querido y antiguo compañero, de un nuevo amigo á quien debíamos la grata noticia, y de un guía, impuesto por su sola constancia en ofrecerse como tal, marchamos hacia el norte en dirección al Guadalquivir. Muy pronto, después de veinte minutos de fatigosa lucha en los zig-zags de las caracoleadas callejuelas del pueblo, estuvimos al frente de un edificio que, por su forma, su extensión y el color de sus murallas, puede allar sitio en varias clasificaciones arquitectónicas. Parece, á primera vista, cuartel, antigua fortaleza ó gran mercado. Él hace un contraste tal con la pequeña talla de las casas y calles en medio de las cuales se levanta, que es de imaginarse que sus muros se han construido con el solo objeto de ocultar las ruinas de alguna grande hecatombe acaecida en el seno de la antigua ciudad.

Sin embargo, recorriéndolo hacia el poniente, no se tarda mucho en llegar á una gran puerta que da acceso á un patio inmenso, rodeado de corredores no muy altos y que presenta en el centro un gran baño sombreado por el follaje de crecidos y añosos naranjos.

Sobre esta puerta se eleva un poco á la izquierda una torro greco-romana que en mil seiscientos cincuenta y tres reemplazó el *Alminar árabe*, á cuyas voces reuniéronse en otras edades miles de fieles mahometanos que desde luengas tierras y cargados con el bagaje de peregrinos, venían á refrescar los fatigados pies tostados por las arenas abrasadoras del desierto en las aguas de ese baño llamadas de la ablución, ceremonia obligada para el que deseaba penetrar en la mezquita del grande y del invencible Alá.

Esta se presenta formando el costado derecho de

ese patio que le sirve de perfumado vestibulo. Uno penetra en ella por la puerta del perdón, cuyo marco está dibujado por el beso de dos curvas que trazan un arco ojival árabe de cuatro metros de ancho y ocho de alto. Cuando se está dentro no se sabe verdaderamente si uno se halla en un templo, en una plaza ó en una galería artística de la que se han quitado ha poco las telas y las estatuas.

Á cualquier lado que se dirija la mirada se divisan líneas interminables de columnas de diversos colores y de diversos materiales.

El mármol, el pórfiro y el jaspe lucen y rivalizan á porfía.

Estas columnas son hoy solamente mil, las que colocadas en largas hileras forman de norte á sur diez y nueve naves, y de oriente á poniente treinta y seis, mucho más estrechas, sí, que aquéllas.

Arrimados á los muros que á medida que se elevan, se hacen más ligeros, cual si fuesen permanente plegaria, se hallan cuarenta de estos mismos pilarcitos, coronados como pequeñas palmeras por una diadema triangular de finas hojas de mármol blanco.

Todas estas columnas son de un solo trozo, de cuarenta centímetros de diámetro y de dos y medio á tres metros de altura, hasta un capitel corintio árabe que forma la coronación de una palmera. Todas ellas se hallan abrazadas por doble fila de arcos concéntricos en su mayor parte, á una distancia el uno del otro como de un metro y treinta centímetros aproximadamente.

En otro tiempo, antes que el rey san Fernando conquistase á Córdoba, el veinte y nueve de julio de mil doscientos treinta y seis, el cielo de la mósquea descansaba en forma de una hoja sobre los lomos de los últimos arcos. En él leíanse en finísimos y ricos

arabescos los versículos del Corán, grabados en profundas líneas de oro y de nácar, sobre el áloe, el sándalo y el alerce. Diez y nueve preciosísimas puertas abrían paso á la piedad, á la esperanza, al dolor y al recogimiento de los fieles. La bella torre del Alminar se elevaba á sesenta y cinco metros, en medio casi de un grupo de cien columnas de mármol rojo y blanco, cruzada al centro por dos soberbias escalas que, dirigiéndose en sentidos opuestos, se cruzaban amorosamente en las cimas como dos suspiros que escapándose á un mismo tiempo de dos pechos enamorados se buscasen para confundirse en la luz y en las alturas.

El inmenso espacio de la Mezquita, limitado por una *longitud de ¡ciento sesenta y siete metros!* y por un ancho de *¡ciento diez y nueve!* podía ser dominado en una sola y rápida ojeada, al través de la luz indecisa, semi-oculta, vaga, melancólica y mística que las innumerables ventanas de vidrios de caprichosos colores enviaban al seno de las risueñas navecillas, después de haberlas recogido de un sol ardiente y de haberlas descompuesto en infinitos prismas de diversos tintes y proporciones. Millares de lámparas y pebeteros, repletos de todos los aromas orientales ardian, suspendidos de las bóvedas delicadas y finas de aquel inmenso santuario. El oro, la plata, los rubíes, el ópalo, los brillantes, las esmeraldas; cuantas riquezas sorprendentes y escasas saben incubar y esconder las avaras entrañas de la tierra tenían asiento y voz en aquella armonía de colores, de aromas y de luces. Empero hoy todo eso ha desaparecido.

La mano profana del mercader ha fabricado con el maderamen de la sagrada techumbre objetos de arte que le han dado no escasa suma de maravedies. Bóvedas y medias cúpulas desagradables han reem-

plazado el vacío que en aquel espacio se hizo. Las puertas se hallan condenadas y amuralladas. La torre del Alminar fué descuajada hasta sus cimientos para poner en su sitio la que hoy existe, coronada por la imagen de san Rafael, la cual, elevándose á noventa y tres metros en los aires, parece un centinela avanzado que vela con ojo siempre despierto los horizontes en que se alzan las tiendas de los antiguos señores de ese templo. Las naves laterales han sido también amuralladas; sus pilares y sus arcos, escondidos ahora en pesada obra de cal y albañilería, forman cincuenta y dos pequeñas capillas parecidas en mucho á la de la Virgen de los Dolores de nuestra iglesia de San Francisco. En fin, como si no hubiese sido bastante al odio sectario tan absurda y tirana mutilación hecha en las gracias de aquel ex-relicario del arte y del buen gusto musulmán, que los vencedores debieron conservar con más cuidado que los estandartes y cimitarras tomados en la victoria, los canónigos de Córdoba resolvieron en mil quinientos veinte y tres destruir casi toda su parte central, á fin de que ahí se elevara la catedral de la diócesis. Tras de infinitas y tumultuosas luchas habidas con los vecinos y con el ayuntamiento, la obra fué comenzada y con ella destruida la importancia y personalidad, dirémoslo así, de la mosquea. En su centro, en lo que formaba precisamente su corazón, que distribuía á manera de sangre por las infinitas arterias de los cuerpos de sus naves, torrentes de ambrosía y regueros de luces, el culto católico elevó una iglesia de cincuenta y tres metros de largo por quince de ancho, la cual forma con otra ala del edificio que la separa del coro, una verdadera cruz latina que ha muerto á la mosquea, pues hoy ésta sólo puede figurar en la categoría de las grandes y de las sensibles ruinas.

Sin embargo, aquella mano destructora que empuñó sin misericordia la barreta y la azada, supo respetar el santuario conocido bajo la denominación de *el Mirhab-Adoratorio* ó sea, *la morada del espíritu de Dios ó del Profeta*, hacia la cual todos los árabes de esta península se volvían al hacer súplicas ó al elevar sus oraciones.

Este santuario no sólo es célebre por esta circunstancia, sino porque en él han gastado el arte refinado y el supremo buen gusto todas sus delicadezas y todos sus tesoros ¹.

El sacristán de la que hoy se llama simplemente : *la Catedral ó Santa María la Mayor*, nos dirigió en la visita obligándonos á encender una larga vela de cera, y con todas aquellas hipérboles que la gente vulgar emplea aun en los asuntos más sencillos, nos hizo ver parte por parte todas las grandezas artísticas y naturales que forman el santa sanctorum de los muslines ².

A la luz pálida y vacilante de esas mortuorias bujías, vimos, en el fondo de la sexta nave de las que corren de oriente á poniente, una capilla de forma octógona, formada por un suave desvío que hacia afuera hace la muralla del norte y por un gracioso arco que descansa en dos columnitas de jaspe.

Diez y seis hermosísimas columnas del mismo material sostienen una concha de mármol de un solo trozo que forma la techumbre, delicadamente cincelada y cubierta de arabescos y de estrellas. Los pilarcitos lo están de placas de mosaico de vidrio y de incrustaciones de cristal que contienen versículos del Corán,

¹ Hacer una descripción aunque fuese ligera de esta maravilla, sería una grave tarea.

² Sacerdotes árabes.

semejando ojos vivos y ardientes, que os mirasen hasta los rincones más ocultos de la conciencia. Las piedras preciosas, asomadas ligeramente á las líneas y dibujos del más finísimo oro, completan el cuadro.

Ese santuario es pequeño; apenas podrán caber en él ocho personas de pie. Su pavimento se halla hundido sensiblemente en las orillas.

Ahí, iluminado misteriosamente por una lámpara de oro, de un trabajo inimitable, que pendía de la bóveda por medio de una riquísima cadena cuajada de perlas y rubíes, hallábase, abierto sobre una media luna el libro sagrado del islamismo, escrito de manos de Otmán, en letras áureas y con piedras rarísimas.

Los peregrinos que alcanzaban la dicha de visitar aquel lugar debían darle de rodillas siete vueltas.

Esto explica los sensibles surcos que á primera vista se descubren en el pavimento: las rodillas del creyente trabajaban la dureza de la roca, la súplica de sus labios la misericordia de Allah y la enseñanza del libro santo las aristas porfiadas y altivas de las pasiones de su corazón.

No muy lejos de este recinto, se levanta el *mimbar* ó sea el púlpito árabe, desde donde los ulemas, y á veces el ismán¹, excitaban á la oración, al ayuno y á la pureza de las costumbres. A veces se llamaba desde ahí á la guerra santa, á la guerra de conquista, á la guerra de defensa, recordando á los fieles silenciosos, que el paraíso del Profeta se halla á la sombra de las espadas y que sobre las crines del caballo guerrero se ciernen como haces luminosos las bendiciones del cielo.

Antes de retirarnos de aquel doble santuario en

¹ Sumo pontífice.

cuyo seno se ha venido á incrustar profundamente el soplo de cólera que en el campo de batalla ahuyentó hasta la eternidad á los árabes de Córdoba, tuvimos ocasión de observar que el tabernáculo de la hostia católica se avecina al mirhab del verbo islamita. Para las imaginaciones exaltadas, pensábamos, esa aproximación puede tomar las formas y los colores de una lucha sorda, de carácter infatigable que revuelca en agrias y envenenadas olas de odios, aun no apagados ni con la nieve de los siglos, los dogmas, los cultos y las doctrinas de ambas religiones, las que, después de haberse herido la conciencia con los anatemas de eterna desventura cerrándose á perpetuidad la disputada puerta de los cielos, se han buscado en seguida el corazón con la punta de agudo puñal, en los campos de sensibles y sangrientos exterminios.

En aquel recinto que guarda, por decirlo así, escondidos en el seno de cada una de sus piedras ó en los pliegues de sus arabescos, los ecos de las últimas plegarias que por el triunfo de las armas de Islam elevaron temblorosos ancianos, contristadas esposas, débiles niños y madres inconsolables se siente no sabemos qué sutil corriente de melancolía que baña y apena el corazón.

El templo católico, perdido en medio de aquella *selva de columnas* y engalanado con los despojos de su antagónico predecesor, al que faltan hoy la voz del himno y la luz de la idea, nos trasladaba el pensamiento á los campos abandonados tras de sostenida lucha en los cuales los vencedores se dividen y se distribuyen los haberes del enemigo que, expirante, con ojos rasgados por dolorosa agonía, asiste á ese reparto que profana los respetos debidos á la muerte y al infortunio.

Lamentábamos muy de veras que Carlos V, ce-

diendo á no sabemos qué orden de consideraciones, hubiese desoído la razonable oposición del ayuntamiento y de los vecinos de Córdoba, y hubiese permitido al encaprichado cabildo clavase la cruz de Cristo, símbolo dulcísimo de humildad, de perdón y de olvido, como cartel de perpetuo desafío, en el corazón ya helado de la silenciosa mezquita, cuyo Numen le dejó cristalizada en los labios la plegaria, al despedirse del alto santuario desde el cual comunicara, durante siglos al Ismán arrodillado la palabra de su voluntad.

Por fin, dimos nuestro adiós á ese resto considerable de la pasada grandeza de Córdoba y volvimos á nuestro hotel para prepararnos á marchar al siguiente día en demanda de Granada. Empero Córdoba reservábanos aún otra agradable sorpresa. En la mañana misma del día señalado para la partida, se nos dijo que debíamos visitar las ERMITAS DE LA SIERRA MORENA donde viven haciendo perpetua oración y cruda penitencia una veintena de monjes.

Postergamos, pues, gustosísimos la despedida y en el acto nos dirigimos en confortable vehículo hacia el sitio que se nos había señalado.

III

Para llegar á él, es necesario trasmontar la Sierra Morena, cruzando una larguísima carretera de revuelto caracol, semejante en parte á la de nuestra cuesta de Chacabuco.

Aquella ascensión que va en busca del seno más escondido de la sierra, constituye por si sola un muy agradable pasatiempo. Á medida que ella avanza, se van espaciando los horizontes de observación, perdiéndose los edificios de la ciudad y presentándose, en cambio, el hermoso panorama que ofrece el dilatado valle de la Albaida, por el cual corre en caprichosos giros el Guadalquivir, vistiéndolo de poderosa vegetación.

Los bordes de la carretera están dibujados por hermosas líneas de acebuches, algarrobos, encinas, alcornques y pinos.

Desde ella, al par que se divisan hondos y espantosos precipicios, alegran el ánimo infinitos rebaños de albisimas cabras que pacen gozando y jugueteando en las laderas ó en cumbres al parecer inaccesibles de la sierra. La voz sonora del pastor que llama al cabrito que se aleja demasiado del maternal regazo y la armonía monótona del cencerro con que esas existencias inocentes ahuyentan al rapaz lobo que, como el genio del mal, ronda infatigable por aquellas apartadas latitudes, forman una especie de nota que resuena con acento indefinible.

Ella es un eco débil del bullicioso y risueño festín de las alegrías de la niñez, cuando, confundidos en enjambre de innumerables compañeros, el maestro de respetada memoria, nos ha conducido á separada campiña de frondosos árboles, de cristalinas corrientes y bordadas de flores silvestres que nos han invitado á reposar sobre sus aromas y sus colores la fatiga de la barra ó del agitado juego de la pelota.

La ascensión continúa. Centenares de carretitas iguales á las de nuestras riquísimas y engreídas montañas de Chillán, llamadas por nosotros con tan graciosa espiritualidad *chanchitos* á causa del agudo

ruido que hacen sus ruedas, descienden en perezosa marcha, fatigadas por el peso de enorme carga de maderas de construcción y os obligan muchas veces á deteneros largo rato, aguardándolas en ancho recodo para evitar choques y colisiones que podrían seros funestas.

Dos horas dura ordinariamente la caminata. Cuando se ha salvado el postrer ramplón de la carretera, se describe una especie de vuelta violenta, elíptica, hacia á la derecha; hacia un sitio á que la vegetación espontánea no ha querido subir.

De repente tenéis delante de los ojos una especie de boca de túnel dividida, como alguna de las estancias del San Gotardo, en tres compartimentos; sobre ella elévase un diminuto campanario de dos metros de alto.

Os halláis á la puerta de las ermitas. Un asiento de madera al natural os recibe mientras aquellas puertas que no han conocido la pintura se abren silenciosamente á vuestro paso como si fuesen las de la eternidad. Es necesario advertir que sólo un permiso del obispo las franquea, pues sin él todo el oro del mundo no podría servirlos para ello.

¡Cuán callada y cuán triste se muestra en ese punto la antes alegre naturaleza! Sentados en aquel banco rústico, aguardamos como en penosa agonía una larga media hora, al fin de la cual asomóse por el postigo de una de las hojas de la puerta la fisonomía agradable y varonil del hermano que la tiene á su cuidado. Dímosle nuestra licencia y entramos.

Por lo pronto, nuestro examen recayó sobre la persona del que ahí amablemente nos recibía. Ella, vestida con el hábito de los capuchinos, era alta y delgada. Dos grandes ojos azules, velados por sombras y medios tintes indecisos y vagos como los últimos

toques del manto de la noche, animaban con cierta indefinible melancolía cual dejo de lenta y prolongada fatiga, un rostro ovalado, abierto y franco. Una robusta, espesa y negra barba descendía en revuelto descuido sobre el pecho, cuajado de reliquias; y una voz suave y dulcísima que desde el primer acento revelaba al hombre complaciente, acostumbrado á practicar la sublime virtud de la obediencia, presentábanlo como ángel guardián de solitario paraíso.

Una tos penosa y frecuente y un color pálido y débil anunciaban desde luego que las fuerzas de su carne comenzaban á ceder sensiblemente á la acción constante del ayuno y de la vigilia.

Trabamos sabrosa y sostenida plática, nosotros preguntando y él respondiendo.

De este modo supimos que las ermitas son quince; *que su existencia se remonta á los tiempos prehistóricos, pues fueron fundadas mucho antes que dominaran en España los godos, los romanos y los agarenos; que jamás han estado desiertas ni aun en tiempo de los árabes, á pesar de los sufrimientos que éstos les ocasionaron; que cada monje hace votos por solo un año; que no ha existido sino un caso en que un ermitaño haya colgado sus hábitos; que la alimentación sólo es de legumbres; los domingos, martes y jueves, garbanzos; lunes y viernes, habas; miércoles y sábados, lentejas, en pequeña cantidad; que jamás se habla ahí sino para orar ó para despedir, en el eterno viaje, al ermitaño moribundo; que cada uno vive solo, aislado entre las cuatro paredes de su ermita, excepto cuando se reúnen en la misa de los días festivos, concluida la cual se separan en el acto; que todos distribuyen el tiempo entre la oración, hecha dentro de la ermita y según los avisos, que da una pequeña campana central á los que todos deben res-*

ponder con las que existen en sus oratorios en señal de que están alertas, y las faenas materiales que el superior les fija según sus fuerzas y aptitudes. En fin, muchas otras cosas supimos que sería largo y quizás fatigoso enumerar.

Cuando se terminó esa necesaria instrucción, avanzamos al interior siguiendo con ánimo impresionado á nuestro Virgilio cristiano, quien por superiores órdenes iba á pasear nuestra curiosidad al través de los círculos misteriosos de aquel terrestre purgatorio.

Desde luego dijo que nos encaminaba á un pequeño templo que en medio de ese místico campamento se levanta, consagrado á María de Belén. Él parece ser el corazón de todas las ermitas entre las que distribuye, á los tañidos de su campanario, el calor y las palpitaciones de la vida.

Condújonos en consecuencia hacia la entrada del desierto. Una larga y estrecha avenida de mustios cipreces, que forman una calle de cementerio ó una cadena de hondas melancolías ó una escala de graves reflexiones, nos llevó á los pies de un tosco monumento piramidal que cierra el paso casi repentinamente y al que una cruz modestísima remata como si fuera una lágrima. Este monumento se halla consagrado *á la muerte!* Una gran calavera colocada sobre un montículo de huesos blanquecinos que sin duda son los que la sostuvieron durante la vida en la cima de su frágil carnadura, parece que os mira atentamente desde el fondo de sus profundas bóvedas. Aquella osamenta no se satisface con deteneros para interrogar sólo en medio del silencio las interioridades de vuestra conciencia, para obligaros á pensar un momento en las apartadas regiones de la eternidad mirándola como de paso. No. Ella os dirige la palabra; y, como los prisioneros atados al carro de

triunfo de los Césares romanos, os grita: ¡Acuérdate que eres hombre!...

Ella, desde lo alto de su lúgubre y jamás ideada tribuna, arenga nuestras vanidades con este brevísimo discurso, que en el fondo de una placa negra que le sirve de mortuoria diadema ha sido escrito por una mano misteriosa como la que enmudeció la orgía de Baltazár :

COMO TE VES YO ME VI,
COMO ME VES TE VERÁS.
TODO PARA EN ESTO AQUÍ;
¡ PIÉNSALO ! Y NO PECARÁS.

Cuando aquel discurso de ultra tumba ha terminado, desfiláis por uno de los flancos de ese frío monumento escapando á la mirada de la elocuente osamenta que parece se vuelve para seguiros en el curso de las ideas que han brotado al calor de su palabra y como para despediros enviándoos una sardónica é imperceptible sonrisa de compasión ó de desprecio.

Muy pronto se atraviesa una pequeña galería de cuadros representativos de escenas milagrosas y de monjes que han muerto en olor de santidad. Ésta da paso al templete de María de Belén, el que es una verdadera cruz latina de unos quince metros de largo por cuatro de ancho. En el punto en que sus brazos se estrechan, arde perennemente, como la imagen de la fe que alienta el espíritu del ermitaño, una lámpara de aceite cuya luz indecisa y melancólica ilumina un bellissimo cuadro de la soberana Señora de aquel piadoso recinto. Desde ese templo pasáis á otra galería más prolongada que la anterior, oscura, húmeda y desprovista de todo menaje. Á su frente está escrita en enormes letras la palabra SILENCIO.

Más parece aquello un socabón practicado en las entrañas de endurecido cerro, que paso destinado para el hombre. En un minuto nos hallamos por fin en medio de ásperas sinuosidades pedregosas, sembradas de trecho en trecho por fatigados grupos de olivos amarillentos.

Esa sierra, llamada á causa de su aridez *Cerro de la cárcel ó de las víboras*, es muy dilatada y llena de accidentes.

Á la escasa sombra de aquellas agrupaciones de olivos se divisan ocupando extenso perimetro y perdidas en lontananza como puntos blanquecinos, las quince ermitas referidas. Entre una y otra hay á lo menos ciento cincuenta metros. Para visitarlas á todas seria necesario más de un día, pues las sinuosidades de la cuesta no permiten una jornada continua.

Aquellas ermitas, que parecen palomas heridas reposando tristemente en un nido de dolor, viven en el más absoluto silencio. El ser humano que respira en su seno se asemeja á la larva que, escondida en capullo resistente, trabaja en las tinieblas las galas que deben embellecerla cuando, alegre mariposa, bata y extienda las alas á la luz y al calor de pleno día.

Obtuvimos del superior, que al parecer es una existencia angelical, permiso para visitar una de esas ermitas. Allegámonos á la más próxima, la que abrió sus puertas después de habernos oído llamar tres veces.

Un monje alto, con la barba muy crecida, de frente espaciosa, coronada por una aureola de paz, de íntima y de quieta tranquilidad y dulzura, nos saludó cortesmente con la frase que en todos los conventos es la fórmula ó la voz de orden : *Ave María Purísima*. — *Sin pecado concebida*, respondióle nuestro guía. Mer-

ced á tan barato pasaporte, nos hallamos al instante en un cercado como de cincuenta metros de circunferencia, cubierto de vegetación y de florecillas silvestres.

En su medio, elévase una especie de pequenísimá capilla que presenta á una altura de dos metros, un campanario suspendido en un caballete de tosca madera. Una puerta baja da acceso al interior, que sólo está formado por dos compartimentos en forma de sepultura. En el primero, que abraza el espacio de dos varas y media de largo por dos de ancho, trabaja el hermitaño las obras de mano que el superior le encarga para satisfacer sus propias necesidades, y el segundo le sirve de dormitorio. Éste termina en bóveda, como las celdas solitarias de un presidio. Es tan pequeña como el anterior. Una tarima de madera y unos trozos de jerga y de lona y un cuero de carnero componen el lecho. Á su frente, una ventanilla redonda, como el ojo brillante de un ciclope, alumbra la imagen de la Virgen de Belén y un Crucifijo casi de tamaño natural, que se elevan en un altarcito practicado en la misma muralla. Por fin, un torno de madera, que se halla junto á la puerta de entrada y por el cual recibe el hermitaño su frugalísimo sustento, completa todo el ajuar de aquella pobrísima morada que, sin embargo, abunda en ideas y en cuya atmósfera el espíritu de sacrificio parece que derrama sin economía los dulcísimos contentamientos que ni el oro ni el fausto han podido jamás conseguir en los tumultuosos mercados de las exigentes vanidades del mundo.

IV

Una vez fuera de aquella tumba de vivos, en la que todo os habla exclusivamente de la muerte, desde la yerba que crece mustia y descolorida á vuestros pies, hasta el campanario, que toca de cuando en cuando á difuntos, no sabéis realmente si debéis alegraros ó entristeceros. En aquella morada, que ha buscado las alturas inaccesibles en que el águila vive; que se halla suspendida en el altísimo peñón del absoluto desprecio á los bienes y á los placeres de la carne, que está colgada en los bordes mismos del bullicioso torrente de las pasiones, que en la vecina ciudad arrastra hecha pedazos la paz y la dicha del alma; ahí, en medio de aquel horrible desierto en donde las aves no quieren anidar, en donde no se oye sino la palabra muda que los quince campanarios se envían á largos intervalos, convidándose á la plegaria, como apartados centinelas, que se alertean en aquel antemural de las pasiones que braman afuera; ahí, á la sombra escasa de aquellos olivos ya en ruinas, perdidos en la escabrosa garganta de esa sierra, estéril como una roca de sal y verdi-negra como un alga marina, sentimos apretarse las regiones de nuestra conciencia, bajo la presión de las atmósferas de todos los dogmas y de todas las doctrinas filosóficas que, desde el principio de los tiempos se han hecho á los bordes del sepulcro, guerra infatigable.

El problema terrible de la eternidad que asalta vigorosamente el espíritu en aquel sitio silencioso,

como pensamiento que, después de haber vagado durante largo plazo por los espacios de la conciencia, se ha escondido displicente en alguno de sus senos, para mostrarse vivo y ágil, cuando no lo esperáis ni tenéis memoria suya, está resuelto de una manera satisfactoria en la ardorosa mente de aquellos cenobitas.

La imagen de la perenne dicha *que ellos divisan* aguardándolos al fin de la jornada, palpita risueña en el seno de sus esperanzas; desciende de los cielos á sus almas, como por gradería de leves nubecillas, enardece sus fervores, multiplica sus vigiliass, sacia sus contenidos apetitos; se les asocia en ese camino en que buscan la escala de Jacob y la mitológica estrella de los magos; les aleja las penas de la soledad, poblándoles el espíritu de celestiales apariciones; los hace vivir, en fin, tranquilos y felices: en el pasado, por un absoluto olvido; en el presente, por una perpetua oración, y en el porvenir, contemplando en dulcísimos éxtasis, las arrobadoras perspectivas de una gloria sin término.

Se nos ha dicho que á muchos de los que en esas celdas han hecho el camino de la vida se les ha encontrado muertos en sus duras tarimas de reposo. Cuéntase que uno de ellos acariciaba con mano aun tibia la cuerda del campanario que debía responder por la vez postrera al sacro coro de los acompasados acentos que lo llamaban á la vigilia y á la oración del crepúsculo matutino. Con la otra, estrechaba amorosamente al corazón, silencioso é inmóvil como la péndola de un reloj sin cuerda, una pequeña imagen de la Virgen de Belén, bajo cuya devoción habían transcurrido los mejores años de su existencia solitaria.

Los ojos, ese último acento que calla en el moribundo, fijos estaban, como dos estrellas apagadas,

en el rostro afligido del Nazareno, revelando que, antes de quedar extintos, le habían preguntado hacia qué parte del espacio celeste dirigiría el espíritu su vuelo, y en dónde se hallaba aquella morada á que durante toda su vida habíase elevado en alas de una perpetua plegaria y de una constante victoria, ganada á todas las tentaciones de su flaca y liviana naturaleza. En sus labios, entreabiertos por el escape de la vida, nos decían, dibujábase aún la silueta de una angustiosa súplica, como si en aquella hora suprema hubiese vacilado la fe ó reveládose la carne.

¡Ah! ¡cuánta parte de esta triste existencia habríamos dado en esos momentos para adquirir la convicción íntima de que aquella senda empapada con las lágrimas de miles de espíritus creyentes, es la que mejor se aviene con las exigencias del deber! ¡Con cuánto infinito gozo habríamos escuchado la más leve revelación de aquellos sepulcros que se han absorbido los despojos de tantos hombres de fe!

Empero... ¡nada! El mismo eterno y jamás interrumpido silencio que guarda el misterio de la muerte en las fosas de los incrédulos envuelve estas tumbas en que han caído los de firme y fervoroso convencimiento.

Al contrario, en medio de aquel mutismo que desespera á la razón, en donde la crisis de la vida no ofrece signo externo de bonancible cambio, las corrientes del libre examen que, en este siglo de infatigables investigaciones, han penetrado las fibras y las arterias de todas las escuelas, pasean por aquella atmósfera la cáustica sonrisa volteriana y reflejan en los cristales de sus ondas, las imágenes de aquellos humildes é inofensivos ermitaños como mariposas envueltas en los pliegues oscuros de no sabemos qué manto de

sombras que roban á sus alas una parte considerable del brillo de los colores.

La filosofía cristiana, por otra parte, parece que no les abre sino una sola de las hojas de su puerta. ¿ Por qué ? (nos preguntábamos). ¿ Acaso no son justos ? ¿ por ventura hacen mal á sus semejantes ?

« ¡ Ah ! exclamó de repente á nuestro oído una voz misteriosa ; es que éstos han seguido al maestro sublime, cuya cruz alzan en la cima de su apartado retiro, sólo hasta la mitad de la penosa cuesta del deber. Lo han acompañado en el desierto adonde él fué en busca de fuerzas y de armas para luchar con todas las cortantes aristas de las pasiones y de las miserias del prójimo. Han ayunado con él en el seno de aquellos páramos. Como él, han sido tentados y han resistido con alma varonil. Empero, lo han visto partir al combate y no lo han seguido. Supieron que iba á expirar, colgado en el madero de las ingratitudes y de los odios de aquellos á quienes dió pan y dió vista. Oyeron de sus labios que es necesario cargarse con aquella mismísima cruz y seguirlo con ella hasta la muerte ; y no obstante, se han quedado en el desierto, entretenidos en místicas contemplaciones.

« He aquí la razón clara de ese doble fenómeno. Los hombres (continuaba aquella voz) no sólo no deben dañar á los otros de pensamiento ó de deseo, sino que están obligados á vivir practicando el bien *en medio de todos*, socorriendo al necesitado en los límites y en las proporciones de sus haberes y contribuyendo así, con su parte de sacrificio relativo, á la armonía y á las necesidades colectivas de la gran familia en medio de la cual han nacido.

« Los astros, en el éter dilatado del infinito (seguía ella diciéndonos) mezclan sus luces al conjunto universal ; las flores en la tierra confunden sus aromas

y sus colores; la nube recoge las humedades de la evaporación para devolverlas en estación conveniente; los mares ofrecen sus anchas y agitadas superficies á los ligeros y á los pesados bajeles; las montañas guardan para el trabajo ricos y envidiados veneros; los árboles maduran sus frutos para obsequiar á los caminantes; los valles conservan cuidadosos sus jugos para nutrir y desarrollar las semillas que el labrador les confía; las aves cantan para el desgraciado, y los arroyos murmuran á los pies de los que lloran. Todo, en una palabra, nos llama á la asociación y al servicio casi completo de las ajenas necesidades.

« En la felicidad, para hacerla más enérgica; en el dolor, para quitarle parte de su crudísima corteza. Todo nos llama imperiosamente á nuestro puesto de sacrificio en el extenso campamento de las dificultades que, como lavas abrasadoras de un volcán, surgen del choque ineludible de las propias y de las ajenas miserias. La historia nos enseña que sólo en los terribles fragores de esas luchas titánicas, la inmortalidad tegió las coronas de los mártires y de los redentores. Todo nos enseña que las pasiones del corazón no mueren en la soledad, porque ahí no combaten, sino que duermen como tigres asiáticos encerrados en fuertísimas jaulas de reposo. Huir de la lucha (decía) es desertar; es abrirse más cómodo camino para llegar al fin.

« El varón fuerte muere vivaqueando (continuaba diciendo) en las almenas en que arrecia más cruda la tormenta. Él no abandona el campo de los heridos mientras hay lágrimas que enjugar, un pan que ofrecer al que tiene hambre, un vaso de agua al que tiene sed, una modesta sepultura al que acaba de expirar, una palabra de consuelo al que se halla trabajando por honda desesperación. El samaritano,

cargando sobre sus hombros al moribundo israelita, *enemigo de su patria y religión*, es su modelo. Job, bendiciendo desde su estercolero la mano de Dios con los mismos labios sobre los que ella ha colocado asquerosa lepra, es la imagen colorida de su perseverancia.

« Cuando no halla sobre la faz de este planeta sino alegrías (continuaba inexorable diciendo aquella voz); cuando no exista ningún desgraciado más abajo de nuestros infortunios; cuando todo sea un perpetuo festín, iluminado por los arreboles de la nueva aurora de infinito amor, que apareció en las cimas del Calvario, entonces sólo podrán los hombres aislarse y esconderse entre las penas de inaccesibles montañas, entonces solo tendrán derecho para hacerse devorar por las fieras y para cambiar el traje brillante de la fiesta por burdo sayal del penitente solitario.

« Mientras esas transformaciones no acaezcan (agregaba) á nadie le es permitido abandonar la brecha, dejando á los que en ella permanecen una doble tarea.

« La virtud en su más simple expresión (continuó diciendo un poco más bajo) presenta sólo dos fases. Dos unidades solamente la componen :

« *No hacer el mal; hacer el bien*. He ahí sus dos grandes, y sublimes factores : pasivo aquél, activo éste que abarcan á todas las religiones con sus doctrinas metafísicas, con sus cimientos de milagros, con sus dogmas imperiosos y con las ritualidades de sus cultos más ó menos alegóricos y solemnes.

« Por eso (continuó diciendo) el que por inocente paralogización, creyendo que su deber consiste en apartarse á solitario sitio, se limita á cortar ahí con el cuchillo de dura penitencia, los nervios de sus pasiones, no es un hombre malo; pero el que muere en el ingrato banquillo de las ajenas miserias, con el sem-

blante risueño, después de haberse consagrado en absoluto al servicio de los menesterosos y al perdón y al olvido de las gratuitas ofensas, es un hombre bueno. Aquél ha recorrido la mitad del universo del dolor; éste le ha dado la vuelta. Aquél ha llorado como Pedro, desde lejos, los martirios del Maestro; éste como Cirineo, ha cargado su madero y con él ha caído en la calle de su prolongada y cruentísima pasión. Por esto, la sociedad hincará ante aquél sólo una de sus rodillas, por haberse abstenido de dañarla; pero se inclinará hasta el polvo, en la presencia de éste, porque ha sabido morir, consagrado como hostia de antiguo sacrificio, en obsequio de sus necesidades. »

V

Cesó la voz, y nosotros, dominados por las doctrinas que acababa de predicarnos y á que no hemos debido quizás dar tan fatigoso desarrollo, en los límites de simple y humilde correspondencia escrita desaliñadamente en los cortos intervalos que nos conceden los ferrocarriles y las diligencias, nos encaminamos calladamente hacia la salida, pensando que no es posible pasar por alto sobre las ideas que viven en los desiertos y en los monumentos, y que forman por decirlo así, su sangre y su espíritu.

Un mundo de reflexiones se agitaba, pues, en aquellos aires con la rapidez que Dios ha dado al pensamiento. Nuestro cariñoso Mentor nos condujo para despedirnos á una especie de altiplanicie que se

avanza como largo brazo hacia Córdoba que desde ahí se columbra en forma de un ligero dibujo trazado sobre la verdura de los llanos de la Albaida.

En esa meseta, al pie de una elevada cruz de mármol, hay un ancho sillón del mismo material, llamado la silla del Obispo, donde se reposa de ordinario la fatiga de aquella prolongada visita.

Un momento después, sin que nada se nos hubiese pedido ni aun en la forma más remota; después de no haber visto alcancía para dejar limosna ni letrado que la solicitara, lo que por cierto es muy raro en estos mundos, nos despedimos de ese sitio, cuyo recuerdo ha de flotar siempre liviano en el oleaje de nuestra memoria.

Cuando ya descendimos al valle, cuando las ermitas y el campanario del templete de María de Belén se habían ocultado en las brumas de su desierto como blanquecinas nébulas que se pierden en el ocaso del día, divisábamos aún los brazos de la mármorea cruz alzados como amoroso faro en medio de revuelto mar.

Aquella cruz en la imaginación de un asceta se habría presentado como empinándose para decir á los que la miran desde los bulliciosos caminos de la vida de las pasiones : *Cuando os falten las fuerzas para combatir, venid á mí, y á la sombra de este apacible retiro hallaréis la felicidad.*

GRANADA

I

Al día siguiente de nuestra visita á las serranías de los ermitaños de la Albaida, cuando se agitaban aún en inquieto movimiento las ideas que allí recogiera el espíritu y las doctrinas especulativas y metafísicas que se desprenden de aquella levantada cátedra de filosofía, continuamos nuestra marcha al través de los campos alegrísimos de la región meridional de esta península, verdadero paraíso, en el que encuentran satisfacción completa las exigentes concepciones de la poesía y del arte.

Durante el trayecto que separa á Córdoba de Granada, las agradables perspectivas que han formado antes el embeleso del viajador continúan sin interrumpirse.

Se llega á creer que todo aquello es el producto del caprichoso entretenimiento de algunas de esas musas que crearon en la poderosa mente del Tasso los jardines de la bellísima Armida.

Esos campos estaban matizados de toda clase de flores y coronados por las cresterías de una cintura de montañas que ostentan incrustadas en las grietas de sus cimas y de sus faldas, árboles que asoman un copudo ramaje semejando á un juego de magnas esmeraldas, que yaciesen esparcidas entre lavas frías, oscuras, violadas, pardas ó rosáceas de apagados volcanes.

La línea de los poblachos que desde lejos han saludado al caminante desde Valencia á Córdoba presentándose envueltos en un manto de brumas históricas, como páginas vivas de la leyenda de los siglos y que os hablan al pasar enviándoos, condensada en un acento toda una epopeya, un romance ó una dolorosa tragedia, continúa también á vuestro lado sin la menor interrupción. Parece que cada una de las piedras de aquella ruta formase parte de un inmenso monumento elevado por la naturaleza á los manes de todas las heterogéneas razas que han cruzado aquella privilegiada zona, sembrándola con sus huesos y con la revelaciones plásticas de sus artes, religiones, luchas y dolores.

Una altísima roca, que podéis tocar con vuestra mano, señala el augusto sacrificio de dos tiernos enamorados que no pudiendo unirse en la vida porque los separaba el abismo abierto entre la cruz y la media luna, se decidieron á verificarlo en la muerte. Desde el pico más elevado de aquel inmenso peñón, se precipitaron á un lecho de verdura que se extiende como muelle alfombra á sus pies y confundieron, en los sacudimientos de sangrienta y trabajosa agonía, el calor de sus primeras caricias y el de sus postreros juramentos de eterna correspondencia. Por esto, la tal roca que sirvió de piedra de ara en aquel amoroso holocausto, ha sido bautizada por la tradición y por

el vulgo con el nombre de *la Peña de los enamorados*.

Más allá, cerca de Granada, cuando se comienza á respirar los voluptuosos aromas que en livianas auras envía la extensísima y celeberrima vega en que ella ha cantado y llorado alternativamente á la sombra de sus cactus colosales, divisáis, en lejano horizonte, los restos de aquella Santa Fe alzada por la energía piadosa de Isabel la Católica, sobre las cenizas calientes de las tiendas de campaña, que traidora lengua de fuego devoró, en una de las oscuras noches de aquel sitio memorable, con que ella hizo entregar á Boabdil las llaves del último asilo de los hijos de Islam, empapadas en llanto de inconsolable amargura.

II

Así pues, como se arriba á Córdoba casi inopinadamente, cuando menos se espera, se llega á Granada, cuando las divagaciones del espíritu que salta de sitio en sitio, de idea en idea, de recuerdo en recuerdo, os han llevado á Orán, á Fez, á Argel, como siguiendo al árabe, expulsado de su mezquita y de su hogar, al través de todas las etapas de la prolongada y dolorosa peregrinación que los giros de la rueda del destino, los hicieron emprender, por los mismos abrasados desiertos que sus abolengos cruzaron para apoderarse del suelo que ellos se veían forzados á dejar después de ochocientos años de dulce posesión.

Á la ciudad poética, risueña y adorada de los cali-

fas, cuna de los Abencerrajes y Zegries, postrer refugio de los Alabes, Gomeles y Vanegas, se llega de noche, como si se pretendiera obligar al visitante á que purifique y refresque los recuerdos de todas las grandezas que fueron envidiado patrimonio de aquel templo del arte y del gusto árabe, en prolongado limbo.

Una berlina semejante á la que en Barcelona nos condujo á la Fonda de Oriente nos llevó en Granada á la de la Victoria. Serian las diez de la noche cuando cruzamos esta ciudad atravesando anchas é interminables vías de frondosos árboles. La luna iluminaba aquella senda ocultando de trecho en trecho su albo y suavísimo disco en el toldo de espesas nubes. Con nosotros iban unas cuantas personas que deseaban conocer también á la odalisca occidental de aquel imperio otomano que, durante larga fecha, dictó su ley y su Corán hasta las orillas del Eufrates, y mantuvo en perpetua zozobra á las potencias cristianas que vivían arrimadas á sus dilatados confines.

Esos viajeros mezclaban los ecos de sus esperanzas y de sus ilusiones á los nuestros. Ellos, como nosotros, no cesaron de interrogar á los conductores del transporte sobre los menores detalles que uno guarda y conserva de la interesantísima historia de esa Granada que todos hemos recorrido en la juventud, al través de las descripciones del poeta y del novelista.

III

No es fácil comprender teóricamente las impresiones que modifican el espíritu de aquel que se halla próximo al original de una ciudad que ha visto sólo en retrato; desde lejos, realzada por perspectiva de seductores agrados y en medio de los detalles coloridos que el calor de privilegiadas imaginaciones agrupa, ora á su configuración geométrica ó topográfica, ú ora á la historia política y civil de su existencia.

Por más que uno esté convencido de que la mayor parte de los cuadros que el viajero traza y dibuja de los pueblos importantes ó de los grandes acontecimientos que ha recorrido ó visto, saca las luces y los colores de la conformación de su trama nerviosa, de las ideas que lo dominan en orden á los principios políticos ó religiosos y de la mayor ó menor delicadeza de las notas de su gusto artístico, la verdad es que uno cree que podrá ver sin la menor alteración y de la misma manera todas aquellas cosas de que se nos ha hablado en las páginas de un libro ó al amor de una sabrosa y sostenidísima plática.

De aquí es que uno tiembla, ó se irrita, ó se ríe, ó se conmueve anticipadamente cerca ya de los lugares de que se viene en pos, según la historia que de ellos sabemos. De aquí es que muchos prefieren llegar á pie y hasta de rodillas á los sitios que para ellos guardan recuerdos de carácter íntimo y querido. Y es así cómo uno se explica que los antiguos peregrinos á los santos lugares besasen con efusión desco-

nocida la tierra que á ellos se avecina, olvivando que aquellos ósculos ardientes sólo se daban al polvo con que han borrado toda huella las hordas salvajes que por ahí han pasado armadas con la tea del incendio y con el ariete de infame destrucción.

Uno no puede darse cuenta de este misterioso fenómeno que suele aducirse como prueba de la teoría que sostiene la existencia de las ideas innatas, como si fuesen éstas reflejo pálido de otras encarnaciones, sino recordando el religioso respeto con que nos acercamos á la casa en que hemos nacido ó al sepulcro en que duermen nuestros mayores el feliz sueño de la eternidad.

Todo ello son encendidas centellas que, desprendiéndose del espejismo fantástico de nuestra imaginación, devuelven, por decirlo así, en el iris de sus refracciones, á los lugares abandonados en que hemos vivido la vida real ó la vida ficticia, las existencias que de ahí han desaparecido y visten los muros tristes y desnudos con los mismos tapices que los adornaron en su primer mañana.

Sólo así se explica que el espíritu humano cante eternamente en el Parnaso de Grecia, á pesar de que los dioses del Olimpo yacen sepultados bajo el polvo de los diezinueve siglos de la nueva era y que, ante las ruinas gigantescas del Circo máximo, maldigamos á Tito como si se hallase presidiendo aún desde lo alto de su solio, aquellas luchas sin racional calificativo que mezclaban á los perfumes de las cortesanas y á la feroz alegría del embrutecido populacho romano, las palpitaciones de las entrañas de los gladiadores caídos y el olor acre de la sangre que arrastraba la vida de esos seres infortunados corriendo á manera de hirvientes arroyos por las arenas del redondeado espacio. Sólo así se explica que los grandes espíritus,

que buscan las líneas del desenvolvimiento de esa chispa divina que llamamos idea al través de los infinitos círculos que ella describe antes de tomar cuerpo y forma en nuestras leyes sociales, lloren con amargura sobre las tumbas que guardan los restos de los mártires que por ella rindieron la existencia en medio de atroces dolores, como si estuviesen sintiendo agitarse convulsivamente aún aquellos restos bajo sus legendarios lechos de ceniza ó como si oyesen crugir aquellos huesos, ya mondados por el colmillo de los tiempos, al esfuerzo desgarrante de estrecha ligadura ó al golpe seco del martinete inquisidor. Sólo así se explica que creyamos ver iluminadas las losas mortuorias de esos mártires sublimes con el reflejo de la áurea diadema de la inmortalidad y que nos parezca divisar, en el fondo de sus urnas cinerarias las irradiaciones del pensamiento por el cual murieron.

Por esto al acercarnos á la Alhambra y á los valles que el Darro y el Jenil cubren de perpetuas flores y á la vega que envía perennes aromas á los aires, sentíamos estremecerse el espíritu todos los que íbamos unidos por el pasajero vínculo de un común deseo de conocer esas maravillas, ante los árboles que aparecían á nuestro paso, ante el más leve movimiento que percibiéramos á la distancia y ante el más ligero ruido que se hiciera ahí sentir.

—¿Dónde está el Darro? preguntaba uno.

—Hacia allá, decía el conductor.

—¿Es muy ancho el Jenil? decía aquél.

—No, regularmente solamente, se le contestaba.

—¿Qué significa este gran espacio que está á nuestra derecha y que parece una mancha?

—Es un jardín.

—Estos árboles tan hermosos ¿cómo se llaman?

—Aloes y nopales.

—Aquella línea blanquecina que se asoma á nuestro frente, ¿es el Generalife?

—No ; es la Sierra Nevada.

IV

De este modo, entretenido el ánimo con millares de interrogaciones que se hacían confusas á fuerza de multiplicarse y de cruzarse de sitio á sitio, nos detuvimos en la fonda á que nos dirigíamos y en donde fué preciso reparar las fuerzas gastadas en las fatigas del viaje con una cena suculenta que fué regada con abundantes tragos del celebrado y popular valdepeñas.

Una ligerísima exploración hecha por las calles que más próximas se hallaban á nuestro alojamiento, sólo contribuyó á estimular nuestra curiosidad y á obligarnos á pensar durante larga media hora en todas las escenas históricas que ahí se han sucedido.

Andando con la lentitud propia del que medita, oímos al pasar por una de las ventanas bajas de una casa de hermosa apariencia una voz femenina que en tono de dulce reconvención decía á un joven militar que, cubierto con un capote, se inclinaba hacia la reja de dicha ventana cuyos barrotes asía con entrambas manos : *¡Son así todo los hombres!...*

De muy buena voluntad nos habríamos clavado en aquel sitio, si la más infeliz cortesía no nos hubiese ordenado seguir sin detenernos á sorprender aquel coloquio íntimo que, para no verse interrumpido por

los quehaceres del día, buscó las sombras y la quietud apacible de las altas horas de la noche. Sólo nos permitimos la libertad de volver á pasar, dando un rodeo á esa casa misteriosa, á fin de poder divisar aunque fuera una mano á la que así, desde el fondo de su nido guardado de amoroso empeño por espesa malla de fierro, se quejaba en dolorido acento. Empero... nada. La oscuridad era profunda y sólo pudimos recoger de los labios del galán esta expresión: *¿No le he dicho que con usted me caso?*

Después hemos visto que en toda la Andalucía estas conversaciones de puertas afuera que toman al público por testigo, son comunes y permitidas como muy correctas y naturales, cuando se trata de dos novios. Se las conoce con la denominación de PELAR LA PAVA.

V

Cuando han sonado las once de la noche; cuando el misterio de las sombras que atavían á esta eterna y adorada providencia de los enamorados, apaga al tumultuoso ruido de las alegres calles de los pueblos andaluces; cuando, en una palabra, todo duerme y todo calla en aquella región de movimiento, de luces y de perfumes, los amantes, desprendiéndose con anheloso afán de infinitos puntos de aquellos horizontes oscuros, como si fuesen secretos mensajeros de meditada conspiración, se apoderan de las solitarias veredas, y, olvidados de toda su pasada existencia, se entregan sin reserva á las comunicaciones

íntimas del afecto que, como el fuego de escondido volcán, mantiene en generosa y activa combustión hasta los senos más lejanos de su ser moral.

Ni los arrullos tiernísimos de amorosa paloma, ni el trinar del ruiseñor, ni el gorjeo con que todas las aves saludan á la aurora, ni el murmullo de lejano arroyuelo, ni el rumor de solitaria selva, ni el nocturno y voluptuoso abrazo de la vegetación, ni el beso castísimo que las brisas matutinas imprimen en la corola recién abierta de las flores, ni las nupcias en que las constelaciones estrechan sus discos luminosos en el lecho de etéreas gasas de los espacios infinitos, ni el himno de perpetuas alabanzas que la naturaleza entona á su Creador, conmueven más poderosamente el ánimo que esos coloquios íntimos en que dos almas, atraídas por corrientes simpáticas de misteriosos fluidos, se buscan para refundirse en una sola unidad, al través de los continentes orgánicos que las comprenden, al través de las dificultades que las separan, y desafiando las veleidades del tiempo que todo lo modifican y trastornan, con el altivo reto de juramentos sincerísimos de eterno amor y de eterna fe.

Para comprender siquiera á medias cuán interesantes son estas escenas, dignas de la pluma de Teócrito, preciso es transportarse á los menos con el pensamiento, á las accidentadas y largas calles de los pueblos andaluces; deslizarse á media noche por entre las cortinas de sombras que proyectan bajo una dulcísima luna los naranjos y limoneros y los acacios cargados de flores y de aromas que delinean graciosamente dichas calles, sentir á vuestro frente, á vuestra espalda, á vuestra izquierda, á vuestra derecha, hacia todos los puntos de la rosa de los vientos, ora voces que se escapan de labios que parecen temblar como murmurando una plegaria, ó lánguidas

notas de hondo y de triste lamento; protestas de sublime energía, formuladas en una sola palabra; risas expansivas y alegres, confundidas en un solo tono; divisar, deslizándose por entre los férreos barrotes de oscuras ventanas, manos albisimas que semejan copos de nieve asomados en profunda gruta; ojos que centellean tras de aquellas mallas inexorables, como luceros alzados en bóvedas altísimas; y recoger, en fin, como para componer una melodía de Mozart, todos los cambiantes, todos los acentos, todos los suspiros, todas las miradas y todas las líneas de ese concierto tiernísimo dado por millares de parejas que en esos momentos olvidan el universo entero, que no tienen más lenguaje que el de su pasión y que juran que únicamente permanecerán incólumes, su amor y su fe, en medio de las evoluciones infinitas que nos hace describir la ley de perpetuo movimiento que rige los destinos humanos.

Á muchos de estos apasionados ardientes hemos visto mantener con sus tormentos adorados reposada y viva plática; ellos desde la vereda y ellas ¡desde un segundo piso!

Observándolos contemplar ensimismados á las humanas y risueñas estrellas del planeta, hemos recordado la estrofa que todos los estudiantes de poética conocen, y que sin duda fué inspirada por uno de esos nocturnos rondadores :

Alcé la vista hacia arriba,
Y te he visto en un balcón :
Siempre que se mira al cielo
Se ve la gracia de Dios.

VI

Por fin, muy de mañana pudimos satisfacernos recorriendo á voluntad una gran parte de las calles y plazas de este pueblo. Durante algunos días lo hemos visitado con escrupulosa atención sin perdonar sitio alguno que á juicio de los entendidos ofreciese el más pequeño interés.

De este modo hemos visto una ciudad formada de tres partes bien diversas que caracterizan tres épocas arquitectónicas.

Estas partes, enumeradas cronológicamente, son : *el Albaicín*, inmensa ciudad formada por los moros á la ribera derecha del Darro; *la levantada al sud de ésta* por los cristianos que reconquistaron á Granada, en la memorable fecha de 1492; y el *ensanche de forma moderna* que no ha mucho se ha dado á la población hacia el Jenil.

Estas gradaciones de estilos arquitectónicos que presentan como superpuestas y distintamente marcadas las líneas de tres largas edades, semejando á cortezas de añosas y fortísima encina, imprimen á Granada una fisonomía verdaderamente particular é interesante.

Antes de consagrarnos á visitar cada una de estas secciones, preguntamos por qué se había denominado Granada á este pueblo.

— ¡Cómo, hombre! nos dijo el dueño del hotel, ¿no ve usted á primera vista que la configuración

topográfica de esta ciudad está dándole á gritos ese nombre?

« Mire usted, continuó diciéndonos, al mismo tiempo que extendía la mano hacia el horizonte; allí ve usted que todos los edificios de esta ciudad se hallan *escalonados* en la pendiente de esas tres colinas que usted puede perfectamente distinguir, desenvolviéndose en anfiteatro como los *granos de una granada madura y abierta*.

« ¿No ve usted? Mire, vea aquellas torres que se llaman *Torres Bermejas* á causa de su color y que según fidedignas tradiciones, deben su existencia á los romanos y á los fenicios. Esas torres son el punto de mira de las colinas menos elevadas de las tres en que se levanta este pueblo.

« La Alhambra, allá lejos, ocupa la segunda, y el Albaicín, el primitivo barrio de los moros, el sitio más histórico de todos estos que usted divisa, perdido entre bosques de todo género de árboles, ocupa la tercera y la más alta de estas pendientes.

« Para ver bien este pueblo, nos dijo, es necesario subir al célebre Generalife. Desde ahí podrá usted gozar del indescriptible espectáculo que él ofrece, y desde ahí podrá usted persuadirse de que no ha calumniado á lo bello el que ha dicho que Granada es una de las siete maravillas del universo. »

Aun cuando por ese momento á lo menos juzgamos algo exagerado á nuestro amable cicerone, la verdad es que no quisimos hacerle ninguna observación en contrario. Nosotros mirábamos esto que él nos señalaba desde uno de los extremos de la celebrada alameda de este pueblo, y por la situación poco aparente para este objeto sin duda de ese paseo no podíamos darnos cuenta del entusiasmo que dominaba á aquel buen señor.

Casi para nuestros adentros nos reímos viéndolo tan impresionado y nos decíamos : ¡Vea lo que puede el amor natal!

Empero, cuando nos fué permitido visitar *el Albaicín*; cuando entramos al laberinto de sus calles, estrechas como una línea y formadas por edificios altos y albísimos; cuando, perdidos en el seno de una vegetación exuberante, oyendo el gorjeo de las aves y el rumor de las cascadas que descienden de las montañas; cuando nos parecía divisar vagando los espíritus de sus antiguos señores en medio de todo eso que los siglos guardan con religioso respeto, como lápida funeraria de otra civilización y de otros hombres; cuando, en fin, creímos sentir cerca de nosotros las palpitaciones de otra existencia y escuchar el melancólico laúd del trovador castellano, que llamaba á bellísima odalisca á la reja de esos edificios enmudecidos hoy por infortunio, comprendimos que no exageraba quien así nos habló y que no era posible expresarse en otros términos de un pueblo que ha inspirado á tantos poetas, que ha dado tan rico material á la historia de los heroísmos humanos y que ha encendido la mente de tantos y de tan grandes novelistas.

Chateaubriand, en su *Último Abencerraje*, nada nos ha dicho de las impresiones que á su rica fantasía debieron suministrar aquellos muros, aquellas ajimeces, aquellos botareles, aquel Jenil, inquieto en partes como una alondra y rápido en otras como un torrente.

¡La Vega! ¡la tradicional Vega! en que el Albaicín se encuentra basta para inmortalizar á este pueblo. Su atmósfera, cargada de brumas ligerísimas, desprendidas de la lenta evaporación de sus fecundas humedades y saturada de perfumes, invita á perpetuo delirio y á perpetua bacanal.

Por entre sus bosques, cargados de armonías místicas, en que uno cree oír la balada del moro enamorado, ó la recogida plegaria del muslin, el espíritu menos observador y menos sensible se siente sobrecogido de súbito por desconocida emoción.

¿Qué hay de verdadero, nos preguntábamos entonces, en el fondo de esas canciones en que la poesía popular, es decir, la voz ingenua de las muchedumbres, ha condensado en una nota de inmenso dolor, la tradicional desventura de esta Vega?

¿Acaso el literato, que sacrifica de ordinario á lo castizo de la forma la profundidad de la idea, es sólo un pobre disector de la expresión natural de un sentimiento, y por lo tanto refractario de todos esos dulcísimos factores que forman y constituyen los nervios de aquella originalidad, espontánea como la luz y arrebatadora como la belleza?

Nosotros no sabríamos decirlo. Nosotros apenas podremos consignar aquí que en medio de ese Albaicín, tocando las puertas de sus solitarias viviendas, oyendo el eco de las selvas de su Vega, divinando correr á lo lejos en caprichosas sinuosidades al Darro y al Jenil, contemplando aquel serenísimo cielo, respirando aquel ambiente, tenue como un suspiro y perfumado como la corola de una rosa, creímos que estábamos en otro planeta.

El que alguna vez haya, como nosotros, visitado un cementerio en solitaria pero hermosa noche; el que como nosotros se haya alguna vez deslizado cual sombra misteriosa entre los sauces y las flores que acompañan los restos de los que fueron; el que en busca de un ser querido se haya postrado de hinojos sobre la losa de una tumba que guarda las cenizas de lo que fué su débil carnadura, sabrá solamente comprender lo que se siente en estos grandes cemen-

terios de la historia, en los que los muertos no se cuentan por individuos sino por razas, en los que no se hallan bajo el húmedo polvo que se huella con el pie la tradición de una familia, sino la de una civilización; en los que cada árbol, cada casa, cada piedra del camino ó de la montaña, cada flor que nace en el valle y cada estrella que aparece en el firmamento, parecen aunarse en irresistibles acentos, para decirnos : Mortal, póstrate delante de estos pueblos-tumbas, y aprende en su gloria de ayer y en su miseria de hoy á respetar á Dios, única existencia imperecedera, único faro que no se apaga en las sombras del sepulcro, encarnación de lo bello y de la virtud, que no puede morir, porque es eterno quien vive estrechando en fecundo consorcio los dos hemisferios del mundo moral : la verdad y el bien.

Uno, recorriendo aquellas calles, examinando aquellos edificios, siente irresistibles deseos de aplicar el oído á los muros, á las puertas, á las piedras mismas del pavimento.

Uno quisiera interrogar á todos los vivos que pasan para preguntarles si recuerdan los ausentes ; quisiera sacar de sus ataúdes á todos los muertos, para ver si la acción de los grandes dolores immortaliza en sus víctimas las líneas de sus postreros lamentos ó cristaliza sus últimas lágrimas.

Todo, sin excepción, llora hoy en el Albaicín, como si el llanto de su último soberano, el desventurado Boabdil, al enviarle su adiós eterno desde las cimas del monte Padul, hubiese caído sobre él como lluvia inmortal de dolores.

Nosotros lo abandonamos repitiendo mentalmente las melodiosas y tristísimas estrofas de aquella canción que todos ahí conocemos y que tan á menudo repetimos, como si quisiésemos también pagar, aun-

qué de lejos, tributo de pena á todos estos infortunios del blanco y melancólico Albaicín.

¿Quién no ha oído alguna vez esa canción-quejido, suspiro de amor y desesperación; lamento de laúd, pulsado al venir el día; nota débil de místico órgano, acento imperceptible que en el aire forma la flor seca que cae á confundirse con el polvo del camino; amor y odio, fe y duda, confusión informe de todas las líneas que dibujan los múltiples sentimientos del corazón, las imágenes de la fantasía y las creaciones de la conciencia?

Consignaremos aquí esa canción, epitafio que las penas de todo un pueblo han escrito en esta Vega, como si ella fuese lápida mortuoria de un inmenso sepulcro :

Abén-Hamet ¹ al partir de Granada
Su corazón destrozado sintió;
Y allá, en la Vega, al perderla de vista
Con débil voz su tormento expresó.

Mansión de amor, celestial paraíso
Nací en tu seno y mil dichas gocé.
Voy á partir á lejanas regiones.
¡Ay! nunca más, ¡nunca más te veré!

Veré en abril, en la costa africana,
La golondrina hacia España volar;
¿Adónde irá tan alegre y ufana?
Tal vez su nido en mi patria á colgar.

¡Oh! cuál te envidio al mirar que te alejas,
Ave feliz de dicha y de placer.
Mis ecos lleva á mi patria querida
¡Ay! nunca más, ¡nunca más la ver

¹ El último Abencerraje.

VII

Cuando el visitante se interna en la ciudad cristiana primitiva, que se alzó sobre el ala izquierda de la población sarracena, abrumándola con la gravedad de innumerables edificios y de altas torres, no cesa de ver arcos, ventanas, murallas y puertas moriscas embutidas en feas obras de albañilería. Una red de calles estrechas, tortuosas y malsanas engañan todo cálculo de dirección y hacen inútil el estudio del plano prolijo que de ellas se ha practicado ha poco. Preciso es valerse de aquel seguro recurso que el adagio ha traducido diciendo : *El que boca tiene á Roma llega*. Así, preguntando á todos y deteniendo á los que parecen menos precisados, se puede visitar esa parte y conocer la catedral que es muy celebrada entre los habitantes y que sin duda alguna es lo más importante que posee esta segunda sección de Granada. Esta parte de la ciudad hace un contraste tal con la indescriptible poesía que envuelve al Albaicín, que uno se siente en ella presa de un indefinible malestar. Se apodera del ánimo ese desagrado mortificante que se experimenta cuando después de haber visto un hermoso valle, un lindo jardín ó una risueña pradera, se llega á un camino sin veredas, cubierto de hoyos y formado por tapias semi-derruidas, en el que una trahilla de perros hambrientos roe los huesos que han sacado de la basura.

Es inútil que á uno se le diga : Aquí vivió Fulano, allí Mengano. No hay para qué detenerse delante de viviendas que nada dicen al buen gusto y que sólo

nos obligan á preguntarnos cómo pudieron vivir en ellas los gloriosos reconquistadores de este pueblo.

En fin, decíamos que la catedral es quizás lo único digno de ser visitado en este tristísimo barrio de Granada, y ello es innegable.

Ese templo es bastante extenso por de fuera, no obstante de que se halla oprimido por agrupaciones de edificios. Una pequeña plazoleta le da frente hacia el norte y permite la entrada por una hermosa y ancha puerta oscurecida por el aliento de cuatro siglos. En su interior, ella es imponente, hasta llegar á ser majestuosa. Consta de cinco grandes naves formadas por veinte columnas, las que son como haces apretados de otras más pequeñas que figuran como largas y elegantísimas espigas acanaladas en sentido vertical.

En este primer monumento elevado á Dios en acción de gracias por la reconquista de Granada, reposan las cenizas de sus augustos fundadores y se guardan con respeto sumo la corona de Isabel y la espada y el cetro de Fernando.

Los túmulos que señalan el sitio de la regia tumba son de un carácter y de un gusto severos á la par que bellos.

Dos zafiros de mármol de Carrara se hallan tristemente sentados cerca de las teas apagadas que simbolizaron la energía de aquellas ilustres existencias. En el centro se alza el escudo de Castilla, y en los extremos, de pie y como recogiendo las inspiraciones del porvenir ó escuchando seguras profecías sobre los destinos de la España, se ven magníficas efigies de san Gregorio, san Ambrosio, san Agustín y san Jerónimo.

No lejos, hace silenciosa compañía á esta tumba la que guarda, unida también en estrecho abrazo,

las cenizas de Felipe el Hermoso y las de su enamorada esposa doña Juana la Loca.

Hasta el fondo de aquellos antros se llega con el auxilio de los resplandores melancólicos que despiden gruesos cirios que los visitantes deben llevar forzosamente consigo.

El sacristán, alzando la lápida mortuoria de aquellas bóvedas imponentes, nos hizo descender hasta ellas por una pequeña escala de mármol negro. Los personajes indicados, incluso el infante don Miguel, se encuentran en ánforas de cedro, forradas en planchas de plomo, sobre una especie de tarimas de altar.

Toda la grandeza de la España de fines del siglo quince, ahí está, inmóvil y yerta, atestiguando con la elocuencia irrefutable del hecho consumado que, ante la vara niveladora é igualitaria de la muerte, desaparecen las diferencias jerárquicas que en la vida trazan sensible y casi siempre caprichosa raya de separación entre hombre y hombre.

Nada es más á propósito para desprender el espíritu humano de las encumbradas regiones á que se eleva tan frecuentemente en alas de egoísta vanidad, buscando el infinito para teatro de sus orgullosas aspiraciones, como una visita á los sepulcros de los que al mundo han dominado ó á las ruinas de las que han sido grandes y poderosas naciones.

El silencio y el abandono que reinan bajo aquellas bóvedas oscuras, frías y desaliñadas, que al parecer guardan de mala gana los restos de los que fueron augustas potestades y ante las cuales se inclinaron respetuosos los dos hemisferios de la tierra, entristecen profundamente el ánimo. Ellos hacen comprender sin la menor dificultad la resolución rápida de abandonar la vida de la corte y de la gloria militar que tomó *no lejos de esos mismos sitios*, el poderoso

duque de Gandía, hoy *san Francisco de Borja*, ante el féretro abierto de la bellísima emperatriz, doña Isabel, esposa de Carlos V, para retirarse á llorar en apartado claustro por el resto de su existencia, la liviana afición que lo había ligado á esos encantos que se le presentaban sirviendo de apetitoso manjar á los gusanos del sepulcro.

Sobre las cubiertas macizas y sombrías de esas ánforas que roban á los jugos de la tierra simientes de nuevas existencias, podría grabarse la frase sentenciosa que al morir pronunció uno de los grandes Césares romanos : *He sido todo, y he visto que todo es nada.*

VIII

Saliendo de aquel templo otra vez á la luz y al aire riquísimo de la ciudad, se recorren las plazas que, si bien espaciosas, están muy distantes de ser bellas y cómodas para el paseante.

En algunas se elevan modestos monumentos conmemorativos de hechos históricos. El mejor sin duda de todos ellos es el que se ha consagrado al sacrificio de doña Mariana de Pineda, de reciente data. Ella está de pie con el pelo caído sobre la espalda y estrechando amorosamente contra su seno una bonita cruz, como ofreciéndole el sacrificio de su vida.

Fernando VII, que no dejó perfidia por cometer con el pueblo que por él todo lo sacrificó, la mandó al patíbulo por sólo haber *dispuesto* el bordado de una bandera para las huestes que proclamaron la independencia de Andalucía.

Por fin, unas cuantas casas históricas y un hermoso templo, conocido con el nombre de la Cartuja, porque fué edificado por los frailes de esta orden que ya no existen, completan, por decirlo así, todas las curiosidades de la sección secundaria de Granada.

La Cartuja merece una detenida visita, no sólo por la hermosura de su construcción, por los cuadros con que la han adornado pintores de la fama excelsa de Murillo, Alonso Cano y Palomino; por la variedad y profusión de los mármoles que lucen en sus columnas, en el zócalo de sus altares y en el pavimento, el contraste de muchos colores, entre los que sobresalen los jaspes granates de las inagotables canteras de Sierra-Nevada; y por la admirable belleza de su sacristía donde se ven cómodas inmensas de cedro con incrustaciones de marfil y nácar, talladas artísticamente á mano, por uno de los monjes de aquel ex-convento, sino también por los recuerdos que se aposentan en los muros hoy desnudos de sus solitarios claustros.

En cuanto á las casas, sólo hemos visto la en que nació Eugenia de Guzmán, condesa de Montijo, ayer feliz, bella y altiva emperatriz de la Francia, como esposa de Napoleón III, y hoy viuda triste y pros-crita; y otra que desde lejos muestra al transeúnte, elevada en el frontis de alta y vieja puerta, una plancha de mármol negro con esta inscripción:

EN ESTA CASA VIVIÓ Y MURIÓ EL DÍA LOS DE DICIEMBRE DE 1515
EL GRAN CAPITÁN DON GONZALO FERNÁNDEZ DE AGUILAR
Y DE CÓRDOBA,
DUQUE DE SESA, TERRANOVA Y SANTÁNGELO,
HÉROE CRISTIANO Y GLORIOSO VENCEDOR DE MOROS,
FRANCESES Y TURCOS.

IX

Por lo que respecta al ensanche, sólo diremos que aunque está desprovisto de monumentos y de objetos de arte, cuando á él se pasa, se cree entrar á una ciudad moderna que nada tiene de común con la anterior. Sus calles son anchas, inclinándose las más á tomar la forma de una ligera media luna. Su comercio es activísimo y muchos grandes y bellos cafés lo alegran hasta horas bastante entradas de la noche.

Una larga alameda, en la que se pasean por millares las beldades granadinas, lo limita por el sur haciendo un ángulo obtuso. El Jenil besa calladamente el lado más corto de este ángulo y contribuye con los jardines, cargados de teberintos y geranios que lo adornan en sus orillas, al encanto de ese paseo, que habría traído inmediatamente á la memoria, si ésta pudiese olvidar algo de la Patria, el recuerdo de nuestra alameda de las Delicias, con sus hilos claros y rientes de agua viva y juguetona, y con su inmenso espejo de cristales acumulados por los siglos en la línea de las eternas nieves. Este pasco tiene á su frente una perspectiva ligeramente semejante á la de nuestra Alameda, — pues la *Sierra Nevada*, que eleva su mole plomiza y cortada á pico á *no larga distancia*, le presenta también una ancha faja blanquecina de hielos que sólo derriten los ardores caniculares.

Dos ó tres fuentes grandes y de muy agradable aspecto, refrescan durante el verano la atmósfera ar-

diente de aquellas latitudes, y cómodos y numerosos sofaes de doble asiento y un solo respaldo alto hacen de esa alameda el punto obligado de cita para todo granadino y para todo extranjero. De ordinario durante el día se le ve repleto de gentes.

X

Por fin, siguiéndose las márgenes del Jenil, que va hacia el norte en busca del Darro con el cual continúa su curso, abrazado estrechamente al salir ya de la ciudad, se puede arribar á la cuesta llamada de los *Gomeles*, que conduce en senda directa á la cantada Alhambra.

Dicha cuesta, aunque de trabajoso ascenso, es un paseo hermosísimo. Se halla sombreada por árboles gigantescos y muy copudos, á cuyos pies no corren, sino que se precipitan, sonantes cascadas de aguas venidas del Darro. Nubes de pintadas aves cubren el follaje de esos árboles que parecen así, de repente, y sobre todo en la mañana, inmensos ramilletes de vivos y de movibles colores.

Cuando se ha recorrido un buen trecho de aquella escala de rumores, de verdura y de gorjeos suaves y variadísimos, se hace una ligera conversión hacia la izquierda, siempre ascendiendo. De este modo no se tarda mucho en divisar una altísima puerta de corte morisco, conocida con el nombre de *la Puerta del juicio*, que da paso directo á los encantadores contrastes y á las agrupaciones armónicas y delicadas

que forman los botareles, las ojivas y los ajimeces de la más deliciosa y excelsa obra de arte, que haya salido de las creaciones de la humana fantasía.

No pretendemos describir semejante maravilla, porque se nos ha negado estro para cantarla y porque esta humildísima pluma que en las manos tenemos paralizada no encuentra los acentos que son menester para traducir nuestras poderosas impresiones.

El geógrafo la ha tratado con el criterio adusto y seco de las proporciones y de las medidas que no ofrece trama ni siquiera para una pálida figura de retórica, diciendo que ella era palacio y fortaleza á la vez; que ocupaba un rectángulo de 726 metros de largo por 197 de ancho; que fué construída por el *sultán Yusuf* y que Carlos V, olvidando la reconvencción que hizo á los canónigos de Córdoba, cuando vió el destrozo hecho por ellos en la mezquita diciéndoles : *Si yo tuviese noticia de lo que hacíades, no lo hiciérades, porque lo que queréis labrar hallárase en muchas partes, y lo que aquí teníades no lo hai en el mundo*; echó abajo, sin embargo, una porción considerable de ella, para construirse un palacio de forma moderna que ha quedado inconcluso.

El filósofo ha venido á contemplar, sentado en alguna de las piedras de estas ruinas hechas por la incomprendible aberración del poderoso monarca, ó reclinado en el pavimento de las salas en que las odaliscas bailaban la zambra al son de acordes alegrísimos, la inestabilidad de las grandezas humanas que visten de gala durante una noche al favorito de sus versátiles caprichos, como al Segismundo de Calderón de la Barca, para lanzarlo al despertar de la fiesta taciturno y dolorido á las regiones mortificadoras del recuerdo del bien que se perdió.

El poeta, que repugna el metro y el compás; que se moriría bajo la atmósfera meditabunda y severa que envuelve la mente del pensador; que sólo quiere cantar á su antojo soberano y seguir los ondulantes giros de su inspiración ó de su idea; que cubre una ruina con un océano de lágrimas, una escarpada y desnuda ladera con brillantes escalinatas de los mármoles de Paros, una grieta con un manto de flores, una sima con los lechos de las náyades, un solitario y mudo rincón del mar con un nido de canoras sirenas; que hace vivir al dios Apolo entre las pastoras de la India, á fin de producir un poema, y descender del Olimpo á Júpiter para recibir las caricias de Leda, en la forma de romántico y enamorado cisne; que, en una palabra, todo lo abarca con su pupila ardiente y lo recorre con su vuelo jamás igualado, es el único que tiene derecho de hacerse oír cuando se quiere saber adónde llegan los primores de aquella maravilla creada por el humano esfuerzo.

El solamente podría pasearos al través de jardines y de patios abrazados por extensas galerías de encajes de Bruselas, de Inglaterra y de Holanda que, después de dibujar caprichosas y ligerísimas arquerías de larga herradura ó de cuartos de elipsis ó de círculos ú ojos inmensamente abiertos ó espirales, cuyos extremos no podréis jamás divisar, ó diademas alargadas como si tuviesen la infinita ductilidad del oro, ó líneas semejantes á los rayos de una luna de nuestros noviembrés, cuando ilumina la superficie agitada de una cristalina vertiente, descienden en forma de lágrimas, desprendidas de los cálices de las flores, sobre columnillas de alabastro que son en realidad, finas y delicadas agujas sirviendo de soportes á tan abultadas ornamentaciones.

El os llevará al patio de los arrayanes, en donde

cas de bendición, de prosperidad, de felicidad y de amistad.

Ésta es la cúpula excelsa y nosotros somos sus hijas; pero yo tengo mayor excelencia y gloria que todas las de mi linaje.

Soy como el corazón entre los miembros, pues estoy en medio de ellos, allí en el corazón reside la fuerza del espíritu y del alma.

Aunque mis compañeras son los signos del zodiaco de su cielo, á mí sola pertenece, no á ellas, la gloria de poseer un sol.

Me vistió mi señor el favorecido de Dios, Yusuf, con un traje de gloria y excelencia cual no otro.

É hizo de mí el trono de su imperio; sea su alteza mantenida por el Señor de la luz y del asiento y trono divinal.

De esta sala pasaríais al peinador de la reina que también se avanza hacia el Albaicín, como un balcón colgado en un follaje de caprichosos festones de estuco y al que, en horas más felices, no sólo arrullaban los solemnes rumores del Darro, que mansamente se desliza á sus plantas, sino que lo perfumaron las oleadas de aromas orientales que á perpetuidad se desprendían de millares de pequeñas bocas abiertas en su pavimento de riquísimo mosaico veneciano, apareciendo esa atmósfera embriagante como el aliento balsámico de todo aquel edén.

Recorreríais la sala *de los secretos*, que ha recibido este nombre en aquella misma pila irónica que bautizaba entre los griegos, á las divinidades inmisericordiosas y vengativas con la denominación de Euménides, ó sea diosas del bien. En esa sala, los muros devuelven intactos los sonidos como si fueran lenguas metálicas de vibrantes instrumentos. Descenderíais á los pisos inferiores, bajo bóvedas esmal-

tadas, hasta llegar á la sala de los baños, en donde las felices criaturas que se enseñoreaban de aquellos recintos dignos de servir de morada á los dioses de la mitología, perfumaban sus carnes y refrescaban su sangre en fuentes de alabastro y de jaspe rebozando en aguas preparadas con exquisita voluptuosidad.

Divisaríaís en una riquísima antecámara las planchas de bruñido metal, en las que, sobre cojines de plumas y sedas, dormían liviana siesta las favoritas del sultán, no lejos de las cuales despierto y agrio vanega montaba la gran guardia velando sus fidelidades, como las vestales el fuego sacro, en los altares de los dioses de la naturaleza.

Por fin, al volver desde ese sitio hacia el mirador de Lindaraja, tropezarían vuestros ojos con unos como estrechos pasadizos, completamente guardados por fortísimas rejas de fierro pintadas de negro, apareciendo con el aspecto de una tristísima prisión. El guía os diría que ahí vió transcurrir casi un tercio de su vida la desventurada esposa de Felipe el Hermoso, doña Juana la Loca, quien, después de haber sentido escaldadas las pupilas por las lágrimas que derramó en la tumba de este príncipe, sintió destrozado el corazón de hija y de madre por la tiránica conducta que sus padres primero y Carlos V, su hijo, en seguida, observaron con sus infortunios.

Esa cárcel, mantenida hasta hoy quizás por lamentable indolencia, os parecería un feo lunar, ó mejor dicho, un cáncer repugnante asomado en el gracioso seno de la divinidad agarena.

Bajo la desagradable impresión que aquello produce inopinadamente, haciéndoos bajar de una manera brusca del cielo á la tierra, llegáis al balcón de ligerísima muselina ya aludido, desde donde lució

cien veces su rara hermosura la más bondadosa de las sultanas que vivieron en aquel palacio; y ahí olvidáis ese turba-fiesta repulsivo y duro que, con tanta impertinencia, se ha cruzado en vuestra senda.

¡Y cómo no habrías de olvidarlo! cuando es fácil que se borren todos los recuerdos y toda nuestra particular historia en presencia del panorama sin semejante que os presenta el Albaicín con su monte sacro coronado de oscuros pinos; cruzado por el Darro que, jugando se despeña entre encendidos rosales; con sus calles estrechas como una línea y tortuosas como los anillos de una serpiente, que forman interminables caracoles entre el albo caserío morisco que, no obstante de haberse ausentado, ha cuatro siglos, sus amos y fundadores, los aguarda, sin embargo, con más amor y con más fe que el judío al cumplimiento de la promesa mesiánica.

Las torres de la ciudad con sus elevados campanarios echados á vuelo; los valles cubiertos de poderosa vegetación; los tupidos bosques de nopales, de áloes, de cactus, de almendros, de avellanos, de olmos, de naranjos, de cipreses y de acacios; los altivos minaretes del Generalife, asomándose por entre aquellas rejas pintadas con todos los tonos del verde, como gigante atalaya encargado de observar los movimientos de vecino y temible enemigo, las aristas oscuras y violáceas de la Sierra Nevada que, en formas de altísimas y plutónicas pirámides de cobre, sostienen su diadema de albos hielos, como fuente de plata presentada cariñosamente por la tierra á la sed inextinguible de los rayos solares; las abruptas montañas de la Loja, concurriendo desde lejos á esa exposición espontánea de contrastes arrebatadores, y las aves que, á manera de oficiosos concertistas, acudiendo en raudo vuelo desde el seno

de la vega, se agrupan en las copas y en las cimas y en las laderas de aquellos árboles, montañas y colinas, para hacer sus nidos entre selvas de jazmines, de alelíes, de azahares, de amarantos, de claveles y de rojos teberintos y para alegrarlo todo con las escalas y las notas de no aprendidas y tiernisimas endechas, hacen de aquel sitio el paraje más delicioso del orbe entero.

En él se comprende que todos los que han visitado á Granada se hayan olvidado de ella para condensar sus impresiones exclusivamente en la Alhambra, y que sólo á ésta hayan dirigido el fruto de sus inspiraciones y la hayan hecho la representación viva y animada de la ciudad felicísima que la posee.

Así como de ordinario la belleza de la crisálida sólo se radica en el manto de sus alas y la de una mujer en el color y en la forma y en las líneas de sus pupilas y en la dulzura y distinción de su mirada, la esplendidez de Granada vive en la Alhambra. De ahí, de aquellas elegantes y pálidas almenas, que sólo saben respirar aromas y beber las tenues humedades que sus ríos le envían en las brisas de la mañana ó de la tarde, ella no ha de descender, mientras se quiera conservar en esta vida una cristalización magna de las creaciones que es capaz de producir esa fragua infatigable y ardiente que se llama fantasía oriental.

Es muy difícil resolverse á dejar aquel balcón de la dicha, en el que el estropeado espíritu del hombre halla momentáneo bienestar disfrutando de ese banquete de colores, de cantos, de contrastes no imaginados y de delicias jamás sentidas, que generosamente le ofrecen ahí el arte y la naturaleza. Sólo en virtud de supremo esfuerzo, se da el adiós á toda aquella combinación multiforme y celeste de armo-

nías, de esplendores, de arquerías, de recuerdos, ya dolorosos como una tragedia, ó ya dulcísimos y tiernos como un idilio; de marmóreos divanes, que parecen guardar aún parte del calor que les comunicaron las huries al reposar muellemente en ellos sus senos, henchidos de vida, y sus miembros fatigados por los revueltos giros de voluptuosa danza; de tradiciones escritas por la mano de doce siglos; de cifras apenas legibles, trazadas por millares de visitantes, que han querido hacer eternos sus nombres confiándolos á la inmortalidad del monumento; de todo aquello, en fin, que es capaz de impresionar nuestra sensibilidad hasta el entusiasmo ó hasta el éxtasis; hasta el placer infinito, que no admite un dolor ó hasta la pena inmensa que no acepta ninguna clase de consuelos.

Empero, ello tiene al fin desgraciadamente que suceder. Aquellos parajes no se han hecho para todos. Sin embargo, si no hemos podido detener ahí la planta, fatigada ya en la ascensión del muy áspero sendero de la pasada vida, conservaremos el derecho de perpetuar aquellos goces, adhiriendo enérgicamente su recuerdo á las pulpas de nuestro cerebro. Este recuerdo ha de acompañarnos en medio de todos los naufragios de la fortuna, y constituirá rica compensación á las penalidades materiales de este viaje, ya largo para nuestras fuerzas, aunque no para nuestro deseo.

Ese sitio será, pues, constante foco de enérgicas atracciones para todos aquellos que tengan en el fondo del alma, una cuerda que responda á los llamamientos de las tres artes divinas que en él se han dado amorosísima cita y que en él viven, confundidas en estrecho abrazo y en eterno consorcio.

Él justificará, aun á los ojos del gusto más exigente,

la perfecta exactitud del concepto que la poderosa cabeza de Alejandro Dumas dejó consignado para testimonio de los siglos, en el gran álbum de recuerdos abierto á los que visitan aquellos sitios. Ese concepto condensa en dos palabras lo que se ha expresado en numerosos volúmenes y formaría la cúpula del magno templo que podría levantarse con las alabanzas que una centuria de generaciones ha acumulado á los graciosos pies de la divinidad escultural del islamita.

Dumas, en verdad, ha rubricado por decirlo así con su concepto, aquel libro de impresiones. Su genio dibujó con una línea la excelencia de aquellos parajes como el artista árabe ha trazado también así, con sólo simples delineamientos, sin sombra siquiera de forma humana, las grandezas de aquella obra.

Á la simplicidad augusta de esas inimitables producciones agarenas, ha correspondido el genio del escritor, colocando el retrato al nivel del original y usando de los mismos sistemas que engendraron los encantos infinitos de éste.

Por esto consignamos placenteros dicho concepto que debió, en lógica bien aplicada, reemplazar este indigesto y descolorido croquis de nuestras personales impresiones. Él llevará al que estas líneas lea el convencimiento de que de nuestra parte no ha existido ni la más lejana sombra de embustero abultamiento.

Dumas, pues, lo ha dicho todo, y por eso, después de su dicho, nada queda por decir respecto de esta maravilla :

Hizo Dios á la Alhambra y á Granada
Por si le cansa un día su morada.

SEVILLA

I

Entretenido el ánimo con los recuerdos inolvidables que nos dejó la visita que acabábamos de hacer á Granada con tan minuciosa y despierta atención, recorrimos los ciento cuarenta hilómetros que la separan de la también por tantos títulos, célebre y gloriosa Sevilla.

Una excursión de la naturaleza de la presente es, por decirlo así, una verdadera ojeada plástica en la historia general de un pueblo ; una verdadera comprobación de los conocimientos ó de las noticias que hemos recogido en el libro ó en las narraciones de respetables viajeros.

Por esto no es posible abandonar uno de esos sitios ó uno de esos monumentos célebres que hemos deseado ardientemente conocer, sin que nos acompañe, durante largo tiempo, la impresión que nos producen y sin que nos sintamos muchas veces dominados de una manera enérgica por ellos.

veréis un inmenso aljibe ó baño que refleja los muros y sus dibujos, como si fuese un purísimo espejo veneciano, duplicando así las líneas de aquellos horizontes de verdadero paraíso; al de los leones, cuyos corredores descansan en ciento veinte y ocho pilas-tritas de albísimo mármol, cinceladas primorosamente cual si fuesen joyas que debieran engalanar á serenísimas infantas; á la sala de las dos hermanas, llamada así por dos colosales baldosas marmóreas que forman su pavimento; á la de los Abencerrajes, en cuyo centro veréis la fuente que, según una tradición, recibió la nobilísima sangre de los treinta y seis Abencerrajes que ahí se reunieron por un engaño de sus enemigos, los Zegries, y que fué vertida por las sospechas de Boabdil á cuyos oídos había llegado el rumor de que la sultana Alfaima concedía sus favores al apuesto y gallardo Abén-Hamet.

También os pasearíais en la sala de los embajadores, labrada á los pies de la torre de los Comares, que se avanza hacia el valle del Darro como poderoso bastión encargado del doble papel de observador y de guerrero. En esa sala podríais dar á vuestros ojos el festín de dibujos y de alegrías que ofrece la cúpula altísima figurando una gruta de estalactitas blanquecinas que se destacan como iluminadas por el fondo verde mar y azul turquí del cielo. Se os diría que Colón tuvo el honor de ser recibido ahí en audiencia solemne por los reyes católicos, y que ahí supo él decidir con la palabra inspirada de su genio á la gloriosa Isabel en pro de sus deseos.

Ahí, al salir, en el muro de la izquierda, si conocéis el idioma semita, podréis leer los versos siguientes escritos en caracteres cúbicos y nesciscos de trasparente filigrana :

Te saludan de mi parte por mañana y tarde bo-

Nosotros traíamos palpitando en el seno del espíritu cuanto acabábamos de ver y de examinar, como si estuviésemos sintiendo aún los suaves rumores de las selvas graciosísimas que, con tanto amor, abrazan á la sin par Alhambra, envolviéndola en diáfanas nubes de perfumes y de aromas.

Durante el trayecto que recorriamos, apenas pudimos por esta causa, darnos cuenta de otra cosa sino de que él no se diferencia mucho del que separa á Córdoba de Granada.

Antiguos y tradicionales castillos, suspendidos en elevadas colinas; pintorescos poblachos, ocultos en frondosos bosques de naranjos; olivares ya fatigados y campos extensos, cubiertos de árboles frutales de todo género, fué lo que divisamos hasta la proximidad de la última de las estaciones que se hallan en esa línea, que recorriamos con regular velocidad.

Desde *La Rinconada*, postrer pueblecito de mil habitantes poco más ó menos que vive explotando los espesos y ricos bosques de pinos que lo sombrean, se continúa en línea paralela al Guadalquivir y se comienza á sentir ya ostensiblemente la proximidad de la patria del inspirado cantor de *las Ruinas de Itálica*, que supo arrancar á su lira, entristecida ante los despojos de aquella gran hecatombe, notas tan sublimes como las del miserere de Palestrina, es decir, ese acento monstruosamente dolorido, destinado por los papas á resonar sólo bajo las inmensas bóvedas de la basílica de San Pedro, y trasportado, sin embargo, por el genio de Mozart, *¡que una sola vez lo oyó, cuando contaba 12 años! á las catedrales de la raza sajona.*

El tren se desliza en esa latitud por entre oteros y colinas, y muy cerca del sitio que ocupó la antigua

Itálica. Los suburbios de Sevilla, la *Hispani* de los fenicios, la maravilla de Andalucía según muchas respetables opiniones, la ciudad adorada de don Alfonso el Sabio, á quien él hizo llamar *Muy noble, muy leal, muy heroica é invencible*, no tardan, por fin, en presentarse al alegre viajador.

Lo primero que le saluda, cuando ellas aparecen, es la gentil morisca torre de la catedral, llamada *la Giralda*, á causa de que en su cima se halla una colosal estatua de bronce que representa á la Fe y que gira en todas direcciones á impulsos del viento.

II

Muy pronto se detuvo nuestro convoy en la estación de la deseada ciudad. Un mundo de gente hervía en ella, codeándose y atropellándose por acercarse á los vagones, á recibir y á abrazar á deudos y á amigos queridos.

Una multitud incalculable de vendedores de fruta y de bocas de cangrejo (jaivas), como asimismo crecido número de agentes de hoteles y de casas de hospedaje, atronaban los aires, dando á aquel sitio el aspecto y el carácter de la bulliciosísima y risueña ciudad del encendido Vesubio.

La alegría que reina constantemente en este pueblo casi llega á lo increíble. Ella, sobre todo, forma un contraste inmenso con la tristeza que domina en Córdoba, á la cual uno se cree autorizado para señalar como la parte verdaderamente muerta del histórico

y monumental reino de los espléndidos califas ; sin embargo de que, dado sus antiguos regios esplendores, su predominio incontestable y su misma situación topográfica, el medio de Andalucía, debió conservar una parte más grande de la rica herencia que, al abandonarla para siempre, le dejó la munificencia de sus soberbios señores.

III

A medida que avanzábamos al interior, instalados cómodamente en un elegante coche americano de la fonda *Betis*, á que nos dirigíamos por especial recomendación de un entendido, íbamos recordando á la graciosísima ciudad de Nápoles, único pueblo á que podíamos comparar lo que se nos presentaba en nerviosa profusión. El cielo, el aire, el sol, el bullicio, la estrechez y la extensión de las calles ; las ventas de todo género colocadas en las plazas ; la diversidad de tipos en la gente del pueblo ; la afluencia de extranjeros de todos los climas y nacionalidades ; el claro, anchísimo y espléndido río, dividiendo á la ciudad en dos inmensos y bien diferentes barrios y espaciándose como mansa bahía de dilatado mar ; los innumerables buques de diversos tamaños y proporciones, meciéndose dulcemente en sus corrientes y cargando la loza, los tejidos, las frutas y todos los productos de la ciudad, ó depositando lo que han acarreado hasta ella, después de recorrer los setentas y seis kilómetros que la separan del Mediterráneo, nos traía el recuerdo de Nápoles ; pues todo ese con-

junto de alegrías constituye la vida de la antigua y adorada madre de los holgazanes y festivos lazaronis ; tierra bella y graciosa, tan exuberante en recuerdos históricos como en riquezas artísticas y naturales, en donde todo : el mansísimo, trasparente y azulado mar ; el sinuoso llano y la verde montaña ; el risueño y albo caserío ; las inmensas ruinas y los enbravecidos volcanes ; los cuadros de sus pintores y las estatuas de sus escultores ; los libros de sus pensadores y los monumentos de sus espaciosas plazas ; el aire mismo, embalsamado por las emanaciones de sus verjeles y encendido por el aliento de fuego de su Vesubio, convida á la alegría infinita de vivir, invitándonos, en las horas de melancólica meditación por que atraviesa tan frecuentemente el fatigado espíritu del hombre, á mirar el pasado y á que abramos las páginas de la historia, no de un pueblo, ni de un arte, ni de un dolor, ni de una grandeza particular, sino la historia de la humanidad, la historia del arte, en su más dilatada amplitud ; la historia de las penas del corazón, escritas en las solitarias rocas del cabo Miseno, al infortunio de la excelsa madre de los gracos, y en los árboles y en las praderas de la romántica Sorrento, á los dolores del divino cantor de la Jerusalén libertada.

No hay nada más delicioso para el que gasta su tiempo y su dinero en conocer lejanas comarcas y ajenas costumbres, como espaciar la mente en los puntos de semejanzas que ofrecen los pueblos y entretenerse en hacer el cuadro de las comparaciones respectivas. Pasa con las ciudades lo que de ordinario sucede con los individuos. Cuando menos se piensa, uno se cree hallar de repente en medio de un pueblo á que ya no se creía volver ó del cual no se conservaba firme memoria.

Este fenómeno se realiza á cada paso por aquí respecto de las personas.

¡Cuántas veces no hemos corrido alborozados al encuentro de un querido amigo con el cual equívocábamos á alguna de las personas que junto á nosotros pasaban aceleradamente. Alguien nos dijo, con mucha espiritualidad hablando sobre este particular, que la naturaleza, cansada hoy de producir, se entretiene ya sólo en copiar. Esto le explicaba el acentuadísimo parecido que á cada paso, se nota entre esta gente y la nuestra.

En ello, algo habrá de verdadero, pues si así no fuera, imposible sería explicarse las similitudes que presentan ciertos pueblos, hombres y costumbres, que debieran, por la naturaleza misma, ser absolutamente desemejantes.

En fin, cualquiera que sea la razón de este curioso fenómeno, el hecho es que Sevilla tiene el movimiento, las flores, la vegetación, la alegría y la vida incomparable de la mil veces poética Nápoles, esa canora y encantada sirena del mediodía de la patria del Dante y del Petrarca, cuyos melodiosos acentos han llevado á sus pies, en cadena de admiración y de sobrecogimiento, á todos los artistas, á todos los genios, á todas las razas. Pueblo de constitución esencialmente nerviosa y susceptible, que ha robado á su cielo, clarísimo y nítido en que el sol jamás se pone, la luz intensa que anima y colora su pupila; á su mar, el dulce é inquieto movimiento, que sus músculos acusan desde lejos, y á sus volcanes, el fuego inextinguible de la pasión en que vive y en que se agita, corriendo perpetuamente de uno á otro placer, como si esta vida de ordinario tan triste y tan avara de bienestar, se obstinase en ser para ella sola fuente inagotable de perenne amor y de perenne ventura.

IV

Para que se justifique este recuerdo que la vista de Sevilla alzára á la superficie de nuestra memoria, necesario es decir que llegamos á ella en los preliminares de las tres grandes festividades que durante cada año la conmueven y la alegran más poderosamente. Nos referimos á sus procesiones clásicas de semana santa, á sus celebérrimas corridas de toros y á su feria incomparable.

Arribamos á Sevilla justamente ocho días antes de estas fiestas, pues no tomar este adelanto importa, casi siempre, la pérdida del goce que ellas proporcionan al curioso observador.

Aunque los hoteles de este pueblo y las casas de mero hospedaje son innumerables, entre los que sobresalen cinco, capaces de contener crecido número de huéspedes, la verdad es que hay necesidad de apresurarse á tomar alojamiento.

Por esto, los turistas de todas las nacionalidades, cuyo oficio es aprender holgazaneando, se apoderan en esos días de cuanto tren parte á Sevilla y se codean en sus calles y plazas, elevando naturalmente al cubo su tradicional alegría y su tradicional actividad.

En esa época Sevilla es un pueblo verdaderamente cosmopolita, un museo inmenso de estudio y de observaciones. ¡ Cuán fácilmente se evaporan del alma los dolorosos recuerdos en medio de aquellas corrientes vivas y gesticuladoras de tanto curioso y

de tanto transeúnte ! ¡ Cuán liviana se siente entonces la vida !

En medio de todos esos simpáticos desconocidos, trabándose con el más vecino y el menos observador improvisada plática, se recorren los dos grandes barrios en que el Guadalquivir divide la ciudad, formada en gran parte por albo caserío morisco y embellecida por innumerables torres moriscas también, que, merced á la poesía de este río claro y ancho, cubierto, como queda dicho, de toda clase de trasportes y engalanado en ambas riberas por interminables zonas de verduras y de flores, parece la engreida sultana del ausente califato árabe, ceñida aún á la frente la diadema de soberbias perlas y de profusa y rica pedrería.

De este modo, y después de algunos días se recorren todas sus plazas que, según muchos engreídos sevillanos, son ¡ ciento once ! pero que, en buena y en imparcial cuenta, sólo pueden llegar á una docena ; y sus *cuatrocientas setenta y siete calles*, árabes en su totalidad, y como tales, tortuosas, cortas y estrechas, que forman interminables encrucijadas, llenas de recuerdos y de leyendas, agradables las unas, terribles y melancólicas las otras.

Entre las plazas hay algunas muy bellas y muy espaciosas. La que llanan *Plaza Nueva*, en cuyo costado derecho se levantan las casas del ayuntamiento ó municipio, es sin duda, la más hermosa y la más importante.

En toda su extensión, dos cuadras á lo menos de largo por una de ancho, está delineada por muy bonitas avenidas de naranjos y de limoneros á cuya sombra se encuentran muy cómodos asientos de blanca y bruñida piedra.

En su centro, se alza un kiosco para la música que

se halla abrazado por dos líneas concéntricas también de naranjos, é iluminado por una serie de faroles en forma de árboles de luces de gas, que arden en verdaderos racimos de elegantes globos de cristal.

V

De las calles, la principal por su comercio y por la vida que se nota es la de *las Sierpes*. En ella, como en las nuestras del Estado y de Ahumada, hierve como infatigable hormiguero, durante todo el día y las primeras horas de la noche, la gente de este pueblo.

En ella es donde la dama sevillana, la reina de la clásica y tradicional belleza de la apasionada y ardiente Andalucía, pasea sus arrebatadores encantos, cautivando voluntades y encendiendo con su mirar de fuego corazones y deseos. — En ella existen las tiendas más ricas y los cafés más extensos y concurridos, capaces de contener algunos, sin exageración, hasta mil personas. — Muchos de ellos son verdaderos pasajes entre dos calles.

La mayor parte de éstas ha sido bautizada en esa pila de la gratitud nacional de todos los países, que inmortaliza á sus grandes servidores ó á sus personajes ilustres, popularizando sus nombres y perpetuando su recuerdo en la memoria de las muchedumbres, con sólo vincularlos á un sitio de recreo, á una gran arteria ó á una modesta avenida, que á su vez, con el desempeño de tan honroso mandato,

participan de la importancia del hecho encargados de conmemorar.

Sevilla es quizás el pueblo de España más fecundo en hombres ilustres.

Ella, en efecto, ha mecido las cunas de reyes, como don Enrique II y don Fernando IV; de eminentes sabios, de inimitables filántropos, de preclaros marinos, de distinguidos generales, de héroes, de poetas, de dramaturgos, quienes le han tejido inmarcesible corona de gloriosa inmortalidad. Unos con su altísima prosapia, según ya muertas creencias, de divino origen y por divina consagración confirmada; otros, con el hilo misterioso de esa poderosa fuerza galvánica que se llama *la idea*, palanca irresistible, soplo quizás de otro planeta que conmueve el mundo en un instante, corriendo del uno al otro polo, transformando á los pueblos, como si fuesen personajes de la linterna mágica y creando y sepultando costumbres, leyes y derechos; aquéllos, con las delicadísimas flores de sentimientos pocas veces igualados de noble y levantado corazón; todos, en fin, con el rico tributo de sus privilegiadas naturalezas, ofrecido con amor y con amor depositada en los altares de la tierra propia.

El eminentísimo Las Casas, espíritu vaciado en el mismo molde que diseñó la excelsa creación que se llama *Vicente de Paul*, que pasara por este mundo egoísta y frío, como inagotable misericordia de bien y de consuelo, nació en Sevilla. — Daoiz, el joven héroe, el compañero de Velarde, el ilustre mártir de la terrible y cruentísima escena del *Dos de Mayo*, representada en las plazas y calles de Madrid, y en la que un puñado de valientes patriotas españoles pretendió arrojar, con las armas en la mano, en 1808 á las intrusas é invasoras huestes de

Murat, que la perfidia, nunca bien castigada de Napoleón I, introdujera en esta península á la sombra de traidora y de mentida amistad, nació así mismo en Sevilla.

Lope de Rueda, el fundador del teatro español, el padre de la comedia española, el infatigable obrero del entonces apenas vislumbrado arte dramático, nació también en Sevilla.

Aquella brillante pléyade de poetas, que sintieron palpitir en su poderoso cerebro, el mismo numen que, en el infortunado Andrés Chenier, no quería morir bajo la ensangrentada cuchilla del 93, y que le hacía exclamar con desesperación, golpeándose la frente en el desapiadado madero de la guillotina: *Algo tenía yo aquí*, esa pléyade, decimos, compuesta de Rioja, de Herrera el divino, de Lista, de Juan de Jáuregui, de Baltazar de Alcázar, etc., etc., hija fué de Sevilla. En ella cantaron por primera vez, y en ella sintieron el aleteo de todas sus nobles inspiraciones en la conciencia.

Hijos de Sevilla fueron esos inmortales modeladores de las formas vivas en piedra ó en el lienzo que se llamaron Roldán, padre é hija, Diego Velázquez y Bartolomé Esteban Murillo, cuyas obras no sólo son la gloria de Sevilla y de España, sino la gloria del Arte, pues éste, como la verdad y el bien, no tiene ni reconoce fronteras ó meridianos. Él vive indómito como la luz y el aire, levantando su tienda solamente ahí donde la naturaleza crea un cerebro capaz de ser su tributario, uno de esos grandes espíritus, que sienten la necesidad divina de quemar sus nervios y sus jugos en el calor generoso de la sacra llama de las grandes concepciones.

VI

Las calles de Sevilla, hemos dicho, están pobladas de recuerdos.

La imaginación de este pueblo, hijo del cruzamiento de varias razas, tiene todas las formas de Proteo. El tinte de mística y de ascética tristeza, que caracteriza á los fatalistas árabes, y la credulidad ciega y apasionada del gitano, hacen muchas veces circular entre la muchedumbre, como verdades históricas, las más extrañas invenciones salidas de la traviesa pluma de humorista romancero.

Así, hemos oído que, en la calle llamada la *Cabeza del rey don Pedro*, tuvo lugar el siguiente suceso, que fué lo que dió á esa calle nombre tan extraño.

En la primera mitad del siglo XIV, á horas muy avanzadas de cierta lluviosa noche de invierno, los moradores de la calle en cuestión fueron despertados por el fuerte choque de las espadas de dos obstinados combatientes, y por el ¡ay! de agonía del menos afortunado, quien gritaba con dolorido acento : ¡ Dios me valga ! ¡ muerto soy !

Una vieja se asomó entonces al balcón de su morada con una luz en la mano ; pero retiróse súbitamente, dejando caer, sin quererlo, la luz, en el mismo punto de la contienda.

Se asegura que el espanto de aquella curiosa anciana provino, más que de haber visto á un hombre nadando en un mar de sangre, de haber conocido á su matador que abandonaba con estoica frialdad el

lúgubre sitio, limpiando con su pañuelo la hoja de su tajante de Toledo, y produciendo un rumor seco como el del choque de dos huesos.

La justicia, aunque tomó el cadáver del occiso y el apagado candil que la asustada anciana dejó caer, no pudo, sin embargo, descubrir indicio alguno que le revelara la persona del matador.

Don Pedro primero de Castilla, llamado por unos el cruel y por otros el justiciero, que á la sazón reinaba, hizo llamar al alcalde y lo amenazó con hacerle cortar la cabeza si dentro de cuarenta horas no se había descubierto el delincuente.

El afligido mandatario que sabía muy bien que don Pedro le cumpliría la amenaza, prendió, entre otros, á la referida anciana del candil, quien se obstinaba en no declarar aun soportando la terrible prueba del tormento inquisidor. Por suerte, cuando los dolores eran más recios, siente los pasos de un hombre que al andar producía aquel mismo ruido seco y sordo del choque de dos canillas, que ella había oído en la fatídica noche del misterioso homicidio. En el acto, incorporándose como pudo en su terrible situación, grita con voz desfallecida :

«Ese que entra es el autor del homicidio.» Los verdugos se vuelven en el acto hacia ese hombre; pero horrorizados al verlo, casi se desmayan, pues vieron al mismísimo rey don Pedro, que apenas alcanzó á darse cuenta de aquella rápida escena.

En efecto, era el rey el que había muerto con su acero, no á enamorado y romántico trovador ni mucho menos á rencoroso enemigo, sino á un contumaz y reincidente ladrón que era el terror de la ciudad. Él estaba disfrazado, pero la anciana le reconoció en el ruido especial que producía cuando andaba. Don Pedro perdonó naturalmente á la an-

ciana; pero no se perdonó á sí mismo y, á fin de que el delincuente no quedara sin el castigo acostumbrado, ordenó que se hiciese poner en efigie su propia cabeza, con un dogal al cuello, en el mismo punto en que cayera expirante el infeliz bandido. Esta cabeza no se encuentra ya. No obstante la novela que tan ingeniosamente la creara en la mente popular, vive y seguirá viviendo dilatada y colorida con los apéndices que el sólo transcurso de los siglos agrega á las creaciones fantásticas, pero no por eso menos agradables de la sencilla y apasionada leyenda, que alimenta tan poderosamente á las capas inferiores de todos los pueblos del mundo.

Esa fuente de inagotables entretenimientos para la espontánea credulidad del vulgo entero, que ha dado vida, calor y altivas personalidades á Carlo Magno y á sus doce pares, en Francia; á Ossián en Inglaterra; á Atila, á Hermanrico y á Teodorico en el poema de los Niebelungen, de Alemania; que ha poblado de celestiales apariciones la imaginación del recogido y solitario anacoreta, ha hecho también en esta España, más que en parte alguna del orbe, personajes históricos llevados hasta la cima de todas las hipérboles.

El Cid, el Gran Capitán, la infanta doña Urraca, doña María de Padilla y don Pedro el Cruel, entre otros, existen en la memoria de estos pueblos, tan distintamente de lo que en realidad fueron, que sería tarea de nunca acabar ponerse á recoger las abultadas y curiosísimas consejas que al respecto de todos estos personajes cuenta la cándida muchedumbre.

En la real morada del ya nombrado alcázar árabe, residencia hoy de la augusta madre del rey don Alfonso, no hay portero, ni guardia ni niñera que no jure y rejure que una mancha que se nota en el pavimento de una de sus más regias salas, que como las

de la Alhambra, ostentan el exuberante gusto de la sultana agarena, es precisamente la que dejó la sangre del infortunado don Fadrique, hermano bastardo, según unos, del famoso rey don Pedro, quien lo hizo matar en su propio palacio por sólo satisfacer brutal y sanguinario instinto de fiera humana.

Los amores de la hermosa doña María de Padilla con el mismo soberano es también otra fuente inagotable de cuentos y de romances en este gracioso pueblo. Una visita á cualquiera de sus edificios históricos ó á los sitios que un acontecimiento célebre ha hecho memorable, se hace entretenida, casi en su mayor parte, por la inagotable verbosidad del guía que en ella nos acompaña, describiendo y contando así, á su manera, cuanto detalle nos despierta la atención.

VII

De este modo, con nuestro guía al lado, conocimos aquí y visitamos la *torre del oro*, curiosísimo edificio de cal y ladrillo, de forma octógona, de tres pisos y coronado de graciosas y sencillas almenas, lo que, desde lejos, le da el aspecto de una pagoda abandonada. Esta torre se eleva en la ribera izquierda del Guadalquivir, cuyas aguas cubren de verduras y de flores toda la extensión de su planta. Se cuenta que, edificado por los romanos, fué antigua fortaleza morisca, donde se podían refugiar el rey y su corte en caso de serio peligro. Otros aseguran que solamente sirvió para guardar el oro del Estado. No falta

por cierto quien diga á su vez que en ella expiró, en dolorosa agonía, más de alguna amada infiel de los celosos y vengativos reyes moros, ó que en ella pasó gran parte de su juventud la tradicional doña María de Padilla, cuando esta torre se hallaba unida á la morada de su regio amante por subterráneo viaducto.

Lo que hay de verdad es que su aspecto es imponente y curioso á la vez. Ella es uno de esos edificios romanos que en su género interesan más vivamente la atención del visitante en toda esta España. Á sus pies corre ó mejor dicho, se desliza como humildísimo siervo, el claro y anchuroso río ; á sus costados descansan de su grave carga, innumerables buques de todas proporciones y nacionalidades, y á su espalda, dilatado y poético paseo, abarca plazas sombreadas por aromosos acacios, por floridos naranjos, por plátanos del oriente, por encinas, por cipreses y por sauces que se dilatan hasta muy lejos, extendiéndose en forma de una espiral de flores y de bellísimos contrastes por la orilla embalsamada de las apacibles corrientes que refrescan la atmósfera cargada frecuentemente de electricidad y de calor.

Á este paseo tan lleno de encantos ocurren de ordinario en apiñada nube de gracia y de belleza las bellezas sevillanas, que corren y juegan en él como ligeras alondras. Se le conoce con el nombre de paseo de la reina Cristina, en honor sin duda de la augusta abuela del actual monarca de estas espléndidas tierras.

Este paseo excepcional se halla limitado al oriente por el espléndido palacio del duque de Montpensier, tío y padre político de don Alfonso ; pues, como se sabe, este joven rey fué casado en primeras nupcias con la dulcísima y hermosa Mercedes, hija adorada de ese duque á quien él amaba con entrañable ter-

nura, y de la cual conserva en su rica morada profusos objetos que se la recuerdan á todas las horas y en todos los sitios.

El que entra á ese palacio lo primero que percibe y lo primero que lo impresiona son estas demostraciones inequívocas del inextinguible dolor de aquel padre á quien nada ni nadie han podido consolar hasta el presente de tamaña desventura.

La España entera vive asociada á esa profunda pena del espléndido duque y se complace en recordar á Mercedes, haciendo referencia hasta de los más nimios detalles de su vida, de su persona y de su agonía.

Hoy guárdanse sus regias cenizas en poética y apartada capilla de Madrid, adonde, en lujosa comparsa de damas y altos dignatarios, se dirigen el rey y su corte los sábados de cada semana á escuchar, en humilde y recogida apostura, tiernísima salve que, desde luengos años se canta por afamadas voces en aquel modesto y solitario templo.

La ilustre difunta, por haber muerto sin legar á la patria masculino vástago, no ha podido ocupar en el panteón de los monarcas de esta península, el alto sitio que habría probablemente tenido junto á su abuelo don Fernando VII. Ese ostracismo inexplicable y tiránico, impuesto por el Estado y por leyendaria costumbre á toda reina estéril en varones, es mantenido con los restos de esta augusta muerta, contra toda la multitud, la que, en solemne procesión, desearía conducir tan preciosa carga, al postrero y regio aposento de los despojos de todos sus reyes.

VIII

Una vez fuera de este espléndido palacio en el que se respira el exquisito gusto francés de su señor y que ostenta en sus patios y jardines árboles hermosísimos y raras plantas del trópico, fuimos invitados á conocer los principales edificios de la ciudad.

No hay quien no pregunte al extranjero : ¿ Conoce ya usted, hombre, la fundición de cañones, la fábrica de tabaco, la casa de Pilatos, el Alcázar, el museo de pinturas, la biblioteca colombina, el barrio de Triana, la fábrica de loza, el archivo de Indias ?

Como debe comprenderse, esta sola pregunta despierta el más vivo interés en el ánimo del que, como nosotros, viene á tan apartadas latitudes sin otro propósito que conocer y examinar cuanta cosa importante ó digna de mención se encuentra en ellas.

En el acto nos pusimos á la obra, á la cual hizo doblemente grata la fortuna incomparable que tuvimos de hallarnos así, de manos á boca, con queridos compatriotas y amigos ; con siempre recordados compañeros de la travesía que hicimos por los embravecidos mares, cuyo terrible imperio es fuerza cruzar, si se quiere tener una idea segura y personal de las bellezas que, en todos los órdenes de la actividad humana, han acumulado las civilizaciones y los siglos en estas lejanas comarcas, de donde parten, como altísimo foco, en espléndida y perpetua irradiación, los albores de nuevas y de nobles ideas, recorriendo el orbe, iluminando con luz desconocida

todos los horizontes, y saltando infatigables de gente en gente.

De sorpresa, cuando menos lo esperábamos, fuimos llamados en la fonda á nombre de ¡ un chileno ! Era don José Luis Bergoño Maroto, que desde Madrid llegaba también á Sevilla en busca de las impresiones poderosas de que son tan viva fuente sus tres celebradas grandes fiestas de semana santa, de las que muy en breve nos ocuparemos.

Empero, reservábasenos aún otra entrevista no menos agradable por cierto: el encuentro con otros dos compañeros de navegación, don Pedro Montt y su finísima señora.

La sociedad de tan distinguidos amigos, á los cuales me ligara además entonces, el común deseo de conocer toda Sevilla y de aprender cuanto ella encierra de celebrado y de noble, dió nueva vida á mi permanencia y á mi propósito, comunicándome el fuego del entusiasmo tanto más benéfico, cuanto que es tan raro en presentarse.

Es verdad que, habiendo llegado á Sevilla mucho antes que ellos, ya había visitado en compañía sólo de verboso cicerone, la mayor parte de sus aplaudidas grandezas.

IX

Así, habíamos visto la tan celebrada casa de Pilatos, propiedad de la opulenta familia de los Medina-celi, verdadero palacio, edificado como la Alhambra en ligerísima y caprichosa forma.

El nombre de Pilatos le viene, según antigua y aceptada tradición, de haber sido hecho imitándose el del famoso pretor romano.

En este edificio, que se levanta por desgracia, en una fea y estrecha callejuela y que tiene además modestísima apariencia, hay no obstante muchas y muy raras bellezas de ornamentación en su interior.

El primero de sus patios que, á diferencia de todos los de las casas de este pueblo, es espaciosísimo se halla abrazado por corredores que delinean en arquerías concéntricas ligerísimos dibujos, que parecen tenues y transparentes encajes de Bruselas, cayendo caprichosamente en muy delicados pilares de alabastro y mármol.

Imponentes estatuas romanas se alzan en sus cuatro hermosísimos ángulos; y, en su medio, refresca la temperatura de ordinario ardiente de estas latitudes una pila que descansa en los lomos de cuatro delfines y que se halla coronada por una cabeza artística, que representa á la de Jano, ese Dios de doble fisonomía, una para la guerra y otra para la paz, y que, como tal, sirvió de verdadero barómetro entre Roma, la temida señora del antiguo mundo, y los demás pueblos sus simples amigos ó humildes tributarios.

Este palacio ostenta en cada una de sus regias y espaciosas salas, cuyas paredes se hallan cubiertas de mosaicos y de arabescos, muchos bustos de emperadores romanos.

En su parte externa, no muy lejos de la gran puerta de entrada, se ve un pequeño balcón de piedra, cuyas formas y proporciones son las mismas de aquel desde el cual el afligido Pilatos exhibiera al populacho romano la ensangrentada figura de Cristo, después de la flagelación recibida al pie de la columna.

Esta columna, según los sevillanos, es *la que se conserva en una pequeña y elegante capilla de este palacio*, á la cual fué obsequiada por un papa, íntimo amigo de uno de los virreyes españoles en Nápoles.

El pueblo durante la semana santa va á orar al pie de ella, en inmensa y recogida romería.

Este palacio pues pertenece por los recuerdos á que se halla consagrado, á un orden religioso de ideas y de propósitos que guardan, por cierto, rigurosa armonía con las tradicionales tendencias del espíritu español, guerrero, enamorado, altivo y místico.

Jamás olvidaremos las observaciones que nos hacía nuestro cicerone en cada uno de los detalles de este curioso monumento del ascetismo ardiente de su noble dueño. Olvidándose aquel buen hombre de que se hallaba en Sevilla y no en Jerusalén nos decía : Aquí azotaron á Jesús, hombre; ahí lo coronaron de espigas; allá estaba san Pedro, negando á su maestro, cuando repentinamente le cantó el gallo.

Tan familiarizado está el vulgo de este pueblo con las narraciones que se le hacen á cada instante sobre este palacio y que él tiene por verídicas, que ha llegado á confundir la historia y los lugares, hasta el punto de sostener que las alegorías que, sobre la pasión de Cristo existen *en forma plástica* son la expresión de lo real, ó mejor dicho, la realidad misma.

No oyen de buen grado ninguna rectificación á este respecto.

Cuando le dio, hombre, que aquí (señalaba una ventana, cerca de la cual se halla imitado el ventanillo por donde reconoció la criada al apóstol) *negó san Pedro á Cristo, no hay más que ecir.*

Así, en un tonillo asperón, nos replicaba cuando le hacíamos presente que Cristo había muerto en Jerusalén. Sin embargo, uno se halla compensado de la

no siempre agradable impresión que produce esta tenacidad en algunos ignorantes, con lo gracioso que es el gesto raro que gastan y con su curiosa dicción andaluza.

No hay pueblo que hable de una manera más parecida á la de nuestros huasos como el de Andalucía. Jamás sus habitantes hieren ó pronuncian las consonantes finales. Así dicen: *Samué* por *Samuel*, *mira chico hom*, en vez de hombre, etc.

El andaluz no puede ser confundido nunca, por su modo particular de expresarse, con ninguno de los otros españoles. Se les distingue en cuanto abren la boca.

X

Concluída que fué nuestra excursión á la ya descrita casa de Pilatos, nos encaminamos á nuestra fonda á descansar de las fatigas que nos impuso el violento ejercicio de ese día.

La fonda estaba ya tan repleta de curiosos de todas nacionalidades, que no había, materialmente hablando, sitio ni para colocar un alfiler.

Confundidos en comunicativa y alegre charla estaban ahí el italiano, el francés, el matritense, el inglés y ¡qué sabemos cuántas otras nacionalidades! En aquella fonda se comía en dos y hasta en tres tiempos; pues ni las mesas eran suficientes para contener á tanto huésped ni había servidumbre capaz de atenderlos. Los comedores se convertían en dormitorios durante la noche.

Y como para aumentar la confusión que reinaba en aquella verdadera torre de Babel, una lluvia torrencial, de esas que muy de tarde en tarde caen en este pueblo, pero terribles, acobardaba á salir á los más valientes.

Las polémicas nacidas de la natural diversidad de apreciación sobre tal ó cual monumento, no tardaron en aparecer y en encenderse. Nosotros buscábamos siempre la hora en que comían los andaluces ó demás españoles, pues sin duda, era la más entretenida.

Con nosotros, alegrando la concurrencia, estaba de continuo el malogrado é inteligente vasco don Víctor Torres, el dueño que fué de nuestra popular pastelería de Alexandre, y que había venido por acá para dar más ensanche á ese su negocio.

Nunca olvidaremos las cuestiones que formaba en todas las comidas, defendiendo á Chile de cargos hechos por la supina ignorancia geográfica ó histórica de más de uno de los concurrentes, y en las cuales él, arrastrado por el ardiente y sincero amor que profesaba á la que, llamaba su patria adoptiva, iba frecuentemente á la exageración.

Una vez fuimos interrogados por un señor Jiró sobre la población de Chile, y, como dijéramos que ella era de dos y medio millones poco más ó menos, Torres, poniéndose de pie, nos dijo : *¡ No, don Rafael, son cinco !*

Estas comidas eran para nosotros verdaderas causas de bienestar. Aparte de que todo lo que se nos servía en ellas nos traía á la memoria á nuestra tierra, había ¡ las cuestiones ! pero ¡ qué cuestiones !

Tenemos muy presente una tarde en que nos permitimos hablar, en voz alta tratando oficiosamente de levantar un grave cargo hecho á la política de don Alfonso. Luego que dejamos la palabra, se nos acerca

un señor mofletudo y de encendido color que, según decía, era de Cádiz, para preguntarnos el tiempo que estábamos en España. Contestámosle: Cerca de tres meses. ¡Cómo! replicó, y usted habla ya *regulá el español*.

Es muy difícil convencer á cierta gente que poco estudia ó lee sin duda, que nosotros hablamos su mismo idioma. Siempre nos dicen :

Donde no entienda, hombre, lo que le digo, pregunte, hombre, con confianza.

Hay que someterse. En Barcelona conocimos á un coronel Gutiérrez, á quien fué imposible persuadir de que entendíamos como él el español « ¡Ca! *cuatro tiros me peguen*, hombre (decía) si eso es cierto. »

En general, por lo que llevamos ya visto, se tiene muy poco conocimiento de nosotros por aquí. Cualquiera demostración de estudio que uno haga ó cualquiera inteligencia que demuestre sobre ésta ó aquella cosa de estos mundos, son recibidas con mucho entusiasmo y muy exageradas.

Es verdad que los españoles se diferencian de casi todos los demás europeos, para los cuales, hablando en general, no hay nada grande fuera de lo que ellos poseen. Son los españoles, por hábito, muy admiradores de todo lo ajeno y muy desdeñosos para todo lo propio. Si se les habla de Inglaterra ó de Francia, por ejemplo, se desatan en encomios y alabanzas; y como si todo eso no fuese suficiente para exagerar la importancia de esos países, agregan todavía la que nace de compararlos con otros inferiores, entre los cuales colocan en primer lugar á la España, de la que hablan con cáustica sorna.

Este modo de ser, *es modo de ser característico* de esta tierra, pues no hay inglés, francés, alemán ó italiano que no dé por lo menos á entender, general-

mente hablando, que no hay nada en el mundo mejor que lo que ellos poseen, en cualquier orden de consideraciones.

Una vez fuimos presentados en Córdoba á un miembro de un alto tribunal de justicia con quien, no recordamos por qué causa, vinimos á conversar de *La Pasionaria* del señor Cano. Como nosotros dijéramos que la hallábamos en su trama é intriga muy semejante á la pieza del señor Rodríguez Velasco de la que le relatamos algunas estrofas, nos dijo en el acto : *Este Cano ha plagiado, pues hombre, parece la obra del poeta de que usted me habla.*

En cualquiera otra parte, á nadie se le habría ni siquiera ocurrido decir semejante cosa que, por lo menos importa admitir la posibilidad de que nosotros ¡á cuatro mil leguas! tengamos algunos talentos de verdadero mérito.

XI

De esta agradable manera transcurren aquí las horas. Siempre y por cualquier motivo, uno recoge y se asimila sin notarlo, útiles enseñanzas.

Mientras tanto el comienzo de la tan deseada semana santa se acercaba; pero los torrentes de agua no disminuían. *Parece que el Chico* (Dios) *se ha enojao de veras, chileno*, nos decían á menudo los sevillanos.

Empero ese enojo no era tan gande, pues teníamos largas y buenas oras de escampo, durante las cuales visitamos la fábrica de tabacos, inmenso edificio si-

tuado en los afueras de la ciudad. Él se halla dividido en tres espaciosas salas formadas por largas hileras de bellos y majestuosos pilares. En él trabajan, haciendo puros y cigarrillos, no menos de cuatro mil obreras, en su mayor parte jóvenes, alegres y hermosas.

¡Qué colmena le es comparable en el ruido, en la labor y en el movimiento, á veces uniforme, á veces vario, á veces inquieto!

No se puede ir solo á visitar tan poblada faena, pues aquello presenta una serie de detalles y de escenas tales, que se hace indispensable llevar numerosa compañía, á fin de que, lo que á uno se le escapa sea observado por los otros.

En verdad aquella fábrica aturde y marea. Nunca hemos conocido los vértigos, pero en ella estuvimos á punto de experimentarlos.

Los enjambres de muchachos que se dispersan por el campo cuando se les lleva por el maestro á disfrutar de esos deseadisimos para ellos grandes días de recreo, apenas podrían suministrarnos una pálida imagen de lo que esta fábrica es y de las impresiones que el visitante recibe en ella.

Es un vasto escenario en que se representan simultáneamente miles de peripecias.

Todos aquellos ojos, hermosos en general, os saludan. Muchos se afanan por deteneros. Cerca de vos alguien luce, con aparente descuido, su habilidad en torcer el cigarro y formar el atado. Á lo lejos oís conversaciones fugitivas con atrevido galán, que muy poco caso hace de quien le observa, preocupándose sólo de parecer bien á su preferida dama, la que suele corresponderle un requiebro amoroso con un solemne estorruído, causado por el tabaco.

Todas estas obreras ganan en proporción del trabajo que hacen, llegando á obtener la más activa hasta

cuatro pesetas al día, es decir, cuatro francos ó chauchas; pues la actual peseta española no es la antigua nuestra que tenía cinco reales ó veinticinco centavos. Hoy el nuevo sistema monetario divide la peseta en cuatro reales de vellón, de valor de cinco centavos cada uno.

Al salir de este inmenso taller, en que todas las provincias andaluzas se hallan bien representadas por alguna media docena á lo menos de bellas, robustas y graciosas obreras, se tropieza con los guardarropa, en los que se hallan alineados en largas y paralelas capoteras, los vistosos y variadísimos trajes de estas pobres ganadoras de su pan cotidiano.

Todos los colores del iris y del capricho tienen ahí asiento y tono. Aquello parece un bazar de pascua ó de alegre carnaval, improvisado para no lejana fiesta.

No se abandona, pues, con indiferencia ese curioso taller, cuyas obreras ostentan y lucen, enredado en abundante cabellera, de ordinario crespas y negra, ó un fragante ramo de graciosas flores ó algún encarnado lazo de modestas cintas.

XII

De esta célebre fábrica de tabacos en la que el autor de *Carmen* presenta á ésta hiriendo gravemente á una de sus innumerables compañeras, nos fuimos á la no menos renombrada *Fábrica de Armas*, la cual, como aquélla, se halla situada también en los alrededores de la ciudad.

Este establecimiento es muy espacioso; contiene una completa maestranza de artillería. En él se trabajan, conforme á los más adelantados sistemas y con el cobre de las minas de Río Tinto, poderosísimos cañones.

En sus faenas reinan el orden, la belleza y el aseo más absoluto. Cuando uno entra á ellas, que son salas espaciosísimas, nota en el acto que su construcción, y hasta su ubicación, no son extrañas á las de los otros grandes establecimientos del mismo género que poseen Inglaterra y Francia.

Merced á la exquisita amabilidad del jefe de este valioso establecimiento, pudimos recorrerlo en sus partes; y, sobre todo, pudimos darnos el gusto de aprender la razón de existencia de una serie de pequeñas cosas que nos habían intrigado cuando, visitando en Francia una fábrica análoga, habíamos deseado hallar una persona de buena voluntad que se prestara, sin pena alguna, á instruirnos en ello y á satisfacer nuestra curiosidad.

Aquí, por fortuna, pudimos darnos el placer de ponernos al corriente de los nombres y del oficio de todas las piezas que entran en el mecanismo de estos poderosos vomitadores de la muerte, que se llaman cañones de montaña ó ametralladoras.

La España posee, pues, en esta fábrica de armas un elemento valiosísimo y muy digno de ser visitado por los hombres del arte, y en la cual centenares de obreros se ocupan diariamente en un activísimo trabajo, ganando un jornal cuyo monto, lejos de alejarlos, los estimula á la asistencia y á una generosa emulación.

XIII

Estas exploraciones se hacen solamente por mero pasatiempo, pues ellas no imponen, como puede comprenderse, esfuerzo alguno al observador ni gasto de sentimiento ni gasto de admiración. Uno las hace como si se tratara de ir así, de casualidad, á cualesquiera de esos establecimientos, que abundan tanto en esta Europa.

No; estas excursiones no dejan en el espíritu duradero recuerdo, desde que en realidad ellas bien poco significan. Empero, donde, al revés uno se siente muy impresionado es en *el Archivo de Indias* y en *la Biblioteca Colombina*.

Nosotros visitamos aquél en la compañía agradableísima de los compatriotas ya aludidos. Con ellos tuvimos oportunidad de admirar las grandes proporciones de sus salas, que contienen casi todos los expedientes (50,000), autos y documentos que se refieren á las Indias occidentales (la América) y á las Filipinas.

Esas salas forman un ángulo recto y presentan en el centro grandes muestrarios de vidrio, dentro de los cuales se exhiben cartas, memoriales, informes y autógrafos de los más célebres personajes del descubrimiento y conquista de los países americanos.

Hernán Cortés; el simpático y desventurado Vasco Núñez de Balboa; Pedrarias Dávila, su repugnante verdugo; Francisco Pizarro, con su firma aprendida de viejo y en forma de simples garabatos; Américo

Vespucio, etc., etc., tienen ahí una parte de su ser, vaciado en ese molde, muchas veces inmortal que se llama un escrito.

Paseándose uno por aquellas galerías, que se empuñan en recordarnos todas aquellas existencias que conocimos en los bancos de la escuela y que fueron las primeras en impresionarnos de una manera poderosa, ya adversa ó favorablemente; ya amándolas ó despreciándolas, según fueron útiles ó dañinas á la humanidad, retrocede con el pensamiento á esa lejana época de la alegre y bulliciosa infancia, y siente llena la memoria con todos los incidentes aprendidos sobre estos personajes, que surgen del seno más lejano quizás de nuestro recuerdo, representando aquellas mismas escenas que los caracterizaron en la leyenda, dándoles perfiles y relieves inolvidables.

Cortés, quemando sus naves; Vasco Núñez, sumergido en el Pacífico hasta la rodilla y extendiendo su espada sobre aquel virgen océano en símbolo de perpetuo dominio y señorío; Pedrarias, presenciando furtivamente con ánimo risueño, entre las ramas de viva cerca, la decapitación de ese infortunado y pundonoroso capitán; Pizarro, apoderándose de Athualpa en medio de sus innumerables cohortes, aquí, como la fantástica sombra de la Pitonisa de Endor, se dibujan y presentan, surgiendo del hondo seno de las tumbas de su pasado de tantos siglos.

En esta atmósfera parece que flotara también el alma dolorida de la joven América pidiendo, entre sollozos y desesperaciones, pronto castigo para sus desapiadados verdugos.

Todas las lágrimas ocasionadas por la sórdida avaricia de los descubridores y conquistadores de nuestro continente, guardadas se hallan aquí en los memo-

riales que elevara, hasta el rey mismo el espíritu piadosísimo y dulce de Las Casas, ese abogado infatigable y esa providencia siempre constante del candoroso y desvalido aborigene americano.

En uno de los varios departamentos que tienen en estas salas sus puertas de entrada, se hallan, en orden y en número incalculable, todos los cuerpos de autos referentes á nuestro Chile.

No pudimos obtener ninguna copia oficial á lo menos de alguno de ellos; pues para eso necesitábamos un permiso del rey, que no era fácil conseguir.

Limitámonos á hojear solamente con mano temblorosa por la emoción que sentíamos, el legajo original en que se encuentran todas las notas, actas y procesos relativos á nuestra independencia y, particularmente, á la batalla de Rancagua.

Esta gloriosa acción de armas fué pintada y descrita por Osorio con colores muy apasionados. O'Higgins y Carrera son para él, no grandes capitanes, sino semi-bandidos que deben recibir del cielo toda clase de castigos.

De este modo se pone de relieve la perfecta exactitud de la irónica verdad contenida en aquella frase clásica: *¡¡ Así se escribe la historia !!*

XIV

La Biblioteca Colombina está situada en el patio que se llama «de los Naranjos, » perteneciente á la gran catedral de este pueblo.

Ella se compone de los libros que regaló á Sevilla en vida y al tiempo de morir, el hijo de Cristóbal Colón, don Fernando, que había guardado, con la doble religión del cariño y de la gloria, todos los que á su ilustrísimo padre pertenecieron.

Como puede fácilmente colegirse, esta biblioteca está llena de enternecedores recuerdos. Ella se encuentra, por decirlo así, impregnada de adorables memorias del gran descubridor, cuyo espíritu sin duda alguna fué encargado del rol de duplicar los horizontes del mundo conocido, para lo cual le fué necesario lanzarse, lleno de inquebrantable fe en el éxito de su empresa, digna tan sólo de los excéntricos dioses del paganismo, á la vorágine de todos los temidos peligros, al seno de todos los profundos misterios en que la naturaleza se envolvía entonces como en atmósfera densa, temible y nebulosa.

Siempre hemos profesado ferviente culto de amor y de veneración á esa excelsa criatura, cuya talla moral alcanzó en esta vida tan vastas y envidiables proporciones.

Cuando, en demanda de esta Europa, cruzábamos los mares de fuego del trópico; cuando enfrentábamos la primera tierra por su genio y perseverancia entregada á la civilización; cuando recordábamos los infinitos y terribles naufragios habidos cerca de las costas de esa tierra, en verdad, nos absorbíamos pensando en las fibras de acero de ese hombre que, en débiles esquifes, cual si fuera una existencia sobrenatural forjada en desconocida fragua con carne y nervios, por lo menos de un semidiós, todo lo desafía y todo lo abate bajo su planta indomable.

Parecíanos que lo divisábamos de pie en el frágil puente de su temeraria nave, interrogando por la primera vez, con mirada serena y firme, aquellos

lejanos é indecisos horizontes preñados, de ordinario, de bramadoras tempestades.

En esta biblioteca vimos un tratado de cosmografía y astronomía, escrito en latín, cuyas márgenes están cubiertas de anotaciones de *¡su puño y letra!* y los cuadernos de *navegación y de cálculo que llevó en su primer viaje por el Atlántico.*

También se muestra ahí al asombrado curioso una colección hecha por el mismo Colón de todas las profecías que existían acerca del descubrimiento de un nuevo mundo y con la cual se asegura inclinó la voluntad de la gran Isabel en pro de sus deseos y proyectos.

El espíritu se impresiona tan profundamente ante aquellas líneas trazadas por su propia mano, que se llega á creer que conservan aún una parte del calor que él les comunicara, cuando, recogido sobre ellas durante largas horas en íntima meditación y fervorosa plegaria, concibió y delineó nuevo derrotero para hacer pasar las inmensas riquezas del codiciado, lejano y voluptuoso oriente.

En la sala de este verdadero santuario de tantos gratos recuerdos, se halla, completando el cuadro y dando realce y colorido á las memorias que ahí viven y ahí palpitan, el magnífico retrato de Colón, hecho por el celeberrimo Lassalle, el cual fué obsequiado á Sevilla por Luis Felipe de Francia.

Este lienzo, en el que se destaca, por decirlo así en alto relieve la benévola é inteligente figura de esa naturaleza privilegiada con la posesión de los dos grandes y altísimos factores del valor humano, esto es, la chispeante llama del genio en la frente, y la bondad inagotable y la infinita misericordia latiendo en todos los senos del corazón, ha servido de punto de mira y de consulta á todos los que han modelado su busto en el yeso ó en el mármol.

Con no escaso esfuerzo, pues, se aparta la vista de esa acabada obra de arte que, por sí sola, bastaría para hacer indispensable una visita á esta universalmente querida biblioteca.

El encargado de su custodia y aseo muestra también con orgullo la espada del conde Fernán González, célebre por su sin igual osadía y bravura. Ese conde prestó su dicha gloriosa espada al no menos heroico y esforzado conde Garci Pérez de Vargas.

Éste venció á los califas de Sevilla y les quitó esta ciudad en sangrienta batalla. Por eso, la gloriosa arma que ha servido á tan esclarecidos rayos de la guerra, se conserva con religioso respeto en esta biblioteca, que se empeña en reunir los objetos más queridos para el sevillano.

Junto á este noble trofeo, se hallan, escritas en bien legibles caracteres, las estrofas siguientes :

De Fernán González fuí
De quien recibí el valor,
Y no le adquirí mejor
De un Vargas á quien serví.

Soy la octava maravilla
En cortar moras gargantas :
No sabré yo decir cuántas ;
Mas sé que gané á Sevilla.

XV

Ya que de libros hablamos, preciso será que recordemos que Sevilla se halla en un aventajado pie, en orden á la instrucción pública.

Ella tiene, en efecto, buen número de escuelas primarias y de establecimientos de educación de segundo grado. La famosa escuela de *San Luis, la del Hospicio, una normal* de preceptores, y *ciento cuarenta á ciento cincuenta* establecimientos privados dan alto testimonio de esta verdad.

Cuenta además con una *Sociedad Económica de Amigos del País*, con otra de *Bibliófilos Andaluces*, con dos Academias de Bellas Artes, con una de Medicina y Cirugía y con otra de *Buenas Letras*.

Tiene también numerosas y muy ricamente dotadas bibliotecas públicas y particulares.

Entre aquéllas, sobresalen la del Palacio Arzobispal, la Normal de maestros, la del Instituto, la de la Academia Sevillana de Buenas Letras, la del Seminario y la Provincial y de la Universidad, llamada así, porque la formaron dos no muy grandes, pertenecientes una de ellas á la universidad de este pueblo.

Sevilla ha merecido por su amor á las letras y á las artes, el apodo glorioso de *la Atenas española*.

Se cuenta que durante la dominación árabe fué Córdoba el principal asiento de las letras y Sevilla tan sólo célebre en la música.

Muy conocido y muy repetido es por aquí y por los que han escrito sobre esta materia el dicho de Averroes, aquel famoso médico cordobés, oculista y filósofo, de que : *Cuando en Sevilla moria un sabio, el que queria vender sus libros los mandaba á Córdoba: pero si en Córdoba moria un músico, iba á vender sus instrumentos á Sevilla.*

Desgraciadamente para Córdoba, Sevilla se ha llevado ambos predomínios. Ella ha sabido unir, en íntimo y amoroso consorcio, la meditación y el estudio con los dulces y armoniosos acordes de la lira de Orfeo y de Píndaro.

El caramillo del dios Pan alegra también, pues, en ella, los fatigados nervios de sus pensadores y pone de relieve que los jardines del Academo, aquellos que Platón immortalizó con su divina elocuencia, más que al genio de esa cabeza poderosa, debieron al estímulo que en ella crearon las armonías del harpa que, en los juegos olímpicos, cantara su gloria y su poder.

XVI

Ya hemos dicho que la alegría de este pueblo es proverbial.

Ese su espíritu ávido de expansiones, de música, de canto, de luz y de amores, se desborda al caer la tarde y en las primeras horas de la noche.

¡Ah! ¿Cómo podría olvidar nuestra memoria las gratas impresiones recogidas en sus plazas, en sus tortuosas calles y en sus espaciosos teatros?

Sevilla, vista de noche, presenta el aspecto más curioso del mundo.

Las casas de las principales arterias, ó mejor dicho, casitas, que como las de Córdoba, tienen á lo más dos pisos por regla general, son una verdadera monada, un templete, un relicario. Puerta angosta y no alta; zaguán estrecho; elegante reja, dorada en su mayor parte y á tres ó cuatro metros á la espalda de aquélla.

Fantástico y á veces chinesco farol de vidrios de diversos colores, alzado como estrella solitaria y melancólica en medio del vestibulo. Á su luz, pálida

casi siempre, divisase diminuto patio abrazado por hermosos corredores. Los mármoles de la Sierra Nevada que, inagotable en sus larguezas, ha cubierto (sin exageración) á todo este pueblo con las entrañas jaspeadas, á veces granates, á veces blanquecinas ó azulejas de sus numerosas canteras, brillan, como bruñidos espejos, en todas estas coquetonas y graciosas moradas. En el centro de esos patios y al pie de los pilares que sostienen las bóvedas de sus corredores, plantas exóticas y maceteros de verduras y de aromáticas flores, perfuman la atmósfera, de ordinario tibia ó ardiente de estas latitudes.

XVII

Muchas, muchísimas de estas casitas ofrecen vivo parecido á una parte de las nuestras.

Los antiguos edificios que aun conservamos nosotros, como legados del muerto coloniaje, tienen también aquí su modelo, en las más antiguas calles, como que de este pueblo hemos bebido no pocas costumbres y no pocos gustos.

Causa sorpresa la profusión con que se emplea el mármol en esta ciudad. Se nos asegura que sería más costoso quizás usar la piedra ó el ladrillo.

Todo este conjunto, pues, da en la noche, á las habitaciones de Sevilla, un aspecto misterioso y fantástico y despierta al mismo tiempo en el ánimo del observador el más vivo deseo de penetrar en aquellas moradas, envueltas en una atmósfera tan propia á estimular la curiosidad ó el capricho.

Las gentes de este pueblo, como las de las otras grandes capitales de este continente, pululan y hormiguean en todas partes hasta horas muy avanzadas de la noche. A los sevillanos, como á los parisienses gústales mucho ir, inmediatamente después de comer, á conversar en los cafés, costumbre que mantiene á éstos verdaderamente repletos.

Son asimismo muy aficionados al teatro, los que, como en Valencia y Barcelona, son baratísimos.

En el de san Fernando, vasto y cómodo, capaz de contener tres mil espectadores, vimos representar al célebre Valero, por sólo *dos pesetas*, el drama *Miguel Servet*.

En otros cinco que existen en puntos distantes, como el de Cervantes, el Eslava, el de Rioja, los precios son aún más módicos. Merced á esto, siempre están llenos á pesar de que ordinariamente funcionan todos á la vez.

El bajo pueblo se divierte en innumerables cafés cantantes ó, por mejor decir, en chinganas. En ellos se baila noche á noche la descrita danza llamada « el flamenco ».

En síntesis, aquí todo el mundo se divierte, todos cantan, todos parecen existencias refractarias de las penas y melancolías que son consideradas como herencia irrenunciable recibida al abrir los ojos á la luz.

Esto hace á Sevilla el pueblo más alegre y más expansivo de toda la España, y esto explica que ella sea punto obligado de cita para todo extranjero y para todo curioso.

XVIII

Hemos dicho que el Guadalquivir divide á esta ciudad en dos grandes barrios, así como nuestro caprichoso Mapocho lo hace con Santiago.

Y bien, el que aquí tiene *un aire ¡lejano!* al de la Cañadilla, es el de Triana. En este barrio, que, en realidad, se diferencia esencialmente del de Sevilla propiamente llamado, no hay nada que pueda despertar la atención, fuera de la celebrada fábrica de lozas y de la naturaleza de sus pobladores, *los gitanos*.

Estos, como los judíos y los moros, forman una raza especial y aparte, que vive en tribus ó familias organizadas á su manera, y que presentan una fisonomía verdaderamente característica.

Sin embargo, la rigorista separación que antes existía aquí entre ellos y los españoles, ya se ha debilitado mucho, ora por el estado actual de nuestra civilización, que ha borrado con mano igualitaria esas antiguas diferencias de raza, de política y de religión, que mantuvieron, en las épocas inquisitoriales de Felipe II y demás reyes de la casa de Austria, viva y ardiente la hoguera encendida por los lúgubres y terribles hermanos de *¡la santa Hermandad!* ú ora por la natural aproximación de hombres que viven enredados en perpetuo y necesario comercio.

Esta población de gitanos, originarios, como se sabe, del Egipto, por lo que se les ha llamado primi-

tivamente *tsiganes* ó *zingares*, es aquí muy numerosa.

Tienen fama de inactivos y pendencieros ; y como los antiguos lazaronis de Nápoles, hacen vida de vagabundos, en general, cantando de calle en calle y dando ó prediciendo lo que llaman *la buena ventura*.

XIX

Esta buena ventura no pasa de ser un vulgar artificio de que ellos se valen para obtener modesta limosna. Casi todos dicen las mismas palabras, según se trate de un joven, de un anciano, de una niña ó de una matrona.

— ¿Le digo la buena ventura, á su merced, el señorito ? nos preguntaban á cada paso.

— ¿Qué es necesario para ello ? le contestábamos.

— Extender la mano y dar una peseta.

— Pero, eso es mucho ; te daremos un real.

— Bueno, presente no más la mano.

— Allá va ella.

Entonces, con nuestra mano, asida entre las suyas, con los ojos alzados al cielo y con un aire ridículamente misterioso, nos decían : *En el nombre de la santísima Virgen, la soberana de la gloria, digo á usted, señorito, que su merced ha querido una morena de cuyo cuerpo pretendió su merced hacer su festin ; pero ella no lo quiso á su merced, señorito. Su merced gasta con sus amigos y ellos no se por*

tan lo mismo. Hay veces que su merced amanece enojao y otras contento, etc., etc.

Así, con estas sandeces y vulgaridades, viven muchas de estas pobres gentes ganando el pan de cada día. Lo malo es que abundan en todos los paseos y sitios concurridos y que gastan, con su infatigable tenacidad, la paciencia del menos irascible.

La fisonomía de estos perezosos seres es distinta, á veces profundamente distinta, de la española pura. Tienen el color moreno, el ojo negro, grande y rasgado; pero sin luz, con un fondo de no sabemos qué desconocido sentimiento que parece ó el indeciso dejo de una fatiga nerviosa, ó la vaga penumbra de una inconsciente melancolía. ¡Quizás esto es eco débil y lejano del ya dormido recuerdo de la primitiva patria y del primitivo hogar, que, bajo su capa de polvo de veinte siglos, aun respira, de cuando en cuando, en la sangre y en el cerebro de esta raza proscrita, como la de Judea, y como ella, sola y excepcional en medio de todos los pueblos!

Su aspecto y su traje, de ordinario desaliñado, son repelentes. Viven en mucho desaseo y no gustan de la lectura.

No son, pues, los gitanos de hoy ni siquiera remota y descolorida imagen de los descritos en la novela y en el ya muerto y enterrado romance.

Aquéllos eran vivos, alegres, espirituales, decidores.

Éstos son unos pobres diablos que más parecen mozos de mulas ó banda de beduínos, que cáusticos polemistas ó amantes trovadores.

XX

Por entre estos gitanos, cruzando sus habitaciones y sus corrillos, se va á la tan célebre fábrica de loza, situada en los afueras de este barrio, en un antiguo templo de cartujos, á que los sevillanos vinculan terribles recuerdos. Algunos sostienen que los compañeros de Jehú aquí venían y aquí celebraron solemnes complots.

En esta fábrica, dirigida por una compañía inglesa, reinan la más grande actividad y alegría. La sirven centenares de obreros, entre los que se divisan, como doradas espigas, hermosas cabezas rubias de las muchas jovencitas de 14 á 15 años que, perdidas entre montañas de platos, tazas, fuentes, jarrones de variadísimos tamaños, formas y colores, se ocupan dorándolos é imprimiéndoles caprichosos dibujos.

Un día entero es corto plazo para enterarse de las múltiples operaciones que dan existencia, á veces tan efímera, á unas de esas doradas y frágiles jicaras, en que el opulento se sirve con indiferencia y muchas veces con enojo, el rico te ó el fragante chocolate de Soconusco.

¡Cuánta destreza de manos y cuánto cálculo necesita poseer, el que modela á *pulso* todos aquellos varios y ricos objetos, valiéndose del solo movimiento que sus mismos pies imprimen á un pequeño torno!

¡Cuánta atención se gasta en los cocimientos de la pasta!

¡Con qué cuidado se descargan los senos de la aun

ardiente y humeante pira que, en sus arrebatos, suele abrasar y hacer trizas á veces no pequeña parte de lo que, con segura y completa confianza, se le entrega en depósito temporal de una semana ó de diez días !

Jamás pensamos los desocupados en las infinitas fatigas que cuesta el más modesto artefacto.

Nunca tomanos en cuenta la larga y penosa serie de operaciones que se han hecho para presentarnos uno de esos blancos y finos platillos ó uno de esos jarrones en que se pavonean con orgullo las flores de nuestro jardín.

Nosotros nos acercamos á todas las faenas y preguntamos la razón y el cómo de todo lo que veíamos.

Así pudimos saber que la tierra con que se hace esta célebre loza sevillana, es traída de Inglaterra, pues por aquí ningún campo la produce. Supimos igualmente que los fundadores de esta fábrica fueron ingleses y que ella ocupa hoy en el mercado europeo un notable puesto.

En seguida fuimos conducidos á los almacenes en que se mantienen los objetos ya hechos.

¡ Qué hermoso golpe de vista ofrecen dos de las espaciosas salas en que se hallan ordenadas artísticamente las porcelanas finas, albas unas como la nieve, azulejas otras, doradas aquéllas !

Nosotros habíamos visitado ya en París la celeberrima fábrica de porcelanas de Sevres. Empero, eliminando por cierto toda comparación entre las calidades y fineza y delicadeza de la materia y del trabajo, pues no se puede en este terreno ni pensar siquiera en hacer similitudes entre una y otra fábrica, la verdad es que encontramos maravillosamente bella dicha espaciosa sala.

En ella todo seducía : la colocación de los objetos,

hecha con mucho gusto, la infinita variedad de las formas de ellos, el contraste que hacen sus colores moreno, rosado, verde solo, ó verde dorado, naranja, canela, etc., etc.

Vimos unos jarrones inmensos, que representan con mucha propiedad á diversos personajes de la mitología. Se halla asimismo ahí un sinnúmero de figuritas caprichosas que son buscadas, según nos decía el dueño de casa, con mucho afán por los extranjeros que vienen á esta ciudad en la semana santa.

Así pues, uno no puede dejar de sentir cierta pena cuando da el adiós á este establecimiento en el que todo, hasta sus menores detalles, ofrece algún agrado al visitante ó alguna enseñanza.

En él supimos también que se piensa establecer, sino otra fábrica, á lo menos aumentar el número de hornos y de trabajadores, pues las ventas marchan viento en popa.

Sevilla, considerada bajo el aspecto industrial y mercantil, es, después de Barcelona, la ciudad más respetable en toda España.

Su atmósfera no se halla ennegrecida y calentada tan sólo por las espirales de humo y de fuego de sus hornos de cocimiento de loza, sino por los de otras varias fábricas de no menor importancia.

Así, sus ciento diecinueve mil habitantes gastan sus nervios y su vida en alternada faena de trabajo y de placer. Mientras que el extranjero curioso y observador, vestido de largo y liviano saco de viaje, cruzado el pecho, á guisa de hambriento morral, por la banda de cuero de su guarda-anteojo, y el libro ó el plano en la mano, y despierto ciccone al costado, recorre aquí plazas, calles, templos, palacios y jardines, miles de obreros agobian las espaciosas bodegas de las infinitas naves surtas en las corrientes del

ancho río, confiando á su buena voluntad y á su firmeza, todo lo que constituye el material de exportación de esta riente y espléndida ciudad.

XXI

Por fin, después que recorrimos los fastuosos salones, anchos patios y hermosísimos jardines del alcázar, ó sea, como lo dejamos ya dicho, la antigua morada de los reyes moros, por ellos hecha y por ellos enriquecida, y hoy palacio de la ex-reina doña Isabel; después de haber pagado nuestro tributo de admiración á los esplendores de aquella obra del arte exquisito y no igualado de los tradicionales alarifes, que en ella gastaron parte considerable del genio y de la paciencia á que debe su graciosa y celebrada vida la sin par Alhambra; después de haber medido con ojo escrupuloso y atento, la altura imponente de la celebrada sala de la media naranja, llamada así por la forma y por el encendido color de su soberbia cúpula, tachonada de brillantes estrellas; después, en una palabra, de haber contemplado todos y cada uno de los detalles que constituyen las razones de su gloria y de su fama, nos encaminamos á la antigua Itálica, con el propósito de dejar caer también sobre sus ruinas las mismas lágrimas que el inspirado Rioja vertió en las melancólicas estrofas que forman ese canto que todos los idiomas han traducido como si él, por hablarnos de los dolores humanos, deba ser considerado en el carácter de una producción de la

literatura que no admite ni autor, ni patria determinada; porque se amolda á todas las edades, á todos los géneros, al pensamiento y á las impresiones de todos los hombres.

Estas ruinas se hallan como á una legua de Sevilla. Un empleado del ayuntamiento las vigila cual sacerdote que vela al rededor de un santuario. Este sujeto es muy amable y muy entendido en lo que se refiere á los objetos que custodia como es natural suponerlo.

Con él se recorre todo el espacio que ocupó la antigua *Sancio*, cuyas ruinas, á diferencia de las de Babilonia, de Palmira, de Pompeya y de Herculano, son aún un problema en solución para el historiador y para el arqueólogo.

En estas ruinas, como las en cuyo medio vive la moderna Roma, no se puede dar un paso sin que se tropiece con un resto de esas creaciones nacidas, ó del calor fecundante del genio ó de la tibia ambrosia del sibaritismo antiguo. Aquél se ha irradiado arrancando á las entrañas del mármol ó de la piedra, la divina forma humana en toda su irresistible atracción, ora simbolizando los dolores, ora el amor, ora la gloria en la augusta majestad del martirio y de la virtud. Ésta, al contrario, ha empleado su acción elaborando termas, dignas de refrescar en sus aguas á los dioses del paganismo; anfiteatros de placer y de olvido á las tristezas hondas de esta vida; sitios de recreo, en fin, adonde el más abstenido tendría por fuerza que abrir el corazón á esas expansiones por que la humanidad suspira puede decirse en todo momento.

Las ruinas se encadenan las unas á las otras tan intimamente, que cualquiera de ellas evoca en el acto el recuerdo de las demás. Parece que un mismo espíritu animara los rotos nervios que aun existen de su

pasada carnadura, como postrera manifestación de su antes celebrada y magnífica existencia.

En estas ruinas de Itálica, se han descubierto maravillas. Hoy se ve al desnudo un bellissimo mosaico que adornó el Patio de las Musas.

Nosotros, recorriéndolas, abarcábamos, con ese poder que Dios ha dado al pensamiento, las solitarias plazas de Pompeya, el teatro de Herculano, perdido aún en las profundidades de la tierra, y muy especialmente, los valiosísimos objetos que las larguezas inagotables del Museo Británico, han acumulado, pagando *á peso de oro*, como tan enérgicamente solimos decir nosotros, ricas decoraciones sacadas de las ruinas de los palacios de Semiramis y Sardanápalo, del Partenón y de Palmira. ¡Cuán inexplicables son las emociones que cruzan nuestro espíritu cuando nos hallamos frente á frente de lejanos siglos!

La famosa arenga de Napoleón I á sus soldados en la batalla de las Pirámides, toma, en presencia de todas estas ruinas, una importancia casi misteriosa. Ella nos deja ver la talla del genio de ese hombre que, más que César y que Alejandro, había recibido el doble divino don de encontrar en los momentos solemnes, el derrotero que lleva á la victoria en los campos de batalla, y la palabra que enciende la llamada sublime del heroísmo, en el soldado próximo á desfallecer.

Todos los que como nosotros hayan, no digamos estudiado sino devorado los objetos que la Inglaterra tiene en la sala de las antigüedades de su celeberrimo museo, podrán, nos parece, confirmar este concepto.

Es imposible sustraerse á la atracción que sobre todo nuestro ser ejercen aquellas cosas elaboradas por hombres de los cuales no queda en el planeta el

más insignificante recuerdo. El pasado tiene de ordinario más puntos de contacto con nosotros que el presente mismo.

De aquí es que casi nos transformamos en presencia de todo lo que á nuestra contemplación lo trae. De aquí es que nuestra planta vacila antes de hollar el polvo que, como símbolo del fácil olvido humano, cubre los restos de las grandezas acumuladas por toda una civilización.

Nunca hemos visto sin profunda tristeza las ruinas históricas que esta Europa guarda hoy con religioso respeto.

Antes de pisar estas en que, según Rioja,

La casa para el César fabricada
¡Ay! yace de lagartos vil morada,

habíamos examinado, piedra por piedra, las de Herculano, de Pompeya y de Roma; sin embargo, y no obstante de que habíamos hecho el ánimo de no impresionarnos, no pudimos sobreponernos á la energía de las melancólicas corrientes que cruzan este recinto.

Hay en él algo de irresistible que nos arrastra al dolor, como los grandes ríos arrastran sin misericordia á las bravezas del Océano, á los corpulentos árboles y las modestas flores que se hallan en su camino.

Las ruinas de Itálica, que nosotros durante mucho tiempo habíamos creído, *en nuestra ignorancia*, las ruinas de Roma, son pues un sitio á que ningún turista puede negar una visita por breve que sea.

Es cierto que no hallará en él las grandezas que hoy la azada ha puesto á perpetua exhibición en el lugar que en Roma ocupó el Foro, en las termas de

Tito, en los templos que fueron consagrados al culto pagano; pero hallará en cambio un algo que no se explica, pero que emociona de una manera profunda. Diremos más; diremos que los que á Sevilla vengan, y se vayan sin ver estas ruinas, harán á la lógica que debe dirigir los actos del turista y que le ordena tome convencimiento cabal de los sitios que recorre, un agravio tanto más imperdonable, cuanto que no le será fácil probablemente repararlo.

Habría mortificado grave peso á nuestra conciencia, si no hubiésemos venido á indagar el punto donde *rodaron de marfil y oro las cunas* del pío, gran Trajano, de Adriano, de Teodocio el divino y de Selio el peregrino.

¿Para qué entonces habríamos abandonado nuestra tierra?

XXII

Por fin, fuémos forzoso volver á la ciudad, porque ya llegaban las deseadas fiestas religiosas de la santa semana.

Habíamos oído exagerar mucho la grandiosa pompa que en ellas despliega el diocesano de esta provincia, á fin de mantenerlas á la magna altura en que se han colocado desde tiempo inmemorial.

Por esto, aunque sospechábamos que ellas no podían sernos del todo desconocidas, atenta consideración al origen de nuestras ceremonias y entretenimientos públicos ora cívicos ó religiosos, la verdad es

que nos sentíamos vivamente interesados en presenciarlas.

El lunes, martes y miércoles, como entre nosotros, nada de piadosa fiesta pública. Nada revelaba que la ciudad del santo rey don Fernando III hallábase en conmemoración plena de aquel doloroso preámbulo de la sangrienta tragedia del Gólgota y por la cual se debería en estas tierras clásicas de la antigua y rigurosa maceración, del agudo cilicio, aplicado á la rebelde carne con heroica mano; del ayuno absoluto apenas timidamente interrumpido por negro y duro mendrugo de pan y por modesto vaso de agua, apagar el cotidiano movimiento ó suspenderse la expansiva y bulliciosa alegría de las calles y de las plazas por lo menos.

Al contrario, esos días son los más felices para los comerciantes de Sevilla; pues en ellos, según muchas respetables personas nos lo aseguraron, venden tanto como en todo el año junto.

Ni fiesta esperada con desconocida ansiedad comunicaría aquella nerviosa agitación.

Los extranjeros, y sobre todo los ingleses y alemanes protestantes, son los que mayor empeño gastan y mayor suma de curiosidad dejan ver por estas, para ellos, del todo desconocidas ceremonias.

Pero ¿en qué consisten ellas? preguntábamos. *Allá verá usted, hombre*, nos respondían. *Guarde impresiones, así son más sabrosas las novedades.*

Éstas, por fortuna, no demoraron en aparecer. En las primeras horas de la mañana del jueves santo, anunciábase, en libretos y en hojas sueltas (que infelices ciegos vendían) que, desde la tarde, iban á comenzar los pasos y que en la noche, entre 10 y 11, se cantaría el miserere en la iglesia metropolitana.

El cielo, según fervorosas creyentes, se había colo-

cado de parte del cabildo en ese día, pues de encapotado y lluvioso que estaba, se puso sereno y tranquilo en la hora señalada para los esperados pasos.

En toda la extensión de la estrecha calle de Las Sierpes, hileras de asientos colocados á lo largo de las angostas veredas impedían el tránsito y estrechaban el cortejo.

Empero, codeando y pechando, como nosotros decimos, no nos fué difícil tomar ventajosa colocación, desde la cual pudimos ver que sólo se trataba de las mismísimas procesiones nuestras que conocíamos desde que abrimos los ojos, y con las cuales, por lo tanto, nos encontrábamos en íntima familiaridad.

Desde las tres de la tarde, comenzó el desfile de una serie de andas, cuyo número no bajaría de veinte. Todas las asociaciones, conocidas con el nombre de Cofradías, como la nuestra del Santo Sepulcro, y que aquí son muchas, se hallaban representadas en aquel pausado y silencioso desfile de santos y santas, de crucificados y de crucificadores, de centuriones y decuriones romanos y de alumbrantes vestidos como nuestros *cucuruchos*. Estos *cucuruchos* son los hermanos de las cofradías; pero llevan el rostro cubierto completamente y sólo dejan asomar, tras negro y espeso antifaz, dos ojos á que ellos se empeñan en dar fiereza y fuego.

Todas esas andas, cargadas de imágenes, muchas de ellas verdaderas obras de arte salidas de los talleres de afamados escultores sevillanos, eran recibidas, no en brazos de aquel antiguo recogimiento y respeto de nuestros mayores, sino en medio de una nube de espirituales chistes ó de cáusticas alusiones á los que se habían encargado de representar en esa procesión á Herodes ó á Pilatos, por ejemplo, ó bien, á los guardias romanos, quienes, con traje no siempre co-

recto, respecto de la época que recordaban, tenían para los entendidos un aspecto verdaderamente cómico y ridículo.

Cada cofradía está encargada de hacer salir andas que representen una de las etapas de la pasión de Cristo. De aquí el nombre de *pasos* que se da á la sección que tal escena figura ó recuerda.

Para conseguir este objeto, se han creado varias clasificaciones de Jesús. Así, en un anda, se halla *Santo Cristo del silencio*, Desprecio de Herodes y Nuestra Señora de la Amargura.

En otra, *Santo Cristo de las siete palabras* y María Santísima de los Remedios.

En aquélla, Nuestro Padre Cristo de la Pasión, ó Santo Cristo de la Salud, etc., etc.

De este modo, las imágenes del Crucificado, que, en todos los pasos van acompañadas de María, con menoscabo de la verdad histórica, recorren todas las principales calles de Sevilla.

En los balcones que el ayuntamiento había hecho construir ex-profeso frente al costado derecho de la plaza llamada de la Constitución, y donde se veía á todos sus miembros como asimismo á un buen número de otras autoridades presididas todas por doña Isabel, la famosa ex-reina que nos hizo bombardear á Valparaíso, las andas se cuadraban y se detenían diez minutos, durante los cuales la gente y niños del pueblo mantenían bulliciosa charla con los misteriosos *cucuruchos*, á los que algunos conocían á pesar del antifaz.

Estos *cucuruchos* (así será mejor llamarlos) son unos de los principales factores que dan interés á la fiesta despertando vivísima curiosidad entre los extranjeros. Y ello no carece por cierto de razón.

Es imponente y vistoso á la vez, ver aquellas dos

inmensas filas de encapuchados (lo menos 300) vestidos con trajes talares de *diversos colores*; negros los unos, blancos los otros, rojos aquéllos, representando á las diversas hermandades de la enterrada inquisición.

Cada uno marcha lentamente, llevando largo y amarillento cirio encendido en la mano y murmurando entre dientes, oraciones que parecen más bien sombrías amenazas de aquel odio y de aquella cólera que, *en este mismo pueblo*, llevó durante siglos á la ardiente hoguera inquisitorial, al moro, al hereje, al judío y al gitano.

XXIII

No hay, ni puede quizás haber en estas tierras que han escuchado el grito de espantosa agonía de tantos desventurados los cuales desde su ardiente lecho de llamas y de fuego al cielo mismo maldijeran, fiesta más á propósito para evocar en la memoria del espectador, el recuerdo de aquel terrible *Santo Oficio*, cuyos salmos é hipócritas misereres se oyeron por última vez en esta capital, en el postrer tercio del año 1660.

Los plomos de Venecia, la espantosa torre de Londres, el sombrío castillo de Spielberg, las heladas minas de Siberia, los presidios de Lambesa, todos aquellos sitios, en una palabra, terriblemente históricos, que han vivido alimentándose de los dolores y martirios humanos; que recibieron en sus temidos antros á millares de seres infelices, á ellos arrastra-

dos por las revueltas y embravecidas mareas de intransigentes discordias religiosas y políticas y que, durante siglos, revolcaron á los pueblos y á las naciones en un hediondo charco de horrores y de sangre, desfilan ahí por los espacios de lejanos recuerdos, como sombrío y lúgubre cortejo.

Arnaldo de Brescia, Savonarola, Juan Hus, Miguel Servet y Jerónimo de Praga; todos los grandes pensadores que predicaron una doctrina antagónica con los pasajeros intereses de los principios políticos preconizados por las sociedades estrechas en que nacieron, se levantan de sus lechos de ceniza, y, como el fénix, toman, en la mente impresionada de las muchedumbres y en las páginas del evangelio moderno, nuevas é inmortales existencias.

¿Quién podría pasar indiferente por esta plaza (la de la Constitución) en que hoy se detienen tantas imágenes del apacible y dulcísimo Nazareno predicando perpetua paz é infinita tolerancia, sin divisar á través del humo espeso de las edades y de la distancia, aquella mano inmisericordiosa y vengativa que, añadiendo á la crueldad refinada la amargura de la ironía, pretendió, ¡á nombre de cristiano amor y de cristiana mansedumbre! matar el organismo intangible de la idea, quemando en llama voraz las carnes y los nervios del reformador y del filósofo quienes sintiéndolos moverse y palpar en las pulpas de sus cerebros como en frágil envoltura, la esparcieron, cual liviana semilla de nuevas y ventajosas existencias, en las corrientes de audaz y elocuentísima predicación?

Nunca pudimos visitar las enormes ruinas del circo máximo de Roma, sin sentirnos presa de la más viva emoción. Jamás pusimos los pies en las mazmorras de Venecia, cuyos horrores tan elegantemente nos

ha descrito Silvio Péllico, sin que nos penetrara hasta los huesos el hálito de nieve que ahí se respira, cuajado, por decirlo así, de los ecos lastimeros de todos los infortunios de que ellas fueron lúgubre escenario, y que parecen agitarse aún en su atmósfera, ó vivir escondidos en el seno de sus inexpugnables muros, como voz encargada de transmitir de generación en generación, el veredicto infamante que, en contra de tan absurdas y contraproducentes persecuciones, ha pronunciado en última instancia, después de varias apelaciones, el sentido común del presente siglo.

Siempre que errábamos en los dilatados espacios de aquellos sitios de espantosos tormentos, en que imperaba la tiranía civil ó la tiranía eclesiástica, la presión hecha al ciudadano ó el apremio puesto á la conciencia, obligándola á reaccionar contra sí misma, forzándola, violándola, poniéndole el pie en la garganta de sus creencias y de sus convencimientos íntimos, á fin de apagar la llama que la alimentaba y que en ella ardía con calor y con luz inextinguibles, absortos quedábamos en la contemplación de las leyes que rigen y gobiernan el humano destino.

Veíamos cómo todos aquellos esfuerzos, al parecer omnipotentes, se habían estrellado ineficaces, como embravecidas olas sobre costado de fortísimo peñón, en las aristas indomables, á la par que serenas, de la firmeza del mártir de la idea, quien, con la mirada fija en el cielo, como si desde ahí alguien lo confortara y lo alentase, al suplicio indescriptible marchaba con labio mudo y altivo corazón.

Veíamos cómo de las cenizas de la hoguera encendida para carbonizar el pensamiento moderno, la moderna fórmula del presente desarrollo humano, en toda su vasta y vívida amplitud, éste se ha elevado, radiante y espléndido, á los más altos meridianos

del espíritu, para iluminar así, con el iris clarísimo de sus irradiaciones, todos los horizontes de la ciencia, y para llenar, con los mandamientos de su nueva ley sobre la virtud y el deber, todas las conciencias.

El lábaro de Cristo, tantas veces despedazado por las uñas y por las garras de las panteras y de los tigres asiáticos, apiñados entre los muros del circo de Tito en hambrienta y rugidora falange, flamea hoy, por la influencia de estas misteriosas leyes, en la cima del pagano capitolio.

La bandera de la democracia, que se pretendió hacer servir de mortaja á los que murieron pidiendo y predicando la igualdad de los derechos entre hombre y hombre, exigida imperiosa y lógicamente por la dignidad humana, en magnífico y aplaudido despliegue se la divisa en los aires mismos que circulaban, matando la libertad, en los más altivos palacios de los muertos Césares.

Por estos recuerdos históricos que llenaban nuestra memoria, no podíamos desprendernos de las sombrías meditaciones, que surgían, como emanación de apagado volcán, de esa plaza de la Constitución que parece guarda el recuerdo de aquellos terribles autos de fe presenciados por millares de enfurecidos sectarios, abolengos de estos mismos sevillanos que hoy han olvidado en lo absoluto, hasta las más remotas reminiscencias de esas luctuosas é incalificables escenas representadas por sus mayores.

La procesión mientras tanto continuaba. Ella debía pernoctar en las calles y plazas de este pueblo que, durante esa noche, no se acuesta ni duerme; pues, por ya legendaria costumbre, acompaña á las andas, y á los cucuruchos hasta el amanecer del siguiente día.

Los acordes destemplados de las innumerables

bandas de música de viento, que también forman parte del misterioso cortejo, despiertan al más pesado de sueño, y obligan al transeúnte que, fatigado busca en su lecho descanso y silencio, á protestar, á lo menos con agria mueca, de aquella impertinente acompañante.

El día viernes continúa aún la misma procesión. Las cofradías tienen fiebre de exhibición de andas y de trajes ; y naturalmente, la refrescan aprovechando todo el tiempo de que lógicamente pueden para ello disponer.

XXIV

Esta religiosa fiesta nos proporcionó, por natural simpatía de estrecha afinidad, ocasión para conocer la espléndida y celebrada iglesia metropolitana de este pueblo.

Al día siguiente nos levantamos muy de mañana para imponernos minuciosamente de todo lo que la constituye : seguimos el curso que llevaba el verdadero océano de curiosos y de devotos hasta que llegamos á su puerta mayor ; y, como los demás, penetramos por ella.

Francamente, nosotros que habíamos medido y examinado con escrupuloso y sobrecogido sentimiento de admiración y de asombro, las inmensas bóvedas y las riquezas indescritibles de la catedral de Colonia, llamada el día de su inauguración y bautizo oficial, *la maravilla del presente siglo*; nosotros que habíamos espaciado la mirada en los encantos arquitectó-

nicos de la conocida catedral de Milán, en cuyas criptas duerme intacto el eterno sueño san Carlos Borromeo, y cuyas agujas y góticas torrecillas llegan á ¡seis mil! nosotros, que nos habíamos considerado como mísero grano de arena, dentro de las bóvedas jamás igualadas en altura y extensión de la basílica de San Pedro de Roma; que habíamos pasado en fin, como ligera y desapercibida silueta, entre las innumerables columnas de albisimo mármol carrareño de la catedral de San Pablo, en que pontifica á veces el Santo Padre en altar de rico lapislázuli, á él obsequiado por el César de todas las Rusias, no teníamos, á la verdad, deseos de conocer este templo.

Empero, cuando, salvando sus umbrales, nos hallamos en mitad de sus majestuosísimas y elegantes naves que se levantan, por lo menos, á cincuenta metros, no pudimos dejar de reprender nuestra indiferencia y tibieza en conocerlo.

En aquel templo, fruto del ardiente celo que por el culto externo á la divinidad, estimuló á los canónigos del siglo XIV, quienes se propusieron edificarlo de forma que todo el mundo dijera viéndolo, que habían hecho una locura; en este templo, decimos, de ciento quince metros de longitud por setenta y tantos de ancho, se eleva un elegantísimo y fastuoso bosque de columnas, que forman cinco espaciosísimas naves aligerándose en formas livianas y movibles. Estas columnas se abrazan á lo alto de cincuenta metros, entrelazando con amorosa delicia su caprichoso ramaje de festones de pulida y fina piedra, parda ó amarillenta que semejan la nervuda cabellera de una palma. Todo tiene en él la majestad de lo grandioso y la majestad de lo histórico.

En la mayor parte de las innumerables capillas que rodean las naves laterales, completando la be-

lleza artística del conjunto, se hallan obras de los más afamados genios españoles. Cano, Velázquez, Herrera, Roelas, Rivas, Roldán, Cornejo, Hernández, Montañez, Zurbarán, Goya, Morales y Murillo, ahí están representados por lienzos inmortales que han dado, por decirlo así, el calor y las palpitaciones de la real existencia, á esas creaciones nacidas en el seno del ascetismo que alimentó los primeros albores de la nueva religión y del nuevo evangelio.

XXV

En la capilla llamada del Baptisterio, exhibese con verdadero orgullo el hermosísimo y nunca bien aplaudido cuadro del *San Antonio* de Murillo, sobre el cual se han escrito tan hermosas páginas, y del que se cuentan peregrinas historias.

Este cuadro es inmenso. Representa al niño Jesús que atraído por fervorosa súplica del santo indicado, huye traviesamente del regazo materno y hacia los brazos amorosísimos de Antonio se precipita desde el cielo, saltando de nube en nube, en medio de un encantador y bullicioso coro de serafines, quienes en caprichosas y variadísimas situaciones, han venido á interrumpir la plegaria del santo, llegando á su solitaria celda en indescriptible tropel de belleza, de música, de luz y de ventura, como si un fragmento de la Gloria, por la que ese varón tanto suspiró, se hubiese desplomado de súbito sobre su humildísimo cenobio.

La naturalidad del conjunto y la viveza de los de-

talles de esta magna producción del genio de Murillo son tan admirables, que no se puede retirar de ella la vista sin hacerse supremo esfuerzo. El santo no sólo respira, sino que habla. En su apostura, medio arrodillado; en sus brazos, extendidos hacia Jesús con febril anhelo; en sus ojos, que irradian, en profusa manifestación de amor y magnetismo, el infinito gozo que inunda su alma en tan solemnes instantes, Murillo, digámoslo así, ha aprisionado en las mallas de soberbia inspiración las esquivas formas del éxtasis. El eminente artista ha impreso en la fisonomía de ese santo, discípulo querido de Francisco de Asís, las líneas del placer que levanta nuestro espíritu hasta los meridianos del arrobamiento. El ha hecho así una representación fidelísima de las incomprensibles transformaciones que experimentan aquellos organismos privilegiados que, como los de Abelardo, el Dante y el Petrarca, parecen haber nacido con el exclusivo destino de enseñar á los tibios ó á los indiferentes que hay en esta vida fuentes inagotables de pasión, y causas dignas de encender en el corazón enérgico é inextinguible deseo de vivir y de morir consagrado en lo absoluto á su servicio.

Esta incomparable obra de arte se ha hecho más célebre aún, á consecuencia de que unos dos audaces ladrones, la mutilaron cortándole entero el san Antonio. Por aquí se cuenta que los ladrones vendieron en los Estados Unidos el hermoso lienzo por una cantidad crecida, pero que no se sabe por qué extraña casualidad el representante español supo la cosa, y, mediante gestiones diplomáticas, obtuvo volviese el fugitivo santo á ocupar en este cuadro su antiguo sitio.

La enmendatura ha sido tan bien trabajada, que cuesta trabajo conocerla.

XXVI.

La capilla real es también muy notable, no sólo porque duermen en ella el eterno sueño don Alfonso el Sabio, san Fernando y don Pedro I de Castilla, sino por las espléndidas riquezas artísticas que la adornan, en medio de las cuales brilla, como cinta de plata, la espada del conquistador de Sevilla, de quien ya algo hemos hablado.

En esta catedral no hay nada que carezca de importancia. Todo es en ella armónico y propio para asombrar al visitador amante de lo bello.

La sillería de su coro es de lo más rico que se conoce en su especie.

En ella gastaron tiempo crecido, paciencia y genio los más renombrados escultores.

El altar mayor de su capilla central es el más grande de todas las grandes catedrales con que España cuenta.

Ella posee también las joyas religiosas de mayor valor y de mayores proporciones de toda la península. Nosotros tuvimos el gusto de ver su gran custodia de plata, llamada de Juan Arfe, que veinticinco ó veinticuatro hombres apenas pueden pasear en las procesiones cuando se la exhibe ante el pueblo.

Un tenebrario enorme de quince brazos, profusamente embellecido con una serie de pequeñas esculturas hechas por mano maestra, algunos objetos fabricados con el primer oro que Colón trajo de la América, las famosas tablas alfonsinas, un viril

adornado con tres mil y tantos diamantes, y dos perlas que, según dicen, costaron cerca de dos mil duros, concluyen, por decirlo así, el cuadro de todas las sorpresas con que este magno templo entretiene, particularmente en la semana santa, á los innumerables curiosos que á él vienen de todos los puntos de Europa.

En estos días es cuando se eleva, en la nave central, el famoso monumento en que, á lo vivo, se representan las principales escenas de la pasión.

Este monumento se compone de cuatro pisos ó secciones, unidos por un orden de caprichosas y muy bien dibujadas columnas corintias y dóricas que levantan hasta la misma bóveda, la cimeta en que se halla representado el calvario, con sus tres grandes cruces y su grupo de sayones, de apóstoles y de santas mujeres, todo en proporciones naturales.

Este catafalco imponentísimo, el primero en su género en toda la Europa, da á la catedral el aspecto más serio. En sus extremos arden, día y noche, llamas azulejas que se desprenden de los senos de grandes pebeteros repletos de alcohol y de aceite.

Debajo de este catafalco, y cubierto completamente por él, estaba el sepulcro de don Fernando Colón, que murió en esta ciudad el 12 de julio de 1536, después de haber donado su rica biblioteca á esta catedral, como ya lo hemos dicho.

Se dice que él mismo escribió el epitafio de esa su tumba. Este epitafio no fué visto por nosotros; pero, si hemos de atenernos á lo que dice un ilustre escritor italiano (Edmundo de Amicis), el tal epitafio es una queja póstuma arrancada al dolor del padre y del hijo por la ingratitud de los hombres.

Nadie ignora hoy que Cristóbal Colón pidió, al tiempo de morir, como suprema gracia, se le ente-

rrase con las cadenas y con los grillos que, como á infame malhechor, le fueron puestos cuando lo trajeron preso desde las mismas playas de ese nuevo mundo que él obsequiara, como lo expresa el dístico de su sepulcro, á Castilla y á León.

Pues bien, don Fernando, su hijo, escribió en latín, según Amicis (nosotros no lo hemos visto), como apretada síntesis de todas esas negras penas de familia, la frase siguiente : « ¿Qué importa que haya regado con mi sudor el universo entero ; que haya corrido tres veces el mundo descubierto por mi padre ; que haya hermosado las riberas del tranquilo Betis y preferido mis gustos sencillos á las riquezas, para reunir en torno de ti y ofrecerte los tesoros recogidos por Tolomeo, si tú, pasando en silencio sobre esta piedra, no tienes siquiera un saludo para mi padre y para mí un leve recuerdo ? »

Sería, por cierto, tarea de larguísimo aliento detenerse en cada una de las treinta y siete capillas de este templo inmenso, en el que el espectador vaga de encanto en encanto, como si se hallase visitando una exposición universal de bellezas artísticas y raras.

Sin embargo, debemos decir con toda franqueza, que en él, como en todos los demás de su especie, el de Milán, Santa Maria Maggiore de Florencia, San Pablo, San Pedro, etc., el observador no se siente atraído por esas corrientes de místicas meditaciones que, en las iglesias humildes que sólo ostentan modesta flor ó moribunda lámpara, cruzan y andan, por decirlo así, en su atmósfera, en la voz lastimera de su órgano, en el himno cantado desde su pequeño coro, en las columnas de incienso que, desde sus altares, se elevan en caprichosas espirales.

XXVII

El espíritu no se siente en aquellas naves de espacio tan excepcional, modificado por ninguna de las ideas que naturalmente deben vivir y gobernar una casa consagrada al culto de una creencia que preconiza la pobreza como fuente de supremo bien, y que á Dios pretende en ella bendecir y á Dios solamente busca, levantándole el alma toda en íntima, ferviente y recogida plegaria.

Al contrario, es obvio que solo espíritu mundano, como diría fray Luis de Granada, se cierne en esas regiones que plazas parecen, y en las que, antes que á Dios, se venera el genio de los esclarecidos artistas que, en las páginas de la historia de las excelsas producciones humanas, ocupan sitio de indisputable preferencia.

Consiguieron, pues (pensábamos), los canónigos del siglo XIV de Sevilla su propósito, desde que, en realidad fué una locura fabricar un verdadero museo cuando lo que querían ellos indudablemente hacer era un alto santuario, ante cuyas gradas se postrase hasta el escéptico, en fervorosa oración. ¡Cuán cierto es que más conquistas de corazones han hecho para las religiones las miseras sandalias de pobre y austero penitente, que todo el orgulloso fausto acumulado en montones de mármoles, de oro y de ricas pedrerías en los grandes y soberbios templos que, en siglos de penosas fatigas, ha construido la mano de todos los cultos !

La pobreza, levantada por Cristo en todas las palabras de su santísima predicación, y por él recomendada á los hombres, desde lo alto de su sangriento madero, como purísima fuente de donde emanan, en generosos cauces, la paz del alma y la ambicionada quietud del corazón, es y seguirá siendo el verdadero camino de la verdad y la vida.

Un solo sople de la cólera de Tito, aventó como liviana paja el templo de Salomón, para el cual fueron modesto maderamen las inmensas y fortísimas selvas del Líbano entero. Sin embargo, el aliento de todos los odios congregados no basta á conmover una sola de las columnas en que asienta el edificio de su dicha el que sabe cortar, con cuchillo de profundo menoscabo, los nervios de toda ambición, que no sea la de practicar el bien; de toda superioridad, que no consista en la que nace de la virtud; de todo fausto, que no sea el de desprenderse de lo superfluo en provecho del menesteroso.

Mayores males han hecho á las religiones que, en tantos siglos de encarnizamientos, se disputan el dominio de la puerta de los cielos, la pompa de sus cultos y la de sus sacerdotes y pontífices que todas las herejías, que todos los cismas y que todas las doctrinas antagónicas que, en su menoscabo y en su perjuicio, se han derramado por todas las arterias de las escuelas del libre pensamiento y del libre examen.

XXVIII

La semana santa concluyó al fin como todas las cosas; y, con su término, los entretenimientos de Sevilla cambiaron de sitio y de carácter.

Ya no fueron los templos los puntos á que el observador acudía, sino la plaza de toros y el parque de paseo.

Desde las primeras horas del domingo de pascua, inmensos carteles escritos con caracteres de sensación y con encendidos colores, anunciaban al pueblo que á las dos de la tarde tendría lugar la primera corrida de toros, en la cual Frascuelo, Lagartijo y Mazantini, los principes de la tauromaquia, los más celebrados espadas de todas las plazas de España, rematarían *los bichos*.

Los vendedores de los codiciados billetes de entrada pululaban en los hoteles y en las calles aprovechando, con usuraria presteza, la fiebre que para ir á los toros trabaja, puede decirse en general, á todos los españoles.

Nosotros apenas habíamos visto hasta entonces una que otra plaza de toros; pero no conocíamos aún el drama que en ellas se representa. Habíamos tenido oportunidad de ver, así, á la ligera, la plaza de Valencia, que pasa por una de las más grandes de la península, capaz de contener hasta doce mil espectadores.

Habíamos podido examinar en ella á todas las demás, que, salvo excepciones de simples detalles,

son, como debe suponerse, del mismo orden y carácter.

Todas ellas, en efecto, consisten en un gran espacio circular, formado por muros ordinariamente de cal y ladrillo que se elevan hasta ocho ó diez metros. Vistos por fuera, estos curiosos edificios parecen un trasunto del gran circo de Roma. En su interior, al que dan acceso cuatro espaciosas puertas, se asemejan á los circos ecuestres, dilatados sí, inmensamente.

Completan su conjunto: 1.º, series de palcos escalonados á una altura conveniente para dominar el espectáculo y para poner al espectador á cubierto de cualquiera desgraciada emergencia; 2.º, anchas galerías situadas debajo de esos palcos completamente al aire libre y arimadas á los muros, para que el pueblo que en ellas se coloca, pueda también verlo todo sin peligro y cómodamente; 3.º, extenso círculo en el centro, rodeado, hasta la altura del cuello de un hombre, por fortísimo parapeto de madera, y 4.º, cuatro largas troneras imitando los vomitorios del circo de Tito, por donde salían las fieras y los gladiadores y por donde se recogía á los muertos y á los heridos.

El circo es lo que propiamente se llama la plaza de toros, pues en él tienen lugar las luchas con estos animales. Este circo es muy atendido; se le mantiene limpio como una patena, según la feliz expresión de nuestro pueblo. Ello se comprende sin esfuerzo, desde que la menor piedrecilla podría fácilmente costar la vida á más de uno de los muchos personajes que toman parte en este drama.

Los muros de madera que rodean este espacio son bastante altos para impedir la salida del toro; pero suficientemente bajos para permitir á los toreros saltar por encima de ellos con sólo apoyar las manos.

Además, en dos partes de este circo, se avanzan resguardos hechos también de dura madera y en forma de un cuarto de circunferencia pequeña. En los espacios que quedan entre estos resguardos y el parapeto de la plaza, se refugian los capeadores, los mozos de servicio, etc., cuando el toro los persigue. Son ellos, pues, factores muy importantes de estos entretenimientos que, como ya hemos dicho, abundan de un modo increíble en este país.

Una moderna estadística, hecha á este respecto por un curioso, da hoy á España más de cien plazas de esta clase. No hay aldea que no aspire á tener la suya. De aquí es que los buenos toreros gozan de consideraciones increíbles. Un mundo de gente se agrupa á saludarlos y á aplaudirlos.

En Madrid, en los días de carnaval, que son muy celebrados, recordamos haber visto pasar delante de nosotros, casi á un tiempo, al rey y á Frascuelo. Pues bien, la gente sólo á éste miraba y de éste hablaba.

— Allá va Frascuelo.

— Mira, ¡qué guapo el chico para montar el alazán!

— Y ¡con qué serenidad recibe este chico al toro!

Todo esto demuestra cuánto gusta la España de este su entretenimiento favorito desde tantos siglos ha.

XXIX

Así pues, más que andando, entramos á la plaza de Sevilla arrastrados por aquellas inquietas mareas de amadores de las corridas de toros.

Aunque en esos momentos comenzaba á caer una gruesa garúa, cosa verdaderamente rara en tales festividades, casi no había ya dentro sitio para colocarse.

Las galerías descubiertas, en que de ordinario se sienta el bajo pueblo, están divididas en galerías del sol, que son muy incómodas, y galerías de la sombra. Nosotros no pudimos al principio sino colocarnos en las primeras, pues son las que de ordinario tienen localidades desocupadas. — Empero, muy pronto la garúa convirtiéndose en deshecho temporal, ó mejor dicho, en enérgica tempestad de lluvia y de viento.

Á las finas atenciones de un compañero de hospedaje, debimos la felicidad de ocupar en vecino palco un aventajado sitio. Desde él, al abrigo de aquella impertinente turbafiesta, que aquí, como algunas veces entre nosotros se había propuesto *aguar el dieciocho* de este pueblo, pudimos verlo y observarlo todo.

Así vimos que en esta plaza, como en todos los grandes teatros, se reservan para las autoridades sus dos palcos más hermosos. Frente á frente de la mitad del circo, y sobre el arco de la gran puerta principal de entrada, se eleva el que se destina al rey, á la reina, á la familia real y á los miembros del ayuntamiento. Este palco se halla adornado con sencillez y, como debe suponerse, atrae las miradas de todo el mundo.

Un poco á la derecha, como á veinte metros de distancia, se encuentra otro en el que se sitúan el alcalde del municipio, una banda de música y un corneta encargado de dar, con la voz de su vibrante instrumento, todas las órdenes del caso.

En la misma línea de la arena de la plaza de la lucha, que es espaciosísima, se ven las puertas con tranqueros que conducen al toril, ó á las pesebreras

en que se guardan los caballos destinados, como el toro, á parecer en el combate.

Todo impone en aquel sitio. No hay detalle que carezca de importancia y que deje de emocionar viva y profundamente, con especialidad, por cierto, á los que van á esa fiesta por primera vez.

El bullicio y la alegría de aquellos miles de espectadores que parecen estar, antes que acomodados en tranquilos y seguros sitios de observación, colgados en las ramas de un árbol gigantesco; los dichos que se cruzan de sitio á sitio y hasta los gestos de mal humor hechos por los impacientes, forman, en realidad, una escena indescriptible que no es fácil traducir por la palabra.

Estas fiestas son únicas y características en su especie y condición. En ellas toman parte viva y nerviosa todos y cada uno de los espectadores. Nadie se distrae cuando ella comienza, nadie deja de hablar cuando ella termina. Parece que se librase una batalla decisiva entre dos pueblos, tras la cual, la miseria, la muerte ó la esclavitud del vencido fuesen consecuencia obligada y estipulada.

El que quiera alguna vez ver de cerca lo que es y lo que representa un conjunto de humanidad, una fracción de pueblo, palpitando al gobierno de una misma y sola impresión de un mismo y solo deseo, vaya á una corrida de toros. Eso es escuela, eso es alta cátedra, de donde puede dominarse toda una sección ó todo un hemisferio del misterioso espíritu humano.

En esta ocasión, la ex-reina doña Isabel debía presidir la corrida. Era aguardada con esa impaciencia que en este país suele manifestarse con ademanes y palabras que nada tienen de tímido ó de respetuoso.

Doña Isabel al fin llegó; y ella, que el día antes

había ocupado también el sitio de preferencia en el palco del ayuntamiento, ante el cual detuviéronse en silenciosa apostura todos los dolores que representa y recuerda la procesión de semana santa, fué ese domingo, á celebrar la resurrección del augusto muerto, con el horrible martirio de seres inocentes é infortunados.

En el acto, á pesar de que la plaza estaba materialmente cubierta de agua, dejóse ver la cuadrilla ó sea el conjunto de todos los que toman parte en la corrida. Ellos estaban vestidos con esos brillantísimos y caprichosos trajes, que nadie ha dejado de ver, por lo menos en pintura : casquete negro de felpa ó pelo, abierto en su parte posterior, que descansa en una especie de moño que el torero se hace con una pequeña trenza que le sirve de signo ó distintivo en el oficio ; chaqueta corta de raso de seda ó de terciopelo carmesí, cubierta de brillantes bordados, de galones, cintas ó lentejuelas de oro ó plata ; calzón corto, hasta la rodilla ; media encarnada, faja de seda y ligera zapatilla. Esta deslumbradora comparsa, que recuerda los caballerescos torneos de la edad media, en los que tanto joven príncipe, tanto pujante brazo, tanta bravura y tanto donaire hacían prodigios de fuerza y de agilidad para obtener hermosa flor regalada al victorioso por blanquísima y temblorosa mano, desfiló delante del palco real, saludando de un modo característico á la concurrencia toda.

Adelantóse, en seguida, en brioso caballo blanco, el guarda del redondel á recibir de manos del alcalde, las llaves del toril, atadas con encendidas cintas.

Incontinenti, la cuadrilla se divide en las cuatro secciones que la componen y que enumerados en el orden en que trabajan son : *los picadores*, encargados de recibir al toro en sendos caballos y larga lanza de

agudo fierro; los *capeadores*, provistos de inmensas capas amarillas ó encarnadas, con las cuales provocan las iras del pujante animal, echándoselas á los ojos, á fin de desviarle en sus embestidas ó para colocarlo en situación conveniente en el supremo momento del ataque á muerte; los *banderilleros*, llamados así, porque, una vez picado el toro, se avanzan ellos al medio de la arena, llevando en cada mano una pequeña varilla de madera de cuatro decímetros rematada por penetrantes y fortísimos garfios ó arpones de fierro ó acero, ocultos en abultados adornos de papel de todos colores y que deben clavarse en los mismos lomos del embravecido toro; finalmente, los *espadas*, cuyo oficio es dar muerte al *bicho* introduciéndole en la médula espinal, en la parte que nuestros huasos llaman la cruz, la finísima hoja de la tajante de Toledo, que llevan oculta bajo una especie de esclavina de merino encarnado, que llaman muletila.

XXX

La corneta de avisos da la primera señal.

Los *banderilleros*, *capeadores* y *espadas* saltan la barrera para situarse en los pasillos que para ellos únicamente existen á un metro de ésta. Los *picadores*, en número de tres, arriman sus caballos á la verja y aprietan convulsivamente el asta de la pica. ¡Qué ansiedad pintada en todos los rostros!

Se podría en ese momento oír el ruido de una mosca. Todos tienen la mirada nerviosamente fija en la

puerta que conduce á los chiqueros en que se mantiene el toro. Ésta por fin se abre, para dar paso á briosisimo y hermoso animal, cuya pujanza se multiplica en presencia de aquel mundo que le recibe con gritos y con aplausos de no imaginada batahola.

Fuego brota de sus chispeantes ojos que dos hogueras parecen; espuma de coraje hierve en el entreabierto hocico; falta campo á su cólera y á sus bríos; mira, escarba, huele, ávido de lucha, sediento de sangre. Al fin, su mirada fosfórica y altivamente provocadora divisa al picador y á su caballo. Aquél, colocándose á su frente, lo espera, y lo espera al parecer impasible; lo incita. Entonces el toro toma espacio, brama, sacude nerviosamente la crispada cola, baja la cabeza, y por fin embiste el vientre de la infeliz cabalgadura, á la que suele levantar en sus cuernos, hasta lanzarla muchas veces al otro lado de la barrera.

De ordinario, el caballo queda instantáneamente muerto. En otras ocasiones, recorre el infeliz en desesperada fatiga de trabajosa agonía, todo el redondel, sembrándolo con sus entrañas palpitantes.

El toro, mientras tanto, enfurecido por el dolor que le produce la ancha herida que en sus lomos ha abierto el fierro de la lanza del primer picador, embiste sucesivamente al segundo, al tercero, á todos. Mata nuevos caballos y recibe, á su vez, nuevas y terribles picaduras.

En cinco minutos, la arena de la lucha hasa convertido en ensangrentada exposición.

XXXI

Un segundo toque de la corneta de señales cambia instantáneamente la escena y las decoraciones. Los capeadores se precipitan, como una nube de alanos al medio de la plaza. Distraen la atención del fiero animal, provocándolo con la punta de sus largas capas. Éste corre tras el uno, tras el otro en animosa carrera; pero infructuosamente. La ligereza de las piernas y lo despierto del ojo del capeador hacen casi imposible una cogida.

Agiles mozos recogen en ese ínterin, los despojos dispersos en la arena; y, cuando ésta se halla en gran parte libre de su carga repugnante, entra el primer banderillero.

Ya no hay caballos en la plaza. Arrimados á la barrera como si fuesen sombras, se han puesto los capeadores. El banderillero, solo, sin capa, sin armas, con sus dos especies de enflorados presentes, avanza resueltamente al medio de aquel proscenio de horrores; se empina, llama al *bicho*, golpeando una con otra su par de banderillas. Éste, por cuyos lomos corren torrentes de humeante y negra sangre, se acerca á su provocador, no ya con los furores de los primitivos bríos, sino con paso cauteloso. Una vez á su frente, baja como antes la cabeza, cierra los ojos y embiste. Empero, la fortuna del pasado ataque no corona en éste sus esfuerzos; pues el banderillero, vivo como un lince, le ha clavado hasta el mango, sus desapiadados arpones.

Hay algunos toros que se niegan á recibir banderillas. Fatigados ó acobardados por las primeras terribles picaduras, manifiestan á las claras que no quieren combatir.

Entonces, para enardecerlos, les clavan banderillas de fuego, es decir, banderillas de materias explosivas, que se encienden con el choque que reciben sobre el lomo del animal.

XXXII

Un tercero y fúnebre aviso del palco de señales anuncia que ha llegado la hora de rematar al toro. Los banderilleros ceden su puesto de peligro al primer espada, quien entra al redondel en medio de tres ó cuatro capeadores, encargados de *cuadrarle el bicho*, esto es, obligar al toro á que, de pie firme, espere la terrible y mortal estocada. Antes de todo, el espada se dirige al palco del ayuntamiento, y, sacándose el bonete de felpa que cubre su cabeza, hace un pequeño discurso ó *loa* como dicen nuestros niños. En este discurso ofrece al *bicho* ora al rey, ora á la reina, ú ora al alcalde, según los casos.

En otras ocasiones lo ofrece á una de las señoritas presentes, ó á un amigo ausente.

Dos palabras componen esta arenga de ordenanza: *Con el permiso de Su Majestad voy á rematar este bicho : tengo el honor de ofrecerlo á V. M. y espero que V. M. se dignará aceptar de mi humilde mano este pequeño presente.*

Dicho esto se pone su gorra, saluda con la espada á

toda la concurrencia y entra resueltamente á batiarse con el toro de potencia á potencia.

Esta escena, á pesar de ser la última de las tres ó cuatro de aquella viva tragedia, despierta mayor suma de interés y de atención que todas las otras juntas.

No hay toro que, por fatigado que se halle, no se sienta con bríos nuevos y poderosos en estos postreros momentos. Parece que recibiera del instinto de la vida secreto consejo ó amigo y compasivo aviso.

Frascuelo, ¡ el célebre Frascuelo ! el espada más diestro y más sereno según sus partidarios ; pero no según los de Lagartijo, entró impávidamente al redondel. El toro, como si hubiese querido lavar con su sangre las dolorosas injurias que estaba recibiendo en medio de tantos espectadores, lo atacó con enfurecimiento inusitado, hasta el punto de hacerlo huir y saltar precipitadamente la barrera.

Aquel ardor que lo estimulara á la lucha en el primer momento reapareció con enérgicas líneas de enojo y de bravura. Sin embargo, todo eso fué débil obstáculo para las ingeniosas artes que sus enemigos, congregados en apiñado tropel, muy pronto en su contra ejercitaron.

Entra un capeador y lo fatiga en las continuas carreras que lo obliga á emprender en su persecución. Entra otro, y el infeliz animal afloja sensiblemente ; un tercero concluye por extenuarlo casi. El espada entró por segunda vez entonces. El toro, rehecho por misterioso auxilio, lo sigue, mirándolo de hito en hito, como si en sus adentros se dijera : *Comprendo tus intenciones*. Frascuelo se detuvo, el toro también.

Nadie respira. Todo el mundo presencia anhelante aquel reto á muerte entre la fiera y el hombre.

Una vacilación, un desfallecimiento del ánimo, el

más leve descuido de parte de Frascuelo, y es despedazado sin piedad. En tales momentos, ni la huida ni la defensa de los capeadores son posibles.

Aquello es una lucha de ojos, un esfuerzo magnético en el que, el más fuerte en irradiar el enervante fluido, será indudablemente el vencedor.

Frascuelo, con sus formas esculturales, la cabeza echada hacia atrás; el pie izquierdo, avanzado hacia adelante, la espada en la mano derecha y dirigida á la cruz de la que parecía insensible fiera, clavada como por pies de plomo en medio de la plaza, presentaba en verdad, una figura terriblemente dominadora.

De súbito, como un rayo, la bestia y el hombre se atacaron simultáneamente. Ambos se embisten en una sola nota. El toro, dirigiendo cornada mortal, en rapidísimo lanzamiento de todos sus poderosos músculos, y Frascuelo, aprovechando, á su vez, aquel pasajero y supremo momento, clava en la médula de la bestia, la mitad, por lo menos, de la hoja de su espada.

El toro, como herido por apoplejía fulminante, desplomado y pesadamente cayó á los pies de su venturoso rival. Un grito inmenso de aplausos y de felicitaciones atruena los aires. Ni un César romano habrá obtenido quizás más espléndidas ovaciones en las enfloradas calles de la ciudad eterna, cuando por ellas paseaba, atados en su carro de triunfo, á todos los reyes de la tierra, que las que Frascuelo ha recibido en los pueblos de esta España.

En esta corrida las salvas de aplausos fueron más persistentes que de ordinario, en atención á que el peligro inminente á que se halló expuesto el espada fué mucho más terrible; pues, como hemos dicho, la plaza estaba cubierta de agua á consecuencia de la

lluvia torrencial que no cesó durante toda esa tarde de caer.

El coraje de Frascuelo y de la comparsa para trabajar bajo aquella deshecha tempestad, llenaba de contento á todos los espectadores.

— ¡ Qué suerte la de usted (nos decían algunos compañeros de hospedaje) de hallarse viendo á Frascuelo torear descalzo !

En efecto, así lo estaba este célebre torero. Las elegantes zapatillas esmeradamente bordadas con que se presentó á sus admiradores, en peligrosísimo estorbo se le convirtieron bien pronto; por lo cual tuvo forzosamente que abandonarlas.

Muerto el toro, la banda de música tocó un aire fúnebre. Á sus tristes acordes, entraron cuatro mulas adornadas con penachos de cintas amarillas y rojas. Traían la misión de despejar la arena, arrastrando hacia fuera, en alborotado tropel, al toro y á los caballos muertos, que dejaban aún tras de sí un tibio reguero de sangre.

XXXIII

Libre la plaza de todos esos mortales despojos, fué abierta por segunda vez la puerta del toril; y un otro animal tan bravo, tan ágil, tan encolerizado, tan exuberante de alientos y de existencia y tan orgulloso del poder irresistible de sus músculos, como su infortunado predecesor, al medio de ella se avanza también, desafiando con coraje de titán, á todos esos, quizás cobardes curiosos, que nos habíamos dado cita

para verlo morir, sin tomar parte en los peligros y en los azares de la lucha.

Nuevos aplausos y nueva gritería lo reciben. Las escenas descritas se suceden en el mismo orden, y la muerte de este segundo adalid pone también fin á este segundo terrífico drama.

Empero, quien ha rematado esta vez al *bicho* no es Frascuelo, es Lagartijo, su simpático rival, que cuenta también en la concurrencia con partidarios y admiradores decididos y ardientes.

Esta división de simpatías provoca siempre que trabajan en una misma corrida estas dos eminencias del arte tauromáquico, polémicas curiosísimas que algunas veces degeneran en verdaderas riñas.

Junto á nosotros hallábanse dos compadres, un joyero de Madrid y un agente ó corredor de casas de comercio de Barcelona. Eran muy amigos. Estaban ambos de paso en Sevilla y alojados en la misma fonda nuestra. Pues bien, estos dos hombres de índole al parecer tranquila y dulce, que siempre tenían casi idénticas opiniones, se enfurecían (así, materialmente hablando) pretendiendo, el uno que Frascuelo era superior en mucho á Lagartijo, y el otro, que éste no tenía émulo posible.

— Pero, ¿cómo puede usted, hombre, comparar á Lagartijo con Frascuelo? No ve la apostura y el garbo y la presteza de este chico delante del *bicho*? decía aquél.

— ¡ Oh! usted no mira, hombre, sino á su Frascuelo, que es más cómico que torero. ¿ No ve usted, ciego, que Frascuelo no pasa limpio la muletilla por la cabeza del toro? (Muletilla se llama la pequeña capa roja bajo la cual se oculta la espada, y con la que el matador provoca al toro para que se cuadre.)

— ¡ Chs! ¡ Tan bonito que es su Lagartijo! cuando

el bicho lo acorrala, pierde la serenidad. ¿No ha visto usted, hombre, que corre como gamo para saltar la barrera?

— Eso es mentira...

— Ésa es la verdad...

En esto apareció en la plaza Lagartijo, y con él la disputa se suspende.

Empero, como uno de los muchos que habían formado corrillo á los empecinados polemistas, tocándome con el codo, dijera, en el momento en que Lagartijo sacaba un valiente lance :

— ¡Eso sí que es bueno!

— No, señor mío, le contestó el admirador de Frascuelo; eso lo hacen hasta los niños.

— No sea usted aragonés, hombre, le replicó el otro. ¡Mire y vea cómo se remata limpio ese bicho!!

Lagartijo había tendido á sus pies al toro, que vomitaba un torrente de sangre.

— ¡Sí! muy bonito! ¿qué no ve que su prójimo lo ha degollao *en vez de rematarlo*?...

Así, como sucede con los artistas de fama, las opiniones se dividen muy sensiblemente entre estos dos célebres espadas. Empero el hecho es que ellos hasta hoy, no tienen rival conocido.

La gente es incansable para ver y para celebrar estos espectáculos, que suelen repetirse en un mismo día con seis y con ocho toros.

XXXIV

Por lo que á nosotros toca, confesamos ingenuamente que, sólo movidos del deseo de conocer y de

estudiar estos clásicos entretenimientos de la España y de algunas de sus ex-colonias, llegamos hasta el segundo acto. Cuando conocimos á Lagartijo y apreciamos así, profanamente por cierto, su celebrada destreza, retirámonos de aquel sitio con ánimo muy impresionado y dispuestos á no volver jamás á ver semejantes espectáculos.

¿Es esto afeminamiento de nuestro carácter (nos preguntábamos), ó esta instintiva repugnancia que por tales entretenimientos sentimos, es sólo hija de nuestra educación que nos ha llevado á decretar, como urgentísima medida de humanidad, la supresión de las peleas de gallos?

La verdad es que sin tener el ánimo más remoto de juzgar apasionadamente tales entretenimientos, ellos nos parecen bárbaros, indignos de hombres y de pueblos que, á tanta y á tan feliz distancia se hallan de aquellos tiempos en que el maullar del tigre asiático, las luchas desapiadadas entre gladiador y gladiador ó entre gladiador y fiera, era lo único capaz de excitar los nervios y de mover, con desacostumbrada energía, la sangre del corazón.

En las actuales civilizaciones, que han depositado en el lecho de honda tumba, los gustos y las tendencias de todas las antiguas, una corrida de toros es, por decirlo así, criminal tributo rendido en póstumas edades, á esas costumbres y á esas organizaciones que llenaron de fugitivos las húmedas y oscuras catacumbas; de prisioneros, tratados sin misericordia y sin piedad, las mazmorras del África y de Roma, y de sangrientos despojos humanos las arenas del circo de Tito.

Un entretenimiento como éste importa una gravísima é injuriosa protesta hecha contra las levantadas doctrinas, que la humanidad nueva, la moderna pre-

dicación y el moderno carácter del hombre han escrito reaccionando contra un luctuoso pasado de décadas de siglos, en la carátula de sus constituciones morales y en las páginas del código de sus ideas dominantes.

Que los unos, que los escitas, que los vándalos, que los legionarios de César y Nerón se entretuviesen, como en mesa de bullicioso festín, con los dolores y con los martirios humanos, se explica hasta cierto punto; pues viviendo entonces los pueblos en perpetuas zozobras, en perpetuos asaltos, en guerras interminables, la imperiosa ley de la propia conservación casi exigía á los hombres entretenimientos en los cuales se aprendiese á morir sin temer á ninguna tortura. Pero ¡nosotros! que hemos hecho la apoteosis de la paz y condenamos, en general, por inicua, toda guerra; ¡nosotros! que hemos levantado con preferencia, altares á los que en esta vida gastan sus medios de acción curando las penas y los dolores ajenos; ¡nosotros! los hombres de este siglo, que *hemos formado sociedades con el único y santo objeto de proteger al animal, á fin de colocar su misera condición, bajo el ala de piadoso y racional tratamiento*, estamos obligados á barrer con esa escoba de aseo de la nobilísima índole moderna, que se desprendió de las predicaciones evangélicas como espléndida aurora boreal del alma humana, todos los placeres que no nazcan, ó de las atrevidas concepciones del arte, ó de los maravillosos descubrimientos de la ciencia, ó de la practicación del bien, en cualquiera de sus fecundas y bienhechoras irradiaciones.

XXXV

Empero, esto no quiere decir en manera alguna que motejamos de bárbara á la España. No. Si fuéramos nosotros á juzgar, al través sólo de las impresiones de nuestros nervios, el grado de sensibilidad moral de su pueblo, incurriríamos de seguro, en un lamentable error de concepto.

Se comprende que los observadores apasionados y todos aquellos caracteres vulgarmente severos que, sin quererse tomar el trabajo de examinar las líneas y los detalles de los actos y causas del procedimiento humano, se creen suficientemente capaces para opinar, *prima facie*, sobre lo que ven y contemplan, no vacilen en sostener que los españoles gozan con los dolores que sus corridas de toros causan á estos infelices seres.

Nosotros nos apresuramos, á fuer de leales, á protestar contra semejante veredicto. Nosotros creemos íntimamente que el español no va á estos sangrientos juegos á entretenerse ni á solazarse, como sucedía entre los antiguos, con los dolores de los animales sacrificados, sino á gozar con las pruebas de arrojo y de destreza que el hombre en ellos exhibe.

En apoyo de esta nuestra manera de ver aparentemente paradójica, invocamos el testimonio irrefutable que, en pro de la bien intencionada índole ibérica, nos suministra la historia de todo su pasado, en cuyas páginas esa índole se retrata con los vivos y nobles colores de una hidalguía excepcional, abierta

de par en par á todo delicado sentimiento y á todas las generosas inspiraciones de la misericordia y la piedad.

Por otra parte, en todo caso, preferiríamos creer, en honor al decoro humano, cuyos fueros estamos todos obligados solidariamente á conservar incólumes, que no hay ni puede existir, dentro de los horizontes civilizados, un pueblo que haya convertido los martirios y la muerte, en fuente de alegres entretenimientos.

Nos imaginamos que sucede con las corridas de toros lo que se verifica con todas las pasiones que agitan á la humanidad. El primer repulsivo instinto que, de sus caminos, invita á separarnos es vencido, al fin, por la influencia omnipotente del hábito que, ocultando las líneas desagradables del placer, engaña y pervierte inocentemente el criterio y el sentido moral hasta el punto de que éstos concluyen por no ver, absolutamente, lo odioso y lo repugnante.

El gusto no es, como muchos lo creen y sostienen, hijo sólo del temperamento y de la particular estructura de cada uno. En su formación y en su desarrollo, es casi siempre elemento decisivo el medio social en que el hombre abre los ojos á la luz. De aquí la influencia del ejemplo, de aquí arranca su origen la doctrina que infatigablemente predica la necesidad de gastar toda la posible atención en la fábrica del cimiento.

La España moderna nació en las plazas de toros que César les trajera desde Roma. El Cid enseñó á los castellanos á vencer la bravura musulmana, acostumbrándolos á recibir impasibles las furiosas embestidas del animal encolerizado.

Hoy, que ya no hay musulmanes, y que la memoria del heroico capitán de Burgos sólo vive como un

mito, la España se ha quedado con el hábito; pero demolerá ¡quién sabe si no muy lejos! estos sus sangrientos circos, como destruidas tiene, con mano progresista, sus salas inquisitoriales.

XXXVI

Á propósito de este deseo nuestro de que España suprima sus corridas de toros, nos decía don Manuel Rico, banquero de Burgos y persona muy atrayente por su fina educación y clara inteligencia, que era tan difícil que eso sucediese en España, como lo es *tomar una estrella con la mano*.

— Figúrese usted, nos agregaba, que el rey y la familia real van las más de las veces á estas fiestas arrastrados por la fuerza del hábito y por la exigencia inquebrantable del pueblo.

« Hay aquí muchas gentes, continuó diciéndonos, que preferirían no ponerse zapatos á dejar de ir á los toros. Y no crea usted que es sólo el populacho el que así piensa; no; hay millones de individuos acomodados, nobles é ilustrados que no podrían vivir sin los tales toros.

« Seequivoca usted profundamente, pues, si piensa de una manera seria que llegará aquí un día en que nos cansen estas fiestas. Ellas son no sólo nuestro entretenimiento favorito, sino nuestro entretenimiento tradicional, el que pasa por propio y exclusivo de esta tierra. »

Y á la verdad, que no podíamos dejar de darle toda la razón. Estábamos viendo á un pueblo entero,

fanatizado, digámoslo así, por estas diversiones. Lo veimos ebrio de gozo, respirando bienestar y contento por todos sus poros, estrechándose al rededor de sus dos toreros más queridos, y rindiéndoles, con toda espontaneidad, espléndida ovación.

Por otra parte ¿cómo sería posible poner siquiera en duda la verdad de lo que nos decía nuestro amigo Rico, si estábamos contemplando á nuestro rededor, animadas por el mismo entusiasmo que dominaba á los hombres, á infinitas bellísimas criaturas que, á no hallarse en esos sitios de sangre y de horrores, habríamos tomado por coros de dulcísimas y de celestiales apariciones?

¡Ah! cuando la mujer, nos dijimos para nosotros mismos, goza así, con tal ensimismamiento, en estos juegos, es claro, es innegable que sería de nuestra parte ridícula pertinacia el seguir esperando que España los proscriba. No; siempre hemos creído que la mujer es el mejor barómetro que puede consultar el que necesita imponerse á ciencia cierta del vigor que tienen las raíces de esta ó de aquella costumbre, de esta ó de aquella tendencia popular.

Si á estos juegos va por gusto la mujer, cuya naturaleza excepcionalmente nerviosa, delicada y sensible la conduce instintivamente ahí donde hay una lágrima que enjugar ó un dolor á que dar generoso consuelo; si la mujer, que ha nacido dotada, para nuestro especial beneficio, de un raudal inagotable de piedad y de dulzura, no se horroriza con estos martirios; si ella está tan pendiente de estos sangrientos detalles como si se tratara de un casto y correspondido amor, ¿qué debemos imaginarnos?

— Mi amigo, dijimos á Rico, tiene usted toda la razón. Por lo tanto, no seguiremos creyendo que esto tenga alguna vez fin por estas tierras.

« Empero, agregamos, nos consuela la idea de que esta clase de entretenimientos no se extenderá á los países circunvecinos. »

En efecto, tan es así que en esos mismos días el presidente de la Francia expidió un decreto prohibiendo una corrida de toros que en París se habían propuesto dar algunos aficionados, para cuyo efecto contrataron por una gruesa suma al célebre Fras-cuelo.

Así, pues, no puede uno pasar indiferente delante de estos para nosotros incomprensibles entretenimientos; y, como en estas pobres páginas sólo nos hemos propuesto dejar nota para nosotros mismos, en lo futuro, de todo lo que por estos mundos pensamos y sentimos, es natural que digamos todo lo que nos ha sucedido, sin ambaje y sin disimulo. No pretendemos moralizar, ni, mucho menos, dar á nadie lecciones, sobre esto ni, francamente, sobre nada. Bien sabemos que no estamos encargados de semejante misión, y que á haberla recibido, es más que probable que la hubiésemos declinado, pues no nos sentimos con las aptitudes necesarias para enseñar á nadie.

En fin, con el ánimo de redondear este acápite sobre las corridas de toros, insertamos íntegra la célebre carta que, sobre el origen y el desarrollo progresivo de estas fiestas, dirigió el 25 de julio de 1776, *don Leandro Fernández de Moratín al príncipe Pignatelli*.

Esa carta, interesantísima por la fama clásica del que la redactó y por los curiosos detalles que, en apretada síntesis, contiene acerca de estos entretenimientos, ha sido, es y será considerada como una de las joyas de que más se debe enorgullecer la literatura española.

Ella, como acabamos de decirlo, llenará los muchos

vacíos que nosotros hemos tenido por fuerzá que dejar en esta desaliñada narración, en la cual sólo nos hemos propuesto contar lo que hemos visto con estos ojos, que se *han de comer la tierra*. (Á Dios pedimos que sea la nuestra.)

Para lo demás, para tomar servilmente datos de los libros que se han escrito por tantos ilustradísimos viajeros, no necesitábamos haber pasado los sustos que á todos dan los mares, de ordinario tan bravos ó tan iracundos, ni gastar nuestro dinero, ni mucho menos por cierto, sufrir las inexplicables y terribles fatigas del *mareo*.

La carta, pues, del señor Moratín es indispensable en este libro, ya que en ella se hace la defensa de estos gustos que no son de nuestro agrado; y ya que, insertándola, permitimos á la España exhiba, en su favor, el alegato quizás más brillante y prestigioso que se ha hecho con el objeto de combatir apreciaciones como las nuestras, las cuales no están lejos de que no sean exactas ni atendibles, por más sinceros é integros que hayamos sido al comunicarlas.

Si, pues, es principio elevado á la categoría de aforismo jurídico de que, *á nadie puede condenarse sin oírsele*, allá va la preciosísima carta del gran Moratín. El lector podrá formarse, imponiéndose de ella, un juicio cabal acerca de lo que, en buena cuenta, valen ante nuestro siglo, las tan mentadas corridas de toros.

XXXVII

« EXCMO. SR. PRÍNCIPE PIGNATELLI :

« El asunto sobre que V. E. se ha dignado mandarme escribir, ha sido siempre tan olvidado como otras cosas de nuestra España; por lo que faltándome autores que me den luz, diré las pocas noticias que casualmente he leído, y algunas que de las conversaciones se me han quedado en la memoria.

» Las fiestas de toros, conforme las ejecutan los españoles, no traen su origen, como algunos piensan, de los romanos, á no ser que sea un origen muy remoto, desfigurado y con violencia; porque las fiestas de aquella nación en sus circos y anfiteatros, aun cuando entraban toros en ellas, y éstos eran lidiados por los hombres, eran con circunstancias tan diferentes, que si en su vista se quiere insistir en que ellas dieron origen á nuestras fiestas de toros, se podrá también afirmar, que todas las acciones humanas deben su origen precisamente á los antiguos y no al discurso, á la casualidad ó á la misma naturaleza.

» Buen ejemplo tenemos de esto en los indios del Orinoco, que sin noticia de los espectáculos de Roma, ni aun de las fiestas de España, burlan á los caimanes ferocísimos con no menor destreza que nuestros capeadores á los toros; y el burlar y sujetar á las fieras de sus respectivos países ha sido siempre ejercicio de las naciones que tienen valor naturalmente, aun antes de ser éste aumentado con artificio,

» La ferocidad de los toros que cría España en sus abundantes dehesas y salitrosos pastos, junto con el valor de los españoles, son dos cosas tan notorias desde la más remota antigüedad, que el que las quiera negar acreditará su envidia ó su ignorancia, y yo no me cansaré en satisfacerle; sólo pasará á decir que habiendo en este terreno la previa disposición en hombres y brutos para semejantes contiendas, es muy natural que desde tiempos antiquísimos se haya ejercitado esta destreza, ya para evadir el peligro, ya para ostentar el valor, ó ya para buscar el sustento con la sabrosa carne de tan grandes reses, á las cuales perseguirían en los primeros siglos á pie y á caballo en batidas y cacerías.

» Pero pasando de los discursos á la historia, es opinión común en la nuestra que el famoso Rui, ó Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, fué el primero que alanceó los toros á caballo. Esto debió de ser por bizarria particular de aquel héroe, pues en su tiempo sabemos que Alfonso el VI, otros dicen el VIII, en el siglo XI, tuvo unas fiestas públicas, que se reducían á soltar en una plaza dos cerdos, y luego salían dos hombres ciegos, ó acaso con los ojos vendados, y cada cual con un palo en la mano buscaba como podía al cerdo, y si le daba con el palo era suyo, como ahora al correr el gallo, siendo la diversión de este regocijo el que, como ninguno veía, se solían apalearse bien.

» No obstante esto, el licenciado Francisco de Cepeda, en su *Resumpta Historial de España*, llegando al año de 1100, dice: *Se halla en memorias antiguas que (este año) se corrieron en fiestas públicas toros, espectáculo sólo de España, etc.*

» También se halla en nuestras crónicas que el año 1124, en que casó Alfonso VII en Saldaña con doña

Berenguela la Chica, hija del conde de Barcelona, entre otras funciones, hubo también fiesta de toros.

» Hubo también dicha función, y la enunciada arriba de los cerdos, en la ciudad de León, cuando el rey don Alfonso VIII casó á su hija doña Urraca con el rey don García de Navarra; pero debe notarse que estas funciones no se hacían con las circunstancias del día, y mucho menos fuera de España, en donde se corrían también, pero enmaromados y con perros, y aun hoy se observa en Italia; y no pudo ser menos que con este desorden y atropellamiento, la fatalidad que acaeció en Roma el año de 1332, cuando murieron en las astas de los toros muchos plebeyos, diecinueve caballeros romanos y otros nueve fueron heridos: desgracia que no se verificara en España siendo el ganado mucho más bravo. Por este suceso se prohibieron en Italia; pero en España prosiguieron perfeccionándose más cada día dichas fiestas, como se ve en los anales de Castilla, hasta el reinado de don Juan el II, en que dejando de ser como antes una especie de montería de fieras salvajinas, según dice Zurita, formaron nueva época; pues entonces llegó á su punto la galantería caballeresca y todos los ejercicios de bizarria. Entonces se cree que se empezaron á componer las plazas y se fabricó la antigua de Madrid, y se hizo granjería de este trato, habiendo arrendatarios para ello, que sin duda serían judíos. Y esto lo acredita aquel cuento, aunque vulgar, del marqués de Villena y de aquel estudiante de Salamanca, de quien fingen que llevó á su dama en una nube á ver la fiesta de toros, y se la cayó el chapín, etc. Y lo cierto es que cuando este monarca don Juan se casó con doña María de Aragón, en 20 de octubre de 1418, tuvieron en Medina del Campo muchas fies-

tas de toros. En el reinado de Enrique IV aun se aumentó más el genio caballeresco y el arte de la jineta (como consta de Jorge Manrique); y no hay autor que trate de este ejercicio que no hable del torear á caballo como de una condición indispensable. El trato frecuente con los moros de Granada, en paz y en guerra, era ya muy antiguo en Castilla; y los moros es sin duda que tuvieron estas funciones hasta el tiempo del rey Chico, y hubo diestrisimos caballeros que ejecutaron gentilezas con los toros (que llevaban de la sierra de Ronda) en la plaza de Vivarrambla; y de estas hazañas están llenos los romanceros y sus historietas, que aunque por otra parte sean apócrifas en muchos sucesos que cuentan, siempre fingen con verosimilitud. Prosiguió esta gallardía en tiempo de los reyes católicos, y estaba tan arraigada entonces, que la misma reina doña Isabel, no obstante no gustar de ella, no se atrevía á prohibirla, como le dice en una carta que escribió desde Aragón á su confesor fray Hernando de Talavera, año de 1493, así: « De los » toros sentí lo que vos decís, aunque no alcancé tanto; » mas luego allí propuse con toda determinación de » nunca verlos en toda mi vida, ni ser en que se co- » rran; y no digo defenderlos (esto es, prohibirlos), » porque esto no era para mí á solas. »

» En efecto, llegó á autorizarse tanto, que el mismo emperador Carlos V, aun con haber nacido y criándose fuera, mató un toro de una lanzada en la plaza de Valladolid, en celebridad del nacimiento de su hijo el rey Felipe II. También Carlos V estoqueó desde el caballo, en el Rebollo de Aranjuez, á un jabalí que había muerto quince sabuesos, herido diecisiete y á un montero, lo cual es una especie de toreo. También Felipe II mató así otro jabalí en el bosque de Heras, donde le hirió el caballo; y otra

vez en Valdelatas, donde le rompió el borceguí de una navajada. Por este tiempo se sabe que una señora de la casa de Guzmán casó con un caballero de Jerez, llamado por excelencia *el Toreador*. Don Fernando Pizarro, conquistador del Perú, fué un rejoneador valiente. Del rey don Sebastián de Portugal se escribe que ejecutó el rejonear *con mucha ciencia*; y se celebra también al famoso don Diego Ramiro de Haro, quien daba á los toros las lanzadas *cara á cara y á galope, y sin antojos ni banda el caballo*. Felipe III renovó y perfeccionó la plaza de Madrid en 1619. También el rey don Felipe IV fué muy inclinado á estas bizzarrías, y además de herir á los toros, mató más de cuatrocientos jabalies, ya con el estoque, ya con la lanza, y ya con la orquilla.

» No se contentaron nuestros españoles con atreverse sólo con los toros, sino que pasando al África, no quisieron ser menos que sus naturales; y así el marqués de Velada, siendo virrey de Orán, salía muchas veces á los leones; y el conde de Linares, gobernando á Tánger, mató un león con su lanza cuerpo á cuerpo, habiendo mandado hacer alto á la gente de guerra, *y que nadie le socorriese por ningún accidente*. Llegó este ejercicio á extremo de reducirse á arte, y hubo autores que lo trataron; y entre ellos se cuenta don Gaspar Bonifaz, del hábito de Santiago, y caballerizo de S. M., que imprimió en Madrid unas *Reglas de torear* muy breves. Don Luis de Trejo, del orden de Santiago, también imprimió en Madrid unas advertencias con nombre de *Obligaciones y duelo* de este ejercicio. Don Juan de Valencia, del orden de Santiago, imprimió también en Madrid *Advertencias para torear*. Y el año de 1643 don Gregorio de Tapia y Salcedo, caballero del orden de Santiago, imprimió en Madrid también *Ejercicios de*

la *jineta*, donde se encuentran en láminas las habilidades (ya viejas en aquel tiempo) que hacían los españoles en sus fogosos caballos, y que pocos años ha admiró la corte como nuevas, viéndolas hacer á un inglés en sus rocines matalones.

» Dicho don Gregorio de Tapia da varias reglas para torear, y trata la materia como muy importante en aquel tiempo; y es lo más notable que don Lope Valenzuela se queja entonces de que se iba ya olvidando: véase lo que habrá perdido hasta el día de hoy. Don Diego de Torres escribió unas *Reglas de torear*, que no parecen; yo sospecho que eran para los de á pie; y quien tenga la paciencia y trabajo material de repasar la biblioteca de don Nicolás Antonio, hallará ciertamente más autores de torear. Así prosiguieron las fiestas por todo el reinado de Carlos II, las cuales cesaron á la venida del señor Felipe V, y la más solemne que hubo fué el día 30 de julio del año de 1725, á la que asistieron los reyes, en la plaza Mayor de Madrid; y aunque en Andalucía vieron algunas, y otra en San Ildefonso, siempre fué por ceremonia y con poco gusto, por no ser inclinados á estas corridas, y esto produjo otra nueva habilidad, y forma una cierta y nueva época de la historia de los toros.

» Estos espectáculos, con las circunstancias notadas, los celebraron en España los moros de Toledo, Córdoba y Sevilla, cuyas cortes eran en aquellos siglos las más cultas de Europa. De los moros lo tomaron los cristianos, y por eso dice Bartolomé de Argensola:

Para ver acosar toros valientes
Fiesta un tiempo africana y después goda,
Que hoy les irrita las soberbias frentes, etc.

» Pero es de notar que éstas eran funciones sola-

mente de caballeros que alanceaban ó rejoneaban á los toros siempre á caballo, siendo este empleo de la primera nobleza, y sólo se apeaban al empeño de á pie, que era cuando el toro le hería algún chulo ó al caballo, ó el jinete perdía el rejón, la lanza, el estribo, el guante, el sombrero, etc.; y se cuenta de los caballeros moros y cristianos que en tal lance hubo quien cortó á un toro el pescuezo á cercén de una cuchillada, como don Manrique de Lara y don Juan Chacón, etc.

» Los moros torearon aún más que los cristianos, porque éstos, además de los juegos de cañas, sortija, etc., que también tomaron de aquéllos, tenían empresas, aventuras, justas y torneos, etc., de que fueron famosos teatros Valladolid, León, Burgos y el sitio del Pardo; pero extinguidas las contiendas con los hombres, por lo peligrosas que eran, como sucedió en España, y aun más en Francia, todo se redujo acá á fiestas de toros, á las cuales se aficionaron mucho los reyes de la casa de Austria, y aún en Madrid vive hoy mi padre, que se acuerda haber visto á Carlos II, á quien sirvió, autorizar las fiestas reales, de las cuales había tres votivas al año en la plaza Mayor á vista del rey, sin contar las extraordinarias y las de fuera de la corte. Ya se ha dicho que estas fiestas eran solamente empleo de los caballeros entre cristianos y moros; entre éstos hay memoria de Muza, Malique-Alábez y el animoso Gazul.

» Entre los cristianos, además de los dichos, celebra Quevedo á Cea, Velada y Villamor; al duque de Maqueda, Bonifaz, Cantillana, Ozeta, Zárate, Sástago, Riaño, etc. También fué insigne el conde de Villamediana, y don Gregorio Gallo, caballero de S. M. y del orden de Santiago, fué muy diestro en los ejercicios de la plaza, é inventó la espinillera

para defensa de la pierna, que por él se llamó la gregoriana. El poeta Tafalla celebra á dos caballeros llamados Pueyo y Suazo, que rejoneaban en Zaragoza con aplauso, á fin del siglo pasado, delante de don Juan de Austria; y si V. E. me lo permite, también diré que mi abuelo materno fué muy diestro y aficionado á este ejercicio, que practicó muchas veces en compañía del marqués de Mondejar, conde de Tendilla; y el duque de Medinasidonia, bisabuelo de este señor que hay hoy día, era tan diestro y valiente con los toros, que no cuidaba de que fuese bien ó mal cinchado el caballo, pues decía que las verdaderas cinchas habían de ser las piernas del jinete. Este caballero mató dos toros de dos rejonazos en las bodas de Carlos II con doña María de Borbón, año de 1679, y rejonearon el de Camarasa y Rivadavia y otros.

» Don Nicolás Rodrigo Noveli imprimió el año de 1726 su *Cartilla de torear*; y en su tiempo eran buenos caballeros don Jerónimo de Olaso y don Luis de la Peña Terrones, del hábito de Calatrava, caballero del duque de Medinasidonia; y también fué muy celebrado don Bernardino Canal, hidalgo de Pinto, que rejoneó delante del rey con mucho aplauso el año de 25; y aquí se puede decir que se acabó la raza de los caballeros (sin quitar el mérito á los vivos); porque como el señor Felipe V no gustó de estas funciones, lo fué olvidando la nobleza; pero no faltando la afición de los españoles, sucedió la plebe á ejercitar su valor, matando los toros á pie, cuerpo á cuerpo con la espada, lo cual no es menor atrevimiento, y sin disputa (por lo menos su perfección) es hazaña de este siglo.

» Antiguamente eran las fiestas de toros con mucho desorden y amontonada la gente, como hoy en las

novilladas de los lugares, ó en el toro embolado, ó el jubillo de Aragón, del cual no hablaré por ser barbaridad inimitable, ni de los despeñaderos para los toros de Valladolid y Aranjuez, porque esto lo puede hacer cualquiera nación; y así se dice que en unas fiestas del rey Chico de Granada mató un toro cinco ó seis hombres y atropelló más de cincuenta. Sólo se hacía lugar á los caballeros, y después tocaban á desjarrete, á cuyo son los de á pie (que entonces no había toreros de oficio) sacaban las espadas, y todos á una acometían al toro acompañados de perros; y unos le desjarretaban (y la voz lo está recordando), y otros le remataban con chuzos y á pinchazos con el estoque, corriendo y de pasada, sin esperarle y sin habilidad, como aun hacen rústicamente los mozos de los lugares, y yo lo he visto hacer por vil precio al Mocaco de Alhóndiga.

» Hoy esto es insufrible, y no obstante en la citada fiesta del año de 25, delante de los mismos reyes y en la plaza de Madrid, se mataron así los toros, desjarretados, y aun vive quien lo vió, y lo pinta así la *Tauromaquia* escrita aquel año; prueba evidente de que no había mayor destreza. Los que desjarretaban eran esclavos moros; después fueron negros y mulatos, á los que también hacían los señores aprender á esgrimir para su guarda: lo segundo se colige de Góngora, y lo primero de Lope de Vega, quien hablando en su *Jerusalén* de desjarretar, dice:

.....que en Castilla los esclavos
Hacen lo mismo con los toros bravos.

« Cuando no había caballeros, se mataba á los toros tirándoles garrochones desde lejos y desde los tabladillos, como se colige de Jerónimo Salas Barbadillo,

Juan de Yagüe y otros autores de aquellos tiempos; y hasta que tocaban á desjarretar los capeaban también, cuyo ejercicio de á pie es muy antiguo, pues los moros lo hacían con el albornoz y el capellar. Mi anciano padre cuenta que en tiempo de Carlos II dos hombres decentes se pusieron en la plaza delante del balcón del rey, y durante la fiesta, fingiendo hablar algo importante, no movieron los pies del suelo, por más que repetidas veces les acometiese el toro, al cual burlaban con solo un quiebro de cuerpo ú otra leve insinuación, lo que agradó mucho á la corte.

« El año de 26 se evidencia por Noveli que todavía no se ponían las banderillas á pares, sino. cada vez una, que la llamaban arpón. Por este tiempo empezó á sobresalir á pie Francisco Romero, el de Ronda, que fué de los primeros que perfeccionaron este arte usando de la muletilla, esperando al toro cara á cara y á pie firme, y matándole cuerpo á cuerpo; y era una cierta ceremonia que el que esto hacía llevaba calzón y colete de ante, correón ceñido y mangas atacadas de terciopelo negro para resistir á las cornadas. Hoy que los diestros ni aun las imaginan posible, visten de tafetán, fundando la defensa, no en la resistencia, sino en la destreza y agilidad. Así empezó el estoquear, y en cuantos libros se hallan escritos en prosa y verso sobre el asunto, no se halla noticia de ningún estoqueador, habiendo tanta de los caballeros, de los capeadores, de los chulos, de los parches y de la lanzada de á pie, y aun de los criollos, que enmaromaron la primera vez al toro en la plaza de Madrid en tiempo de Felipe IV.

» También debo decir, no obstante, que en la Alcarria aun viven ancianos que se acuerdan haber visto al nombrado abuelo mío tender muerte á un toro de una estocada; pero esto ó fué acaso ó genti-

leza extraordinaria, y por lo tanto muy celebrada en su tiempo. En el de Francisco Romero estoqueó también Potra, el de Talavera, y Godoy, caballero extremeño. Después vino el fraile de Pinto, y luego el fraile del Rastro, y Lorenzillo, que enseñó al famoso Cándido. Fué insigne el famoso Melchor y el célebre Martincho con su cuadrilla de navarros, de los cuales ha habido grandes banderilleros y capeadores, como lo fué sin igual el diestrísimo licenciado de Falces. Antiguamente hubo también en Madrid plaza de toros junto á la casa del duque de Lerma, hoy del de Medinaceli, y también hacia la plazuela de Antón Martín, y aun dura la calle del Toril, por otro nombre del Tinte.

» Pero después que se hizo la plaza redonda en el soto Luzón, y luego donde ahora está, trajo el marqués de la Ensenada cuadrillas de navarros y andaluces, que lucieron á competencia. Entre estos últimos sobresalió Diego del Álamo el malagueño, que aun vive; y entre otros de menor nota se distinguió mucho Juan Romero, el cual, con Joaquín Rodríguez, ha puesto en tal perfección este arte, que la imaginación no percibe que sea ya capaz de adelantamiento. Algunos años ha, con tal que un hombre matase á un toro, no se reparaba en que fuese de cuatro á seis estocadas, ni en que éstas fuesen altas ó bajas, ni en que le despaldillase ó le degollase, etc., pues aun á los marrajos ó cimarrones los encojaban con la media luna, cuya memoria ni aun existe. Pero hoy ha llegado á tanto la delicadeza, que parece que se va á hacer una sangría á una dama, y no á matar de una estocada una fiera tan espantosa. Y aunque algunos reclaman contra esta función llamándola barbaridad, lo cierto es que los facultativos diestros la tienen por ganancia y diversión; y nuestra difunta

reina Amalia al verla sentenció : « que no era bar-
» baridad, como la habían informado, sino diversión
» donde brilla el valor y la destreza ».

» Y ha llegado esto á tal punto, que se ha visto varias veces un hombre sentado en una silla ó sobre una mesa, y con grillos á los pies poner banderillas y matar á un toro. Juanijón los picó en Huelva con vara larga, puesto él á caballo en otro hombre. Los varilargueros, cuando caen, suelen esperarlos á pie, con la garrocha enristrada, y al Mamón le vimos mil veces cogerlos por la cola y montar en ellos. Para suplir la falta de los caballeros entraron los toreros de á caballo, que son una especie de vaqueros que con destreza y mucha fuerza pican á los toros con varas de detener : entre ellos han sido insignes los Marchantes, Gamero, Daza (que tienen dos tomos del arte inéditos), Fernando de Toro, y hoy Varo, y Gómez, y Núñez, etc.

» No me detengo en pintar las circunstancias de cada clase de estas fiestas, ni las castas de los toros, ni creo que no reste que decir, pues obras de esta naturaleza deben su perfección á la casualidad y al tiempo, que va descubriendo más noticias. Quedo no obstante muy gozoso de haber servido á V. E. en esto poco que puedo, y deseo que prosiga honrándome con sus preceptos, como que le guarde Dios muchos y felices años. »

XX XVIII

Concluidos los toros, el pueblo sevillano se encaminó, en alegre avalancha de briosisimos caballos,

hermosos coches y comparsas de músicos y cantores, al campo ó llano de la feria.

Este sitio, que se halla en los afueras de la ciudad, limitado al Norte por los extensísimos muros del alcázar, es casi cuadrado. Hermosas y anchas avenidas de acacios lo rodean en todas direcciones, perfumando la atmósfera y alegrando el ánimo.

Él nos traía el recuerdo de nuestro campo de Marte; pues la ubicación, la forma y hasta el tamaño de ambos presentan no muy débil semejanza. Todas las calles, que de la ciudad conducen á este llano, se hallaban cruzadas por vistosisima red de faroles chinoscos y de banderolas de todos colores, como nuestra alameda de las Delicias en la inmortal noche buena.

En todas sus avenidas, alineadas bajo el follaje de los acacios y en extensión de dos kilómetros á lo menos, divisábanse hermosas y ligeras tiendas de campaña, de la misma forma y de idéntico tamaño, hechas con telas de variados y encendidos colores.

Estas tiendas, capaces de contener cómodamente, en su mayor parte, hasta cincuenta personas, son alzadas en aquel espacioso sitio de recreo, por familias pudientes de Sevilla, que no han abandonado, como las nuestras, la costumbre de tomar parte activa, junto con el pueblo, en este anual entretenimiento.

Se las adorna con esmero y hasta con fausto. El piano y la guitarra ocupan en ellas sitio de preferencia.

El pueblo se acomoda en el centro del llano, en barrios de chinganas iguales á las nuestras del diez y ocho.

En los caminos públicos que pasan por este llano, se sitúan innumerables ventas de todo género de baratijas para niños, se hacen exposiciones de animales

raros, de enanos y de trajes y armaduras antiguas.

Todo este conjunto, en cuyo seno se pasean tribus de encantados curiosos extranjeros que, desde leguas, se distinguen por su raro vestuario; en cuya atmósfera resuenan los gritos de los vendederos, los avisos de los exponentes, los alegres acordes de los pianos y de las guitarras que tocan los graciosísimos bailes nacionales; por el que cruzan, como fantásticas apariciones de belleza, de alegría y de gracia, apiñadas nubes de las deidades de este pueblo, con sus grandes y chispeantes ojos, su albisima mantilla recogida con delicado gusto en las negras cabelleras, cuajadas de encendidas y lozanas flores, es como puede comprenderse verdaderamente arrebatador.

En él se evaporan en lo absoluto, las desagradables impresiones recogidas en la sangrienta plaza de toros.

Nuestras fiestas patrias en el campo de Marte que, sin duda alguna, de ésta han sacado la naturaleza de sus entretenimientos populares, no alcanzan á dar una idea exacta de la animación y la vida que aquí se desarrollan y aquí palpitan en estos bulliciosos días, durante los cuales, todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, nobles y plebeyos, se codean en democrática y nerviosa algarabía.

Cada una de las tres grandes secciones en que se divide este llano ofrece entretenimientos característicos.

En la región de las familias acomodadas que, como ya hemos dicho, á la sombra de bosques de acacios se establece, se ven los bailes aristocráticos. La sevillana, parecida en parte á nuestra cueca, es bailada por dos niñas provistas de sendas castañuelas, quienes con un donaire inimitable, propio sólo de esta tierra, encienden vivo entusiasmo en el espectador y arrancan calorosos y espontáneos aplausos.

En el barrio de la gente del pueblo, el flamenco, el bolero, la danza aragonesa, todos los bailes de bulla y de aparato, se dejan ver y se hacen aplaudir. Los gitanos cruzan por entre todas esas masas de pueblo, ebrios de vino y de alegría, prediciendo la buena ventura, ó vendiendo frutas y flores.

Más allá, en un gran espacio sin árboles y sin chinganas, se establece *la feria de animales*, como la que nosotros tuvimos en el camino de cintura, ahí llevada y ahí importada por el espíritu infatigable de adelanto y de progreso del que, con tantos legítimos títulos, mereció la dominación de *el rey de los ediles*.

Hermosos y elegantísimos carruajes, como felices mensajeros de otras edades y de otros mundos, pasean por todas estas zonas de expansión, de risa, de placeres, cuanto hay de bello, de joven y de gracioso en esta ciudad en que el sol de la ventura, merced á particular excepción, parece no tener ocaso.

Así terminan las fiestas de Sevilla. Nacidas en alegre alborada, mueren en tarde de grata y apacible primavera.

El turista se retira de ellas llevando en el fondo de la memoria, recuerdo imperecedero, y repitiendo mecánicamente, como si quisiese confirmar la exactitud de un concepto oído sobre esta ciudad, antes de pisar su enflorado suelo, aquel conocido dístico :

Quien no ha visto á Sevilla
No ha visto maravilla.

DE SEVILLA Á JEREZ

I

De Sevilla partimos á Cádiz. Dos vías se nos presentaban para hacer esta nueva jornada : la linea férrea y el Guadalquivir. Por éste se marchan de ordinario los turistas que poco deseo tienen de conocer á Jerez y de paladear sus néctares deliciosos. Se marchan también por esa via los que sienten arder más enérgicamente en el pecho la llama de la pasión que enciende Sevilla con sus irresistibles encantos ; con su franco, espontáneo y delicado abandono ; con las tradiciones que duermen en el seno de su pasado y con el melancólico lirismo, que caracteriza el timbre de su voz de sirena, que, ora parece llamarnos con engañosos acentos, mintiendo amores y ternura á las enfloradas playas de su río ; ora remedar los lastimeros ecos de las canciones orientales que, durante siglos, llenaron de místicas armonías sus bosques de naranjos y de limoneros, ú ora entonar á la libertad, al trabajo y al placer el himno de una perpetua alegría.

Estas almas enamoradas y constantes no se resuelven á perder de vista á Sevilla así, repentinamente.

Ellas gustan que el adiós, quizás de eterna despedida, tenga oportunidad de reiterarse, con motivo de cada detalle que se pierde en la bruma y en la distancia, con motivo de cada uno de los recodos que forma el río, y, desde los cuales, se presenta la coquetona ciudad cual apasionada dama que, con el aliento cargado de suspiros y preñados de lágrimas los hermosos ojos, corresponde con tiernísimo afán las demostraciones de su amante que se aleja y prolonga, por decirlo así, su vista, presentándosele, ya desde un balcón, ya desde una cima, ya desde un otero.

Nosotros sacrificamos las gratas impresiones de esta despedida de melodrama al deseo que teníamos de conocer la celebrada ciudad del *cristalino y aromático néctar de los dioses*, como llaman al jerez los catadores ingleses.

II

No desconocíamos que la vía fluvial nos habría permitido gozar del magnífico espectáculo que ofrecen las riberas del Guadalquivir cubiertas, según verídicas narraciones, de verduras y de flores hasta las arenas del mismo Mediterráneo.

Es también verdad que, al abandonar así á Sevilla, por parcialidades, en varios actos, habríamos acariciado con nuestra mirada, aun por largo rato, la rosácea torre de la Giralda, que presenta hasta muy lejos, á los que por el río se van, la celebrada imagen

de la Fe que, en su altísima cima, gira hacia todos los puntos cardinales. Esa estatua, bruñida con el aliento de los siglos que por ella han pasado, y ensordecida por la voz de las escuelas filosóficas que, durante ellos, se han disputado el gobierno religioso de la humanidad, se mueve tan rápidamente á veces, que parece se sintiera presa de mortificante inquietud.

Cualquiera diría que por sus carnes de bronce corre el aliento de misteriosa existencia. Cualquiera diría que interroga á los vivos y á los muertos, al sol y á las montañas por el destino de aquellos bravos cruzados que, á la sombra de su bandera, á la conquista de Jerusalén marcharon con animoso corazón, sembrando con sus huesos las playas inhospitalarias de Tiro y de Damasco.

Es también verdad que habríamos así saboreado con reposo las últimas impresiones que el viajero menos observador y menos sensible á los atractivos de los grandes recuerdos históricos y de la belleza plástica, recoge en ese pueblo cosmopolita, cuya cuna fué mecida por los brazos de veinte razas, en cuyas arterias circula, en mezcla hirviente, la sangre de Roma, de Fenicia, de Cartago, y, en cuyos muros y en cuyos monumentos se ha esculpido, en caracteres que han respetado los furios de los hombres y del tiempo, el siguiente comprensivo mote acerca de su origen y de su pasado :

Hércules me edificó ;
Julio César me cercó
De muros y torres altas
Y el rey santo me ganó
Con Garcí Pérez de Vargas.

III

Todo eso habría sido cierto. Empero, nosotros deseábamos cruzar el llano en que á don Rodrigo, último rey de los godos, le fué arrancada la corona, y quizás también la vida, por las venganzas del conde don Julián.

Teníamos vivísimo deseo de atravesar ese llano, en el cual, no sabemos por qué extraña alucinación, se nos había puesto que iríamos á ver vagando, como alma sujeta por Dios á dura penitencia, la sombra de ese conde, cuyos dolores de padre y de caballero nos habían conmovido poderosamente allá, en los años de nuestra adolescencia cuando preparábamos el examen de la historia de la edad media ó cuando, sentados en nuestro pupitre de joven catedrático de ese ramo, tomábamos lección sobre esos acontecimientos á nuestros alegres y jamás olvidados discípulos.

En tales circunstancias veíamos, casi con los toques y los colores de lo que á un paso nuestro se verifica, descender á tierra española las innumerables huestes agarenas á la conquista de aquella tierra traídas por el invencible Tarif. Divisábamos todas las peripecias de aquella lucha homérica. Veíamos al obispo don Oppas alentando las enemigas filas con su infame traición, que no contó, en su abono, ni siquiera como disculpa, el agravio infamante que á don Julián hiciera don Rodrigo al ajar, con el impuro aliento de repugnante lascivia, los inocentes encantos y la juvenil frescura de la sin igual Florinda, confiada por su in-

fortunado padre, antes que á la protección hidalga del caballero, al señor y al regio amigo, que obligación imprescriptible tuvo de ser impecable como Dios.

No sabemos por qué los infortunios de esta loca pasión de don Rodrigo nos han impresionado siempre con extraña energía.

Hemos leído por esto, con creciente interés, todo lo que de ello nos refieren la historia, las crónicas y el romance.

Por esto también, cuando atravesábamos en los lomos de bramadora locomotiva, los bellísimos y esmeradamente cultivados campos de Jerez, en los que hoy innumerables rebaños pacen y retozan á la sombra de hermosas dehesas y de viñedos frondosísimos, desfilaban por nuestra memoria todos los detalles de aquella sangrienta batalla del Guadalete que en ellos tuvo lugar.

Creíamos ver, en las márgenes de ese riachuelo, á todos los moros mandados por Muza á instancias del conde don Julián, matando y aprisionando á los cien mil combatientes que el bravo don Rodrigo comandaba desde su carro de marfil.

La vivísima pintura que el padre Mariana ha hecho de esta batalla, no tan célebre por las causas que la motivaron, como por los fines desastrosos que produjo para la España cristiana, que quedó sometida, por ochocientos años, al imperio de Mahoma, aparece al fresco, puede decirse, cuando se pisa el suelo mismo en que ella se verificó.

El curioso observador cree que puede hasta señalar el sitio que ocupaba el obispo don Oppas, cuando, pasándose al enemigo que comenzaba á flaquear bajo el empuje de los soldados de Cristo, decidió repentinamente el combate á su favor, y aprisionó de este

modo, por una serie de siglos, desde el 3 de octubre de 711 á 1492, la libertad y la ventura de su patria.

IV

La imaginación, ó sea *la loca de la casa*, como tan espiritualmente ha sido llamada por un distinguido literato, es capaz de asegurar en esos momentos, cuando se recorren los llanos del combate investigándose todo lo que puede relacionárseles, que se siente, tras de las próximas colinas, la veloz carrera del agilísimo *Orelia*, que, como el *Bucéfalo* de Alejandro, sólo por don Rodrigo se dejaba montar. Ella es capaz de asegurar que lo divisa en la llanura, llevando á su regio dueño sobre sus lomos poderosos, al través de la muerte y del infortunio, á golpear apartada y solitaria ermita, á fin de pedir á su demacrado penitente que, por amor de Dios, le entierre vivo, con culebras y con escorpiones, en tardía expiación de su inmensa y funestísima culpa.

V

La adolescente imagen de la hija desventurada del conde don Julián, se asoma asimismo de lleno á las puertas de esos recuerdos, como melancólico lucero

que se acerca á las brumas del Ocaso; ó como Ofelia, deshojando flores entre sollozos y delirios cerca de las aguas que refrescaron para siempre su mente acalorada, ó como Efigenia, cayendo, en lánguido desmayo, al pie de la cuna de Grecia. Su dolor, su infortunio y su ya marchita hermosura, la envuelven como en místico sudario, bajo cuyos pliegues oculta cuidadosa sus lágrimas á la pueril curiosidad ó á la insultante indiferencia. En ellos, como arcángel de luz, ajado en las purpurinas alas por escupo satánico, recoge en autómata concentración de íntima y fervorosa plegaria, el alma toda, para elevarla al *Grande Espíritu* en afanosa demanda de ancha misericordia y de purificadora redención.

Los confusos murmullos de su plegaria son como la resonancia de lejanas playas, ó como la nota que forman al caer en el pálido otoño, las hojas y los lirios de los antes risueños prados, cuando por ellos corría el sopro vivificador y canoro de la apacible y fecunda primavera.

VI

Empero, eso es hijo solamente también de la loca imaginación que, ora ilumina y alegra, con risueñas creaciones, esta casa de carne y huesos que se llama humanidad, ú ora la sacude y la entristece con tempestades de lágrimas y desengaños. Es ella sola quien pinta tales cuadros en sus frágiles telas, cual niño travieso que se entretiene, dibujando en las arenas, caprichosas imágenes, ó trazando, en las aguas de cristalino lago, líneas fantásticas.

VII

Hoy no queda ahí ningún recuerdo de aquella hecatombe cristiana. No hay un solo despojo en la tierra, ni una sola nube en el cielo, ni un solo quejido en el ramaje de los árboles que á la memoria la traiga. El tiempo, con su azada infatigable, ha borrado todas las huellas de las múltiples é interesantes escenas que debieron naturalmente formar aquel trágico drama, que por sí solo, justificaría la verdad expresada por el poeta en la popular estrofa:

Los reyes, los reyes,
Palabra maldita
Que, en mengua del hombre,
Con sangre está escrita.

VIII

Hoy, la naturaleza y la industria, como lo dejamos dicho, han cubierto pudorosamente aquellos dilatados valles con un manto de frondosas vides, que alejan el pensamiento de don Rodriguo, de Tarif y del obispo don Oppas, para transportarlo al recuerdo del gran patriarca Noé, quien, á encontrarse en esos sitios, se habría olvidado del irrespetuoso tratamiento de su hijo primogénito, y se habría vuelto á quedar dormido

sobre la verde yerba y bajo la acción narcótica del néctar deliciosísimo que esos viñedos destilan en generosa exuberancia.

Hoy aquellos campos gozan la fama de ser los más feraces de toda la andaluza región y los más aptos para la siembra de trigos. Se asegura que muchos hacendados obtienen una pingüe cosecha de este cereal, cuyas rubias mieses han cooperado también á producir el absoluto disimulo que, al presente, encubre las huellas sangrientas de la ya recordada batalla del Guadalete, en la que, no se sabría decir si la monarquía goda fué abatida por la insensata pasión de su postrer soberano ó por los furores de esa Medusa implacable, que se llama venganza, cuyas satánicas inspiraciones dominan á las veces, hasta las almas más levantadas y los corazones mejor templados, haciendo de un ángel un demonio y convirtiendo de súbito, en infierno ardiente y abrasador, el más delicioso paraíso.

JEREZ

I

Al toque de oraciones, cuando aun vagaban en nuestra mente, como luciérnagas desprendidas del seno de solitarios sepulcros, los recuerdos de la batalla del Guadalete y las imágenes de sus promovedores, se detuvo nuestro convoy en Jerez de la Frontera.

Este epíteto, *de la Frontera*, que se da á ese pueblo, tan célebre y tan conocido, arranca su origen de que Jerez fué, después de la recordada batalla, el límite meridional de la España cristiana en los tiempos del reinado de don Alfonso XI, quien hacía desde ahí, crudísima guerra á las huestes agarenas.

II

Tan pronto como enviamos nuestro equipaje á la fonda de la Victoria, nos lanzamos á visitar este pue-

blo que, desde lejos, anuncia su presencia por las aromatizadas brisas que se desprenden de los verdaderos bosques de acacios y de naranjos que delinean graciosamente las anchas calles de su parte moderna.

Una clarísima luna iluminaba entonces su cielo, que es tan puro y tan diáfano como el nuestro. Ella nos invitaba á un paseo, tanto más necesario, cuanto que los calores de un día de riguroso verano y la incómoda posición traída durante los ciento cuarenta kilómetros que nos separaban ya de Sevilla, habían fatigado penosamente nuestros nervios y nuestro cerebro.

No sabemos por cuánto tiempo vagamos por esas calles envueltas en nubes de perfumes y en la gasa tenue y diáfana de las olas de luz de aquella luna espléndida y tranquila que, bajo la carga de sus apagados volcanes, y roto el seno por las cresterías de sus silenciosas montañas, como un ente sin memoria, sin pensamiento y sin sensibilidad, derramaba sus torrentes blanquísimos y suaves sobre cualquiera escena y sobre cualquier objeto.

Verdaderamente ensimismados, recorriamos esos poéticos sitios, pensando en las razones que á la naturaleza han movido, para favorecer así, tan profusamente el suelo de Europa, dotándolo de tantas comodidades y de tantas maravillas.

Repentinamente, tuvimos la corazonada de que habíamos dejado nuestra maletilla de manos en el vagón del tren que nos había conducido. Nos observamos, y vimos, en efecto, que ella no estaba con nosotros.

Corrimos al hotel y obtuvimos de su dueño pusiese un telegrama al jefe de la estación de Cádiz, describiéndole la maleta y pidiéndole se sirviese remitirla.

No ocultaremos que abrigábamos muy poca esperanza de recuperarla; no sólo porque se trataba de

un objeto sumamente manual, sino porque el tren, á esas horas, estaría ya viejo en Cádiz, como vulgarmente se dice, y porque además, solamente vino con nosotros una persona de cuyo nombre y domicilio no teníamos ni el más insignificante dato.

Por esto, nuestro placer fué inmenso cuando, al día siguiente, como á las dos de la tarde, recibimos á la fugitiva, que nos trajo guardadas en su seno las mismas cosas que le habíamos confiado sin reserva y con cariño.

En ella estaban nuestro libro de memorias y una suma no escasa de dinero.

Jerez, pues, nos ofreció así oportunidad para reconocer y aplaudir la proverbial honorabilidad de España y el buen servicio de los ferrocarriles de esta Europa, en los cuales marchan seguros el pasajero y sus haberes.

En Cádiz supimos, poco más tarde, que el desconocido compañero de que hemos hablado, entregó la tal maletita al jefe de la estación, indicándole que su dueño se había detenido en Jeréz.

¡Poder santo é irresistible de la virtud, cómo nos has hecho desear encontrarnos un solo instante con aquel hombre para estrecharlo en nuestros brazos!

Entonces vimos, en toda su latitud, el fondo de verdad y de moral apreciación de aquel cuentecillo que todas las madres relatan á sus pequeñuelos, para inculcar en sus tiernas almas horror profundo á la avaricia y al robo. Nos parecía, en virtud de esas misteriosas asociaciones de ideas que los acontecimientos más insignificantes forman á menudo, oír á nuestra buena madre diciéndonos: No olvides nunca que un niño que sustrajo á un pobre sastre la aguja con que trabajaba, fué echado por Dios á los infiernos; no porque esa aguja valiese mucho por sí sola,

sino porque ella era el único medio que, para ganar su vida, tenía el pobre sastre.

Por eso nosotros pensábamos que, á haber perdido en aquellas circunstancias el dinero que llevábamos, aunque no en suma considerable, nos habríamos visto sin duda como el sastre del cuentecito, en molestas emergencias.

En aquellas latitudes, en que nadie nos conocía, y en las que el incógnito viajero no deja siquiera la huella imperceptible del judío errante, el extravío de cualquiera parte de sus haberes puede colocarle en difíciles y mortificantes situaciones: ¡es tan duro solicitar favores de personas que, por no conocernos, pueden sin quererlo, agraviar nuestra susceptibilidad con la punzante espina de una duda!

No sabemos si por estar preparados favorablemente por el gratisimo arribo de nuestra fugitiva, ó porque en realidad el pueblo de Jerez lo merece, lo hallamos bellissimo; y sobre todo, poético entre los poéticos de la encantada zona en que se encuentra, y á quien un clima siempre amante y siempre risueño mantiene en perpetua primavera.

III

Jerez está visiblemente dividido en dos grandes secciones: la parte antigua y la parte moderna. Aquélla es compuesta por calles estrechas y tortuosas, por algunos edificios públicos de cierta importancia y por algunos templos ligeros, entre los cuales sobresale el de San Miguel, que consta de tres

graciosas naves de agradable arquitectura. Ésta se halla formada, según el estilo del día, por anchas calles y altos edificios á que dan fresco y sombra líneas de naranjos, de limoneros y de acacios, que recrean la vista y alegran el ánimo con los aromas que á la atmósfera envían.

IV

Este pueblo posee una de las plazas mayores de España, llamada antiguamente plaza del Arenal y hoy, plaza del rey Alfonso XII. Su aspecto es muy bello. En su centro, se alza una magnífica fuente que, por medio de un ingenioso juego de surtidores, refresca la ardiente temperatura de estas latitudes, enviándole una verdadera catarata de agua albisima y cristalina, que parece evaporarse como un suspiro, casi instantáneamente, bajo su acción abrasadora.

En sus cuatro extremos, gallardas y elevadisimas palmeras le dan el tono y el carácter de un parque de palacio. En uno de sus costados se asoma, por entre la nervuda melena de estas hijas del trópico, un gran reloj de cuatro esferas.

V

Este pueblo es esencialmente alegre. La vida y el movimiento, que en él son cotidianos, hacen creer

que en vez de 50,000 habitantes, que es su población, tiene 150,000.

Él es también uno de los más prósperos de la península. Posee un vasto y cómodo hospital, una casa de asilo, un hospicio, un buen número de escuelas, dos teatros y una plaza de toros capaz de contener hasta 10,000 espectadores.

En sus cercanías hay un monasterio llamado la Cartuja, como á veinte minutos de coche. Este convento, al que va indefectiblemente todo extranjero que por curiosidad visita, como nosotros, estos mundos, se halla en las márgenes del tristemente célebre Guadalete, y ofrece no sólo ciertas bellezas arquitectónicas, sino la oportunidad de conversar animadamente acerca de la batalla recordada, en la que España meridional perdió su independencia, como queda dicho.

Por otra parte, la excursión á esa Cartuja permite darse cuenta cabal de la arrebatadora hermosura del extenso valle en que este pueblo se levanta. En esta situación, que es un punto dominante, se goza del espectáculo que ofrecen los inmensos viñedos que abrazan amorosamente á Jerez como manto de esperanzas ó de esmeraldas prolijamente pulidas, y las dehesas, pobladas de toda clase de rebaños. Entre éstos se distinguen con especialidad los tan justamente celebrados caballos andaluces, que hoy sobresalen como sobresalen en Miura los toros de pelea.

VI

La configuración del terreno, que presenta, en caprichosas ondulaciones, suaves colinas y graciosos oteros, da á este valle una semejanza muy acentuada al en que se hallan situados Clermont-Fer-rant (la cuna de Descartes), y el magnífico establecimiento balneario de Royat, á seis horas de París, en la antigua Auvergne, la que, como se sabe, es también una de las regiones más vinícolas de la Francia.

Se alza en nuestra memoria el recuerdo de Royat, porque solamente en él y en Jerez hemos podido admirar y aplaudir el ingenioso cuidado con que se atiende en esta Europa el cultivo de la vid, la que, agradecida, como si estuviera dotada de sensible y noble corazón, corresponde á tan exquisito tratamiento, produciendo mucho y muy bueno.

Cada una de esas plantas se halla, por decirlo así, en un hogar propio; pues se las determina y clasifica como si fuesen una vaca fina ó un hermoso potro.

Andando el tiempo, quizás se las bautice, á fin de que respondan, como cualquier fiel cristiano, cuando se las llame, ora inclinándose á la tierra, como la madre selva, ú ora encogiéndose ó dilatando sus ramas, como lo hacen los famosos cedros del Líbano, á la aproximación de cada una de las estaciones del año.

Desde esas colinas, se dominan también todos los alrededores de Jerez y se divisan las innumerables y coquetonas casitas de campo, que en ellos poseen los

opulentos, para solazarse en la época de los calores. Esas casitas parecen una cadena de nidos albisimos, formados poéticamente entre el follaje de la exuberante vegetación que envuelve al pueblo, como defendiéndolo de los ósculos ardientes de su sol casi tropical. Ellas recuerdan además las quintas que, en Montevideo, demarcan los límites de la ciudad, alzándose, no sólo en medio de un océano de verdura, sino en el seno de prados de flores, cuyos colores encendidos y raros, dan, á lo lejos, á esas quintas, el aspecto de una mansión novelesca, cual si fuesen proyecciones fantásticas de moradas pertenecientes á otros planetas.

VII

Siempre recordamos y recordaremos con gusto las bellas tardes que hemos disfrutado en estos dos valles, dignos de los elogios de Virgilio ; y sobre todo, tan á propósito para levantar el pensamiento hacia esás regiones misteriosas, que el deseo de perenne ventura, que nos trabaja durante esta triste existencia, dibuja, como suspendidas entre los espacios de los mundos, y como pobladas de celestiales criaturas, cuyo fin es derramar, en torno suyo, las vívidas palpitaciones de inocentes, eternos y dulcísimos placeres.

Pasar una tarde en el seno de esos viñedos, cuando ellos se encuentran en pleno desarrollo, es una verdadera delicia. Todo : el cielo, diáfano como una cortina de luz ; el ambiente, tibio y embalsamado por

los aromas especiales y característicos de esas plantas ; el trémulo balido de las ovejas, que pacen á no larga distancia ; las cristalinas corrientes que se deslizan como hilos de plata por entre los pies de aquella rica vegetación, comunicando á sus fibras, misterioso aliento ; las cruces de los campanarios vecinos, que desde ahí se divisan, presentados á los cielos, como el símbolo de esta nueva era que convirtió, en sus albores, un mundo de epicúreos en un mundo de monjes, y que soltó repentinamente la copa del festín, para empuñar el signo de la penitencia, á fin de obtener la bienaventuranza por medio de las maceraciones y el ayuno ; el toque místico de oraciones, que llama á los fieles á fervoroso recogimiento, trayéndonos en sus notas lastimeras el dulcísimo recuerdo de nuestro hogar y de nuestra madre, junto á la cual hemos elevado, á esa misma hora, nuestras infantiles plegarias, y ese murmullo, en fin, indefinible, como el ruido de inmensa colmena, que se percibe en las vecindades de una gran ciudad, y que el eco de las colinas repite en acentos incomprensibles, nos invitaba entonces á no sabemos qué extraña comunicación con el pasado que se nos escapa, envuelto en nuestros desengaños, y con ese porvenir, que tanto empeño gasta en entretener las penas del presente, dibujándonos con líneas indecisas y adulatoras, risueñas imágenes de goces desconocidos, siempre con afán soñados.

Estos, por decirlo así, repentinos desmayos de nuestro ser moral, esa especie de éxtasis en que de improviso caímos, ¿provenirían acaso (nos hemos preguntado muchas veces) de la especial naturaleza de esas plantas, que encierran en su seno y sienten correr por sus fibras el soplo de ese espíritu indefinible que, inoculado en el cerebro humano, modifica

tan profundamente nuestros centros nerviosos como si por medio de desconocida trasmigración ó rápida metempsicosis se hubiese cambiado nuestra alma, y con ese cambio hubiésemos borrado de nuestra memoria todos los dolores que ella tan desapiadadamente nos recuerda y nos refresca?

¿Qué lazo de poderosa simpatía nos acerca y nos estrecha á estas vides que, como si fueran ellas las únicas plantas inmortales, han resistido á todos los cambios que, minuto á minuto, se verifican en el infatigable laboratorio de la naturaleza y que, al parecer, son mantenidas para nuestro especial obsequio por una mano amiga qua vela en secreto por nuestro bienestar?

VIII

Nosotros, de ordinario, en poco pensamos. Apenas nos detenemos á examinar, de vez en cuando y á la carrera, las causas de las impresiones materiales que recibimos. Es necesario el enérgico y solemne llamamiento de la soledad, que concentra todos los jugos de la atención en una sola corriente, para que pongamos el oído á la voz augusta de la Naturaleza y para que nos penetremos de la lógica intensidad de los goces que Virgilio sentía estudiando las plantas que son útiles al hombre.

Solamente en viajes de este género, con los cuales abrimos un paréntesis á la obligada faena de los quehaceres á que nos consagramos, puede decirse hablando en general, por necesidad, y en los que nos es fácil entregarnos sin reserva en brazos de

nuestras inclinaciones y gustos favoritos, podemos y debemos conversar con expansiva franqueza y estrecha cordialidad, con todas estas inocentes existencias que incapaces de mentir y ajenas á las sugestiones del odio, de la envidia y del egoísmo, viven exclusivamente para nuestro recreo y para nuestra salud.

El hombre se engrandece, puede decirse así, en estos coloquios íntimos con la madre Naturaleza. Ella le muestra entonces su verdadera filiación y le reclama por lo tanto todo su cariño. El análisis de su organismo le dice, en tales horas, que, lejos de ser ajeno él á los elementos que constituyen á cuanto le rodea, es al contrario, él, el resumen de todo lo creado.

Por el fósforo y la cal de tus huesos, eres mineral, le dice ese análisis. Como yo, le dice el vegetal, necesitas de la luz, del aire y del agua. Naces, te desarrollas y te alimentas como nosotros, le repiten los mamíferos que por ahí podan con su agudo diente la fresca yerba.

Su pensamiento y su conciencia le dicen también á una, que él es el poeta y el cantor de la naturaleza; él, el geómetra de los espacios; él, el astrónomo de los cielos; él, el verbo del ser, y él, el sacerdote del sentimiento encargado de unir, en perpetua plegaria, la tierra con el infinito, y de alabar las maravillas de este universo insondable con los acentos de melodiosos himnos. Es entonces sólo cuando el hombre, entregado así á la absoluta influencia de la naturaleza que lo envuelve en su nube de misterios, que lo levanta sobre sus creaciones, para colocarlo en la cima de todas ellas, á la manera de esos dorados ángeles que coronan las soberbias cúpulas de los templos majestuosos que la religión eleva al Ser

Supremo, siente que el espíritu que anima su poderoso cerebro es parte del que se movía en las aguas durante el gran caos. Entonces solamente, como si por hilo mágico, escuchase la voz de otros hombres y las inspiraciones de otras conciencias, exclama alborozado desprendiéndose del peso de una horrible duda : *¡ es cierto ; yo soy inmortal !*

IX

En la noche del día siguiente al en que arribamos á esa ciudad, se representaba uno de los dramas de Echegaray en el mejor de los dos teatros con que ella cuenta. Estábamos solos, absolutamente solos, contra nuestra costumbre y nuestro deseo. Los alegres compañeros de Sevilla se habían separado de nosotros como las golondrinas á la aproximación del invierno. El vacío moral, el más terrible y el más angustiador de los vacíos, peor aún que el hambre y la sed; peor, mil veces peor que la pobreza monetaria, se había hecho repentinamente á nuestro derredor, como si hubiéramos cometido algún horrible delito.

No teníamos á quien comunicar las impresiones que recibíamos. Las ideas que en nuestro cerebro sentíamos agitarse como las burbujas de un caldero en ebullición, no hallaban la salida que proporciona esa válvula de placer y de bienestar que se llama un amigo íntimo, un allegado de nuestro corazón, un copartícipe benévolo, discreto y noblemente interesado en nuestras emociones.

Nunca hemos sentido, como entonces, los dolores de la soledad. El antiguo adagio español : *No me llores pobre, llórame solo*, fué sin duda hecho, nos decíamos, por alguno de esos infelices desterrados á la fuerza de la patria, ó por alguno de esos desterrados *voluntarios*, que se llaman turistas ó viajadores de placer, mucho más infelices por cierto que aquéllos si andan solos, como átomos desprendidos de su cuerpo social, vagando de pueblo en pueblo, de clima en clima, saltando de idea en idea, de sentimiento en sentimiento, sin poder ni siquiera estallar de desesperación.

No hay ninguna soledad comparable á la soledad de las grandes poblaciones. ¡Verse solo, aislado, mudo, en medio de millares de nuestros semejantes que hablan, que se ríen que se comunican, sin hacer de nosotros caso alguno, es, verdaderamente, un suplicio atroz!

El que quiera saber lo que es, lo que representa *el muerto vivo*, piérdase en el seno de una gran masa de gentes, en donde nadie le conozca ni le quiera conocer. Paséese por las salas de espera de los grandes teatros ó por las naves de los grandes templos en un día de procesión, ó por entre las filas de los grandes ejércitos que se hallan haciendo evoluciones de parada. La ausencia de todo rostro amigo en medio de tantas gentes; la completa abstracción que de él se hace por aquellas verdaderas corrientes humanas, que lo arrastran sin piedad ni consideración en todos sentidos, y el mutismo en que se concentrará entonces su espíritu, le dibujarán en el acto, con melancólicos colores, la imagen sombría de la soledad y del abandono en que dejamos al que la muerte ha quitado de la vereda de la vida; al que, para que no corrompa con sus miasmas el aire que

respiramos, hemos sepultado bajo unas cuantas paletadas de impermeable arcilla.

Por fortuna nuestra, no estábamos ese día ni en Londres ni en Berlín, en donde, por la carencia absoluta de relaciones, no habríamos podido hallarle término á semejante situación; no habríamos podido salir de lo hondo de ese sepulcro que forma *¡la soledad en medio de todos!*

X

Ya hemos dicho que, en España, la conversación franca, cordial y bien intencionada no se hace esperar mucho. En ella hasta los mudos hablarían, porque se les hablaría por señas.

En efecto, cuando terminó el primer acto de la pieza que se representaba, pedimos permiso al vecino para pasar hacia afuera de la línea en que estaba nuestra butaca; y él, en el acto, nos dijo:

— ¿Verdad, hombre, que es usted chileno?

— Sí, le contestamos. Pero, ¿cómo ha podido usted conocerlo?

— ¡Toma! En la voz, hombre. Ustedes hablan el español de una manera... quiero decir, con un tono y una pronunciación tan particulares, que se les conoce desde leguas.

« Yo, agregó, soy oriundo de este pueblo; me llamo Miguel Hurtado; tengo aquí mujer é hijos; vengo llegando de Buenos Aires, donde he ganado algunos

reales. Conque, hombre, puede usted disponer de mí como lo necesite. Mañana le mostraré á usted las bodegas del jerez y lo presentaré en mi casa... digo si usted no desea otra cosa, hombre.

Continuó hablándonos de Chile. Nos dijo que, en Buenos Aires, habia tenido oportunidad de tratar á algunos chilenos, con los cuales contrajo cordiales relaciones, y que por eso abrigaba por nuestro país una profunda simpatía.

Estimamos inoficioso decir que este conocimiento nos fué muy agradable y muy útil. Merced á él, visitamos á satisfacción las dos mayores bodegas que aquí existen del afamado vino jerezano.

XI

Á las siete de la mañana del siguiente día, nos avisó el mozo del hotel que nos aguardaba el señor Hurtado.

Un instante después, nos pusimos en marcha, camino de la plaza *mercado nuevo*, ó mejor dicho, *plaza del mercado por concluir*, y de la cual se muestran orgullosos, con razón, los habitantes; pues será ella un establecimiento bello, espaciosísimo, muy cómodo y trabajado según los planos del notable mercado de Barcelona, que pasa por el mejor de su especie en toda la península.

En seguida, nos encaminamos á las bodegas de vino, las cuales, según las instrucciones que recibimos de nuestro finísimo Cicerone, están divididas en

dos categorías : la *de los pequeños comerciantes*, ó sea la de las ventas al menudeo; y la *de los grandes almacenes de las ventas al por mayor*, en cuyos depósitos, admirablemente contruidos, se suelen guardar! ; hasta quince mil pipas de vino de todas clases y edades!

— Entre éstas, nos decía el señor Hurtado, sobresalen la de los señores condes de Bayona, la de Gorvey, la de Pemartin, la de Agreda y la de los señores González, Byas y C.^{ia} Estas dos últimas, agregó, son sin disputa las casas jefes y sin posible competencia. Han obtenido siempre los primeros premios en cuantas exposiciones se han presentado.

A ésta, la de los señores González y C.^{ia}, visitamos primeramente. Serían quizás las nueve de la mañana cuando á ella llegamos, en circunstancias que estaban en ejercicio sus diversas faenas.

XII

Centenares de obreros llenaban las galerías y anchísimos corredores que rodean los grandes patios del establecimiento. Unos aserraban y preparaban la madera con que se fabrican los fortísimos barriles en que se exporta el vino al extranjero; otros trabajaban los zunchos; aquéllos lavaban, etc., etc.

Nos hallábamos, con gran delicia de nuestro ánimo, en plena, alegre y bulliciosa colmena.

Seis poderosas máquinas á vapor mueven el mecanismo necesario á todas las operaciones de la casa.

Cuando hubimos recorrido todos los talleres y gran parte de la maquinaria, fuimos invitados á poner nuestra firma en un gran álbum ó registro de visitantes en el que se deja constancia de la nacionalidad de los que han conocido el establecimiento. Tuvimos el gusto de ver en ese registro, que nosotros no habíamos sido en aquel año (84) el solo chileno que hubiese visitado esa fábrica. No hacía mucho tiempo tampoco que don Alfonso, el duque de Sexto y doña Isabel, habían por ahí pasado también.

En seguida, cuando llenamos esa formalidad y dejamos constancia escrita ¡quién sabe para quiénes y para cuánto tiempo! de nuestra visita, recorrimos, con toda atención y con vivo interés :

1.º La *Bodega de los gigantes*, espaciosísimo subterráneo, en que se hacen las mezclas necesarias para dar al vino la calidad que se pide.

En ella vimos botas capaces de contener, según nos dijo el dueño de casa, ¡hasta tres mil y tantas arrobas!

2.º La bodega de *los Doce Apóstoles*, llamada así por contener doce inmensos toneles en los que se guardan los arquetipos de los vinos. Tienen volumen bastante para guardar cualquiera de ellos quizás 600 arrobas. De éstos, algunos se hallan dedicados, por fórmula, por deferente cortesía, á la ex-reina doña Isabel II, á don Alfonso y á otras altas personalidades; y,

3.º Por fin, la *Rotonda*, ó sea la gran bodega de extracción, cuyo techo es de hierro y de un gran costo. De ella se sacan los vinos que se exportan. Varias líneas férreas, convenientemente dispuestas hacen este servicio con notable desenfado y rapidez, dando á esa localidad el aspecto de una maestranza ó de una estación de ferrocarriles.

XIII

Cuando concluimos aquella instructiva y muy agradable visita, el amable señor dueño de casa, que en ella nos acompañó con exquisita galantería, de que conservaremos siempre grata memoria, nos hizo probar varios de los vinos guardados en los Doce Apóstoles.

A la verdad que, probando aquellos vinos, nos creíamos transportados al Asia, á los mejores tiempos de Baltazar y Sardanápalo ó á las báquicas fiestas de Alejandro y Antonio; á todos esos sitios, en una palabra, en que el poder del oro y los caprichos de la concupiscencia de los poderosos, han hecho brotar maravillas y fundir topacios y esmeraldas, para mezclarlos á las copas ya gastadas en los choques de la disipación y de la orgía.

El sol, que, en esos momentos, bañaba de lleno el sitio en que nos hallábamos, nos permitió admirar, en esos néctares, todos los tonos de la púrpura.

Bebimos un jerez de ¡ochenta años! color chocolate, un tanto grueso, con un sabor comparable, así muy débilmente, al lácrimacristi, el cual como emanación de los fuegos del Vesubio, en cuyas faldas abrasada nace, parece que se mantiene á una temperatura siempre tibia.

En seguida, vino el afamado jerez seco, color de paja clara. Por último, nos fueron ofrecidas como seis ú ocho clases intermediarias.

¡Qué hermosos néctares!

¡Cómo despiertan la admiración la pureza de sus tintes y lo cristalino de su esencia!

Se asemejaban á inmensos topacios líquidos aquellas copas llenas de generoso licor que, á la luz plena del sol de esa mañana, brillaban de un modo extraordinario. Otros nos hacían ver los suaves matices de la canela ó de la naranja. Cada cual se hacía notar por alguna particularidad. Uno, viéndolos, pensaba involuntariamente en aquellas risueñas bacantes que, ahogando las penas y las tristezas de la vida en el fondo de anchas copas, dormían en las faldas de las poéticas colinas de Grecia perpetuo sueño de embriaguez y de alegría.

Fué, por lo tanto, verdaderamente deliciosa aquella visita, en la que empleamos, á lo menos un par de horas y de la que salimos, para conservar de ella más grato recuerdo, con la cabeza fresca y las piernas seguras.

Es fama que muy pocos escapan al pago de lo que en estos establecimientos se llama : *el tributo de honor*.

Ello se comprende con mucha facilidad, desde que, por más parco que se sea, entre prueba y prueba, catar y catar, se bebe insensiblemente una buena dosis de aquellos seductores néctares.

Además, el dueño de casa convida de un modo muy fino é insinuante, á tales pruebas, y el natural deseo que el visitante tiene de aprovechar esa oportunidad, que puede serle quizás única para hacerse conocedor de tan celebrados vinos, auxilia naturalmente á la cariñosa invitación, la que, satisfecha aunque sea á medias, traiciona ordinariamente las fuerzas del cerebro.

Empero, en todo caso, se sale de esos sitios, que la alegría tiene tan seductores emisarios y pilas galvá-

nicas tan poderosas, con el semblante muy risueño.

Es preciso no olvidar que el único desayuno de ese día fué el famoso octogenario y sus simpáticos á láteres.

¡Un desayuno de tantas y tan sabrosas viandas líquidas!

En fin, el hecho fué que no hubo avería alguna y que, si la nave pudo comenzar á hacer agua, la saludable carena de un succulento almuerzo seco, y un bello paseo por el campo impidieron la fermentación de aquella levadura, capaz de alborotar la mente del mismo Baco.

En el trayecto nos decía nuestro cortés compañero que hoy se encuentra Jerez con su mercado notablemente abatido, á causa de que Inglarerra, que era la gran compradora de su vino, no lo pide ya sino en cantidades relativamente pequeñas.

Este atraso de Jerez se conoce cuando se visitan otras bodegas que las de los señores González y demás de su altura, en las cuales se perciben, á la primera ojeada, los signos de aquella sensible estagnación.

¡Así es todo, pues!

XIV

En la tarde de ese mismo día continuamos nuestro viaje á Cádiz; pero no sin despedirnos con todo cariño, por cierto, del gracioso pueblo que, al parecer, debe la causa de su aspecto siempre alegre, á las emanaciones de sus néctares, los cuales, desde el se-

no de los espaciosos vientres en que viven custodiados con severa vigilancia, se escapan, sin embargo, como geniecillos traviesos, para irradiarse, en ondas imperceptibles de aroma y de embriaguez, en la atmósfera constantemente azul y pura de estas latitudes.

Seríamos ingratos si no recordáramos aquí que, al señor Hurtado, debimos aún la atención de habernos hecho compañía hasta el tren y la de haberse impuesto la molestia de remitirnos una parte de nuestro equipaje, que no alcanzamos á llevar con nosotros, por inusitada premura de tiempo.

DE JEREZ Á CÁDIZ

I

Estamos ya en marcha directa hacia la célebre Cádiz.

La zona que de ella nos separa y que recorremos con marcha más bien pausada que rápida, se halla llena de sitios que no es posible mirar con indiferencia, pues la España posee en ellos, una parte considerable del asiento de su poder y de sus fuentes de riqueza.

En este trayecto está el puerto de Santa María, que hace viva y á veces feliz competencia á los vinos de Jerez, después de habérsela hecho, durante largo tiempo, á Cádiz en importancia. Además tiene él valiosas obras de canalización en el Guadalete.

Se halla también ahí *Puerto Real*, en el que existe el famoso dique de carena de López y C.^{ia}, cuyo modelo fué premiado en la última exposición universal. Este dique es completo; presta sus servicios á toda clase de vapores y transportes.

Se halla asimismo en este trayecto, *San Fernando*, que, como se sabe, es la principal defensa de Cádiz.

II

Nos resolvimos á pasar algunos días en este puerto de *San Fernando*; pues pensamos que no era posible que sacrificáramos á las fatigas de aquella excursión ya un tanto minuciosa y un tanto prolongada, el placer de visitar por unos días siquiera ese sitio, memorable por tantos títulos en la historia de España.

En consecuencia, hacia él nos dirigimos. Antes de abordarlo, fuimos muy agradablemente sorprendidos por la presencia de altísimas y anchas pirámides formadas artísticamente con blanca sal, que se extrae de una serie interminable de salinas, hechas por medio de canales superficiales que parten de *Puerto Real*. Estas salinas á la par que son unas de las más ricas fuentes de prosperidad de Andalucía, constituyen una enseñanza muy entretenida y útil para el viajador.

Nosotros habíamos visto algunas poco antes de penetrar al largo y último túnel que existe en la línea férrea de Lyon á Marsella; pero un trabajo tan bien dirigido como éste y que evidencia, en vista de su gran número de labores, la vasta escala de su desarrollo no lo habríamos ni siquiera soñado en España.

Aquellas pirámides prolijamente orientadas, y que se devuelven, como jugando, las luces y los colores

que en ellas proyectan los rayos solares y las vibraciones de las ondas marinas, dan á los lugares en que se levantan en grande cantidad, un aspecto fantástico.

Ellas, por virtud de esas extrañas conexiones del pasado y del presente; por virtud de esas reminiscencias históricas que vagan en nuestra memoria como ligeras siluetas de época remotas, despiertan repentinamente, pero con energia y viveza, el recuerdo de los inmensos colosos de Egipto, en cuya construcción de siglos, perecieron millares de infortunados; no por dilatar, como sucede con éstas, las fronteras de la industria, sino solamente, para satisfacer la altiva voluntad de esos Faraones, que quisieron dormir el sueño de la nada en fastuosas é imperecederas tumbas, como para dejar á su espalda, escrito con caracteres de tamañas proporciones, reto audaz á los furores implacables del tiempo y del olvido; como queriendo perpetuar, hasta en la muerte, el soberbio aislamiento de su vida.

III

Un majestuoso puente de tres arcadas cruza el brazo de mar que desemboca en la bahía de Cádiz y que es conocido con el nombre de *Sancti-Petri*.

A los pocos kilómetros de este puente se halla *San Fernando*. Este pueblecito forma con Cádiz la isla de León que, como es sabido, tiene forma triangular.

El puente de Suazo, que une esta isla puede de-

cirse al continente, es digno, en verdad, de ser admirado por todos los que gustan de las obras atrevidas con que el talento y el trabajo enorgullecen, á veces con demasiada razón, al hombre.

Este puente es de piedra, y, como el de cal y canto nuestro, reposa en cinco inmensas arcadas formando también esos espacios que nosotros llamamos ojos. Su longitud, hablando en sistema antiguo, el más comprensible aún para nuestra inmensa mayoría, digase lo que se quiera, es de tres cuadras y su ancho de catorce varas.

IV

No muy lejos, en fin, solitario y tétrico como el castillo de Santángelo de Roma, ó como *El castillo del Ovo* en Nápoles, se divisa la inexpugnable fortaleza de Sancti Petri, á la desembocadura del brazo de mar ó rio salado de este mismo nombre y á que acabamos de referirnos.

Las poderosas baterías de esta plaza militar y su aventajada posición estratégica, hacen que ella sea verdaderamente el baluarte más temible de la línea de defensa del puerto de Cádiz.

V

San Fernando es la residencia del capitán general y la capital del departamento marítimo de toda la

España. Él posee, como ya lo hemos dicho, el célebre observatorio astronómico que lleva su mismo nombre, y en donde los españoles toman el primer meridiano, así como los ingleses lo toman en Greenwich (cerca de Londres), los norte-americanos en Wáshington y los franceses en París.

Este observatorio está orgullosamente bien montado. La España ha invertido en él ingentes sumas á fin de ponerlo, como parece lo ha conseguido, al nivel de los mejor reputados de su especie en toda Europa.

VI

En la pequeña villa de San Carlos, distante de San Fernando como un cuarto de hora de coche, tiene España tres grandes establecimientos dignos de ser visitados con toda escrupulosidad. Nos referimos al *Colegio Naval Militar*, el *Panteón de marinos ilustres*, que se halla en ese colegio, y al *Cuartel de los Batallones*, capaz de dar alojamiento ; quién sabe si á cinco mil hombres !

Es muy imponente la portada del Panteón formada por severas columnas del orden compuesto.

En él palpitan gratisimas memorias de los héroes que, como Gravina y Churruca, han dado á la marina española el brillante renombre que la distingue en todo el mundo.

Así como en las espaciosas salas de los dux de Venecia, se ostentan cuadros conmemorativos de la nunca bien ponderada batalla de Lepanto, en la cual

italianos y españoles, al mando del bravo don Juan de Austria, hundieron para siempre en el seno del Adriático el insolente orgullo y la depresiva preponderancia de los turcos, en este museo se conserva, con religioso respeto, la imagen de Nuestra Señora del Rosario, que, en su cámara, llevaba aquel heroico y brillante capitán, y ante la cual postróse él de hinojos momentos antes de la lucha pidiendo al cielo prestase su invencible protección á las naciones cristianas, unidas en tan solemnes instantes por estrecho lazo de fe y de bravura.

VII

Después del observatorio, lo verdaderamente grande que tiene este puerto es el arsenal llamado *la Carraca*.

La Carraca es, en realidad, un arsenal de primer orden. Nosotros habíamos visitado algunos meses ha, con toda la detención que gasta un novicio que desea aprender, el célebre arsenal de Tolón y el establecimiento penal que en él existe, conocido con el nombre de *las Galeras*. En ese establecimiento, como se sabe, arma la Francia sus más poderosas naves de guerra, pues para ello cuenta con todos los medios de acción de que disponen en el día el arte y la ciencia.

Y bien, nos creemos autorizados para decir sin temor de ser desmentidos, que el arsenal de la Carraca no está en un nivel inferior al de Tolón.

Él, en efecto, contiene grandes diques, innumerables almacenes, talleres muy bien servidos, máquinas poderosas, fábricas, fundiciones; en una palabra, cuanto se necesita para construir todo género de buques.

Recordamos con toda viveza la impresión agradabilísima que produjeron en nuestro ánimo, entre otras cosas, sus talleres de calderería, los de herrería, los de arboladura, los de maquinaria y el de jarcias.

El segundo de esos talleres consta de cinco grandes naves ó secciones, capaces de contener centenares de obreros.

Este arsenal es además una verdadera ciudadela, pues posee extensos y cómodos cuarteles, un sinnúmero de oficinas, una parroquia y el presidio de *las Cuatro Torres*. En este presidio se hallan, de ordinario, trescientos detenidos, quienes, como los desventurados que viven en las galeras de Tolón, gastan toda su actividad en las duras tareas de un trabajo que pesa sobre ellos, no sólo como la pena bíblica impuesta al primer desliz del hombre, sino como la carga con que la sociedad los abruma para purificarlos de culpas posteriores y personales.

En cuanto al movimiento hidráulico, ya hemos dicho que tiene este arsenal tres grandes diques, capaces de recibir los buques de mayor tamaño. Inmediata á estos diques está la casa de bombas con máquinas poderosas.

VIII

Nos dijeron que este arsenal ha costado muy caro á la España, á causa de que su área, de ochocientos á novecientos mil metros cuadrados, está artificialmente formada sobre estacas.

Este gran espacio es casi una verdadera península. Por el lado del mar, se llega á él por un puente de barcas semejante al que, en Colonia, se halla sobre el Rhin, comunicando las dos grandes partes en que esta ciudad se divide.

Nunca olvidaremos la sorpresa que tuvimos un buen día en que íbamos cruzando el tal puente de Colonia, al ser vigorosa y repentinamente detenidos por uno de sus guardianes.

Tratando de investigar la causa de ese procedimiento, vimos que toda la gente corría hacia los extremos del puente como huyendo de un serio é inesperado peligro. No hablábamos palabra de alemán. Ninguno de los vecinos conocía el francés. Paciencia, nos dijimos, y observemos.

En breves instantes quedamos tranquilos, pues comenzamos á ver que el puente se abría medio á medio para dar paso á una embarcación que, rápidamente, se aproximaba por el norte. Una vez que ello tuvo lugar, nuestro buen puente, ó mejor dicho, larga y segura calzada, volvió á unirse con cierto aire imponente, y los detenidos pudimos continuar tranquilos nuestra interrumpida marcha.

Algo de parecido pasa en este puente de la Ca-

rraca : ¿ quiere entrar ó salir alguna nave ? sus arcos e abren y dividen como los anillos de una serpiente para recuperar pronto su primitiva figura.

Así pues, España debe vivir orgullosa de su arsenal que sin duda alguna, la coloca hoy en cuanto á facilidades de construcciones marítimas, en la categoría de las otras grandes naciones.

Ella se ha penetrado ya del gran valor de este establecimiento ; pues le presta todo género de atenciones.

Decimos esto, porque se nos ha informado de que había cometido la gran culpa de descuidarlo, por lo que estuvo á punto de arruinarse. Si esa desidia hubiese continuado, en verdad que España no se habría puesto á la altura de las previsoras miras de Carlos III, á quien ella debe esta valiosa construcción.

IX

¿ Por qué no confesar, con sincera ingenuidad, que todo esto que hemos descrito así, á vuelo de pájaro, descifrando, como si fueran jeroglíficos, nuestros propios apuntes de viaje hechos á la carrera y, las más de las veces, con mala pluma, rebelde lápiz ó blanquecina tinta, nos alegraba extraordinariamente el ánimo ?

Nos parecía que todo eso era nuestro y que nos hallábamos en pleno Chile, satisfechos y envanecidos de poseer tan valiosos establecimientos.

¿ Dónde está este decantado atraso de la España ?

nos preguntábamos. En nuestro derredor sólo veíamos objetos que nos la presentaban poderosa, previosora, activa, estudiosa y agradecida.

La veíamos, en efecto, ora encorvada en las faenas de la industria, elaborando vinos exquisitos, sales que son buscadas con afán por todos los mercados; ora construyendo diques, puentes, canales y buques; ora á los espacios celestes, alzada la mente en severa y prolija observación, pegados los ojos á los potentes telescopios é instrumentos de su célebre observatorio astronómico, como buscando en aquellos misteriosos abismos de luz y de éter la estrella que iluminó la época de su inmenso poderío ó las almas de los genios que, en tiempos más felices, ciñeron á su sien gloriosa diadema; ora acumulando dulces memorias en su panteón de marinos ilustres, como la Inglaterra lo hace en su abadía de Wetsmínster; ú ora, sentada en grato descanso, en reparador sosiego, sobre las cureñas de sus cañones ó en la trompa de sus máquinas de guerra.

Todo eso, pues, que contemplábamos con alborozo, es un testimonio irrefutable de que España sacude ya de sus párpados el polvo secular de lamentable estagnación y que marcha adelante con paso marcial y seguro.

En fin, satisfecho que fué el vivo deseo que teníamos de visitar estas innegables grandezas de España, nos encaminamos directamente á Cádiz, para pasar desde allí al solitario peñón de Gibraltar.

CÁDIZ

I

A medida que avanzábamos hacia esta ciudad, que guarda para nosotros, los americanos del sud, recuerdos tan numerosos como importantes, nos trasportábamos, en espíritu, á la memorable fecha de 1810.

Todos los grandes acontecimientos de que esa ciudad fué teatro durante esos años de terrible prueba, á que fueron sometidos el patriotismo y el valor ibéricos, desfilaban en conjunto por nuestra memoria.

La escuela en que se nos enseñaron las causas mediatas de nuestra emancipación, ligada tan íntimamente á la historia de Cádiz en la ya citada fecha; los alegres compañeros junto á los cuales se deslizaron para nosotros aquellas felices edades; nuestra primera junta de gobierno; la venerable figura de don Mateo de Toro y Zambrano, nuestro primer presidente nacional, y la varonil, inteligente y mañosa redacción del acta en que se adhirió Chile á los pro-

cedimientos de las provincias españolas que, al santo grito de ¡ Viva la Independencia ! en Cádiz reunieron sus cortes generales y en Cádiz promulgaron su Constitución de 1812, tomaban en nuestra mente formas vivas y coloridas.

El generoso grito de democracia que lanzó la Francia en medio de la monárquica Europa, por la voz poderosa del más elocuente de sus tribunos; el eco de la santísima y benéfica predicación hecha por Rousseau en su *Origen de la desigualdad entre los hombres*; y el murmullo de espanto que promoviera el formulario trazado por la lógica incontrastable de Sieyès, dando á las muchedumbres, en vivificante comunión, los principios de libertad, igualdad y fraternidad, resonaban entonces también en nuestros oídos como, si acercándonos fuéramos, por virtud de misterioso hechizo, á las plazas y las avenidas repletas de inquietas multitudes; como si estuviéramos delante de los palacios y de las asambleas á que subían, en incontenible reflujó, las mareas de la nueva era; como si nos hallásemos viendo agitarse, en las espumas de aquellas olas humanas, embravecidas por el azote de tan terrible huracán, las justísimas exigencias de los pueblos, que despertaban al llamamiento de sus filósofos y tribunos, que sacudían, con aparatosa energía, la carga secular de infame despotismo y que, á los cadalsos llevaban en orgiástica procesión, á los mayores que, durante siglos, habían medido sus espaldas con el látigo de vergonzosa servidumbre.

II

Todos esos recuerdos hervían en el fondo de nuestra memoria, porque de todo eso se derivó nuestra actual independencia; porque ésta, á semejanza de los grandes ríos, que atraviesan lechos de fango y de espinas antes de echarse en el seno vivificador del océano, atravesó también, antes de convertirse en fecunda realidad para nosotros, los sangrientos campos de batalla, abiertos por la idea redentora del 93, y los surcos de supercherías políticas, abiertos en los infortunios domésticos de Carlos IV, por los desvergonzados ardides del gran capitán de los tiempos modernos.

Todos esas imágenes tomaban en nuestra mente formas tan coloridas, porque los principios regeneradores de la revolución del 89, desprendidos de las proféticas y valientes predicaciones de Voltaire, Montesquieu y Rousseau, como risueña alborada del derecho moderno, como epacta del nuevo calendario político y civil de las naciones, habían llegado también á las apartadas playas del nuevo mundo, cual chispas escapadas del seno de aquella inmensa hoguera de justicia y de redención, para encender aquí también los corazones y para producir aquí también, el fermento de patriótico heroísmo que, al estallar en Chacabuco, Maipo, Ayacucho y Junín, rompió, para siempre, las ligaduras que á España nos ataban en depresivo servilismo.

En el confuso laberinto de aquellos recuerdos leja-

nos, veíamos, casi sin enfado, la audaz invasión de Napoleón I en esta tierra que, confiada y caballescresca, le abrió de par en par las puertas de sus fronteras, á fin de que pasase á pedir á Portugal urgentes desagravios. Se nos dibujaban, en alto relieve, las sombrías líneas de ese engaño imperdonable; porque él, en virtud de las misteriosas combinaciones con que á veces se enlazan el mal y el bien, fué una de las causas á que sin duda alguna debe Chile más directamente su presente autonomía.

Sin esos irritantes atropellos á la moral y al derecho de las naciones, que llenan desgraciadamente la mayor parte de las páginas de la historia de ese genio de la guerra, es posible, pensábamos, que nosotros estuviésemos aún bajo el duro yugo de la conquista.

Por otra parte, esa ciudad de Cádiz, que pronto íbamos á conocer, y que soportó durante años, dolorosos infortunios con la varonil resistencia que despliega el que combate por la libertad de su patria, nos presentaba, en anchos horizontes, á plena luz, las incomprensibles contradicciones y los olvidos inexplicables en que la humanidad incurre á cada paso, como si el bello ideal de virtud absoluta y de absoluta igualdad natural encendido en nuestra conciencia con los primeros albores de la razón, no fuese sino pintada figura de papel, ó fuego fatuo, ó ridículas combinaciones de términos cabalísticos, acomodaticios á las necesidades y á los intereses del momento, ó vistoso traje de polichinela, destinado solamente para engañar á los necios, tomando á préstamo de vil engaño, los nobles y generosos colores de la santa libertad y del imprescriptible derecho del hombre.

Decimos esto, porque veíamos entonces, con dolor,

que España, después de haber barrido de su territorio las huestes invasoras tremolando la altiva bandera que lleva entre sus pliegues, escrito con la sangre de cien batallas, el lema de la dignidad humana, se haya mostrado sorda, sin embargo, á los lastimeros clamores de la desventurada Cuba, que atada permanece para escarnio del presente siglo y de su embustera rectitud, al mismo poste en que nosotros gemimos, hasta el día *en que fué necesario el gran crimen de Napoleón I*, para que abriésemos con él, á guisa de llave ganzúa, las puertas de nuestro largo cautiverio.

III

En fin, ya hemos dicho que esta España se halla poblada de recuerdos inmortales; y á la verdad, que ella los guarda para nosotros especialmente, podemos decir, en cada una de las piedras de su hermosa Andalucía.

Parece que si nos viésemos en la necesidad de quitarle la parte de su territorio que más intimamente la liga á sus ex-colonias americanas, deberíamos, por cierto, escoger sin vacilar aquella región.

En Andalucía, en efecto, se encuentran el modelo de nuestras ciudades y las más hondas raíces de nuestra estirpe y de nuestra raza; nuestras costumbres y nuestros alimentos, nuestro clima y nuestro cielo.

De sus puertos salió la mayor parte de las expediciones de descubrimiento y de conquista; á ella se

enlaza la historia de nuestra emancipación; en sus espaciosos y célebres archivos, se guardan los documentos que se refieren á nuestra existencia política y civil, hasta mucho después que nuestros padres nos redimieron con su sangre; los nombres de sus montañas, ríos y capitales palpitan en la epopeya de nuestra independencia.

Todo lo de esta risueña zona andaluza, en una palabra, á Chile recuerda y á Chile se une, en ese consorcio indisoluble que forman el entroncamiento natural y político, la historia y la leyenda.

Por esto, cuando atravesábamos aquellas regiones de las que tantas veces habíamos hablado en nuestra niñez, y sobre las cuales habíamos concebido caprichosas ideas, viéndolas sólo al través de nuestra fantasía, según la naturaleza de los acontecimientos que estudiábamos, sentíamos llena la memoria con los recuerdos de todas esas ya lejanas impresiones de la adolescencia.

¿Qué chileno podría pasar indiferente por aquellas latitudes, trasunto, en su mayor parte, de nuestra propia patria?

¿Quién visita sin emoción los sitios en que se han deslizado nuestros primeros años, aun cuando ellos no ofrezcan por sí solos atractivos de ningún género?

¿Cuál de nosotros podría entonces acercarse á Cádiz por la primera vez, sin sentirse vivamente impresionado, siendo que hemos, por decirlo así, aprendido á leer, deletreando su nombre?

Por lo que á nosotros toca, confesamos ingenuamente que, perdidos en el laberinto de las vagas reminiscencias que acabamos de insinuar, llegamos á esa Cádiz que, como Numancia y Zaragoza, ocupa sitio preferente en los hechos de armas de que España vive con razón orgullosa y satisfecha.

IV

Llegamos á ella en día domingo y en las postrimerías de la tarde, lo que nos permitió verla, desde su estación de ferrocarriles hasta su graciosísima plaza de Méndez Núñez, completamente llena de juventud, de vida y de alegría.

¡Qué espléndida nos pareció esta ciudad, formada por edificios alineados en calles, que nada tienen que envidiar, por lo rectas y bien formadas, á los trazados de un tablero de ajedrez, y que se hallan abrazados por balcones salientes, pintados de verde por fuera, y cubiertos de cortinas lacres por dentro y guarnecidos de altísimas vidrieras que, á la luz del sol poniente ya, parecían inmensos collares de brillantes engarzados á colosales cadenas de esmeraldas!

Esta ciudad, que sólo se halla unida al continente, como lo dejamos dicho, por una angostísima lengua de tierra, parece, á la distancia, un inmenso cisne dormido en las espumas del Mediterráneo y atado á lejana jaula, por una cinta de plata.

V

Cádiz ha sido trazado á riguroso cordel.

Sus edificios, en general imponentes y valiosos,

son quizás los más altos de España. Carecen de esos coquetones patios de las casas de Sevilla y de Córdoba.

En cambio, todos terminan en extensas azoteas, sobre las cuales se elevan graciosísimos miradores que sirven de plazas aéreas á los habitantes de este pueblo en las calorosas noches del estío.

Por fuera, en toda la extensión del segundo de los tres ó cuatro pisos de que se componen, los resguardan del sol, de la lluvia ó del aire, anchos balcones formados por bastidores de vidrios corredizos hacia arriba, tras los cuales, se divisan maceteros de todas clases de encendidas flores y cortinas elegantísimas rojas ó purpurinas.

Esos bastidores, pintados de verde, dan á las casas un aspecto tan agradable y tan atrayente, que uno no puede apartar de ellos la vista, especialmente en los primeros días.

En las tardes, cuando el sol comienza á refrescar su cabellera de luz y de fuego en las azulísimas aguas del Mediterráneo que, con todo amor abraza á Cádiz, se pliegan esas cortinas, se alzan esos bastidores y, centenares de las beldades de este pueblo, por *Fenicia* y por *Cartago* fundado, asoman, por entre selvas de flores y de verduras, su graciosísima y hechizadora faz.

VI

Desde su grandioso muelle, en que hierven marineros de todas las nacionalidades del orbe, en que se ven, como en viva exposición, todos los trajes y todos

los caprichos de la moda, en el cual grupos de curiosos pasan una gran parte del día sentados á la fresca sombra que proyectan las grandes columnas, sobremontadas de estatuas que lo decoran, hasta los inexpugnables fuertes de Santa Catalina, San Lorenzo, San Fernando y San Sebastián, en los cuales duermen el sueño de la paz, innumerables y poderosísimos cañones que, á lo lejos, parecen tigres asiáticos en escrupuloso acecho, Cádiz está repleta de actividad y de comercio.

Millares de fábricas, elaboradoras de tejidos de hilo, de lana, de algodón, de joyas, de espléndidos guantes, etc., etc., elevan los respiradores de sus máquinas y de sus chimeneas por entre los hermosos miradores que coronan los edificios, y dan testimonio de que ella se levanta del lecho de pereza y de inacción en que la ha mantenido la preponderancia de Barcelona, de Valencia y de Málaga.

VII

El sitio, desde el cual puede dominarse á esta ciudad en una sola ojeada es la torre del Vigia. Ella se eleva en el centro casi de la ciudad, á una altura de cuarenta y tantos metros sobre el nivel del mar. Desde su cima, se presenta Cádiz en todos sus múltiples y encantadores detalles.

Desde ese levantado punto de mira, en el cual uno se imagina hallarse en la barquilla de un globo aerostático, desprendido en lo absoluto de la ciu-

dad, se puede apreciar al desnudo la belleza y la gracia de este pueblo.

Arriba, divisáis un cielo siempre azul, iluminado por un sol espléndido, quizás el más hermoso de toda la Andalucía; abajo, un mar anchísimo reflejando ese cielo y ese sol como bruñido espejo veneciano, y meciendo las miles de embarcaciones que á Portugal, á la Inglaterra, á la Holanda, á las costas occidentales de Francia y á las del norte de Alemania, á la Italia, al África, á Marsella, mantienen en perpetua comunicación de progreso y de comercio, y además el albisimo y risueño caserío envuelto en un manto de eterna verdura, que dibuja largas avenidas, alegres sitios de recreo y extensísimas y numerosas plazas.

VIII

Estas plazas se hallan, ó en el mismo centro de la población como la de Méndez Núñez, la de Alfonso XII y la de Mina, ó asomándose á la mar, como la de Apodaca, y la de las Delicias, ó en fin, distribuidas en sitios intermedios, como la de la Constitución, la de doña Isabel II y la de la Merced.

La plaza de Mina está embellecida por fantásticas glorietas, una fuente rústica y una docena de estatuas de algún mérito artístico.

La de las Delicias, llamada también « el Paseo », á causa de su gran extensión, tiene un bello jardín y un invernadero.

En la de la Constitución hay cuatro grandes esta-

tuas que representan á Baco, á Diana, á Venus y á Jano. La de doña Isabel II está sombreada por frondosos laureles de la India, y la de la Merced presenta un bonito jardín y un alegre parque.

IX

Espaciando la vista más allá de esas plazas, se ve que todo ese gracioso conjunto de rectísimas calles, de altos y albos edificios, de plazas extensas y de higiénicos paseos, se encuentra dentro de una cintura de poderosas baterías y de dos líneas concéntricas de grandes rocas gráníticas que manifiestan la voluntad de la naturaleza de hacer á Cádiz un puerto inexpugnable á los furores del hombre y á las bravezas del Océano.

En lontananza, como los lejos de este cuadro plástico, se dibujan entre blanquísimas brumas, los caseríos de los pueblecitos de Santa María, La Ronda, San Fernando, como asimismo la Carraca y las cumbres de San Cristóbal.

Finalmente, la rotonda de la vieja catedral y la flaca armadura de la plaza de toros, trabajada de madera en improvisada faena para festejar á doña Isabel II, completan aquel panorama, cuya belleza compensa con usura esa pequeña fatiga que impone el ascenso á la célebre torre del Vigía.

X

En la noche del segundo día de nuestra permanencia en este pueblo, tuvimos el gusto de recibir la visita de nuestro amigo don José Luis Borgoño Maroto, aquí criado y por consiguiente, muy conocedor de la localidad.

En tan amable y tan grata compañía de amigo, de compatriota y de colega de profesión, conocimos los dos grandes teatros de esta ciudad, el *Principal*, construido según dicen á fines del siglo XVII, feo y pesado, y el Gran Teatro, que tiene ya unos diez ó doce años, y que es de gran capacidad, suntuoso, bello y acústico.

Él, para esta población que no sube de setenta mil habitantes, es espacioso. En su platea, cabrán cerca de dos mil personas. Ahí vimos representar el *Sueño de un malvado* á nuestro antiguo conocido el célebre artista Tamayo y Baus, que arrancaba entonces de sus compatriotas aplausos tan calorosos, como los que nosotros tuvimos el gusto de darle, en tantas ocasiones, en nuestro fastuoso coliseo.

Visitamos después los teatrillos en que el pueblo se entretiene noche á noche, tomando café, bebiendo manzanilla ó jerez y bailando el ya descrito flamenco.

En todas estas reuniones, hay por lo general respeto, orden y muy pocos ebrios; pero sí mucha algarazara, mucha animación, mucha vida.

Esta existencia de puerto, y de puerto grande é

importante, forma notable contraste con la de las ciudades mediterráneas, en las cuales, aun cuando se pasa también alegremente la noche, bailan menos las clases trabajadoras y se ocupan más de política. ¡ De esta política que, en España, anda en la atmósfera como si fuese uno de sus componentes necesarios !

XI

En fin, como coronamiento de las minuciosas exploraciones hechas en este pueblo, que une á la majestad de los treinta y cuatro siglos de vida que cuenta (fué fundada con el nombre de Gadir por los fenicios, allá por los años de 1500 antes de J. C.) el exquisito atractivo de sus bellísimas hijas, nos dimos á reconocer sus escuelas y algunas de sus casas de beneficencia, pues ella sobresale entre los pueblos de España por su amor muy generosamente pronunciado á la misericordia y á la instrucción.

Es raro, de veras, que una ciudad poco populosa como ésta, relativamente á las otras grandes capitales de España y de Europa, posea, sin embargo, numerosos y ricos establecimientos de caridad, artes, ciencias é instrucción primaria.

Confesamos con franqueza, que hemos gastado particular empeño en conocer, sobre todo, esta última clase de establecimientos, por cuanto queríamos darnos cuenta de si es exacto que la España se halla en el estado de atraso intelectual en que se la pinta por lo general.

Felizmente, el estudio que de ello hemos hecho y las fatigas que nos hemos impuesto persiguiendo este propósito, nos han llevado al ánimo el convencimiento de que, los que así se expresan no han visitado esta nación con escrupulosidad, ó se han dejado á lo menos seducir por afirmaciones ligeras, ó, ¡ quién sabe ! si mal inspiradas.

Esta verdad aparecerá más de relieve cuando nos llegue la hora de hacer cálculos generales sobre los teatros, las escuelas, las academias y los círculos literarios, las bibliotecas y los museos con que ella cuenta.

Entonces veremos si la elocuencia seca é irrefutable de la exposición matemática, hace enmudecer la voz de la ignorancia ó de la malquerencia.

XII

Decíamos que Cádiz no nos ha llamado tanto la atención por sus bellezas, como por sus evidentes manifestaciones de desarrollo y preponderancia intelectuales.

Y ello es justo ; pues esta ciudad de sólo setenta mil habitantes, como dejamos indicado más arriba, tiene ¡ cuatro bibliotecas públicas ! de las que , *la Provincial*, que es la primera, cuenta con *treinta á cuarenta mil volúmenes*. Posee también otras muchas bibliotecas particulares, entre las que sobresalen la del eminente escritor don Alfonso de Castro, la del señor don Pedro Ibáñez Pacheco y la del señor Zurita y Rubio.

Tiene una *Academia de Bellas Artes*, una *Facultad de Medicina y Cirugia*, una *Escuela Especial de Bellas Artes*, un *Jardin Botánico*, una *Escuela Normal de Preceptores*, un *Instituto de Segunda Enseñanza*, una *Academia Filarmónica*, una *Asociación de Escritores y Artistas*, la *Real Academia Gaditana de Ciencias y Letras*, y una cátedra de historia y arte, que en este país, sobre todo, presta á la arqueología importantísimos servicios.

XIII

Ella posee, asimismo, valiosísimas colecciones de pinturas, que son solicitadas con vivo afán por los extranjeros entendidos y estudiosos. La mayor parte de esas telas ha salido de los pinceles de Herrera, Goya, el Tintoreto, Morales, Rivera y Murillo.

Este excelso artista, tan justamente célebre en el mundo entero, contrajo en esta ciudad la dolencia que lo llevó al sepulcro.

Se hallaba pintando *el Desposorio de santa Catalina con el niño Jesús* en el frontis del altar mayor del templo de Santa Catalina; y, cuando más embebecido estaba dando los últimos toques á esa su *postrera producción*, ceden repentinamente, sin causa averiguada aún, los altos andamios de madera en que se encontraba y sufrió la feroz caída, de cuyas resultados dejó de existir algún tiempo después.

No hay nadie en Cádiz que no conozca aquel bellísimo cuadro que, como si fuese una entidad moral, parece se empeña en retener en sus colores la luz del

espléndido rayo de genio que vivió chisporroteando en el cerebro de su eminente autor.

Hay en Cádiz muy numerosas obras de este artista, pues él tuvo durante largo tiempo ahí su residencia.

XIV

Hemos dicho también que Cádiz es otro de los pueblos que en España sobresale por su inclinación caritativa, y es la verdad. Él posee innumerables casas de beneficencia, cómodos hospitales; y, en todas partes, y por cualquier desgraciado accidente, se muestra uno de los primeros en acudir al socorro del desvalido ó del que sufre.

Esta tendencia generosa de su ser la hace por cierto doblemente simpática al extranjero á quienes obliga á guardar de ella acentuado recuerdo.

Nosotros tenemos particular gusto en hacer presente aquí que, al dejar su hospitalario suelo, en el cual rivalizan la gracia, la belleza, el bien y el trabajo, sentimos honda pena. Tenemos particular gusto en decir, al cerrar este croquis de los dulcísimos recuerdos que de ella guardamos y guardaremos con cariño, que no tememos ser desmentidos por nadie, asegurando que España entera debe enorgullecerse de poseer tal ciudad, porque es indudable que con orgullo debe exhibirse un pueblo tan histórico, tan bello, tan poético y tan valiente.

DE CÁDIZ Á GIBRALTAR

I

Quisimos partir en día domingo, justamente á los quince días de nuestro arribo á Cádiz.

Empero, tropezamos con el inconveniente, bien grave por cierto, de que no había vapor para ese día y que las diligencias, que hacen también como aquéllos la carrera entre este puerto y el de Algeciras, se hallaban ya repletas de pasajeros.

¡Qué hacer! Esperar habría sido sin duda lo más prudente; pero, ¡esperar cuando se ha hecho el ánimo de partir! esperar cuando se tiene todo arreglado para el viaje, cuando se sueña con las mil otras atrayentes novedades que nos aguardan, es desesperar!

Por fortuna, tanto razonamos con el empresario de las diligencias, que conseguimos un asiento en una de las que estaban al marcharse; pero allá arriba, en el pescante, como á tres metros de tierra, junto al cochero.

Á las cinco de la mañana nos pusimos en rápida marcha, y comenzamos á recorrer la histórica senda que á Gibraltar conduce.

Nos saboreábamos de antemano con los placeres que íbamos á recibir. Dibujábamos ya á nuestro antojo, todos los sitios que en ese camino existen, poblados de recuerdos y de leyendas. Nuestra imaginación los resucitaba, por decirlo así, sacándolos de su pasado y vistiéndolos con los frescos colores con que el dramaturgo y el novelista los presentan y los entregan á la enseñanza y admiración de la juventud.

Sin embargo, como nunca dejará de realizarse el vulgar aforismo *el hombre propone y Dios dispone*, la verdad fué que aquella marcha estuvo más bien preñada de molestias y de inconvenientes, que de bienestares.

Figúrense ustedes, que aquel camino estaba intransitable, á causa de haber llovido el día anterior y quizás principalmente, á causa de que la autoridad, (á lo que parecía á primera vista) lo mantiene en un reprensible abandono.

Á uno y otro lado de aquel camino público, había dos zanjas profundas, que semejaban inmensas tarascas, abiertas por voraz apetito, como si estuviesen buscando nuestras piernas ó nuestros brazos. En el centro, se elevaba un lomo de toro disparejo, que, en vez de facilitar la marcha, la obstruía, pues estaba cortado de trecho en trecho por montones de cascajo, que nos obligaban á soportar incómodos y peligrosos vaivenes.

Y como si todo esto no fuera bastante á poner á prueba nuestra paciencia, íbamos tan estrechos en aquel alto pescante, que sólo por un milagro de equilibrio, nos manteníamos en él, y merced también á las fuertes correas con que veníamos, por decirlo así,

atados, las que nos defendían del inminente peligro en que nos hallábamos á cada paso, de irnos de repente limpiécitos al suelo de bruces.

Además, uno de los *personajes* que iban con nosotros en el famosopescante, formando aquella voluntaria cadena de presos, era persona de trato muy ordinario, aun cuando á primera vista no lo parecía.

Aquel prójimo tenía el propósito manifiesto de quedar un poco más cómodo, desembarazándose de alguno de nosotros, y no ahorra medio por indigno que fuera para satisfacer sus deseos.

Iba, según dijo, á Algeciras con el fin de trabajar por el gobierno en las elecciones de diputados á Cortes que Cánovas acababa de preparar. Con este motivo no dejó denuestro guardado contra la oposición; lo que levantaba verdaderas tempestades de groserías y de violentas escenas, que sólo eran interrumpidas por los vaivenes de nuestra diligencia que llegaba á gemir bajo su enorme carga y sobre aquel endemoniado camino que la infeliz recorría con penosísimo esfuerzo.

Si aquel hombre no hubiese sido tan grosero, y si en sus polémicas, no hubiese ofendido tan repugnantemente la decencia y la cortesía, aquello habría sido, en verdad, para reventar de risa.

¡Qué cuadro!

—No sea usted bruto, hombre, exclamaba lleno de cólera el famoso polemista.

—Y usted, alcanzaba á decirle el contendor, no sea... ¡¡ayyy!!

En un vaivén de la diligencia se habían cortado los tiros, y los caballos se habían estrellado casi de cabeza en el lomo de toro, sacudiendo de lo lindo nuestra pobre humanidad; por lo cual no pudo concluir su

frase este último señor, que recibió de su vecino un feroz cabezazo.

Arreglábanse aquellos tiros. Nosotros teníamos que abandonar el transporte mientras tanto, y hacer *¡á pie!* por sobre un lodo fresco y espeso una caminata de catorce ó veinte cuadras.

Nueva subida á la ya compuesta diligencia; nueva polémica; nueva cortadura de tiros; nuevo discurso; nueva caminata.

— ¿Hasta cuándo, señores, exclamó uno, friegan estos tíos?

Se refería al cochero y al postillón.

— ¡Por Cristo! contestó otro, parece, hombre, que usted no viviese en España. Mientras no venga Zorrilla ninguna de estas cosas marchará bien.

— ¡Sí! que venga no más ese bergante, saltó diciendo un tercero, y lo pondremos en la viuda.

— ¿Qué es eso de viuda? preguntamos á un vecino.

— La horca, hombre; ¿de dónde viene usted?

II

Así, de este modo tan incómodo, sin tener tiempo ni voluntad de fijarnos en nada, llegamos á *Vejer de la Frontera*, pequeña aldea de cinco ó seis mil habitantes á lo que parecía; y que arranca su nombre de la elevada situación topográfica que ocupa.

Se halla en la cima de una colina, desde la cual se domina el valle y se goza de un bellissimo panorama.

Aquel poblacho, que vive como los de las mon-

tañas suizas entre vegetación exuberante, acusa desde lejos su afición á la agricultura.

En él almorzamos y en él nos detuvimos como unos tres cuartos de hora.

Á contar desde este sitio, el camino se hizo más suave y nuestra diligencia quedó más liviana ; pues algunos de los anteriores compañeros se quedaron en él.

Nos fué permitido hasta cambiar de asiento, con lo cual el espíritu pudo ya entregarse sin reserva al examen de lo que se iba presentando.

Pudimos ver que, en general, ese camino no es importante. Sus horizontes están incómodamente limitados por un cordón de colinas agrestes, que nada ofrecen de curioso.

En todas partes, se nota algo de melancólico y no sabemos qué de perezoso y de flojo.

Á nuestra derecha, llevábamos el África, á la que creíamos divisar, al través de la bruma y de la ya no gran distancia por cierto que de nosotros la separaba.

Luego después cruzamos el *Salado*, feo riachuelo ; pero célebre, según nos decían los vecinos, porque en sus orillas don Alfonso XI arrolló á cerca de medio millón de sarracenos.

— No es posible, señor, que esa cifra pueda ser exacta, observamos á nuestro informante.

— ¿Cómo que no, hombre? nos replicó, si don Alfonso trajo aquí como un millón de combatientes.

— ¡Un millón!... La España no los ha presentado jamás en batalla campal, le dijimos.

— Es que el señor es andaluz, nos dijo otro al oído. Los andulaces tienen fama de exagerados.

III

Esta conversación fué interrumpida por la presencia de *Tarifa*, es decir, por la presencia de esa ciudad que inmortalizó el célebre don Alfonso Pérez de Guzmán, cuyas hazañas y heroico comportamiento en la defensa de esta plaza fuerte, le merecieron el honrosísimo apodo de *Guzmán el Bueno*, con el cual pasó á la vida inmortal de la historia y de la leyenda.

Misteriosa influencia del bien y de la virtud, de los grandes hechos y de los nobles sacrificios, nos decíamos, ¿sois por acaso una existencia viva y palpitante como la nuestra? ¿Qué secreto hechizo de irresistible atracción se agita en tu carnadura?

¿Por qué, puedes tú, que no tienes palabra, hacerte oír hasta en los más apartados confines del tiempo y de la distancia? ¿Quién te ha dado á ti, que eres incorpórea, músculos tan poderosos, que pueden mover con sacudimientos tan enérgicos todo nuestro ser?

Tú, que no puedes vestir de verdura los campos, ni levantar un palacio, ni hacer una tela, ni arrancar de las montañas una sola piedra, ¿cómo, sin embargo, nos haces mirar con embebecimiento los llanos más agrestes y las ruinas más solitarias? ¿Cómo cubres con lienzos inmortales los panteones y los museos y animas el yerto mármol y la estúpida arcilla?

¿Qué hay de divino en tu esencia, que puede mantener á perpetua luz lo más oscuro que en esta vida conocemos, el sepulcro y el pasado?

Eso pensábamos delante de los antiquísimos muros de *Tarifa*, hoy reducidos á una grietosa muralla.

En su cima se mantiene aún en pie aquella fortaleza desde la cual Guzmán arrojó su propia espada para que se consumase como la leyenda lo asegura el horrible sacrificio, que todo el mundo conoce. En ella se agita como espléndido faro moral que desafía á la ingratitud y al olvido, la memoria de ese Guzmán que, al immortalizarse con el heroico sacrificio hecho en la persona del hijo predilecto de su corazón y de su hogar, y al rendir así á su patria el tributo más doloroso y más improbo que pudiera ofrecerle, envolvió á *Tarifa* en los pliegues de su propio manto de gloria inmarcesible.

¿Quién, que haya leído alguna vez la historia de ese sacrificio, y hallándose en presencia del mismo sitio en que él se verificó, no sentiría revivir en su imaginación todos los detalles de aquella luctuosísima escena?

IV

Nosotros cerramos los ojos para evocarla ; y con la energía que presta á los recuerdos lejanos la concentración del espíritu, surgieron aún casi completos del fondo de nuestra memoria, aquellos pasmosos hechos de heroísmo y de bravura.

Veíamos arriba la fortaleza cristiana, erguida sobre el potente muro, como león que, tranquilo y despreciativo, contempla, desde lo alto de fortísima encina, la hambrienta jauría que lo provoca y que

lo sitia. Abajo, en la llanura, divisábamos las innumerables huestes sarracenas, comandadas por Abén-Jacob, extendiéndose en múltiples y formidables líneas de cerco y de ataque.

Oíamos el alentador clarín de los combates. Las corvas cimitarras, el relincho de los briosísimos caballos árabes, los pendones de la cruz y de la media luna al aire desplegados en son de lucha sin cuartel, completaban el conjunto.

¡Con cuánta fidelidad nos recordaba entonces la memoria, cuando estábamos delante de aquellos mismos históricos sitios, las hermosas estrofas que el célebre poeta don Nicolás de Moratín ha puesto en boca de *Guzmán*, cuando, forzado á responder; ora al reto incalificable y monstruoso que recibió de Abén-Jacob colocándolo entre su patria y su hijo, ú ora á los doloridos acentos de su esposa, le da contestaciones verdaderamente espartanas, jamás desmentidas por ningún historiador en lo que respecta al fondo.

V

¿Se acuerda el lector de todo esto? ¿Cómo no ha de tener presente la *Comedia del Colegio*? ¿Cómo ha de haber olvidado al juvenil compañero, que, en dicha comedia, trataba de imitar el rostro fiero de Abén-Jacob, ó al otro á quien, por buen mozo, le tocó en suerte el papel de doña María, la infortunada madre del pobre don Pedro, el único hijo de Guzmán?

Nosotros lo tenemos á la vista. Ahí está Guzmán el Bueno, más acá doña María, allá lejos, el infante rodeado por los moros.

Tendrá que ser sin duda inmortal esta estrofa de Moratin, puesta en los labios de Guzmán, cuando doña María, entre sollozos y lágrimas, le pide de rodillas que *entregue á Tarifa porque viva su hijo* :

¡Ah pundonor y lealtad de España,
Que tal se le aconseje! No es posible;
Lo escucho, y no lo creo. Heroicas almas
Del gran Fernán González, de Bernardo,
Rodrigo el Campeador, Bustos y Vargas,
Alzad de vuestras tumbas do reposan
Las cabezas de lauros coronadas,
Veréis cuánta mancilla en la española
Nobleza cabe ya; *ya se propone,*
Que se entregue la tierra que ganasteis
Con vuestra sangre, afanes y sudores,
Por salvar solo a un joven temerario.
¿Y yo lo escucho? ¿y esta infamia había
A mi familia el cielo reservado?
¿Si á sus maridos tal traición dirían
Las Jimenas, Violantes y las Sanchas?
¡Qué pena! Vuelve en ti, doña María
Hernández Coronel, mira los triunfos
De tu heroico linaje; no amancilles
Tanto timbre y victoria esclarecida.
La vida sin virtud, ¿acaso es vida?
Lo que es preciso es justo, no hay remedio.

En la vida inmortal de la historia, que confunde á todos los héroes en una sola familia, dándoles por patria la humanidad y entregando sus hazañas á la admiración y al respeto de todos, el recuerdo de uno de ellos se presenta siempre eslabonado íntimamente al de la mayor parte, así como se enlazan y confunden, en vívidas irradiaciones, las chispas de una hoguera y los rayos de un centro luminoso.

Por esto, la presencia de Tarifa nos evocó incontinenti, la imagen arrobadora de los celestes lagos de Suiza, en cuyas poéticas orillas vive perennemente bendecida, á la sombra de bosque secular y sacro, la dulcísima memoria de Guillermo Tell, quien aunque no tuvo la desventura de ver morir al hijo amado, demostró, sin embargo, que no estaba menos dispuesto que Guzmán á redimir á su patria sacrificándose también en bíblico holocausto.

VI

Por fin, dejando á un lado una pequeña isla, en que se eleva un alto faro, se llega al puerto de Algeciras. Este pueblecito es insignificante por su población y por su rango militar; se halla completamente abierto á todos los vientos. Es además pobre como pueblo agricultor. En cambio, su posición topográfica es bellísima.

Está situado á la desembocadura de un gracioso riachuelo que llaman *la Miel*, y está dominado por alturas desde las cuales se mide toda una vasta bahía, llamada también, en esa parte, bahía de Algeciras.

Sus casas por lo general, son muy bajas, y tienen guarnecidas sus ventanas por poderosas rejas de fierro que recuerdan las que aun existen en muchas de las antiguas nuestras.

Preguntamos la razón de esta extraña medida precautoria que quita indudablemente á los edificios

gracia y ligereza, dándoles el aspecto de pequeñas cárceles, y nos dijeron que los ladrones abundan por los alrededores.

Nos detuvimos en este pueblo sólo una noche y una mañana. En la tarde del siguiente día de nuestro arribo á él, tomamos un vaporcito ó gran lancha, que hace la carrera á Gibraltar, al que nos encaminamos por fin directamente, llenos de alegría y de curiosidad.

GIBRALTAR

I

Cuando ya era corta la distancia que de ese enorme peñón nos separaba, íbamos viéndolo diseñarse en toda su imponente majestad.

Nos parecía un león inmenso dejándose mecer por las mansas y azules aguas del estrecho. Salo, aislado en aquella extremidad de la península ibérica, sin pertenecer á ninguna cadena de montañas, como nuestra Santa Lucía, parece, en realidad, un trozo apagado de algún astro que, en época inmemorial, se hubiese abierto por espantoso estallido.

La altura de esta roca plutónica de duro granito es de 425 metros, ó de 15,000 pies.

Se eleva á pico, sobre una verdadera llanura. Este contraste es lo que hace tan misteriosa su presencia y tan difícil de explicar su origen.

Ella parece un atalaya titánico encargado solamente de dominar aquel estrecho, que fué el temido

confín del mundo antiguo, y por cuyas aguas pasaron, durante siglos, las codiciadas riquezas del oriente.

¿Quién no recuerda, en presencia de este monolito fabricado por la caprichosa mano de la naturaleza, la célebre expedición de los argonautas y la afirmación mitológica que asegura que este estrecho fué abierto por el invencible Hércules?

Sólo así, mitológicamente, se explica tal fenómeno aquel que no posee los conocimientos necesarios para entenderlo á la luz de la ciencia, haciéndonos considerar dicha roca como el resultado de la violenta ruptura de un itsmo que, al abrirse, levantó ese promontorio, llamado por eso, en aquellas felices edades de inocente credulidad, una columna de Hércules.

Solamente de esta extraña manera, puede comprender el observador que desea darse cuenta cabal y razón científica de las cosas, que los antiguos eran más astutos de lo que nosotros los suponemos. Ellos, en defecto del auxilio con que contamos, y merced al cual ya no existe ni puede existir el misterio en ninguna de las esferas del pensamiento, del arte ó de la ciencia, recurrian á su mitología, y con ella dejaban satisfechos á los más incrédulos, y resueltos con toda sencillez y naturalidad los más arduos problemas geológicos ó físicos.

Por otra parte, el curioso origen de esta roca no es lo único que la rodea de una atmósfera de misterioso interés. Su posición entre los confines de la Europa y enfrente de las costas del África, á la cual parece que vigila con particular empeño, contribuye también en mucho, á que se la mire con respeto.

II

A la población de Gibraltar, que es colonia inglesa como todo el mundo sabe, no se entra sino con un permiso que se concede por veinticuatro horas, salvo que el visitante se dé á conocer de las autoridades por personas caracterizadas, en cuyo caso se le da un pasaporte por ocho días. En ella solamente los ingleses pueden adquirir propiedades, y los extranjeros no pueden domiciliarse sino por el tiempo máximo de cuarenta años.

Nosotros buscamos á nuestro cónsul, señor Abrines; y él, con exquisita amabilidad, nos obtuvo esta segunda concesión.

Empero, sólo hicimos uso de ella por tres días, durante los cuales, como debe presumirse, nos ocupamos en recorrer, de arriba á abajo, aquella ciudad *sui generis*, sometida á perpetuo estado de sitio.

La población, ó mejor dicho el área que ocupa la colonia inglesa, es pequeña. Esta área tiene la figura de un trapecio limitado al norte por una dilatada y ancha carretera, y al sur, oriente y poniente, por el estrecho y por algunos villorrios españoles.

Se halla visiblemente dividida en dos partes: una plana completamente, y la otra el peñón sólo. Aquella cuenta una población de treinta mil habitantes más ó menos, y tiene largas y rectas calles, aunque estrechas, que corren en sentido paralelo á la base del peñón. Están estas calles completamente llenas de grandes almacenes y de negocios al menudeo.

En ellas se ven, en extraña algarabía, á los moros de la vecina ciudad de Tánger; á una multitud de judíos; á los *seis mil* soldados ingleses que componen la guarnición y que se visten con trajes encarnados, idénticos á los que llevan los guardianes de la famosa Torre de Londres; á los comerciantes de los vinos de Málaga y Jerez; en fin, á toda esa masa de población inglesa que constituye la base de la colonia.

Los moros y los judíos, que libremente viven en ella, están con sus vestuarios originales, lo que da más interés al pueblecito.

Los árabes ganan la vida vendiendo ricos perfumes y hermosísimas vistas del África.

¡Qué extrañas impresiones hace sentir aquella población que súbitamente nos trasporta de la risueña Andalucía á la melancólica región de los hombres de color ó á las rígidas ciudades de la Gran Bretaña!

Aquel cambio brusco y siempre inesperado para el que va por primera vez de España á Gibraltar, es inexplicable. Nos parecía que éramos víctimas de uno de esos sueños fantásticos de Julio Verne, durante los cuales ha hecho este novelista sus célebres viajes imaginarios.

La sorpresa de Segismundo cuando abrió repentinamente los ojos en la regia sala de un palacio, siendo que acababa de cerrarlos dentro de los fríos y desaseados muros de su prisión, no fué quizás mucho más grande que la que nosotros tuvimos al encontrarnos así, de manos á boca, en plena Inglaterra, como por medio de un salto mortal, cuando traíamos llena nuestra memoria con todas las impresiones recogidas en la bella y alegre Andalucía.

III

La vida de esta plaza militar es muy monótona.

Ella no presenta sino la imagen de un perpetuo temor. Las minuciosas precauciones que aquí se toman á todas horas, más que rigorista disciplina militar, parecen las zozobras de una conciencia trabajada por hondos remordimientos.

En cuanto amanece, comienzan los marciales acentos de la diana. Durante el día, los seis mil hombres que componen la guarnición se presentan en todas partes: ya en lo alto de las almenas de observación, ya haciendo ejercicio en las plazas erizadas de poderosísimos cañones, ó ya en las laderas del fortísimo peñón.

Los llamamientos bélicos, los cambios de guardia, el relucir de las bruñidas armas es la tarea cotidiana.

Á las siete de la tarde, un cañonazo anuncia que las puertas de la ciudad quedan cerradas para todos.

Es indispensable ponerse al abrigo de una sorpresa cualquiera. Los bulliciosos villorrios que viven en los alrededores, cantando y bailando, pueden, como *Harmodio* y *Aristogitón*, traer oculto el puñal bajo la rama de mirto.

¡Qué nueva y qué curiosa es semejante existencia para los que, como nosotros especialmente, sólo hemos vivido en medio de las alegres y dulces faenas de la paz, dejando enmohecerse el arma fratricida en los rincones de nuestros cuarteles y usando sólo la

barreta y el arado, para abrir, con aquélla los heridos del cimiento en que ha de levantarse el edificio de una escuela ó de una fábrica, y con éste el surco en que entregamos á la generosa acción de los jugos de la tierra el grano de trigo ó de maíz !

IV

Decíamos que esta ciudadela militar se halla dividida en dos grandes partes : la plana, donde está la población, que es de estilo completamente inglés, y el famoso peñón, que se halla unido al continente por una estrecha y larguísima vía carretera.

Si aquélla es imponente y sombría, éste lo es mil veces, un millón de veces más. Él se halla erizado de cañones en sus lomos y en sus flancos. Sus durísimas entrañas de *roca viva*, están perforadas y abiertas en todos sentidos. En ellas se han trabajado calles, bóvedas, plazas, laberintos como los de Creta y de Troya, en los cuales poderosísimas baterías giratorias asoman su boca de fuego á las risueñas y frescas aguas del estrecho y á la carretera que desde el continente viene.

El humorístico populacho que bautiza todo lo imponente y todo lo grave con nombres y denominaciones chuscas, llama á estas baterías *los Dientes de la Vieja*.

Visitando este peñón, se comprende que la España ha desistido muy razonablemente del empeño natural de conquistarlo ; y se comprende asimismo, el fra-

caso que experimentó la flota que, bajo las órdenes del conde de Artois, más tarde Carlos X, atacó esta fortaleza en 1779.

¿Quién podría tomarla? Nosotros no lo comprendemos. Ni el *Dándalo* ni el *Duilio*, reputados hoy como las más poderosas naves de guerra, podrían ni siquiera rasguñar con sus colosales proyectiles la epidermis á la espesísima coraza de granito que defiende estas fuertes baterías.

¿Cómo podría abordarse esta mole colosal, delante de la que las más grandes fragatas de guerra parecen débiles moscas?

¿Sitiándola por hambre y por falta de municiones? ¿Quién la sitiaria, siendo que la Inglaterra es la señora temida de los mares?

Se sabe además que podría resistir durante años con sólo lo que tiene en almacenes. La Inglaterra emplea ingentes sumas en la manutención de esta plaza, cuya defensa se halla confiada nada menos que á un lord, que se llama el lord gobernador y que gana por año treinta mil pesos fuertes. — Los fuegos de estas baterías cruzan y dominan toda la latitud del estrecho como rayos vomitados por los misteriosos senos de las tempestades eléctricas.

V

El ascenso al peñón se hace á lomo de asno. Hay un empresario que se ocupa de alquilarlos por un peso fuerte. No se le podría subir fácilmente á pie, pues él está cortado á pico.

El panorama de que se goza en sus cimas es verdaderamente espléndido sobre toda comparación, especialmente en la mañana, hora en que nosotros lo visitamos.

Ya hemos dicho que esta roca se parece á un inmenso león. Pues bien, desde la parte que llamaremos su melena, divisa el observador los altos caseríos de San Roque y Algeciras, los que bajo la bóveda de un cielo siempre azul y á orillas de un mar siempre sereno, parecen nidos de palomas ó de cisnes entregados á una perpetua alegría.

Más allá, al frente, se destacan como conos de innumerables volcanes, las misteriosas costas del África : Ceuta, Tánger, Tetuán y Melilla desde ahí se divisan y hasta ahí se proyectan.

VI

No sabemos por qué esta África nos ha impresionado siempre de un modo particular. Todo lo que hemos leído con relación á ella nos parece una leyenda de lejanos planetas.

La trágica historia de su Numidia y de su Cartago; sus creencias religiosas; su famoso oráculo de Amón; sus supersticiones; su sol abrasador y brillante y su cielo siempre claro, produciendo, sin embargo, por extraña aberración de las irradiaciones luminosas, los seres de color más oscuro, se agitaban entonces en nuestra mente como personajes de la linterna mágica.

¿Por qué no fuimos á esa tierra en que viven y en que palpitan tan importantes tradiciones, en la cual corre aún el misterioso Nilo por los feraces valles del Egipto que según Herodoto, era un don de sus bienhechoras creces?

No sabríamos decirlo. Un viaje ¡al Africa! á esa tierra ignea como si fuera una braza del globo, era uno de nuestros más enérgicos deseos. Todo lo habíamos preparado para satisfacerlo, y para exclamar como César al pisar su suelo: *Africa, te tengo en mis brazos*; sin embargo, por uno de esos cambios caprichosos y bruscos que las fatigas de un largo viaje naturalmente imponen, no salvamos ese angosto estrecho que, cual si fuera una línea, apenas de ella nos separaba, y al través del cual la divisábamos envuelta en el manto de los vivísimos é inmortales recuerdos entre cuyos pliegues duerme hoy como el Asia, su antigua émula, el sueño del olvido y oculta las lágrimas y las tristezas de su decadencia ya de siglos.

VII

Desde la alta cima de aquel promontorio, solos con nuestro pensamiento y dominando en una ojeada histórica las múltiples transiciones por que ha pasado ese continente, creíamos verlo agitándose como en los tiempos en que Cartago á estrechas dependencias sujetaba, con sus inmensas legiones de mercenarios, á las comarcas circunvecinas, y encendía, con su creciente preponderancia en el corazón de Roma, la

llama voraz de los celos y de los temores que originaron las sangrientas guerras púnicas.

Como si estuviésemos bajo la influencia de un vértigo ó de un síncope, nos sentamos sobre aquella fría roca ; y cerrando los ojos á toda visión material, dilatáronse los horizontes de nuestra memoria hasta confundir el pasado con el presente en un solo meridiano, al que se asomaron con toda viveza, con el calor y las palpitaciones de lo que vemos, de lo que cerca de nosotros se anima y respira, todas esas comarcas que formaron el orgulloso mundo antiguo.

Las aguas del mar que, calladamente besaban los pies del altísimo peñón, bañan también casi todas sus playas como estrechándolos á la materia por un lazo de mareas, después de haberlos estrechado en la historia por un anillo de íntimos y de comunes recuerdos.

Divisábamos esos países como, en callada y recogida meditación, se divisan las fisonomías, los trajes y hasta los ademanes de los seres que hemos conocido : y oíamos sus voces, como se oyen resonar, por misteriosa repercusión de la eternidad ó del sepulcro, los acentos de los que hemos querido y de los que hemos amado.

Allá, á nuestra izquierda, dejando atrás á Chipre, á Malta y al temido estrecho de Scila y de Caribdes, á unos cuantos días de marcha solamente, alzábase *Ninive* á la sombra de los inmensos bosques de la Mesopotamia, en la región en que el Tigris y el Eufrates confunden sus fertilizadoras corrientes para echarse unidos por estrecho abrazo, en el ancho golfo de la Persia. Bajo sus muros invencibles, defendidos por innumerables torres, divisábamos á Nino, su primer monarca, disciplinando los dos millones de hombres con que sometió á la Bactriana.

Babilonia, fundada por esa Semíramis que, como larva de una diosa, en las rocas del Libano nació, se agitaba presa de una fiebre devoradora de progreso primero y de placeres después, extendiendo los límites de su poderío y gobierno hastas los confines de la Armenia y de la Etiopía.

Sentíamos los murmullos de las corrientes de su Eufrates, cruzado por puentes de un millar de metros de longitud. Admirábamos el inmenso estanque destinado á recibir durante semanas las aguas de aquel anchísimo río. Creíamos tocar con nuestras manos, como las aves tocaban con su pico, las figuras de peces y de cuadrúpedos que, esculpidos en alto relieve en sus muros que encerraron la inmensa ciudad, protegiéndola de todo ataque, representaban á lo vivo á la naturaleza. El templo de Belo, con sus ocho torres sucesivas y en orden ascendente; su mesa de oro y su colosal estatua de Júpiter del mismo metal, colocados en la rica peana del altar de oro macizo, también se presentaban á nuestra mente como el símbolo de la aventajada civilización á que llegara ese país.

Más acá, veíamos á Tiro, riéndose de los esfuerzos que Solmanazar empleó en vano para conquistarlo, y que, no teniendo nada que esperar ni nada que temer de los pueblos circunvecinos, y divisando á su frente, en toda su longitud, la sábana líquida del Mediterráneo como inmensa puerta abierta á la actividad y á la riqueza, la cubría con una inmensa red de mercantiles bajeles.

Jerusalén escuchaba, bajo el follaje de sus cedros, ó sentada sobre las tibias arenas del Jordán, la inspirada voz de sus profetas, quienes, ora le hablaban de la gloria y del Mesías, ora la llamaban á la concordia y á la fe, ú ora le anunciaban terribles calamidades.

El Egipto, cual avaro repugnante, mostrábase en su sombrío régimen teocrático, guardando sigilosamente del pueblo, bajo el manto de Iris y de Osiris y en las líneas de sus misteriosos jeroglíficos, la espléndida luz con que la India iluminó sus horizontes en especial preferencia, acercándolo á su mitología, inoculándole la savia de su ser y haciéndole copiar en sus códigos las leyes que dividían á la sociedad en castas encargadas de transmitir de padres á hijos las mismas costumbres y las mismas profesiones, como si éstas fuesen una facción de la cara ó una cualidad moral.

La Grecia, más acá aún, animaba mármoles y lienzos inmortales con el cincel de Fidias y el pincel de Apeles. Sus filósofos cambiaban la moral y los cultos y abrian, con la palabra poderosa de Sócrates, de Platón y de Aristóteles, honda tumba al politeísmo, para permitir ancho y franco paso á la idea concéntrica de la unidad de Dios, como símbolo de la unidad de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero en el arte, en la ciencia y en el pensamiento.

Los inmortales acentos de Demóstenes, de Foción y de Pericles promulgaban los santos principios de libertad y de igualdad. Esquilo nos enseñaba, en la sublime entereza de su *Prometeo encadenado*, el emblema de la libertad moral que debe sobrevivir en el hombre, aun en medio de los más espantosos cataclismos y de los más agudos tormentos.

Aristófanes, como hierro candente, como fuego purificador, censuraba, en sus cáusticas y burlonas comedias, las faltas del gobierno, las intrigas de los ambiciosos, la incapacidad de los generales, la venalidad de los jueces y la necia credulidad de las muchedumbres.

Herodoto, Tucídides y Jenefonte echaban los ci-

mientos de la historia contando al pueblo, aquél, en conferencias públicas, cuanto había en el mundo sucedido, y éstos, narrándoles á su vez, en estilo inimitable, las sangrientas guerras del Peloponeso y la gloriosa retirada de los Diez Mil.

Pindaro, desde lo alto de su solio, ceñida á la frente la corona de laurel, arrancaba á su lira las notas más dulces y á su garganta las voces más armoniosas, inmortalizando con ellas, en las plácidas alegrías de los juegos nacionales, á los que habían merecido bien de la patria, ora salvándola de un gran peligro ú ora enriqueciéndola con los dones de una poderosa inteligencia ó de un grande y virtuoso corazón.

Veíamos, en fin, arruinarse aquellos pueblos y aquellas civilizaciones bajo las patas de los caballos de combate. Filipo les abría honda y mortal herida en el desnudo pecho con las largas picas de sus falanges; y Alejandro Magno, transportaba, poco más tarde, sus libros, sus estatuas, sus cuadros, las piedras de sus templos y las imágenes de sus dioses, á la ciudad que para su glorificación trazó, en el setentrion del África, con su espada siempre vencedora.

Esa *Alejandro*, tan admirablemente orientada entre el Asia y la Europa, recibía como ancho golfo todas las corrientes que el comercio y la civilización de aquellos inmensos continentes habían abierto en época no lejana. En el extensísimo edificio de su Museo, destinado á alimentar á costa del Estado, á los sabios y á los literatos, Licofrón escribía la guerra de Troya en su poema titulado *Casandra*; Apolonio de Rodas celebraba, en *Las Argonáuticas*, la expedición hecha en busca del vellocino de oro; Arato de Solos, en su poema didáctico *Los Fenómenos y las*

Señales, trazaba en místico y poético lenguaje el curso de los astros en el cielo y el destino de los hombres en la tierra; Luciano se burlaba, en estilo elegante y esmerado, de la avaricia de los viejos, de los chascos de los buscadores de herencia, del énfasis de los retóricos y de la arrogancia altanera de los filósofos; y el apóstata Juliano, en fin, pretendía en vano ahogar, en la red de inaceptables sofismas, el espíritu del cristianismo naciente y comunicar el calor de la vida al politeísmo que agonizaba.

De ese modo, como si estuviésemos muellemente reclinados en la cómoda butaca de un inmenso teatro, presenciando una representación alegórica, desfilaban todos esos pueblos que, como el hombre, han descrito una órbita más ó menos dilatada, pero fatal, entre esos dos extremos de la existencia humana: la cuna y el sepulcro.

Así, veíamos también que Alejandría no tardó mucho en desaparecer, retorciéndose en el lecho de llamas que los califas árabes encendieron á sus plantas con los volúmenes de su soberbia biblioteca.

Roma, por último, apareció en el fondo de aquel cuadro de grandeza y de muerte como la heredera testamentaria de todas las pasadas edades, como colosal puente tendido por Dios entre el Oriente y el Occidente, entre el mundo antiguo que agonizaba y el mundo cristiano que nacía bajo los albores del ensangrentado calvario.

Aquella gigantesca visión histórica en la que tan á lo vivo tomaron cuerpo y forma los pueblos que se han transmitido sucesivamente el depósito de la civilización, nos representaba á ésta como lo unico inmortal, como lo único destinado á rejuvenecer perpetuamente, corriendo de altar en altar, muriendo y

resucitando como el dios Vichnou, ó levantándose como el fénix de su lecho de cenizas, ó remontándose como Ícaro á beber nueva luz y nueva vida en el disco eterno de la esencia de la idea.

VIII

Las voces de los extranjeros que, como nosotros, visitaban también esa fortaleza, nos arrancaron súbitamente de aquella alucinación histórica y nos devolvieron de nuevo á la España y á Gibraltar.

Las personas que así nos despertaron de aquel sueño de Escipión, eran un austriaco y un parisiense. Se aproximaban ya mucho á nuestro sitio, entretenidos en contemplar la bahía y buscando, con el auxilio de un poderoso antejo, el célebre cabo de Trafalgar. Hablaban en francés. Muy luego nos asociamos á ellos, y cambiamos esos saludos y cortesías, naturales en encuentros de esta clase, en los que, antes que todo, nos presentan el traje, la maletilla de mano, el sucio guante de gamuza, el sombrerito de paño, medio descolorido, y la facha característica que los turistas toman aunque sean un gentleman ó un dandy refinados.

En esa asociación de accidente, tuvimos oportunidad de refrescar las memorias que guardamos de la terrible y sangrienta batalla de Trafalgar, en la que, como es sabido, el almirante inglés Horacio Nelson con sólo veintidós navíos, batió completamente, el 21 de octubre de 1805, á los treinta y dos de que

constaban las escuadras aliadas de España y de Francia.

Uno de esos improvisados compañeros, monsieur Jean Lousinot, quien al parecer, era más entendido que su amigo, le decía, señalándole á lo lejos una especie de promontorio :

— Desde aquel sitio hasta aquel otro, Villeneuve extendió en cerca de una legua de largo, su línea de ataque, á pesar de las observaciones de Gravina, el almirante de la flota de España y á pesar de lo tempestuoso que estaba el mar.

Nelson, continuó diciéndole, aprovechando hábilmente aquella torpeza indisculpable del almirante francés, dividió sus navíos en dos columnas compactas, que se lanzaban como una avalancha invencible, como un ángulo de fuego, sobre uno, dos ó tres á lo más, de los navíos contrarios, los que, por la inmensa distancia á que se hallaban unos de otros, y por la acción separatista de la tempestad que se desencadenó terrible durante el combate, no podían auxiliarse, ni mucho menos resistir el empuje de aquel enemigo, cinco veces superior en número y poder.

I X

La conversación se convirtió muy luego en general. Cada uno de nosotros hizo mérito de lo que sabía respecto de esta inmortal acción de armas en la que, si bien es cierto que la España fué reducida hasta hoy á la impotencia en el mar, no es verdad menor

que sus marinos se cubrieron en ella de gloria inmarcesible, por la sin igual bravura que todos sin excepción demostraron.

¿Cómo no habríamos de haber recordado con admiración y placer en semejantes momentos, aquella sencillísima y varonil arenga que el gran Nelson dirigió entonces á su tropa? ¿Cómo habríamos podido dejar de ver que esa arenga, en virtud de las misteriosas repercusiones que ligán, en secreta cadena, las grandes almas de los héroes, fué, en el fondo, dada por segunda vez en las aguas de Iquique por novel capitán y en horas en que, con ella, no podían alentarse los bríos del corazón, hasta pretender se obtuviera una victoria imposible, sino, á lo más, se la tuviese como fórmula de ofrecimiento espontáneo de la vida, como fórmula de holocausto sublime presentado á la bandera de la patria?

¿Quién, que haya visitado aunque sea una sola vez á Londres, no recordaría en tales momentos, la impo-
nentísima columna en que la Inglaterra ha esculpido, en los mismos broncees quitados por Nelson á los enemigos, cada una de las palabras de esa arenga?

— Yo cierro los ojos, nos decía monsieur Lousinot, y la veo en la plancha oriente del monumento. Distingo, agregaba, hasta el tamaño de sus letras que, desde lejos permiten leer con toda facilidad : *La Inglaterra espera que cada cual cumpla hoy con su deber.*

Recordamos entonces asimismo, la desesperación del infeliz Villeneuveque, tomado sobre el puente del *Bizontauro*, se quitó desesperado la vida, expiando así, heroicamente también, su imprevisión y su derrota.

Por fin, la imagen del bravo Gravina, allí á su vez, se presentaba, desangrándose por la mortal herida

que recibió casi en las postrimerías del combate y comunicando, no obstante, sus órdenes como si nada le ocurriese.

X

El bellissimo grupo en bronce llamado *Gloria victis*, con el cual el célebre artista francés Mercier, ha inmortalizado á los vencidos por abrumadora fuerza mayor, y en el que se ve á la Gloria atravesar el campo de los vencedores mirándolos con desdén, y llevando con amor sobre sus hombros, el cadáver de un guerrero, que en el campo cayó peleando como un león cercado por todas partes, es quizás la representación más apropiada que de Gravina y de Churruca pudiera la España hacer.

¡Qué bello es ese grupo de Mercier!

Nosotros lo vimos en París.— Una mujer joven y bellissima representa á la Gloria; sus vestidos y su manto están plegados enérgicamente hacia atrás por las brisas que ella va de frente recibiendo; marcha de prisa dando la cara á los vencedores (que no aparecen en el grupo de bronce sino en la imaginación de la alegoría) y mirándolos con ceño tan severo, que claro les dice: *Sois unos cobardes*.

Sobre el hombro izquierdo lleva el cadáver de un oficial de veinte años, de un adolescente; pero ese adolescente fué un héroe. Murió como Bayardo, peleando contra enemigos invencibles por el número. Su cabeza y su brazo izquierdo hacia la espalda de la Gloria caen como si fuesen un estandarte destrozado;

en su mano derecha, aun tibia, conserva la mitad de su espada, rota en titánica lucha. La belleza de la juventud y la majestad del heroísmo resplandecen en aquella frente empalidecida por la muerte.

XI

Por más bárbara y por más inhumana que consideremos á la guerra, la verdad es que ella nos suministra, más que cualquiera otra de la manifestación del poder y de la audacia del hombre, motivos y causas para reflexionar en el fenómeno de cuánto puede ese sentimiento que llamamos honor, sobre el miedo instintivo é invencible que tenemos á la muerte.

Cuando uno se halla en presencia de esos grandes teatros en que ella ha desplegado todos sus terribles atavíos; cuando uno siente que se mueven, por decirlo así, bajo nuestras plantas, las osamentas de los que yacen sepultados en el polvo de un campo de batalla y que ahí cayeron en la plenitud de la vida, de las ambiciones y del vigor, algo de misteriosamente extraño experimenta nuestro organismo.

Tal nos ha sucedido en las llanuras de Waterloo, en las perfumadas orillas del Tánaro y en los alrededores de Metz y de Estrasburgo.

Este estrecho nos ha impresionado mucho también por la misma razón. Creímos ver errar sobre sus aguas, á aquellos navíos destrozados y cubiertos de cadáveres de hombres jóvenes y fuertes, que tantos

bienes pudieron hacer á la humanidad y á su patria.

Viéndolo hoy tan tranquilo, tan puro, tan risueño, reflejando impasible las caprichosas líneas de la costa africana, no pudimos dejar de transportarnos con el pensamiento, á esa pavorosa noche del 4 de octubre, que precedió al día del más grande de los combates que en el mar se han dado los hombres.

Los heroísmos de ese Nelson, quien, según sus biógrafos, no conoció el miedo; sus amores casi fantásticos con lady Hámilton; las recomendaciones especialísimas que para ella en su testamento dejó, pidiendo á la Inglaterra la favoreciese con todo género de protecciones, y la sencillísima y sublime oración que sus labios con todo fervor murmuraron momentos antes de la lucha, como si hubiese sentido su próxima muerte, y como si por eso hubiese querido despedirse para siempre de esta tierra, enviándole su último adiós, envuelto en el perfume de santo misticismo; todo lo que, en una palabra, constituyó ese terrible día para España y Francia, aquí, en estas aguas, palpita, anda, habla y cautiva poderosamente la atención del que sabe sentir y del que sabe pensar.

Una oración, decíamos á Mr. Lousinot, rezada por un héroe, antes de que en el combate sus nervios lo conviertan en un ser casi sobrenatural, ajeno á todo lo que no sea la embriaguez divina de la gloria y á toda otra ambición que no sea la de morir peleando por la honra y por la vida de su patria, nos ha sobrecogido siempre de inexplicable y religioso estupor; pues ella nos presenta al hombre excelso y grande, tomada esta palabra en toda su amplitud, como el verdadero sacerdote de la naturaleza, destinado á enlazar, en su persona, esas dos superiores manifes-

taciones del poder moral y que para el vulgo, aparecen como diametralmente opuestas: el valor y la piedad.

XII

— Yo sé de memoria esa oración, nos dijo nuestro compañero; y si usted no la conoce bien, agregó, permítame que se la enseñe.

—Aceptado de mil amores, le contestamos; pero dignese recordarla lo más fielmente posible, pues creo que usted no la sabe quizá mejor que yo.

—Pues bien, vamos allá; digámosla palabra por palabra; óigala con atención, y corrijame lo que encuentre *falsificado*. Inmediatamente comenzó á recitarla así:

¿Puede el gran Dios, delante del cual yo me postro en adoración, conceder á mi país, en el interés general de la Europa oprimida, una grande y gloriosa victoria? ¿Puede Él, por su gracia, no permitir se empañe esta victoria con ninguna falta de ninguno de los que van á combatir y á triunfar?

¿Puede la humanidad, después de la victoria, ser el rasgo dominante de la flota británica?

En cuanto á mi, personalmente, yo devuelvo mi vida á Él que me la ha dado. ¡Que sus bendiciones caigan sobre lo que voy á emprender para servir fielmente á mi país! Confío en Él, y abandono en lo absoluto á Él mi destino y la justa causa cuya defensa se ha dignado encargarme en este día. ¡Así sea! ¡así sea! ¡así sea! »

—¡Bravo! Muy bien! dijimos á aquel buen señor, tan pronto como terminó.

— ¿Qué le parece mi memoria, amiguito? nos preguntó él, con marcado aire de inocente satisfacción.

— Soberbia, le contestamos; pero mucho más soberbia, por cierto, es esa humildísima y sencilla plegaria del vencedor de Aboukir, de Copenhague y de este estrecho. ¿No cree usted lo mismo?

— ¡Ah! por cierto. Aun cuando yo, como vencido, desde que soy francés, debiera mirar estos hechos con ojo á lo menos triste, la verdad es, agregó con toda sinceridad, que yo creo, como usted que, ante el mérito verdadero, todo hombre de corazón debe inclinarse con respeto.

Con esta dignísima frase de Mr. Lousinot, pusimos término á aquel verdadero examen de historia á que estuvimos sometidos quizás por hora y media.

Después de los saludos, ofrecimientos y corteses protestas de amistad y estimación, que son de rigurosa etiqueta, nos separamos de aquellas dos amables personas, cuyo recuerdo hemos consignado con gusto en estas páginas, en las cuales no quisiéramos olvidar á ninguno de aquellos que, como esos dos improvisados compañeros, han contribuido á fortificar en nuestro ánimo la convicción de que el hombre nace inclinado al bien, y que de él lo saca la sociedad, desgraciadamente á veces, con demasiada presteza y con demasiada violencia.

XIII

Separámonos al fin de aquel sitio, y, tomando nuestro paciente asno, que nos aguardaba cabeceando á no corta distancia, nos trasladamos al otro extremo

del peñón. Ahí existe una honda gruta, cuyas húmedas paredes están cubiertas de gruesas estalactitas, como si fuesen las lágrimas que aquella roca vierte por su ya largo y deshonoroso cautiverio.

El descenso del peñón tiene que hacerse en gran parte á pie, pues es muy fácil rodar al abismo desde sus resbaladizos y perpendiculares senderos.

La población no tardó mucho en volver á presentársenos, haciendo agradable contraste sus paseos sombreados por hermosos árboles del norte; su larga avenida Main Street, su *gran plaza* del Comercio (*Commercial Square*), con lo abrupto y lo severo de la roca, á cuyos pies vive, como sumisa odalisca, en el serrallo almenado de su regio señor.

Y, á propósito de la actividad que notábamos en el comercio interior de esta plaza, preguntamos por qué no se veían en ella tienda de españoles. Porque á éstos les es prohibido absolutamente vivir aquí, se nos contestó.

Nuestro cónsul nos hizo saber curiosos detalles de la vida de este puerto. Supimos que él es alimentado por la vecina ciudad de Tánger y que el contrabando de tabaco con España es una de sus más ricas fuentes de entrada.

Se nos dijo también que su importancia marítima es ya considerable, pero que sería mucho mayor si él no estuviese expuesto á las bravezas á menudo desastrosísimas de los vientos del sur y del sureste. Cuando la bahía se halla dominada por ellos, todas las embarcaciones lo abandonan rápidamente, para ir á buscar refugio en su extremidad oriental, en una pequeña, pero muy abrigada ensenadita, que se llama Puente Mayorga.

Este puerto de Gibraltar no es, como muchos creen, un punto en que se detienen todos los buques que

por él pasan. Según datos fidedignos, apenas la cuarta parte de ellos echan el ancla en sus aguas. Es ya muy sabido que los navíos españoles, si alguna vez lo hacen, es sólo cuando necesitan proveerse de carbón.

Nos hizo mucha gracia el sobrenombre espiritual que por aquí se ha dado á los ingleses que viven en la fortaleza. Los llaman Lagartos de la roca (*lizards of the rocks*).

XIV

En la penúltima noche que pasamos aquí fuimos presentados al club en que la juventud dorada se reúne. Fuimos presentados en él por don José Bruzzone, joven muy inteligente, hijo de española y de inglés. Lo habíamos antes conocido en París, en la clínica del célebre oculista austriaco, Bedæker.

Aquel club es un lugar muy confortable; presta al transeúnte en esa triste mansión un servicio importantísimo, ofreciéndole una escogida sociedad muy atenta é ilustrada y las comodidades de un restaurant perfectamente bien servido.

Tuvimos el indecible gusto de ver que en su biblioteca figuran, casi en primera línea, las bellas producciones de nuestro distinguidísimo literato don Alberto Blest Gana. Ya en París el señor Bruzzone nos había hablado de ellas con mucho entusiasmo.

Permanecemos en el tal club hasta la una de la mañana. En la conversación que hubo sobre diversas materias, especialmente acerca de la existencia ideal

de París y de Italia, se habló de Chile. Observamos en el acto que apenas se nos conocía también aquí.

Uno de los que más esfuerzos hizo por aparentar lo contrario, nos dijo: ¡Cómo se conoce que ustedes son españoles, hombre! Viven, como nosotros, en continuas revueltas.

Siguióse á esto una especie de altercado entre ese señor y mi amigo Bruzzone. Éste había vivido entre chilenos, puede decirse, así nada menos que durante unos dos meses; pues en la clínica del oculista ya dicho, nos reuníamos diariamente muchos compatriotas á visitar á nuestro estimado é inteligentísimo amigo don Joaquín Rodríguez Bravo, quien, como Bruzzone, estaba sujeto á penoso tratamiento en esa clínica; lo que no le impedía, sin embargo, ser, con su conversación ilustradísima y amena, el alma y el centro de aquellas reuniones celebradas al calor de los afectos enérgicos que despertaban en nosotros su infortunio y el recuerdo de la patria común.

Por esto, Bruzzone, que estaba impuesto perfectamente de nuestro modo de ser, tomó la palabra con bastante calor é hizo presente que, al hablar así, se nos confundía con el Perú ó con Bolivia.

Aprovechó también Bruzzone esa oportunidad para hablar con mucho entusiasmo de nuestros recientes triunfos en el Pacífico. Concluyó diciendo que, con sólo saber que los chilenos son llamados por muchas gentes entendidas y respetadas, los *ingleses* de la América del Sur, hay motivo bastante para dejar establecido que Chile es quizás la ex-colonia española más seria, más trabajadora y más amiga de la paz y del orden.

— Chile, agregó, es un pueblo muy viril, y si él hubiese querido anexarse todo el territorio peruano, lo habría arreglado de seguro como un reloj.

Nosotros dimos las gracias á este amigo y tratamos de desviar la conversación hacia objetos menos personales. Sin embargo, parece que lo que uno más desea es lo que más se aleja por desgracia.

Sucedió que, no sabemos por cuál motivo, uno de los jóvenes que nos hacían círculo dijo á otro de los presentes que hablaba con un poco de energía :

— Pero, hombre, usted más bien parece español que inglés.

— Desgraciadamente, contestó el aludido, no soy en realidad de verdad ni lo uno ni lo otro. No soy lo primero, porque he nacido en territorio inglés, en este fuerte ; y no lo segundo, porque los ingleses no nos acuerdan los beneficios de su ciudadanía. Empero, continuó diciendo, si fuese realmente español, yo les protesto que no dejaría piedra por mover hasta quitar este peñón á los ingleses, pues es una vergüenza para España, que una nación tan lejana, la tenga clavada con este reducto de fuego en parte tan importante.

Nosotros, queriendo á toda costa poner término á esa conversación, y persiguiendo el propósito de quitarle toda causticidad, dijimos que no había en realidad motivo de vergüenza para España en ello, desde que Gibraltar fué cedido voluntariamente por ella misma á la Inglaterra en el tratado de Utrecht (1713) que puso término á su larga guerra de sucesión y por el cual la Francia misma cedió también á la Inglaterra la isla de Terranova, la bahía de Hudson y la Acadia.

— Así han vivido, agregamos, constantemente todas las naciones del orbe. La Francia se anexó Niza y Saboya en pago de los servicios prestados á Víctor Manuel en la campaña que él hizo para unificar la Italia.

« Luis XIV se apoderó de Estrasburgo en plena paz ; y, violando además escandalosamente su palabra empeñada en el tratado de los Pirineos, quitó también á la España los Países Bajos.

« El Austria obtuvo por el tratado de Rostadh (1714) Nápoles, la Cerdeña y el Milanésado.

« La Prusia obtuvo, en definitiva, del Austria, el rico y espacioso territorio de la Silecia, por el tratado de Hubertsburgo en el que María Teresa confirmó irrevocablemente la cesión de esa parte de su reino á Federico II. No hay para qué, agregamos, hacer recuerdo de la repartición de la infortunada Polonia entre la Rusia, el Austria y la Prusia, ni de las anexiones de Estados Unidos, etc., etc. Baste para la tranquilidad de la España, el hecho de que nadie ignora la manera como los ingleses se apoderaron de este peñón en 1704, y la resistencia invencible que él presenta no sólo á España sino á la Inglaterra misma si ella estuviese forzada á tomárselo.

« Hay calamidades históricas tan explicables como ciertas desgracias de familia, continuamos diciendo.

« Mientras los pueblos, en su acción colectiva, y los hombres en su acción individual, no condenen, en última instancia, como absolutamente corruptor é injusto, el uso de la fuerza bruta en sus relaciones recíprocas, la ley del más fuerte, la influencia de una afortunada sorpresa, tendrán forzosamente que ser el barómetro y el regulador de estas relaciones y de estos procedimientos.

« ¿ Quién no sabe, por otra parte, agregamos, que la España no ha podido consagrarse sola á esta tarea ? ¿ No están aún frescos los recuerdos del famoso bloqueo puesto á esta plaza desde 1779 hasta el 13 de setiembre de 1782 por cuarenta mil soldados franceses y españoles y sus treinta y tantos navíos ?

« Esa tentativa enérgica de las fuerzas coaligadas de España y Francia, que desgraciadamente se estrelló ineficaz contra el frío y tranquilo heroísmo del general inglés Elliot, gobernador entonces de esta plaza, puede, concluimos diciendo, que en época de más fortuna para la España, sea secundada por otra completamente feliz. »

XV

Así, entretenidos en estos recuerdos históricos que aducíamos sólo con el fin de eliminar de la conversación las susceptibilidades del patriotismo, pasamos la última noche de nuestra permanencia en Gibraltar, que tanto habíamos deseado conocer.

En la tarde del siguiente día tomamos pasaje para Málaga, en una de las tres compañías de vapores que hacen carrera entre Cádiz y Marsella.

El vapor debía partir como á las nueve de la noche; lo que nos impuso la molestia de incomodar al dueño del hotel en que habíamos alojado, obligándolo á que nos acompañara hasta el vivac de los vigías.

Ya hemos dicho que, á las siete de la tarde, se cierra la única puerta que tienen los muros de la fortaleza de Gibraltar. Pues bien, para salir de ella después de esa hora, hay necesidad de justificar la existencia de una razón grave. Por esto, y no habiendo podido hablar á nuestro cónsul, recurrimos al patrón de la fonda, quien nos acreditó en toda regla

y nos obtuvo el necesario permiso para dejar el fuerte.

¿Por qué no hemos de confesar que, tan pronto como nos hallamos fuera de él, y en medio de los alegres villorrios españoles que lo rodean, y frente á frente del mar, este símbolo augusto de la libertad y de la esperanza, respiramos con una inmensa satisfacción?

La figura de Monte Cristo, abandonando con el corazón lleno á la vez de ventura y de zozobras, el sombrío castillo de If, fué traída á nuestra memoria por esos movimientos rápidos de la imaginación que, como niño inconsciente y travieso, de todo se apodera y de todo hace caudal para entretener sus ocios y sus caprichos.

No lejos, nos aguardaba nuestro gracioso transporte. Cuando á él subimos, ya estaba repleto de pasajeros. Los camarotes *todos ocupados* y su comedor convertido en una alegre sala de tertulia.

XVI

Durante esa noche ni siquiera pegamos los ojos. Á bordo, podríamos haber repetido con toda verdad las palabras de Jesús: *El hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza*

¡Por fortuna, esa noche era noche de primavera y de primavera casi africana!

La contemplación del mar que, por el reflejo de la luna en sus hondas, parecía un disco de luz, sobre

cuya tersa superficie se deslizaba volando nuestra ligera y coquetona nave, nos absorbió casi por completo.

De intento, no quisimos cambiar con nadie ni siquiera una palabra. Sentíamos necesidad de engolfarnos en ese abismo sin fondo, que se llama el Infinito, y que no puede hallar, en los horizontes de este planeta, un espejo más propio á reproducir una parte de su misteriosa estructura, como la inmensidad de los mares.

En esos insomnios del Océano, que experimenta aun el viajero más negado á las sollicitaciones filosóficas una vez por lo menos en el transcurso de un largo viaje, hay algo tan incomprensible; se oyen voces tan misteriosas en el seno de la conciencia; se divisan creaciones tan extrañas, vagando por aquellos espacios de perpetuo movimiento, que uno puede decir, sin caer en hipérbole, que sentimos las palpitaciones de otra vida; que nos hallamos, sin duda, en comunicación íntima y directa con otras desconocidas existencias.

El aliento de los grandes y terribles problemas que nos presenta el sepulcro, como si fuese él la inexorable esfinge de Tebas apostada á la puerta de la eternidad, hacia ésta, con irresistible energía, empuja todo nuestro ser, en las horas de esas solitarias pernoctaciones.

Rodando como mísero grano de arena sobre aquellas largas superficies, ó deslizándonos como siluetas imperceptibles, bajo los mundos que, en inagotables esplendores, gravitaban tranquilos y majestuosos sobre nuestra cabeza; sintiendo bullir, bajo nuestras plantas, á los millones de seres organizados que pueblan los senos del terrible elemento cuyo imperio cruzábamos, nos veíamos suspendidos entre el abismo

de arriba y el abismo de abajo; entre el misterio de la luz y el misterio de las aguas.

Tuvimos miedo. Nos imaginamos que estábamos atados á la vida solamente por un hilo.

Veíamos que una sola chispa que encendiera nuestra embarcación, bastaba para cortarlo y que, por lo tanto, el soplo más ligero podía precipitarnos súbitamente y para siempre jamás, al seno de todas las voraces hambres que también mantienen en perpetua lucha á las familias de los mares.

Cerramos los ojos para ahuyentar, dirigiendo á otra parte nuestro pensamiento, la imagen importuna de aquella muerte atroz.

En ella, en tan horrible muerte, no habríamos tenido ni siquiera el consuelo sublime de abandonar esta vida, estrechando, con sus postreras energías, las manos de los que amamos. No habríamos sentido caer sobre nuestras últimas tristezas, como fresco y purísimo rocío, las lágrimas que nuestra partida eterna arranca al corazón de los que unidos á nosotros por el santísimo vínculo de una estimación sincera y pura, decoran el cuadro de nuestra agonía, estrechándose cariñosamente á nuestro cuerpo moribundo, como pretendiendo comunicarle parte de su propia vida; ó para murmurar anticipadamente á nuestros oídos ya casi sordos con los rumores de la eternidad, ferviente plegaria por nuestro descanso, ó para ofrecernos, en fin, como último presente de su afecto y de su ternura, que cubrirán perpetuamente de flores la losa de nuestro sepulcro.

Por fortuna nuestra, todo eso no fué sino un paroxismo de la imaginación, una de esas calenturas nerviosas que hacen pensar á los que viven del estudio de la historia, en aquellos fantásticos sueños del dios Maya, de los cuales, según mística tradición in-

diana, nacieron la luz, la vida, la muerte, el mundo.

No; no era posible haber caído ahí. Estaba demasiado lisonjero y demasiado alegre aquel océano, para que hubiese podido tener la intención de tragarnos sin misericordia.

Por otra parte, sentíamos plétora en nuestras arterias de abundantes creces de sangre generosa y rica; lo que, por cierto, no nos permitió detenernos largo tiempo en esas melancólicas meditaciones, más bien propias de las estructuras anémicas ó empobrecidas por prolongadas fatigas ó por enervantes dolencias.

Una vez que volvimos en sí y que nos sentimos de nuevo dueños absolutos de nuestra voluntad, llegamos á creer que ésta bastaba para impedir una catástrofe, pues que queríamos vivir. Llegamos á creer que nos habríamos rebelado en contra de todo poder extraño ó contradictor á nuestro firme propósito, y que, en el caso que nuestra nave se hubiese abierto para hundirnos en el seno de ese mar, habríamos exclamado como Ayac, el audaz hijo de Oileo, cuando las venganzas de Minerva hicieron astillas su bajel : *Escaparé á pesar de los dioses.*

MÁLAGA

I

Los primeros albores de la mañana comenzaron á clarear todos los horizontes con luz fija y segura y nos presentaron, no lejos, el esbelto y blanco faro del puerto de Málaga y las cimas de sus antiguas fortificaciones moriscas.

Á medida que acortábamos la distancia que de él nos separaba, iban ensanchándose las proporciones de esos sus primeros atalayas y dilatándose el puerto que, á pesar de lo temprano que era, se veía repleto de trabajadores en continuo movimiento.

Echamos ancla y bajamos. Alguien nos había dicho que Málaga era la más fea de las ciudades andaluzas, que sus edificios no tenían gracia alguna y que carecía de hermosos paseos.

¡Qué calumnia! fué nuestra primera exclamación cuando, salvando la arquería del puerto, nos hallamos en el comienzo de una ancha y espléndida alameda, como de cinco cuadras de extensión, formada

por dos hileras de árboles bien desarrollados y decorada por saltonas y caprichosas fuentes, por cómodos asientos de mármol y por una serie de estatuas que, si no son obras de arte, logran atraer la atención de los entendidos.

Esa alameda, llamada también *Salón de Bilbao*, es verdaderamente la sala de recibo de la ciudad y el punto obligado de cita de las malagueñas. La pila más bella de toda España y de las demás que hemos visto en todo nuestro trayecto, le sirve de comienzo, y otra muy inferior á ésta, pero no del todo desprovista de mérito la termina, separándola, por decirlo así, de un otro paseo llamado *Atarazanas*.

Aquella es toda de rico mármol de Carrara. Su recipiente es espaciosísimo y de forma octógona. En su centro se eleva, hasta la altura de cuatro metros quizás, una caprichosísima columna piramidal formada por el enlazamiento artístico de sátiros, de sirenas y de hermosísimos niños que vierten agua por todas partes y que á su vez, la reciben de una cascada que se desprende de la cima.

De trecho en trecho, inmensos y elegantes candelabros de luces de gas, completan el ajuar de ese paseo y justifican en realidad el nombre de *Salón* que se le da.

Esta alameda y la famosa plaza de San Marcos de Venecia son los dos paseos públicos que en nuestra ya larga travesía por estas latitudes, nos hayan obligado á mirarlos como sitios adornados, más que para el recreo público, para el bienestar de las familias.

Hay en ellos mucho de doméstico, mucho de ese aire de los salones de recibo que sólo los poderosos adornan para sus entretenimientos íntimos.

En las tardes, esta alameda ó este salón se llena

de preciosas jóvenes, que nos hacían formarnos la ilusión de que se hallaban deseosas de ser invitadas á bailar una *malagueña*.

II

Como se ve, pues, las primeras impresiones que recibimos en este pueblo desmintieron en lo absoluto lo que de él se nos había dicho.

¡Pueblo feo y sin gracia! ¿Cómo? Es cierto que sus calles en general son estrechas y tortuosas como las de Sevilla; es cierto que ellas hacen un contraste inmenso con las del puerto de Cádiz; es cierto que sus edificios, aunque numerosos, están muy lejos de ser esbeltos; pero, en cambio, el conjunto de todo eso es risueño y es agradable. Si no hay preciosidades arquitectónicas en él, no existe, en compensación, ninguna monstruosidad.

Por otra parte, bajo la luz de aquel cielo que goza la fama de ser el más puro de Andalucía, y en aquella temperatura perpetuamente benigna y suave, no puede ser fea ninguna ciudad, no puede dejar de ser poética ninguna mujer.

III

Además la Alameda no es el único paseo de este pueblo. Hay en él tres plazas espaciosísimas, que son otros tantos sitios á que concurre la gente durante las tardes y las primeras horas de la noche : la del mar, la de la Constitución y la de Riego.

En ésta, se eleva una especie de alto mausoleo, erigido por la municipalidad para conmemorar el sacrificio del general don José María Torrijos y de sus cuarenta y nueve compañeros, que fueron pasados por las armas en 1831, por haberse levantado con miras patrióticas, contra el brutal absolutismo de Fernando VII.

Ese monumento nos trajo nuevamente á la memoria á la tan infortunada como bella doña María de Pineda, segada también, como ya lo hemos dicho anteriormente, en la flor de la juventud por el soplo iracundo de ese monarca imbécil y malo que, ¡ con la misma mano con que firmaba sus draconianos decretos, felicitó á Napoleón, su verdugo y su carcelero, por los triunfos que obtenía sobre los mismos que derramaban por él su sangre generosa !

El tal monumento se compone de una ancha base de mármol, sobre la que se eleva una pirámide cuadrangular formada de planchas de color cobrizo y en las que de ordinario, cuelga hermosas coronas fúnebres la mano de este pueblo agradecido.

En tres de las cuatro caras de la base de este mo-

numento, se hallan esculpidas en fondo negro, con caracteres blancos, las siguientes inscripciones :

EN EL COSTADO NORTE :

*Á las cuarenta y nueve víctimas que, por su amor
á las libertades patrias, fueron sacrificadas en esta
ciudad el día 11 de diciembre del año 31.*

EN EL DEL SUR :

*Á vista de este ejemplo, ciudadanos,
Antes morir que consentir tiranos.*

EN EL DEL ORIENTE :

*El mártir que transmite su memoria
No muere; sube al templo de la gloria.*

IV

En la plaza de la Constitución, se encuentran los principales cafés de la ciudad, siempre repletos de gente conversadora y expansiva. En ella, como en los costados de la Alameda, se levantan los mejores edificios pertenecientes en su mayor parte á comerciantes acaudalados.

En este pueblo no existen construcciones fiscales de gran importancia á excepción de la casa del ayuntamiento y el Mercado, que son bastante regulares.

Tampoco posee palacio alguno, á pesar de su antigüedad y de la importancia que ha tenido.

En él, todo revela y todo acusa que ha sido y es un puerto esencialmente mercantil. En todas partes, en cualquiera de sus calles, se notan á primera vista este carácter y esta índole.

Empero, si él no ha sido un centro literario como Córdoba, ni una canora sirena como Sevilla, ni una romántica apasionada del arte como Valencia, se ha distinguido, en cambio, por una actividad industrial que lo acerca al alto meridiano en que Barcelona vive.

El gasta su atención consagrándola á la industria y al comercio. Como pueblo industrial, tiene fábricas bien montadas que elaboran, entre otras cosas, cré-mor, ácido cítrico, fósforos, cerveza, almidón, harinas, conservas de todas clases, chocolate; ó que funden metales para hacer con ellos hermosos artefactos, como la de unos señores Heredia; ó que hilan y tuer-cen lanas y algodones, como la denominada Industria Malagueña. Por último, no ha mucho que, empujado por la ley ineludible del progreso que todo lo acre-cienta y dilata, ha establecido valiosos ingenios en donde cultiva la caña de azúcar que, bajo las solícitas y amantes atenciones de su clima, crecen tan exube-rantes como en la feraz zona de que han emigrado.

Como pueblo mercantil, todo el mundo sabe que él mantiene activas relaciones con los pueblos del Me-diterráneo y aun con algunos puertos de Inglaterra, exportando pasas, aceites, vinos, almendras, naran-jas, limones, trigo en cantidades crecidísimas. Hemos visto, entre otros datos tomados en los guías de este país, que esta ciudad exporta anualmente cerca de un millón y medio de arrobas de vino, un millón de arro-bas de pasas y quince millones de naranjas.

Nosotros sabíamos ya, mucho antes de pisar su suelo, que sus vinos, especialmente los nuevos, son vendidos casi en gran parte en Marsella, donde reciben, junto con los ingredientes necesarios para darles el color y el gusto de los vinos franceses, diversas denominaciones correspondientes á otros tantos burdeos.

Sabíamos también, por confidencias íntimas que en Vichi nos hizo uno de estos comerciantes, que las pasas de Málaga forman la base de innumerables *chateaux*.

Descompuestas ellas en gruesos toneles al amor de una temperatura artificial y suave, abren sus senos sin economía ni estrechez y dan origen así, á caldos *sui generis*, los que, merced á las composiciones químicas que se les suministra en forma de polvos de color violáceo, toman el aspecto y el sabor de un exquisito medoc.

V

Conocidas ya sus fábricas, importa saber ahora el estado en que se halla en él la instrucción. Y bien; este puerto, que tiene noventa y cinco mil habitantes, está muy lejos de rivalizar con Cádiz á este respecto.

Es verdad que él cuenta con una escuela de Bellas Artes y con un Liceo y que posee además academias de literatura, de música y de pintura; pero no es menos cierto que sus escuelas de instrucción primaria y superior no son numerosas y que ellas están muy

distantes de responder á las necesidades intelectuales de su crecida población y al rango civil y eclesiástico que ocupa en la península, pues es asiento de un obispado.

Esto sin duda es una consecuencia de su dedicación casi exclusiva al comercio y á la industria, como lo dejamos dicho, y una prueba de la doctrina sustentada, por los que creen que es un axioma aquello de que « Pueblo mercantil no puede ser pueblo de letras ». Silok se reirá eternamente de Shakspeare, y Shakspeare, á su vez, de Silok.

Cuando Cincinato dijo que despreciaba el dinero, pero que le gustaba mandar á los que lo tienen, expresó un concepto que se puede aplicar con toda propiedad y exactitud al hombre que ama vivamente el cultivo intelectual en cualquiera de sus múltiples manifestaciones.

Así, el filósofo, el historiador, el poeta, por ejemplo, no tienen nervios, si nos es permitido expresarnos de este modo, para vivir sujetos á la ley, muchas veces tiránica, del pedido y de la oferta; ni mucho menos, por cierto, á los movimientos artificiales del agio.

Empero, aquél gusta del estudio de las causas que originan esas leyes y desea modificarlas ajustándolas á los preceptos de la equidad; el otro alza el látigo de la crítica ó la voz de la opinión pública sobre todas las especulaciones usureras, y éste sólo se deja arrastrar por las corrientes de su inspiración, que ora le arrancan armoniosos cantares en honor de la nave que parte llevando repletos sus senos con los productos de la patria, ú ora á la nave que vuelve cargada hasta la cubierta con las riquezas de lejanos países.

Éstos, los hombres de letras, los pensadores, los que viven gastando toda su energía encorvados sobre

los libros, reglamentan la industria y el comercio, les dictan códigos, les hacen estadísticas, ó glorifican sus conquistas; con lo cual completan el drama de la humana actividad, que necesita actores y espectadores, autos que produzca y público que compre y pague.

Los hombres del comercio, al revés, nada quieren de la literatura; apenas tienen tiempo para tocar una estatua ó para mirar un cuadro. La aguja que fija las atmósferas de sus motores, la lluvia ó el sol, las calmas ó las tempestades del mar son su teatro favorito de observación. Su Dios es el cambio; su historia la de Fenicia; sus héroes los mercaderes del navío cartaginés que, viéndose perseguidos de cerca por una galera romana y temiendo ser obligados á descubrir el derrotero de las islas de que sacaban el estaño, echaron á pique su nave y confiaron así el secreto de la fortuna de los suyos al silencio imperturbable de la muerte.

VI

Meditando en estas ideas y haciendo estos razonamientos, nos encaminamos al *Castillo de Gibralfaro*, situado en la cima de una poética colina que, al este de la ciudad y á corta distancia de ella, se eleva como á ciento cincuenta y tantos metros sobre el nivel del mar.

Este castillo guarda respetabilísimas y muy antiguas memorias. Se dice que fué construido por los fenicios allá en *illo tempore*. Es al mismo tiempo de un carácter severísimo, como si quisiera probar-

nos que no sólo el hombre se formaliza á medida que envejece, sino también la materia.

A esa visita fuimos en compañía de unos dos recién casados que habían hecho con nosotros el viaje desde Gibraltar y que, como nosotros, se habían venido al espléndido hotel llamado de la Alameda, á causa de su vecindad al paseo de este nombre.

Este matrimonio de dos jóvenes hermosos y alegres, que irradiaban la ventura que envolvía sus almas, nos acompañó hasta Granada.

Ambos eran hijos de esta ciudad. El esposo, don Antonio de la Peña, acababa de recibirse de abogado; la señora, que era bella y fresquisima como un lirio ó como una rosa de mayo, pertenecía á la noble familia de los Vildósolas.

¡Cuán graciosa y cuán atrayente era esa joven!

— Pocas veces hemos visto, colega, dijimos una vez al oído de don Antonio, una mujer que ría con tanta gracia como la suya.

— Ahí la tiene, hombre, nos contestó con cierto modo picaresco. Pero me dirá usted por qué le llama la atención solamente su risa.

— ¡Ah! le dijimos, usted no debe olvidar que la risa es lo que constituye el signo característico de la persona; lo que le da el tono moral que, hasta cierto punto, es la patente que en sociedad exhibimos todos de nuestra educación y de nuestra sensibilidad.

¿No ha oído usted, decir siempre que las gentes perversas no ríen jamás con gracia, con dulzura? usted sabe que todas las mitologías colocan la risa expansiva, comunicativa, llena de encantos, en los labios de los ángeles y de los bienaventurados, como simbolo de su inmenso bienestar. ¿No es ella, el feliz patrimonio de la infancia?

— Sí... no hay duda que es muy fundada la sim-

patía que en nosotros despierta una risa graciosa. Empero usted, nos dijo, no sostendrá que es menos seductor el modo de mirar agradable y distinguido á la vez. Yo le aseguro, agregó, que todas esas entretenidas creaciones en que los poetas han inmortalizado el poder de la risa ó de la mirada, tienen grave fundamento de existencia. Cuando yo era muchacho de unos catorce á quince años, leía con tanto gusto los amores de Psiquis con Cupido y de Cleopatra con Antonio donde se ha rendido los más grandes homenajes á estos verdaderos dones con que la naturaleza favorece á algunos privilegiados, que jamás veo una niña que ría ó que mire bien, sin que se me vengan en el acto á la memoria las imágenes de esas dos criaturas.

— Los ojos y la boca, ¿qué expresión, ni qué signo más elocuente que la risa, dijimos nosotros, tienen para transmitirnos las impresiones que experimentamos? ¿Cuándo es más enérgica la manifestación de un desprecio que cuando se refleja en las líneas quebradas de una risa irónica?

« ¿Qué acero le es comparable en la dureza y en la penetración?

« Y, al contrario, cuando dos ojos hermosos é inteligentes ó cuando dos bellos labios se iluminan con el iris del placer ó con el reflejo de una simpatía naciente, ¿qué color de flor ni qué luz de cielo le son comparables?

« Convénzase, colega, concluimos diciéndole mientras le tocábamos cariñosamente un hombro, de que ni un rayo de sol de invierno apareciendo repentinamente al través de una atmósfera fría y lluviosa es semejante á la atracción que tiene la risa distinguida, delicada, noble de una mujer de espíritu.

« En los labios entreabiertos con gracia inimitable

por una de esas risas hay algo de todas las fuerzas con que la naturaleza despierta, muchas veces para siempre, ese inquieto, caprichoso y por lo tanto inexplicable sentimiento que llamamos simpatía.

« En fin, por lo que á mí toca, dijimos aún, le confieso que no hallo las líneas de la belleza sino en los ojos y en los labios. A la mujer que mira con cierta indefinible dulzura de dignidad y agrado y que ríe dulce y graciosamente la contemplo como un ser sobrenatural, como fuente de perenne inspiración para la poesía y el arte. Ella parece que me dice : soy alma casta y sensible, corazón amante, entusiasta y alegre; sé amar como una Eloísa, resistir coma una Susana, inspirar pasiones eternas como Beatriz y como Laura; morir por la patria como Juana de Arco; ser fiel como Lucrecia; vivir consagrada á una noble viudez como Cornelia.

Un efusivo apretón de manos y una carcajada homérica de ambos terminó aquella broma que despertaba la curiosidad de la bella niña, que sin querer la originó.

VII

Nos consagramos entonces al examen de la fortaleza á cuyos pies nos encontrábamos ya. Ella es una masa imponente en forma piramidal de diez y seis metros por lado. Pesadas y severas torres la rematan, las que, como titánica diadema sepulcral de color indefinible, coronan la colina.

Desde ella, se presenta al desnudo toda la planta

de la ciudad. Ahí, en ese sitio, el observador ve que la superficie de Málaga es pequeña y que tiene la forma de una elipsis cortada en su parte más angosta.

La alquería y el abultado volumen de la catedral dominan por completo á los seis mil y tantos edificios que constituyen su caserío.

Este paseo es uno de los grandes y pocos entretenimientos que Málaga ofrece á los curiosos que la visitan. Desde él se goza de un golpe de vista admirable.

Es verdad que nuestra improvisada compañera, que venía también por primera vez á Málaga contribuyó en gran parte á que halláramos alegre ese paseo.

Ella, como buena andaluza, como criada entre los bosques de nopales, de jazmines y de amarantos que envuelven la Alhambra y el Generalife, era espiritualísima. Con sus reflexiones sobre la antigüedad de la fortaleza, con los recuerdos que nos traía á la memoria de las escenas que Málaga presentó durante la dominación de los moros, nos tuvo verdaderamente encantados.

En las primeras horas de la tarde, descendimos de nuestra elevada posición y nos fuimos en derechura de la catedral, que ella quería á toda costa visitar á fuer de buena cristiana. Nosotros nos resistíamos un tanto á acompañarla, porque aparte de que estábamos algo fatigados, no teníamos deseos de ver iglesias en ese día.

Empero, como ella insistiese, allá fuimos.

VIII

Si debemos ser francos, confesaremos ingenuamente que no nos pesó nuestra condescendencia. — El templo es espaciosísimo; pertenece al estilo del renacimiento. Tiene tres naves pavimentadas con mármoles de diversos colores que forman un bello y brillante mosaico.

Su coro es espléndido. Como en todas las catedrales de España, una serie de capillas forman sus naves laterales, en las que se ostentan pinturas de algunos autores afamados.

En la capilla del Rosario, hay una virgen del célebre Alonso Cano, de quien ya hemos tenido ocasión de hablar algo.

Nuestra compañera nos llamó hacia ella la atención; y, en verdad, que esa pintura puede rivalizar con las de Rafael y de Murillo.

Ella misma nos dijo: *Ese diácono tan ensimismado que está ahí, junto á Nuestra Señora, mirándola con esos ojazos, es el mismo Cano.*

— Es indudable, le contestamos; pues sólo él podría contemplar con tal arrobamiento á esa imagen, hija de su genio, que parece palpita sobre la luna y sobre los coros de planetas y de estrellas en que se apoya, como si fuese ella su alma y su pensamiento.

IX

Nos pareció muy hermosa esa virgen de Cano, y encontramos muy natural que él se colocase junto á ella en muda contemplación.

Nosotros nos hemos sentido siempre arrastrados dulcísimamente al culto de María. Nunca hemos visto, sin cierta indefinible emoción, cualquiera imagen que la represente. En todos los grandes museos de pinturas que hasta hoy hemos visitado por aquí, nos hemos detenido con particular agrado delante de los lienzos en que las inspiraciones místicas de la fe ó las plásticas del arte, han delineado los poéticos perfiles de la fisonomía que le dan ora la leyenda ú ora el ascetismo, siempre soñador y siempre inclinado á pintar los ángeles y santos con rostros hermosísimos; con lo cual, por cierto, se justifica el canto del poeta, cuando nos dice que «La belleza es hija del Cielo y don que los dioses á la tierra hicieron.»

En esta Europa, hemos visto con alborozo, ora las vírgenes que fra Angélico, puesto de rodillas, ha pintado envueltas en los fúnebres sudarios, tejidos, con todos los terrores de la edad media, ora las que Rafael tiñó con los albores del renacimiento, dibujándolas como criaturas incorpóreas y fantásticas que ya suben al firmamento asentando la planta en la cima del Carmelo ó ya descienden á la tierra de pie sobre los astros y las nubes.

Hay en este santo culto de María algo tan poético, algo tan levantado y tan excelso, digámoslo así, que

los grandes espíritus, que aun viven pagando rico tributo á la vida del corazón y del idealismo, sienten la necesidad de que se le matenga perpetuamente, como altísimo punto de mira, para todos los que crean que debe educarse á la mujer moderna de modo que, inspirándose en María, comprenda que ella debe hacer de la castidad, del amor y del sufrimiento la religión de su alma, si es que quiere que se la mire como el calor, la luz y las delicias del hogar; si es que pretende encender en los corazones de los que ella quiere, esa llama viva, ardiente, inextinguible, de íntima, felicísima y correspondida pasión, que sólo de la virtud nace y que sólo la virtud puede alimentar perennemente.

El catolicismo, levantando en sus altares este arquetipo de la pureza en el pensamiento y en la carne; este sublime y resignado dolor; este espíritu herido por todas las penas y sin embargo, dulce y humilde, ¿qué otra cosa intenta sino contrarrestar, con perfumadas olas de espiritualismo, las mareas impuras de la materia? ¿qué otra cosa se habrá propuesto, si no es detener en su marcha, esta tromba sensual, cortándola con la corriente de la sublime castidad que, como sereno y albisimo arroyo, nace del seno de esta *madre virgen*?

Pío IX, al proclamar el dogma de su purísima Concepción en mitad de este siglo epicureísta y razonador; al elevarla de este modo, á un meridiano impecable, no ha querido por cierto ofender á la ciencia, estamos de ello seguros, ni mucho menos herir las leyes del buen sentido, sino sólo trazar, con la mano imperiosa de ese dogma, alta frontera entre el paganismo que vivió de las liviandades eróticas de sus dioses, y entre el cristianismo que, como religión del espíritu, ha escrito, en la portada de sus

templos, el *abstine et substine* de la filosofía estoica.

Á Venus, que se entregaba en el empíreo, como Mesalina en Roma, á la vorágine de todas las concupiscencias, el cristianismo ha opuesto el tipo de María, virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

A Júpiter, que se disfrazaba, como César y Alejandro para sorprender á sus queridas, el poema cristiano contrapone el tipo del hombre Dios, que mata, en cuarenta días de rigoroso ayuno, las exigencias de la naturaleza.

¿Cómo entonces, sería posible permanecer como un trozo de hielo, frente á frente de estos cuadros de María que son, antes que creaciones religiosas, bellezas artísticas, encarnación de la nueva índole y del espíritu nuevo que animan á la humanidad? ¿No es María quien ha muerto y enterrado á toda las impúdicas bacantes de la pasada religión? ¿No es ella quien marca el límite entre los dioses de la naturaleza y el Dios espíritu? ¿No se alza ella sobre los horizontes del mundo nuevo, para ser saludada como la estrella matutina y la salud de los enfermos, *stella matutina salus infirmorum*? ¿No se han apoderado las muchedumbres de su poderoso influjo, como intercesora y como abogada de imposibles, entre sus culpas y las iras del Dios padre?

Por último, aun cuando estas consideraciones no existieran, aun cuando no fuese exacto que María, en la historia, constituye espiritualmente la línea en que comienza la nueva civilización; aun cuando ella no fuese la moderna cartilla en que los hombres hemos aprendido á respetar á la mujer y en que ésta ha delectreado esa enseñanza que lo prescribe, sea ante todo y sobre todo, pudorosa, flexible y modesta, nosotros nos sentiríamos sacudidos por la misma emo-

ción delante de cualquiera de estas telas; porque ellas traen á la memoria, entre nubes de lágrimas jamás extinguidas, el recuerdo de nuestra madre. Ellas nos evocan la imagen de esa santa mujer que, con sus labios preñados de besos y de fervores, nos enseñó á balbucear el nombre de María, como si hubiese pretendido dárnoslo á guisa de primera nota eufónica de la cadencia musical de nuestro idioma.

Ella vivió orando en sus altares; su última noche fué un continuado delirio con María, como si se hubiese hecho la ilusión de que, cerrando los ojos á la luz pasajera de esta vida bajo su poderoso valimiento, se embarcaba á las lejanas regiones de la eternidad, á bordo de una nave ante la cual huyen despavoridas las tempestades, aparecen los céfiros, cargados de cánticos y de perfumes, y los mares se dilatan dulcemente, deshaciéndose en mimosas caricias cual faldero perrillo de palacio.

Nuestra hermosa compañera nos interrumpió la cadena de todos estos recuerdos y de todas estas consideraciones, diciéndonos, como si hubiese leído en nuestro pensamiento: ¿Verdad que es usted devoto de Nuestra Señora?

—Verdad, le contestamos. Nuestra patria la ha hecho patrona de sus ejércitos; y la procesión del Carmen es en ella tan suntuosa y tan concurrida como la del jueves santo en Sevilla.

— ¡Mira! dijo á su marido tomándolo suavemente de un brazo, Sanhuesa es devoto de la Virgen á pesar de que me parece que cree ¡en bien pocas cosas! Así quisiera verte á ti.

— ¡Cá; eso no es gracia! le contestó el colega, ¿no ves que el compañero no tiene á quien querer; mientras que yo te tengo á ti?

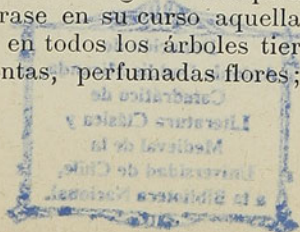
X

En fin, el hambre nos llevó á nuestro hotel donde continuamos, ó mejor dicho, entablamos nueva y animadísima conversación sobre cosas tanto más alegres, cuanto que, á causa de la ardiente sed que nos produjo el ejercicio exagerado que habíamos hecho, apurábamos buenas copas del generoso Málaga el que, sea dicho de paso, se vende á muy modesto precio.

Al día siguiente, á las ocho en punto, nos dirigimos por segunda vez á Granada, para seguir desde ella camino directo á la histórica capital de esta península.

La Alhambra, la Vega, el Albaicín, el Generalife, el Monte Sacro, el Darro y el Jenil más arrebatadores que nunca, aparecieron entonces á nuestros ojos; pues se hallaban bajo un cielo de plena primavera que extendía sobre ellos, como una mágica gasa de incomparable hermosura, su áureo manto de luz. Ellos nos encadenaban á esa Andalucía, como se estrechan en consorcio inseparable la belleza con su admirador; la poesía, con el sentimiento del que la comprende; el rayo luminoso, con la pupila que lo recibe.

¡Ah! cuánto habríamos dado por no separarnos, á lo menos tan pronto, de aquellos celestiales parajes y por haber podido obligar al tiempo á que retrocediese y se parase en su curso aquella estación que hacía asomar en todos los árboles tiernas hojas; en todas las plantas, perfumadas flores; en todas las



cascadas y en los ríos que al valle descenden de lo alto de las montañas, oteros y colinas, resonancias inimitables que semejaban notas de lejanas melodías!

Empero, ¿quién nos habría dispensado tamaño beneficio?

Tuvimos, por lo tanto, que separarnos al fin de esos sitios y despedirnos de esa maga, embellecida por la naturaleza con sus prodigalidades más espléndidas.

Desde ella, desde el punto más elevado de su Generalife, dimos nuestros adiós á toda la andaluza región que, desde ahí se divisa como asomándose, puede decirse, por entre los tupidos bosques que tan amorosamente abrazan á la sin par Alhambra.

Nos despedimos de esa zona, ungida con el óleo de inmortales recuerdos, repitiendo mentalmente el dolorosísimo acento que, del alma de Abén-Hamet se escapó cuando, al partir á perpetuo destierro, la perdió de vista en lontananza.

Aquel acento vibra aún ahí, tan lastimero como si acabara de nacer. En nuestros oídos vagaba: nuestros labios lo repitieron cien veces antes que la Andalucía desapareciese á nuestros ojos; y saludamos la última blanquecina bruma que se ocultó en sus encantados horizontes, repitiéndolo con la tristeza honda de Jeremías:

¡Ay! ¡nunca más... ¡Nunca más la veré!...

FIN



ÍNDICE

CAUSAS QUE NOS DECIDIERON

Á VISITAR Á ESPAÑA

Páginas.

Lo que de ordinario se dice de España. — Lo que nosotros pensábamos cuando íbamos á ella. — Lo que veíamos cuando recorriamos el camino de Cataluña. — Arribamos á Barcelona. — Estación de Barcelona. — Los cocheros de Barcelona. — La fonda de Oriente en Barcelona. — Lo que pagamos en ella.	1
---	---

BARCELONA

Impresión que ofrece Barcelona y semejanzas que le hallamos con nuestro país. — Sitios que visitamos. — Las calles de Barcelona. — La alameda llamada « la Rambla. » — La literatura en Barcelona. — Narciso Oller y Federico Soler. — Las fábricas. — Lo que es en la noche Barcelona. — Cómo está iluminada. — Los teatros y la trágica Mlle. Agar. — El gran teatro llamado El Liceo. — Lo que decía Lalloni de nuestro teatro de Santiago. — Un gran baile de fantasía en El Liceo. — Entretenimientos populares. — El baile llamado El Flamenco. — El gran parque de paseo. — La gran esplanada. — La alameda de palmeras. — La Barceloneta. — Es Barcelona la ciudad que tiene más casas de beneficencia en toda España. — Nos despedimos de Barcelona. — La canción del cisne. — Recuerdo que ella nos trajo sobre los trovadores. . . .	23
---	----

DE BARCELONA Á VALENCIA

	Páginas.
El Ebro. — Tarragona. — Es necesario visitar á España con la historia en la mano. — Agradable sorpresa del amanecer. — Hormosura de la Huerta de Valencia. — Nos detenemos delante de Sagunto. — Lo que queda de Sagunto.	67

VALENCIA

La estación de Valencia. — Las Tartanas. — Lo que pensábamos respecto de las medidas que debemos adoptar en nuestros trenes. — División de Valencia. — Sus calles. — La Glorieta. — El Miguelete ó sea la torre de la catedral. — Lo que se ve desde la cima de esta torre. — La catedral. Su antigüedad. — El tribunal que falla de plano las cuestiones habidas entre los labradores de la Huerta. — Lo que nos decía un chileno á propósito de este tribunal. — Las plazas de Valencia. — Estado del arte y de la instrucción en Valencia. — Los teatros. — Descripción de la Pasionaria. Recuerdos que nos despertó la representación de este drama. — Recuerdo histórico de Valencia.	79
--	----

CAMINO DE ANDALUCÍA

Reflexiones filosóficas que los infortunios de Valencia nos sugirieron. — El célebre lago de Albufera y manera curiosa como se practica en él la caza. — El pueblo de Játiva, cuna de Calixto III y Alejandro VI. — El pueblecito de Almansa. — Argamasilla del Alba, cuna de don Quijote. — La Mancha. — Su aridez. — Recuerdos históricos que despierta. — La aldea de Viches y la batalla de las Navas de Tolosa. — El pueblo de Arjonilla y los amores de Macías.	109
---	-----

CÓRDOBA

Desencanto que experimentamos cuando comenzamos á examinar á Córdoba. — Los ciegos en Córdoba. — Las calles de Córdoba. Las casas de Córdoba. El paseo del	
--	--

Gran Capitán. — La famosa mezquita de Córdoba. — Los ermitaños de la Sierra Morena. — Lo que han sido. — Lo que son. — Cómo se alimentan. — Cómo distribuyen su tiempo. — Otros curiosísimos detalles. — ¿ Es aceptable esta vida de los ermitaños de la Sierra Morena ante las doctrinas del cristianismo ? — Damos el adiós á esas ermitas desde la Silla del Obispo 131

GRANADA

La peña de los enamorados. — Lo que se experimenta cuando uno se acerca á los lugares de que tiene por los libros muchas noticias. — Nos alojamos en Granada. — Lo que se llama pelar la pava. — Por qué se llama Granada á este pueblo. — El está dividido en tres grandes barrios ó secciones. — Descripción del Albaicín ó primitivo asiento de los moros. — La canción de Aben-Hamet. — Impresión que nos produjo la segunda sección de Granada ó sea el barrio que los cristianos levantaron en esta ciudad después que ellos la reconquistaron de los moros. — Descripción de la celebrada catedral de este pueblo. — Tumba de los reyes católicos, doña Isabel y don Fernando. — La Cartuja. — Edificios célebres que se hallan en el barrio cristiano. — Lo que es el ensanche ó la parte moderna de Granada. — Su alameda, sus cafés, la Sierra-Nevada. — Descripción de la Alhambra. 165

SEVILLA

Lo que hay en el trayecto de Granada á Sevilla. — Llegamos á Sevilla. — Semejanza que tiene Sevilla con Nápoles. — Lo que son las calles y plazas de Sevilla. — Sevilla es cuna de muchos hombres ilustres. — Historia de la calle llamada Cabeza del rey don Pedro. — La torre del oro. — Palacio del duque de Montpensier. — Recuerdos que existen en ese palacio de la ex-reina Mercedes. — Nos encontramos de repente con ¡ unos chilenos ! — Descripción de la casa de Pilatos. — Cómo hablan los andaluces. — Entretenidísimas conversaciones en la fonda Betis. — La Fábrica de Tabacos. — La Fábrica de Armas. — El Archivo de Indias. — Biblioteca Colombina. —

Gratísimos recuerdos del descubridor de América que en ella existen. — Estado de la instrucción en Sevilla. — Aspecto que presenta Sevilla en la noche. — Los teatros en Sevilla. — El barrio de Triana. — Lo que es la buena ventura y lo que son los gitanos. — La Fábrica de loza. — El alcázar y las ruinas de Itálica. — Las fiestas religiosas de Semana Santa. — En lo que consisten estas fiestas. — Los pasos, los cucuruchos. — Reflexiones filosóficas que inspiran estas fiestas. — La célebre catedral de Sevilla. — La capilla del baptisterio y el famoso cuadro del San Antonio de Murillo. — La capilla real donde están los sepulcros de don Alfonso el Sabio, San Fernando y don Pedro I de Castilla. — El gran Tenebrario. — El gran catafalco de la Semana Santa. — El epitafio de la tumba de don Fernando Colón. — Impresiones que producen estas grandes catedrales. — Una corrida de toros en Sevilla. — En qué consisten ellas. — Sus diversas peripecias. Trabajan en estas corridas los célebres toreros Frascuelo y Lagartijo. — Curiosos diálogos que se suscitan en estas corridas. — Impresión que ellas nos produjo. — ¿España las dejará alguna vez? — Carta histórica del gran escritor Moratín sobre el origen y desarrollo de estos entretenimientos. — La famosa feria de Sevilla. — Semejanzas que presenta con nuestras fiestas patrias de setiembre. — Nos despedimos de Sevilla.	202
--	-----

DE SEVILLA Á JEREZ

Por donde nos fuimos á Jerez. — Por qué no nos fuimos por el Guadalquivir. — El Guadalete y la batalla famosa que en 1711 tuvo lugar á sus orillas. — Cómo murió don Rodrigo, último rey de los godos. — Florinda ó la Caba. — Ya no existe ninguna huella de la terrible batalla. .	310
--	-----

JEREZ

Por qué se llama á este pueblo Jerez de la Frontera. — Se nos pierde una maleta con dinero y la recuperamos. — Cómo está formado Jerez. — La plaza de Alfonso XII. — La Cartuja. — Cómo se cuidan las viñas en Jerez. —	
---	--

Soledad de las grandes poblaciones. — Don Miguel	
Hurtado. — Las bodegas de Jerez.	321

DE JEA EZ Á CÁDIZ

Puerto Real. — San Fernando. — La escuela naval mi- litar. — El panteón de los marinos ilustres. — El obser- vatorio. — La Carraca.	349
---	-----

CÁDIZ

Lo que pensábamos cuando íbamos á Cádiz. — Descrip- ción de Cádiz. — Sus casas. — Su estación. — La torre del Vigía. — Sus teatros. — Sus escuelas, biblioteca y Academia. — El último cuadro de Murillo.	361
--	-----

DE CÁDIZ Á GIBRALTAR

El hombre propone y Dios dispone. — Curiosas polémicas. — Jerez de la Frontera. — Tarifa. — Lo que se piensa cuando se la ve. — Algeciras	382
---	-----

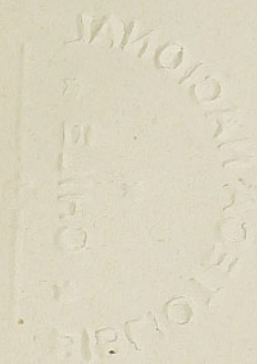
GIBRALTAR

Aspecto que ofrece la roca. — Su misterioso origen. — Configuración topográfica de la colonia de Gibraltar y modo como está constituida. — Cómo se pasa la vida en la fortaleza. — En lo que consiste la fortaleza de Gibraltar. — Por qué no fuimos á África. — Desde la altura de la roca se divisa todo el mundo antiguo. — Lo que se piensa estando en ella. — Nos encontramos con dos franceses. — Conversamos largamente sobre la batalla de Trafalgar. — La hermosa oración que Nelson escribió en su diario, la noche antes del día de su muerte. — La gruta que existe en un extremo del peñón. — El club de la for- taleza, interesantes datos que de Chile da un joven Bruz- zone. — Conversación sobre cómo fué tomado Gibraltar por los ingleses. — Cómo salimos de la fortaleza y placer que experimentamos cuando nos vimos fuera. — Un insomnio en el mar.	393
---	-----

MALAGA

Páginas

Llegamos á ella al amanecer. — Su hermosa alameda. —	
El paseo de Atarazanas. — Descripción de la ciudad,	
sus calles, sus edificios públicos, sus plazas. — El monu-	
mento dedicado al general Torrijos y sus cuarenta y	
nueve compañeros. — Las fábricas, la instrucción. —	
Cómo se utilizan en Marsella las celebradas pasas de	
Málaga. — Málaga es sólo pueblo mercantil. — La for-	
taleza de Gibralfaro. — Vamos á ella en compañía de	
dos recién casados. — La Catedral. — La bellísima	
Virgen de Cano. — Lo que significa en realidad el culto	
á María. — Necesidad absoluta de que se le mantenga	
siempre. — Nos dirigimos por segunda vez á Granada.	
— Desde la Alhambra, nos despedimos de toda la Anda-	
lucía	439



AMERICAN
LIBRARY

BIBLIOTECA
SECC. SELECCION, ABONAMIENTOS Y CIRCULACION

05 JUL 1991

D. Co.

FONDO GENERAL

